



Walter Lippmann
La opinión pública



LA OPINIÓN PÚBLICA

WALTER LIPPMANN

Título original: ***Public opinion***

Autor: **Walter Lippmann**

Prólogo: **Ronald Steel**

Editorial: **Cuadernos de Langre**

Traductor: **Blanca Guinea Zubimendi**

Colección: **InActuales**

Materias: **Ensayo / Comunicación e información / Periodismo**

Materia BIC: **Sociedad y Ciencias Sociales**

ISBN: **978-84-932381-3-1**

EAN: **9788493238131**

Sinopsis

Escrita por uno de los hombres más influyentes de su época y uno de los mejores columnistas de todos los tiempos, «La opinión pública» es una crítica incisiva de la teoría democrática, la función de los ciudadanos en los sistemas democráticos y del papel de los medios de comunicación como fuentes de opinión e ideas. Lippmann cambió con ella el enfoque de las ciencias políticas como disciplina de estudio e introdujo conceptos que aún hoy forman parte esencial de la sociología política. Asesor de diversos presidentes de los Estados Unidos, Lippmann dejó su impronta a lo largo de todo el siglo XX en la política exterior de los Estados Unidos.

Franklin D. Roosevelt (1882–1945) calificó a Lippmann como “el hombre más brillante de su época de los Estados Unidos.”

Autor

Walter Lippmann (1889–1974), periodista, comentarista político, crítico de medios y filósofo, intentó reconciliar la tensión existente entre libertad y democracia en el complejo mundo moderno. Autor de una decena de libros, entre los que se incluye «El público fantasma», fue uno de los fundadores de *The New Republic* y escribió durante años la influyente columna periodística “*Today and Tomorrow*”, por la que obtuvo dos veces el Premio Pulitzer (1958 y 1962).

Prólogo

Walter Lippmann eligió para este libro un título deliberadamente anodino, precisamente por la naturaleza explosiva de su contenido. Desde su publicación en 1922, esta obra ha molestado, provocado e incluso indignado a sus lectores ininterrumpidamente a lo largo de innumerables ediciones. *La opinión pública* y las tesis que propone constituyen en la actualidad parte esencial de nuestro vocabulario político. Aún hoy continuamos debatiendo estos conceptos con la misma intensidad con la que se debatieron cuando se desarrollaron por primera vez, debido a que inciden en la esencia misma de la teoría democrática y de nuestra fe en el funcionamiento de los gobiernos representativos. Publicado en una época en la que apenas se había comenzado a estudiar la psicología política, este libro traspasó los límites de la ciencia política tradicional, abriendo nuevas líneas de investigación. A su paso surgió una auténtica industria de encuestas de opinión, cursos y revistas académicos, fundaciones, institutos e incluso títulos de posgrado.

Lippmann apenas contaba 32 años cuando escribió este histórico estudio, pero ya había publicado tres libros sobre política y diplomacia, además de un análisis sobre la cobertura informativa de la Revolución Rusa. En *Liberty and the News* llegó a la conclusión de que las crónicas de prensa sobre uno de los acontecimientos con mayor trascendencia de su siglo contenían errores y tergiversaciones, y no se basaban en hechos, sino en las "expectativas de quienes integraban la industria del periodismo". Lippmann no se limitó a formular esta sencilla crítica a propósito de la objetividad de la prensa, sino que planteó un problema de fondo: ¿cómo van a obtener los ciudadanos la información que necesitan para efectuar juicios políticos racionales, si no pueden confiar en la prensa? Sostenía que la información ecuaníme resulta esencial, porque "en los estados modernos, las decisiones no se toman por la interacción de las cámaras legislativas y el ejecutivo, sino de éste y la opinión pública". Por tanto, el poder de la opinión pública ha adquirido más relevancia que los órganos legislativos de los gobiernos y, en consecuencia, la ecuanimidad de las crónicas periodísticas y la protección de las fuentes de opinión pública se han convertido en el "principal problema de la democracia".

Prácticamente cualquier autor habría quedado satisfecho y convencido de haber culminado una reflexión profunda. Sin embargo, Lippmann intuía que no había avanzado demasiado, sino diagnosticado apenas un síntoma relativamente obvio. Quizá sea cierto que en algunas ocasiones la prensa padece de falta de objetividad y también puede ser que los periodistas, sea o no intencionadamente, expresen sus expectativas y prejuicios, en vez de mantenerse fieles a los hechos. No obstante, cabe preguntarse qué sucedería, si

la objetividad por sí misma no bastase. ¿Y si el problema no se limitase exclusivamente a garantizar la ecuanimidad de la prensa y suprimir la censura gubernamental y otras interferencias, sino que también afectase a la manera en la que el ciudadano medio se forma sus propias opiniones? ¿Qué fuerzas psicológicas influyen en su capacidad de comprensión? ¿Cómo interpreta la información, sea o no ecuaníme? ¿Qué reacciones emocionales provoca dicha información? ¿De qué manera afectan las emociones de los ciudadanos a sus juicios políticos?

Influenciado por el trabajo propagandístico que realizó durante la Primera Guerra Mundial, Lippmann desarrolló una sensibilidad especial hacia estas cuestiones. Siendo el joven editor de *The New Republic*, firmó editoriales abogando por la participación de los Estados Unidos en el conflicto, y posteriormente viajó a Europa en calidad de representante especial de la Casa Blanca destacado en inteligencia militar. En la retaguardia escribió folletos propagandísticos, interrogó prisioneros y coordinó operaciones de inteligencia militar con los Aliados. Aprendió lo fácil que es manipular la opinión pública. Esta lección le marcó profundamente, hasta el punto de cuestionarse el dogma de que la opinión pública siempre está en lo cierto. ¿Y si los ciudadanos no fuesen conscientes de todo lo que desconocen? ¿Y si por parte de la sociedad el problema no sólo se limitase al consumo de información errónea, sino también a la canalización inconsciente de material extraño en categorías familiares, pero engañosas? Lippmann comprendió que los individuos estamos condicionados no sólo por lo que nos vemos empujados a creer, sino también por los mecanismos inconscientes de nuestra propia mente. Su percepción, extraordinariamente aguda si consideramos que en esa época la psicología social apenas había comenzado a dar sus primeros pasos, especialmente en su vertiente política, le abrió las puertas de un territorio virgen.

La mayor parte de los textos científicos de la época incidían en cómo se tomaban entonces las decisiones: por partidos políticos, bloques ideológicos o los tres poderes del Estado. Este enfoque mecánico no daba lugar al análisis psicológico de la toma de decisiones. En *La opinión pública*, Lippmann fue más allá de esta superestructura para examinar el corazón mismo de la teoría democrática: la supuesta existencia de "ciudadanos omnicompetentes", capaces de emitir juicios razonados sobre asuntos públicos, a condición de que alguien les exponga los "hechos". A su pesar, dio un paso hacia el abandono de esta fe. Desilusionado por la guerra y sus secuelas, y acongojado por cuanto aprendió ejerciendo de propagandista durante aquellos años, llegó a la conclusión de que tergiversar la información es un mal inevitable. A diferencia de la contaminación de la información, cuyos efectos pueden corregirse, la distorsión forma parte de la mente humana y de hecho, resulta esencial. Esto obedece a que los seres humanos no sólo somos criaturas racionales, sino también seres emocionales

sujetos a costumbres y prejuicios. Nadie puede percibir todo y reaccionar en consecuencia, por lo que elegimos y clasificamos una parte de cuanto observamos. La manera en que llevamos a cabo dicha clasificación determina no sólo el cómo, sino lo que vemos. "No percibimos primero y definimos a continuación, sino al contrario", afirmó Lippmann en una de las memorables bases de este libro. Cada individuo crea para sí mismo una realidad que le resulta confortable, de manera que lo que alguien ve como un bosque primigenio, otro lo percibe como un montón de madera potencialmente listo para ser apilado y transportado.

Lippmann explicó que definimos en función de ciertos "estereotipos" que nos son dados por la cultura. Todos interiorizamos con éxito dichos estereotipos, por lo que los damos por supuestos, y aunque pueden imponernos ciertas limitaciones, constituyen herramientas de gran utilidad y de las que no podemos prescindir. Nos proporcionan seguridad en un mundo desconocido. Según él, son la "garantía de nuestro amor propio... la proyección al mundo de nuestra valía personal". La conclusión más significativa de su análisis sobre los estereotipos con respecto a la toma de decisiones es que si éstos determinan lo que vemos, quizá nuestras percepciones no sean más que medias verdades. Puede que lo que consideramos "hechos" tan sólo constituyan opiniones. Dicho de otra forma: los hechos están sujetos a interpretaciones. "Sin embargo, los individuos estamos dispuestos a admitir que todas las 'cuestiones' tienen dos caras", señaló Lippmann, "pero no consideramos que lo que tomamos por 'hechos' también tiene dos caras". En su opinión, esto se debe en parte a que no podemos experimentar por nosotros mismos casi ningún aspecto de la realidad. Vivimos en un mundo mitad verdadero, mitad artificial, construido a partir de lo que otros nos cuentan: historias, cuadros, relatos periodísticos y similares. Por emplear un término gráfico podríamos decir que el mundo artificial no constituye un entorno real, sino un "pseudoentorno". Para explicar la idea de este pseudoentorno, Lippmann evocó el mito de la caverna de Platón, en el que personas encadenadas de espaldas a la luz llegan a creer que las sombras que ven proyectadas en la pared situada frente a ellos son en realidad entes con existencia. Estos individuos perciben el mundo como una sombra o reflejo. Este es el caso del ciudadano medio, ya que al no conocer directamente los dramáticos acontecimientos nacionales e internacionales acerca de los que lee, se limita a acumular experiencias de segunda mano vistas a través de las interpretaciones de terceros.

No obstante, la teoría de la toma democrática de decisiones se basa en la suposición de que todos los individuos poseen una experiencia directa de las cuestiones sobre las que están llamados a pronunciarse. El problema reside en que la mayoría no vivimos en el universo de la ciudad-estado de Atenas ni en Nueva Inglaterra, a pesar de lo cual se nos insta para que como votantes

tomemos decisiones sobre cuestiones de las que carecemos de experiencia directa y que ni siquiera comprendemos plenamente. ¿Debería nuestro gobierno firmar un acuerdo comercial con China, enviar tropas a Bosnia o adoptar un nuevo sistema de seguridad social? El mundo exterior resulta excesivamente complejo para el entendimiento de los ciudadanos, por buenas que sean sus intenciones. Esta circunstancia conlleva una serie de implicaciones políticas de máxima importancia. Lippmann sostiene que la democracia clásica "nunca trató en profundidad la dificultad que se deriva del hecho de que las percepciones mentales de cada individuo no se corresponden automáticamente con el mundo exterior". Los estereotipos, los prejuicios y la propaganda conspiran para distorsionar la imagen. La teoría democrática presupone la existencia de un electorado informado e imparcial, por lo que el análisis de Lippmann socava los cimientos mismos de los gobiernos representativos. Afirmó que, dadas las limitaciones propias de la prensa e incluso de la mente humana, ya no es posible creer en el "dogma original de la democracia, según el cual el conocimiento necesario para administrar los asuntos humanos surge espontáneamente del corazón".

Lippmann llegó a la descarnada conclusión de que la prensa no puede solucionar este problema. La redacción de artículos de mayor calidad y la difusión de noticias más veraces no pueden paliar los defectos de la democracia, es decir, la prensa no puede desempeñar las funciones de las instituciones políticas. Sí puede atraer nuestra atención sobre acontecimientos concretos, pero por sí misma no puede proporcionarnos la verdad. Verdades y noticias no son la misma cosa, afirmó subrayando una diferencia crucial: "la misión de las noticias consiste en señalar acontecimientos, mientras que la misión de las verdades consiste en sacar a la luz hechos ocultos". En una de sus sorprendentes metáforas señaló que la prensa es "como la luz de un reflector que se mueve de un lado a otro sin cesar, sacando episodios de la oscuridad e iluminándolos uno a uno". En consecuencia, la prensa desempeña una función valiosa, pero limitada, debido a que los individuos "no pueden gobernar la sociedad atendiendo a episodios, incidentes y brotes".

Incluso aunque la prensa o los medios de comunicación actuales pudiesen describir el mundo con fidelidad y de forma ecuánime, el ciudadano medio carece del tiempo y la capacidad necesarios para digerir volúmenes de información tan abrumadores. Desde el punto de vista de Lippmann, la conclusión es tan obvia como ineludible: la democracia sólo podría funcionar, si los ciudadanos consiguieran escapar de la "intolerable e inviable ficción de que cada uno de nosotros deberíamos formarnos una opinión competente sobre los asuntos públicos". En ese caso, ¿quién sería capaz de formarse dicha opinión y por qué medios? Llegado a este punto, Lippmann concibió un individuo ideal y desinteresado, con acceso a información ecuánime y dotado de una mente libre

de prejuicios y estereotipos. En su utopía, la práctica de la política consiste en un proceso dividido en dos etapas. En la primera, los expertos organizarían los hechos para los hombres de acción. En lugar de formar parte del proceso de la toma de decisiones, se harían a un lado después de suministrar información objetiva. Su poder residiría, según Lippmann, en su capacidad para "desligarse de los responsables de la toma de decisiones al desvincularse, en su calidad de expertos, de la decisión que finalmente se tomaría". En una segunda etapa, las autoridades responsables gozarían de libertad para tomar decisiones objetivas, basándose en una información sin distorsiones.

Teóricamente, el defecto de la democracia podría corregirse "abandonando la teoría del ciudadano omnicompetente, y descentralizando y coordinando la toma de decisiones en base a evidencias y análisis cotejables". Podría crearse una nueva "maquinaria del conocimiento" a través de "oficinas de inteligencia" gestionadas por expertos altamente cualificados y libres de prejuicios. De esta manera, los dirigentes serían capaces de tomar decisiones racionales que posteriormente someterían a votación. El ciudadano medio, al que Lippmann denominó "el de fuera", tendría derecho a preguntar si los hechos relevantes se han tomado o no en la debida consideración, pero no podría decidir qué se considera relevante, ni siquiera qué se entiende por "debida consideración". Con esta fe en la ciencia y la razón, Lippmann pretendió crear una "maquinaria del conocimiento" capaz de sortear el "defecto de base de los gobiernos elegidos por mayoría", que no es otro que el hecho de que a los ciudadanos se les "insta para que actúen, aun cuando carecen de una opinión fiable sobre el mundo".

Oculto bajo la prosa mesurada y sensata de Lippmann existía una condena contundente a la teoría democrática tradicional y a la función de la prensa. En una etapa anterior de su carrera, Lippmann llegó a creer que los intelectuales podrían convertirse en reyes-filósofos capaces de conducir a sus respectivos pueblos hacia una "nueva república" neoplatónica de sabiduría y justicia. Sin embargo, ahora parecía considerarles meros técnicos responsables del suministro de información ecuánime a los "de dentro", los únicos capacitados para tomar decisiones importantes. Su desilusión con respecto a las democracias representativas, y su preocupación por la propaganda y la falibilidad de la prensa para proporcionar información desinteresada, no le dejaron otra alternativa. Sus premisas le condujeron inexorablemente a una conclusión: "los intereses comunes muestran una fuerte inclinación a zafarse por entero de la opinión pública, por lo que sólo una clase especializada puede gestionarlos".

A nadie extrañará pues, que el filósofo John Dewey calificase *La opinión pública* como "posiblemente la acusación más efectiva jamás escrita contra la concepción actual de la democracia". A lo largo de varias décadas este libro no ha dejado de provocarnos, pero tampoco de ilustrarnos. La importancia de la obra

de Lippmann radica en su innovadora tesis sobre la manera en la que la información se transmite y recibe, en su análisis sobre los vericuetos psicológicos de la percepción humana, y en las consecuencias que para el dogma de que "el conocimiento necesario para la administración de los asuntos humanos surge espontáneamente del corazón", se derivan de la existencia de un mundo "inalcanzable, inabarcable e incomprensible". Sin embargo, Lippmann se equivocó al ubicar la solución de este problema en "oficinas de inteligencia" administradas por expertos aparentemente desinteresados y libres de alguna manera de sus propios estereotipos y pseudoentornos.

Alentado por el éxito de *La opinión pública*, pero insatisfecho con su propia solución, Lippmann no tardó en escribir una segunda parte, que se publicaría tres años después bajo el título *The Phantom Public*. En este segundo tomo desarrolló audazmente su inquietante argumento hasta llegar a una conclusión lógica. Declaró que considerar a los ciudadanos inherentemente competentes para dirigir los asuntos públicos constituía un "falso ideal". La raíz del problema radica en el origen mismo de la democracia, por lo que difícilmente podría corregirse ampliando ésta, por ejemplo, a base de incrementar la participación de los votantes. Nadie debería esperar demasiado del ciudadano medio, ya que éste llegaría al problema "a la mitad del tercer acto y abandonaría antes de que bajase el telón". Los Estados de grandes dimensiones no pueden dirigirse de forma tan fortuita. Lippmann sostenía que la noción de que existe un público no especializado que dirige los acontecimientos constituye una abstracción. Dicho público no es más que un "fantasma". El único público significativo es aquel que está integrado por individuos directamente interesados en asuntos concretos. Éstos se han esforzado por conocer los hechos y ponderar las alternativas, mientras que ese otro público numéricamente mayor y desinformado presenta, inevitablemente, facultades limitadas. Sí puede, sin embargo, llevar a cabo una serie de funciones, como nombrar a los individuos capaces de tomar decisiones políticas fundamentadas y elegir entre "los de fuera", cuando aumente su descontento con "los de dentro". No obstante, afirmó con contundencia, "con respecto a la raíz del problema no puede hacer nada, salvo inmiscuirse con ignorancia o tiranía". Bajo su punto de vista, existe una diferencia crucial entre "los de dentro" y "los de fuera", es decir, los que conocen toda la información necesaria para actuar y los que no. Su razonamiento no fue acogido con entusiasmo. Aunque esta era la conclusión lógica, si bien decepcionante, que cabe extraer de *La opinión pública*, la crítica calificó a *The Phantom Public* de excesivamente sombrío y consideró sus conclusiones demasiado pesimistas. No tardó en agotarse, y en la actualidad ha caído en el olvido en gran medida.

La opinión pública, por el contrario, perdura todavía, aunque no por ser optimista, que no lo es, sino por la originalidad de sus percepciones y la trascendencia de su análisis sobre una disciplina por la que tanto hizo en lo que

a su apertura y exploración se refiere. Aunque no fuese esa su intención, el hecho es que algunas voces tacharon a *La opinión pública* de libro antidemocrático. Lippmann nunca estuvo de acuerdo. No sólo fue un demócrata convencido, sino que dedicó el resto de su larga vida a explicar los asuntos de estado al público general. En vez de retirarse a una fortaleza académica desde la que escribir oscuros tratados o convertirse en funcionario del gobierno, fuera del alcance de los votantes, se lanzó a la vida pública. Tras finalizar este libro, fue el director editorial de *The World*, diario de Nueva York que en su momento fue el de mayor tirada. Desde esta posición y hasta el cierre del periódico, que se produjo nueve años después, escribió prácticamente un editorial diario dirigido al hombre de la calle. En 1931 se convirtió en columnista, publicando artículos en cientos de periódicos hasta su jubilación, 36 años más tarde. Considerado prácticamente el inventor de la columna periodística, influyó notablemente en millones de lectores que confiaron en él para que explicara e interpretara los asuntos candentes de cada día. No parece ésta la actitud propia de quién desprecia al público o al lector medio.

Durante su larga carrera como el analista político más sobresaliente de los Estados Unidos, no corroboró los párrafos más lúgubres de *La opinión pública*, sino los más optimistas: su fe en que los gobiernos deben estar al servicio de la sociedad y en que podrían hacerlo de forma inteligente, si comprendieran la verdadera naturaleza de la opinión pública. La sensibilidad democrática subyacente de Lippmann se aprecia con nitidez en la esperanzadora conclusión de este libro. En ella dejó escrito, como dialogando consigo mismo, que "no podemos perder la esperanza en las posibilidades que podrían abrirse en virtud de cualquiera de las cualidades humanas puestas de manifiesto por los individuos". Incluso cuando las dudas le atormentaron, Lippmann actuó de acuerdo con su credo, manifestado contundentemente en este clásico, según el cual el conocimiento tiene una gran importancia, las personas tienen derecho a saber, y la obligación más importante e ineludible de los analistas políticos responsables consiste en "intentar anticiparse y complementar la comprensión de sus semejantes sobre los problemas que se derivan de su adaptación a la realidad".

Ronald Steel

PARTE I: INTRODUCCIÓN

Capítulo 1. El mundo que nos rodea y las imágenes de nuestra mente

1

En 1914, un grupo de ciudadanos ingleses, franceses y alemanes residía en una isla situada en medio del océano. No era posible comunicarse con ellos mediante cablegramas y el barco de vapor del servicio de correos británico sólo arribaba una vez cada 60 días. Ya era septiembre, pero aún no había venido y los isleños continuaban comentando las noticias leídas en el último periódico, que hablaba del juicio de Madame Caillaux, cada vez más próximo, por el asesinato de Gaston Calmette. Por tanto, el entusiasmo era mayor de lo habitual aquel día de mediados de septiembre, cuando toda la colonia se reunió en el muelle para escuchar de boca del capitán cuál había sido el veredicto. Así supieron que los ingleses y franceses que había entre ellos llevaban más de seis semanas luchando contra sus vecinos alemanes en nombre de la inviolabilidad de los tratados. Durante seis extrañas semanas habían actuado como si fueran amigos, cuando en realidad eran enemigos.

Sin embargo, esa situación tan crítica en la que se encontraban no difería mucho de la que había vivido la mayor parte de la población de Europa. Llevaban seis semanas equivocados, mientras que en el continente el intervalo no debió de prolongarse más allá de seis días o seis horas. Porque hubo un intervalo. Hubo un momento en que los hombres dirigieron sus asuntos como de costumbre, conforme a la imagen de una Europa que no correspondía en absoluto a la Europa que estaba a punto de hacer un revoltijo de sus vidas. En la vida de cada hombre hubo un instante en que aún estaba adaptado a un entorno que ya había dejado de existir. En todas partes y en una fecha tan tardía como el 25 de julio, hubo hombres que fabricaron o compraron productos que no pudieron exportar ni importar, proyectaron trayectorias profesionales, analizaron empresas y albergaron esperanzas y expectativas, todo ello en el convencimiento de que el mundo seguía siendo tal y como ellos lo conocían. Hubo hombres que escribieron libros describiendo ese mundo. Se fiaron de la imagen que albergaban en su mente. Más tarde, unos cuatro años después, un jueves por la mañana llegó la noticia de un armisticio, y la gente dio rienda suelta a un indescriptible sentimiento de alivio, porque la masacre había terminado. Sin embargo, durante los cinco días que precedieron a la firma del armisticio real, varios miles de jóvenes murieron en el campo de batalla, a pesar de que ya se había celebrado el fin de la guerra.

Por tanto, volviendo la vista atrás queda claro hasta qué punto tenemos un

conocimiento indirecto del entorno en que, sin embargo, vivimos. Observamos que las noticias sobre dicho entorno nos llegan ora con rapidez, ora despacio, pero que con independencia de cuál sea la imagen que consideremos cierta, actuamos como si correspondiera al entorno verdadero. Esta lección sobre las creencias resulta más difícil de recordar cuando se trata de aquellas en las que basamos nuestro comportamiento actual, que cuando se trata de las pertenecientes a otras personas o épocas. En este caso admiramos lo sencillo que parece determinar en qué momento se tomaron en consideración las suposiciones más absurdas. Avalados por una perspectiva más amplia, insistimos en que el mundo tal y como necesitaban conocerlo esas personas y el mundo tal y como lo conocían eran, con frecuencia, dos objetos completamente contradictorios. También observamos que mientras gobernaban, peleaban, actuaban y transformaban el mundo en lo que imaginaban que debía de ser, obtuvieron una serie de resultados, o fracasaron en su intento por obtenerlos en el mundo tal y como era. Se embarcaron rumbo a las Indias, pero descubrieron América; diagnosticaron el mal y ahorcaron a ancianas; creyeron que se enriquecerían si siempre se dedicaban a vender, pero nunca a comprar. Un califa, obedeciendo lo que creía que era la voluntad de Alá, quemó la biblioteca de Alejandría.

El relato de San Ambrosio sobre el año 389 parece en realidad la descripción de la situación en la que se encontraban los prisioneros de la caverna de Platón, que voluntariamente se negaban a volver la cabeza: "discutir la naturaleza y posición de la tierra no nos ayuda en la esperanza de vida eterna. Nos basta con conocer lo que dicen las Sagradas Escrituras: 'Él tiene suspendida la tierra en el aire' (Job XXVI, 7). ¿Por qué debatir si la suspendió en el aire o en el mar y preguntarnos cómo es posible que el débil aire la sostenga o por qué no se hunde hasta el fondo, si está suspendida sobre las aguas...? No es que esté suspendida en el centro en perfecto equilibrio, sino que la majestad de Dios la constriñe, por la ley de Su voluntad, a permanecer estable sobre lo inestable y el vacío."¹

¿Por qué debatir, si no nos ayuda en la esperanza de vida eterna; si basta con saber lo que dicen las Sagradas Escrituras? Sin embargo, siglo y medio después de San Ambrosio la opinión seguía inquieta, en esta ocasión por causa de las antípodas. En vista de la situación, a un monje llamado Cosmas, famoso por sus hallazgos científicos, le fue encomendada la tarea de escribir una Topografía cristiana o la "Opinión Cristiana acerca del Mundo."²

No hay duda de que este monje sabía con exactitud lo que se esperaba de él, puesto que basó todas sus conclusiones en la lectura de las Sagradas Escrituras. De esta forma concluyó que el mundo era un paralelogramo plano, cuya longitud era el doble de su latitud. El centro de la tierra estaba rodeado por

el océano, que a su vez estaba rodeado por otra tierra. En este lugar, puerto de embarque de Noé, habitaban los hombres antes del diluvio. En el norte se levantaba una elevada montaña cónica. en torno a la cual giraban el sol y la luna. Cuando el sol se ocultaba tras ella, se hacía de noche. El cielo estaba adherido a los extremos de la tierra exterior. Ésta se componía de cuatro enormes paredes convergentes en un tejado cóncavo, de manera que la tierra constituía el suelo del universo. Al otro lado del cielo existía un océano formado por las "aguas que hay encima del firmamento". Los bienaventurados moraban en el espacio comprendido entre el océano celestial y el último tejado del universo. Los ángeles, por su parte, habitaban el espacio comprendido entre la tierra y el cielo. Por último, como San Pablo había dicho que todos los hombres han sido creados para vivir sobre la "faz de la tierra", la existencia humana en el lado opuesto, en el lugar en el que supuestamente se ubican las antípodas, resultaba inconcebible. "Se nos ha dicho que, ante semejante ocurrencia, los cristianos ni siquiera deberíamos hablar de las antípodas " ³

Mucho menos ir hasta allí y, naturalmente, ningún príncipe cristiano debería proporcionar naves para tal fin, de la misma forma que ningún navegante piadoso debía soñar con intentarlo. Cosmas no consideraba que hubiese nada absurdo en este mapa. Sólo recordando su absoluta convicción en que el universo era así, podemos intentar comprender que Magallanes o Peary le habrían horrorizado tanto como esos pilotos, que volando a 7.000 pies de altura corren el riesgo de colisionar con los ángeles y la bóveda celestial; exactamente igual que para comprender la violencia de la guerra y la política debemos recordar que prácticamente todos los integrantes de cada una de las partes en conflicto creen ciegamente en su imagen mental de la parte contraria y no toman en consideración los hechos, sino lo que suponen que son hechos, por lo que actúan como Hamlet cuando apuñaló a Polonio, oculto tras el crujido de un tapiz, por haberle confundido con el rey, y quizá como él incluso añadirían: "Y tú, miserable, temerario, entrometido, loco; adiós.

Te tomé por otra persona de más consideración, acepta tu destino."

2

Aún en vida, sólo se conoce a los grandes personajes a través de una personalidad ficticia. De ahí que el viejo dicho de que nadie parece un héroe a los ojos de su criado encierre un mínimo de verdad. Decimos un mínimo, porque ellos, criados o secretarias, también suelen estar inmersos en la ficción. Naturalmente, los miembros de la realeza son personajes creados artificialmente. Tanto si personalmente creen en su personalidad pública, como si se limitan a dejar que sus respectivos chambelanes la administren como cualquier otro asunto de Estado, encierran al menos dos personajes distintos: el yo público y

regio, y el yo privado y humano. Todas las biografías de grandes personajes abordan en mayor o menor profundidad alguna historia de ambas personalidades. Los biógrafos oficiales relatan la vida pública, mientras que los no oficiales narran memorias reveladoras. El Lincoln de Charnwood, por ejemplo, es el noble retrato, no de un ser humano real, sino de una figura épica de gran trascendencia, dotada del mismo grado de realismo que puedan tener Eneas o San Jorge. El Hamilton de Oliver es una majestuosa abstracción, la escultura de una idea, "un ensayo sobre la confederación americana" según el propio Oliver. Es un monumento formal al arte de gobernar del federalismo, pero difícilmente puede considerarse la biografía de una persona. En ocasiones, los individuos creamos nuestra propia fachada cuando pensamos que estamos desvelando paisajes del interior. Los diarios de Repington y Margot Asquith constituyen un modelo de autorretrato en el que los detalles más íntimos resultan extraordinariamente reveladores, dado que nos ayudan a descubrir la opinión personal de sus autores sobre sí mismos.

Sin embargo, la variedad de retrato más interesante es aquella que surge espontáneamente en el interior de nuestra mente. Cuenta Lytton Strachey⁴ que cuando Victoria fue proclamada reina "una gran ola de entusiasmo recorrió al público apostado en la calle. El sentimentalismo y lo novelesco se estaban poniendo de moda y, la visión de una reina aún niña, inocente, modesta, rubia y sonrosada recorriendo la capital, embargó el corazón del público de un cariñoso sentimiento de lealtad. Lo que por encima de todo conmovió a los presentes de forma extraordinaria fue el contraste entre la Reina Victoria y sus tíos. Esos desagradables viejos, libertinos, egoístas, obstinados y ridículos, arrastrando su eterna carga de deudas, incoherencias y deshonras, se desvanecieron como la nieve cuando por fin llegó la primavera, coronada y radiante."

M. Jean de Pierrefeu⁵, oficial a las órdenes de Joffre, tuvo la oportunidad de conocer la idolatría de primera mano durante la época de mayor gloria del general: "Durante dos años, el mundo entero rindió un homenaje casi religioso al vencedor del Marne. El encargado de transportar su equipaje caía literalmente bajo el peso de las cajas, paquetes y cartas que desconocidos le enviaban como testimonio frenético de su admiración. Creo que aparte del General Joffre, ningún otro mando del ejército ha tenido la posibilidad de forjarse una idea semejante de lo que significa la gloria. Le enviaban cajas de dulces de las mejores confiterías del mundo, champán, vinos excelentes de todas las cosechas, fruta, piezas de caza, toda clase de cachivaches y artilugios, vestimentas, utensilios de fumar, escribanías y pisapapeles. Cada región enviaba su especialidad. Los pintores le hicieron retratos; los escultores, estatuillas. Las abuelas tejían para él colchas o calcetines y los pastores, en sus cabañas, tallaban pipas en su honor. Todos los fabricantes del mundo que eran hostiles a Alemania le hicieron llegar sus productos: La Habana sus puros; Portugal su vino de Oporto. Conozco a una

peluquera a la que no se le ocurrió nada mejor que tejer un retrato del general con cabellos de sus seres queridos. Un calígrafo profesional tuvo la misma idea, pero trazando sus rasgos con millares de minúsculas alabanzas escritas con letra microscópica. En cuanto a las cartas, le llegaron escritas en todos los alfabetos y dialectos, y desde todos los países. Misivas cariñosas, agradecidas, rebosantes de amor o repletas de adoración. Le llamaban Salvador del Mundo, Padre de la Nación, Enviado de Dios, Benefactor de la Humanidad, etc., y no sólo los franceses, sino también estadounidenses, argentinos, australianos, etc., etc. Miles de niños, a escondidas de sus padres, le escribieron lápiz en mano para transmitirle su amor. La mayor parte le llamaba Nuestro Padre. Había algo conmovedor en sus efusiones y adoración, en esos suspiros de alivio que escaparon de millares de corazones ante la derrota de la barbarie. Para todas esas insignificantes e ingenuas almas, Joffre era como San Jorge victorioso ante el dragón. No cabe duda de que para la conciencia humana, encarnaba la victoria del bien sobre el mal; de la luz sobre las tinieblas.

Lunáticos, ilusos, medio tarados y locos volvieron hacia él sus oscuras mentes, como si encarnara la mismísima razón. He leído la carta remitida por una persona de Sydney que rogaba al general que le librara de sus enemigos. Un neozelandés le pedía que enviase tropas a la casa de un caballero que le debía 10 libras y no quería pagarle.

Por último, centenares de muchachas, superando la timidez propia de su sexo, le pedían citas a espaldas de sus padres. Otras sólo deseaban servirle."

Este Joffre idealizado surgió de la victoria que lograron él, sus soldados y sus tropas, de la desesperanza causada por la guerra, de las miserias de cada uno y de la esperanza en una futura victoria. Sin embargo, aparte de la idolatría, también existe el exorcismo del mal. Los mismos mecanismos que permiten la encarnación de héroes, pueden fabricar demonios. Si todo lo bueno procedía de Joffre, Foch, Wilson o Roosevelt, todo lo malo debía de tener su origen en el Káiser Guillermo, Lenin y Trotsky. Éstos eran tan omnipotentes en el mal como los héroes lo eran en el bien. Muchas mentes sencillas y asustadas no concebían en todo el mundo la existencia de ningún revés político, huelga, conflicto, muerte misteriosa o conflagración extraña, cuyas causas no se remontasen a estas fuentes concretas de maldad humana.

3

Semejante acaparamiento de la atención mundial por parte de una sola personalidad simbólica es un acontecimiento tan poco habitual que resulta digno de mención, y todos los autores sentimos debilidad por este tipo de ejemplos sobresalientes e irrefutables. La vivisección de las guerras permite sacar a la luz

tales ejemplos, pero no inventarlos de la nada. En época de paz observamos que si bien las imágenes simbólicas asociadas a personajes públicos más corrientes que Joffre dictan nuestro comportamiento en la misma medida que la personalidad simbólica del general, cada una de ellas resulta individualmente menos globalizadora, debido a que compite con muchas otras. Por tanto, no sólo ocurre que cada uno de estos símbolos arrastra una menor carga sentimental, dado que como mucho representa a una parte de la población, sino que dentro de ésta, la supresión de diferencias individuales resulta infinitamente menor. Durante los períodos en que gozamos de una moderada seguridad, los símbolos de la opinión pública están sujetos a revisiones, comparaciones y debates. Este es el motivo de que surjan y desaparezcan, se fusionen y olviden sin haber logrado la armonización perfecta de las emociones de todo el conjunto. Después de todo, sólo hay una actividad humana que permite que toda la población pueda consumir su *union sacrée*. Ésta se produce durante esas etapas intermedias de las guerras en las que, antes de que aparezca el desaliento, los sentimientos de temor, beligerancia y aversión garantizan la completa sumisión del espíritu, ya sea para aplastar cualquier otro instinto o para dominarlo.

En casi todas las demás circunstancias, incluso cuando las guerras se estancan, experimentamos un abanico de sentimientos lo suficientemente amplio como para alimentar discrepancias, preferencias, dudas y acuerdos. Las huellas de este vaivén del interés suelen quedar marcadas, como más adelante veremos,⁶ en el simbolismo de la opinión pública. Pensemos, por ejemplo, en lo poco que tardó en desaparecer el precario símbolo, que nunca llegaría a cuajar del todo, de la unidad de los Aliados tras la firma del armisticio, y en cómo fue sustituido casi inmediatamente por el desglose de las imágenes simbólicas que cada nación se había inventado con respecto a las restantes: Gran Bretaña era el defensor del derecho público, a Francia le correspondía el papel de guardián de las fronteras de la libertad, y América se veía como un cruzado. Observemos también cómo se deshizo a continuación la imagen simbólica que cada nación tenía de sí misma, a medida que los conflictos y ambiciones personales de clases sociales y partidos políticos comenzaron a remover las cuestiones pendientes. Por último, recordemos la forma en que las imágenes simbólicas de los líderes se difuminaron a medida que Wilson, Clemenceau o Lloyd George dejaron uno a uno de encarnar la esperanza humana y se convirtieron, a los ojos de un mundo desilusionado, en simples negociadores y administradores.

Para el asunto que nos ocupa, carece de importancia si lamentamos este vaivén por juzgarlo un mal menor propio de la paz, o lo aplaudimos por considerarlo la vuelta a la lucidez. Lo que realmente nos interesa acerca de las ficciones y los símbolos es olvidar su valor para el orden social existente y considerarlos simple y llanamente parte importante de la maquinaria de comunicación social. En las sociedades que no están completamente volcadas

hacia sí mismas y son lo suficientemente grandes como para que no todos sus miembros puedan saberlo todo sobre cuanto en ellas acontece, los individuos se forjan ideas acerca de sucesos que se desarrollan fuera de su alcance y que por ello resultan difíciles de asir. Sirva de ejemplo Miss Sherwin, residente en un pueblecito llamado Gopher Prairie⁷; ella sabe que en Francia se está librando una guerra y trata de imaginarla. Nunca ha estado en Francia y naturalmente tampoco conoce lo que ahora constituye el frente de la batalla. Sí ha visto fotografías de soldados franceses y alemanes, pero es incapaz de imaginar tres millones de hombres. De hecho, nadie puede imaginarlos, y los profesionales ni siquiera lo intentan, sino que piensan en ellos en términos de, digamos, doscientas divisiones. Sin embargo, Miss Sherwin no está familiarizada con las formaciones que figuran en los mapas de guerra, por lo que al verse en la necesidad de pensar en la contienda, optará por reducir sus términos a Joffre y el káiser, como si ambos estuvieran enfrascados en un duelo personal. Si pudiéramos ver la imagen que percibe mentalmente, quizá descubriríamos que su composición no difiere de la que presentan los grabados de los militares del siglo XVIII. En ellos, el retratado rebosa una osada serenidad y hace gala de unas dimensiones muy superiores a las que tuvo en vida. Siempre aparece en primer plano, delante de un ejército impreciso compuesto por figuras diminutas que se diluyen en el paisaje de Fondo. También es cierto que al parecer los héroes de carne y hueso no son ajenos a estas expectativas, como pone de manifiesto el relato de M. de Pierrefeu acerca de la visita que un fotógrafo hizo a Joffre. El General estaba en una "oficina sin pretensiones, ante una mesa de trabajo vacía de papeles, a la que se sentó para estampar su firma. De pronto nos dimos cuenta de que no había mapas en las paredes. Sin embargo, dado que según la idea popular, no es posible concebir a un general sin mapas, colocamos algunos en posición para hacer la fotografía y volvimos a descolgarlos poco después."⁸

Los únicos sentimientos que podemos experimentar en relación a sucesos de los que carecemos de experiencia directa, son los que evocan las imágenes que sobre ellos nos formamos mentalmente, por eso no podemos comprender plenamente los actos de los demás hasta que nos enteramos de qué es lo que ellos creen saber. Yo he visto a una muchacha criada en un pueblo minero de Pensilvania pasar de la euforia al paroxismo del dolor, porque un golpe de viento rompió el cristal de la ventana de la cocina. Durante horas se mostró desconsolada sin que yo pudiese explicarme el por qué. Sin embargo, cuando finalmente pudo hablar, nos enteramos de que el cristal roto de la ventana significaba para ella que un pariente cercano, había muerto. En consecuencia, lloraba por su padre, quien le había asustado hasta tal punto que acabó huyendo de su casa. Naturalmente, el padre estaba vivo, tal y como no tardó en demostrar una nota telegráfica. Sin embargo, hasta que llegó el telegrama, aquella ventana rota fue un verdadero mensaje a los ojos de ella. Lo de *verdadero* sólo podría

explicarlo un experto psiquiatra tras efectuar un reconocimiento exhaustivo, pero incluso el observador menos experto habría advertido que la muchacha, tremendamente alterada por sus problemas familiares, había creado toda una ficción a partir de un hecho externo, el recuerdo de una superstición y una mezcla de los sentimientos de arrepentimiento, amor y temor que sentía hacia su padre.

En estos casos, la anormalidad sólo es una cuestión de intensidad. Cuando un ministro de Justicia, asustado por el estallido de una bomba en la puerta de su casa, se convence a sí mismo a través de la lectura de literatura revolucionaria de que va a estallar una revolución el 1 de mayo de 1920, advertimos que el mismo mecanismo del caso anterior ha entrado en funcionamiento. Como es lógico, las guerras nos proporcionan muchos ejemplos de esta índole integrados por hechos accidentales, imaginación creativa, voluntad de creer y, aparte de estos tres elementos, una falsa realidad hacia la que se desarrolla una violenta respuesta instintiva. Está sobradamente demostrado que, en determinadas circunstancias, los individuos reaccionamos con la misma intensidad ante ficciones que ante realidades, y en muchos casos nosotros mismos ayudamos a crear las ficciones ante las que reaccionamos. Que tire la primera piedra quien no haya creído que en 1914 el ejército ruso pasó por Inglaterra, ni en ninguna historia atroz narrada sin la aportación de pruebas directas. Que tire la primera piedra quien nunca haya visto una conspiración, un traidor o un espía donde nunca los hubo. Que tire la primera piedra quien, en suma, nunca haya relatado, como si se tratara de una noticia de primera mano, lo que oyó decir a alguien que sabía tan poco como él.

Todos estos ejemplos presentan un factor común. Nos referimos a la presencia de un pseudoentorno, intercalado entre el entorno y los individuos, que estimula el comportamiento de éstos. Sin embargo, puesto que se trata de comportamiento, sus consecuencias, si nos referimos a actos, no operaran en el pseudoentorno que los haya estimulado, sino en el entorno real en el que transcurre la acción. Cuando nuestro comportamiento no consiste en una actuación práctica, sino en lo que en líneas generales denominamos pensamientos y emociones, quizá transcurra un largo período de tiempo antes de que percibamos rasguños en la textura del mundo ficticio. Sin embargo, cuando los estímulos generados por pseudohechos se traducen en acciones ejecutadas sobre cosas o terceros, la aparición de contradicciones es sólo cuestión de tiempo. Enseguida nos embarga la sensación de estar dando cabezazos contra la pared, aprendiendo por la acción de la experiencia y presenciando la tragedia de Herbert Spencer: el asesinato de una Hermosa Teoría a manos de una Banda de Hechos Brutales. En definitiva, experimentamos las molestias que se derivan de una mala adaptación. Podemos tener la certeza de que en el ámbito de la vida social, lo que se denomina adaptación de los individuos al entorno tiene lugar por medio de ficciones.

Cuando decimos ficciones no queremos decir mentiras, sino representaciones del entorno que en mayor o menor grado son obra de los individuos. La ficción cubre toda la gama, desde la alucinación pura al empleo plenamente consciente de modelos esquemáticos por parte de los científicos, e incluso a su decisión de que con respecto a un problema en particular, la exactitud más allá de un número determinado de decimales carece de importancia. Las ficciones pueden tener casi cualquier grado de fidelidad. Lo importante es tenerlo presente, para evitar llamarnos a engaño. De hecho, la cultura humana es en gran medida una selección, reorganización, calco de patrones a partir de y estilización de lo que William James denominó "las irradiaciones y configuraciones aleatorias de nuestras ideas"⁹. La alternativa al uso de ficciones consiste en la exposición directa al flujo y reflujo de sensaciones. No obstante, no se trata de una alternativa real, pues por muy refrescante que pueda resultar en ocasiones el acto de la observación a través de una mirada completamente inocente, la inocencia en sí misma no es sinónimo de sabiduría, aunque sí una de sus fuentes y correctivos.

El entorno real resulta en conjunto excesivamente grande, complejo y fugaz para que podamos conocerlo de forma directa. No estamos capacitados para manejar tanta sutileza y variedad, ni para considerar un número tan elevado de permutaciones y combinaciones. En consecuencia, por mucho que debamos actuar en él, nos vemos en la necesidad de reconstruirlo en modelos más asequibles para poder manejarlo. Podría decirse que estos modelos son como mapas que nos guían a través del mundo. El eterno problema consiste, pues, en garantizar la existencia de mapas en los que ni nuestra propia necesidad ni la necesidad de terceros haya dado lugar a representaciones de lugares ficticios, como por ejemplo la costa de Bohemia.

4

Por tanto, los analistas de la opinión pública deben comenzar por admitir la relación triangular existente entre el escenario en el que se desarrolla la acción, nuestras imágenes mentales de dicho escenario y nuestras reacciones que, aunque están provocadas por nuestras imágenes mentales, transcurren en el escenario de la acción. Es como si la experiencia personal de los actores evocara en su mente una representación, cuyo argumento se desarrollase no sólo durante sus actuaciones, sino también en sus vidas reales. En el cine se suele enfatizar hábilmente este tipo de drama doble compuesto por motivaciones internas y comportamientos externos. Pensemos, por ejemplo, en una escena en la que aparentemente dos hombres estuviesen discutiendo acerca de dinero, pero mostrando un grado de pasión exagerado. Pongamos que acto seguido esta escena se desenfocase y diera paso a la reconstrucción de lo que uno de ellos

estuviese observando mentalmente, de manera que pudiésemos ver que aunque sólo están discutiendo de dinero alrededor de una mesa, en el recuerdo han regresado a la época de su juventud, al día en el que la chica abandonó a uno por el otro. El cine emplea esta técnica para explicar el drama: el héroe no es un avaro, lo que ocurre es que está enamorado.

En el Senado de los Estados Unidos tuvo lugar la representación de una escena parecida. A la hora del desayuno del día 29 de septiembre de 1919, unos senadores leyeron un despacho del *Washington Post* sobre el desembarco de marines estadounidenses en la costa dálmata. La noticia decía:

HECHOS RELEVANTES PROBADOS HASTA EL MOMENTO

A continuación, enumeramos lo que hasta el momento parecen ser hechos *probados*. Las órdenes recibidas por el contralmirante Andrews, al mando de las fuerzas navales estadounidenses desplegadas en el Adriático, vinieron de Londres, del Ministerio de Marina del Reino Unido, a través del Comité de Guerra y el contralmirante Knapps. No se pidió el consentimiento del Departamento de Marina de los Estados Unidos...

SIN EL CONOCIMIENTO DE DANIELS

Daniels se vio en una situación comprometida cuando llegó la noticia de que las fuerzas que teóricamente se hallan bajo su exclusivo mando, estaban llevando a cabo lo que constituye una acción de guerra sin su conocimiento. Quedó claro que *el Ministerio de Marina del Reino Unido podía aspirar a dar órdenes al contralmirante Andrews para que actuase en nombre del Reino Unido y sus aliados, dado que la situación exigía el sacrificio de alguna nación para poder mantener a raya a los partidarios de D'Annunzio.*

También quedó claro que *en virtud del nuevo plan de la Sociedad de Naciones, las fuerzas navales estadounidenses podrían quedar bajo el mando de un extranjero en caso de emergencia, con o sin el consentimiento del Departamento de Marina de los Estados Unidos... etc.* (La cursiva es mía).

El primero en tomar la palabra fue el Senador Knox, de Pensilvania, quien, indignado, exigió que se llevase a cabo una investigación sobre los hechos. Acto seguido habló Brandegeee, de Connecticut, en quien la indignación ya había dado paso a la credulidad. Mientras que el indignado Knox quería saber si la noticia era cierta, Brandegeee no tardó ni medio minuto en preguntarse qué habría sucedido, si hubiera muerto algún infante de marina. Knox, interesado en la pregunta recién formulada, olvidó que acababa de exigir que se llevase a cabo

una investigación y respondió que si algún *marine* estadounidense hubiese fallecido, habría supuesto la guerra. A estas alturas, el tono del debate todavía se desarrollaba empleando el modo condicional. El debate prosiguió. El Senador McCormick, de Illinois, recordó al Senado que el gobierno de Wilson estaba a favor de la financiación de pequeños conflictos no autorizados. Parafraseó el dicho de Theodore Roosevelt sobre la "paz financiada". Continuaron debatiendo. Brandagee señaló que los *marines* habían actuado "bajo las órdenes de un Consejo Supremo reunido en alguna parte," pero no pudo recordar quien representaba a los Estados Unidos ante dicho organismo. El Consejo Supremo era un misterio para la constitución estadounidense. En consecuencia, el Senador New, de Indiana, presentó una moción para investigar los hechos.

Hasta ese momento y aunque sólo fuese vagamente, los Senadores aún tenían presente que estaban debatiendo un rumor. Eran abogados, por lo que todavía recordaban algo sobre lo que puede admitirse como prueba, indicio, *etc.* Sin embargo, también eran hombres fogosos y, como tales, ya sentían la natural indignación por el hecho de que, por orden de un gobierno extranjero y sin el consentimiento del Congreso, se hubiese enviado a la guerra a *marines* estadounidenses. Emocionalmente, además, querían creerlo, porque eran Republicanos contrarios a la Sociedad de Naciones. Esto provocó la intervención del líder demócrata, el Senador Hitchcock de Nebraska, en defensa del Consejo Supremo. Señaló que este había actuado en función del poder que le confería la guerra y que, además, no había sido posible alcanzar la paz, porque los republicanos la estaban retrasando. En consecuencia, esa acción era necesaria y legal. Observemos que llegados a este punto ambas partes ya daban por cierta la noticia y exponían conclusiones claramente partidistas. Debemos recordar, no obstante, que habían llegado a esta extraordinaria suposición durante el transcurso de un debate sobre la resolución de investigar precisamente su grado de veracidad. Esto nos demuestra hasta qué punto resulta difícil, incluso para expertos abogados, reservar las reacciones hasta conocer los resultados. Vemos que se produce una respuesta instantánea. La ficción se toma por verdadera, porque urge hacerlo.

Pocos días después, un informe oficial demostró que los *marines* no habían desembarcado por orden del gobierno británico ni del Consejo Supremo. Tampoco habían luchado contra los italianos. En realidad, habían desembarcado por petición del gobierno italiano para proteger a los ciudadanos de aquel país y el comandante americano había recibido el correspondiente agradecimiento oficial expresado por las autoridades. Por tanto, los *marines* no estaban en guerra contra Italia, sino que habían actuado de acuerdo a una práctica internacional que nada tenía que ver con la Sociedad de Naciones.

El escenario de la acción era el Adriático. La imagen mental que los

Senadores de Washington se formaron de dicho escenario fue suministrada, quizá en este caso con la intención de engañar, por un hombre al que no le importaba en absoluto lo que allí pudiera ocurrir, pero sí y mucho el fracaso de la Sociedad de Naciones. Ante dicha imagen, el Senado reaccionó reforzando sus diferencias partidistas con los aliados.

5

No se trata de determinar si en este caso concreto el Senado actuó mejor o peor de lo habitual, ni tampoco si en términos comparativos es más eficaz o menos que la Cámara de Representantes u otros Parlamentos. Por el momento, me gustaría centrarme exclusivamente en la visión a escala mundial de individuos actuando en sus entornos, pero empujados por estímulos procedentes de sus pseudoentornos, ya que por muy indulgentes que seamos con los engaños deliberados, la ciencia política debe rendir cuentas de sucesos como el ataque mutuo de dos naciones, ambas convencidas de que actúan en legítima defensa, o la lucha entre dos clases, ambas convencidas de que están defendiendo el interés común, por mucho que dichas naciones o clases vivan, por así decirlo, en mundos diferentes, o para ser más exactos, habiten en el mismo mundo, pero piensen y sientan en planetas distintos.

Es precisamente a estos mundos especiales, a esos artefactos que pueden ser personales o comunes, particulares de cada clase social o provincia geográfica, profesionales, nacionales o sectarios, a los que el individuo se adapta políticamente en la Gran Sociedad. Resulta imposible describir su variedad y grado de complejidad.

Sin embargo, estas ficciones determinan en gran medida el comportamiento político humano. Tratemos de imaginar unos cincuenta parlamentos soberanos compuestos por al menos un centenar de órganos legislativos. A éstos deberemos añadir como mínimo cincuenta jerarquías de asambleas provinciales y municipales, que junto con sus respectivos órganos ejecutivos, administrativos y legislativos constituyen la autoridad formal en la tierra. No obstante, ni siquiera esto nos permitirá hacernos una idea de la complejidad de la vida política, ya que cada uno de estos innumerables centros de poder está compuesto por partidos, que a su vez constituyen jerarquías enraizadas en clases, secciones, camarillas y clanes, en los que en última instancia encontramos políticos individuales que son el núcleo humano de una red tejida a base de asociaciones y recuerdos, temores y esperanzas.

De una u otra forma, y por motivos que tienden a ser necesariamente oscuros, de estos órganos políticos, y como resultado de relaciones de dominación, o de compromisos o alianzas, se cursan órdenes que movilizan

ejércitos o traen la paz, reclutan vidas, recaudan impuestos, exilan, encarcelan, protegen la propiedad o la confiscan, estimulan o frenan el crecimiento de alguna industria, facilitan o impiden la inmigración, mejoran o censuran la comunicación, inauguran colegios, crean armadas, proclaman "políticas" y "destinos", levantan barreras económicas, hacen y deshacen propiedades, someten pueblos al dominio de otros o favorecen a una clase en perjuicio de las demás. Para tomar cada una de estas decisiones ha habido una visión de los hechos que se considera concluyente. A su vez, se ha aceptado como base de las conclusiones y estímulo de los sentimientos una determinada visión de las circunstancias. Sin embargo, cabe preguntarse qué visión de los hechos y por qué.

No obstante, ni si quiera esto nos da una idea de la complejidad real. La estructura política formal se da en un entorno social en el que conviven innumerables empresas e instituciones grandes y pequeñas, asociaciones de voluntarios y semivoluntarios, y agrupaciones nacionales, provinciales, municipales y vecinales que la mitad de las veces toman las decisiones que los órganos políticos se encargarán de certificar. ¿En qué se basan tales decisiones?

Chesterton¹⁰ dice que "las sociedades modernas son intrínsecamente inseguras, porque se basan en el principio de que todos los individuos actuarán de la misma manera, por diferentes motivaciones... De la misma forma que la mente de cualquier convicto puede alojar el infierno de un crimen completamente único, podría suceder que en la casa o bajo el sombrero de cualquier empleado residente a las afueras habite el limbo de una filosofía completamente original. Puede que el primer individuo sea un completo materialista y considere su propio cuerpo como una horrible máquina capaz de elaborar su propia mente. Quizá oiga sus pensamientos como el que oye el monótono tictac de un reloj. Asimismo, puede que el vecino de al lado sea un adepto de la ciencia cristiana y piense que en cierta forma su propio cuerpo es aún menos corpóreo que su sombra. Tal vez llegue en el sueño de su *delirium tremens* a considerar sus propias extremidades como falsas ilusiones, quizá serpientes en movimiento. El tercer hombre de esa calle posiblemente no sea un adepto de la ciencia cristiana, sino por el contrario, un cristiano. Acaso viva, como dirían sus vecinos, en un cuento de hadas; un cuento secreto, pero sólido, repleto de rostros y presencias de amigos celestiales. El cuarto hombre tal vez sea un teósofo, y casi con seguridad vegetariano. Por último, no veo por qué no he de darme el capricho de que el quinto hombre rinda culto al diablo... Dejando a un lado la cuestión de si este tipo de diversidad resulta útil o no, su unidad no parece sólida. Confiar en que todos los hombres pensarán de manera diferente y, sin embargo, siempre compartirán el mismo modo de actuar, parece una especulación un tanto dudosa. Es como cimentar la sociedad no en una comunión, ni siquiera en una norma tácita, sino en una coincidencia. Cabe la posibilidad de que cuatro hombres se encuentren bajo la misma farola. Uno por haber acudido para pintarla de verde guisante, de acuerdo con un plan

de reforma municipal; otro para leer un breviario bajo su luz, otro para abrazarla con pasión accidental en un arrebató de entusiasmo alcohólico y el último, sencillamente, porque las farolas de color verde guisante son un punto de encuentro visible para reunirse con su novia. Sin embargo, confiar en que los cuatro coincidirán noche tras noche carece de sensatez..."

Los cuatro hombres de la farola representan los gobiernos, partidos, empresas, sociedades, grupos sociales, industrias y profesiones, universidades, sectas y nacionalidades del mundo. Pensemos en los legisladores en el momento de votar unas leyes que afectarán a pueblos remotos y en los hombres de Estado al tomar decisiones. Pensemos también en la Conferencia de Paz que rehízo las fronteras de Europa, en los embajadores destinados en países extranjeros que intentan discernir las intenciones de sus gobiernos y de los gobiernos de esas naciones, en los empresarios que tratan de obtener concesiones en países subdesarrollados, en los editores de los periódicos que exigen la guerra, en los sacerdotes exigiendo a la policía que regule los entretenimientos, en salones de un club en los que deciden sobre una huelga, en una hermandad de costureras preparando el reglamento de las academias, en los nueve jueces que deciden si una ley de Oregón puede estipular las horas de trabajo de las mujeres, en un gabinete reunido para tomar una decisión sobre si reconocer o no un gobierno, en la convención de un partido celebrada para nombrar al candidato y redactar un programa, en 27 millones de votantes metiendo sus papeletas en las urnas, en un irlandés de Cork pensando en un irlandés de Belfast, en la Tercera Internacional planificando la reconstrucción del conjunto de la sociedad humana, en un consejo de administración reunido para analizar las demandas de los empleados, en un estudiante decidiendo en qué carrera matricularse, en un empresario que elabora previsiones sobre la oferta y la demanda para la próxima temporada, en un especulador que predice el rumbo del mercado, en un banquero que decide si conceder o no un crédito a una nueva empresa, en los publicistas, en los lectores de los anuncios... Pensemos en los distintos tipos de estadounidenses pensando en sus nociones sobre "el Imperio Británico", "Francia", "Rusia" o "México" y veremos que no difieren mucho de los cuatro hombres de Chesterton reunidos bajo una farola de color verde guisante.

6

Antes de abordar la jungla de ambigüedades que se deriva de las diferencias innatas existentes entre los hombres, debemos centrar nuestra atención en las extraordinarias diferencias que se dan entre lo que cada uno de nosotros sabemos acerca del mundo¹¹ No dudo que haya diferencias biológicas significativas. Al fin y al cabo somos animales, por lo que sería extraño que no las hubiera. Sin embargo, también somos seres racionales, así que haríamos

algo más grave que frivolar, si nos limitásemos a generalizar comportamientos comparativos sin haber identificado previamente similitudes mensurables entre los entornos que los provocan.

El valor práctico de esta idea reside en que perfecciona las viejas polémicas sobre la naturaleza y la educación, y las características innatas y el entorno. Dicho perfeccionamiento es más que necesario, dado que el pseudoentorno es un híbrido compuesto por "naturaleza humana" y "condiciones". A mi parecer, esto demuestra la inutilidad de exponer opiniones dogmáticas sobre qué es y siempre será el hombre basadas en la observación de sus actos, o sobre cuáles son las condiciones necesarias de la sociedad, ya que no sabemos cómo se comportarían los individuos ante los hechos de la Gran Sociedad. Lo único que de verdad sabemos es cómo se comportan ante lo que en justicia podemos denominar una imagen absolutamente deficiente de la misma. No se puede extraer ninguna conclusión razonable sobre los hombres o la Gran Sociedad en base a evidencias de esa índole.

Ésta será, pues, la clave de nuestra búsqueda. Vamos a suponer que los actos que llevamos a cabo cada uno de nosotros no se basan en un conocimiento directo y certero, sino en imágenes creadas por nosotros mismos o por terceros, de forma que si el atlas mental de un hombre le dijese que la tierra es plana, no navegaría en las proximidades de lo que considerase el borde del planeta, por miedo a caerse. Asimismo, en el caso de que los mapas de todos los Ponces de León que en el mundo han sido hubieran incluido una fuente de la eterna juventud, todos ellos habrían partido en su búsqueda, y si alguien desenterrase un polvo amarillo que presentara el aspecto del oro, durante algún tiempo actuaría como si de verdad hubiese encontrado oro. Observemos, pues, que la forma en que cada uno de nosotros imagina el mundo determina nuestro comportamiento en un momento dado. Sin embargo, no determina lo que conseguiremos, es decir, determina nuestros esfuerzos, sentimientos y esperanzas, pero no los logros o resultados que podamos obtener con ellos. ¿En qué basan sus esperanzas los individuos que proclaman con más fervor su "materialismo" y desprecio hacia los "ideólogos", es decir, los comunistas marxistas? En crear, por medio de la propaganda, un grupo con conciencia de clase. Pero ¿qué es la propaganda, más que el esfuerzo por alterar la imagen ante la que los individuos reaccionan, con el fin de remplazar un modelo social por otro? ¿Acaso la conciencia de clase es algo más que una visión determinada del mundo? ¿Acaso no lo es también, aunque distinta, la conciencia de nación? ¿Es que la conciencia de especie del Profesor Gidding es algo más que la creencia de que somos capaces de reconocer entre la multitud a algunos individuos, a los que identificamos como pertenecientes a nuestra especie?

Si intentásemos explicar la vida social como la búsqueda del placer y la

huida del dolor, no tardaríamos en afirmar que se trata de una visión hedonista. Aun suponiendo que los individuos sí persiguiésemos ambos fines, dicha visión no aclara la cuestión fundamental de por qué creemos que obtendremos placer, si optamos por una acción en vez de otra. ¿Lo aclara quizá la orientación que nos proporciona la conciencia? En ese caso, ¿por qué cada uno de nosotros tenemos una conciencia y no otra? ¿Tal vez se explica por la teoría del interés económico personal? En ese caso, ¿en virtud de qué proceso concebimos nuestros intereses de una forma y no de otra? ¿Quizá en virtud de nuestros deseos de seguridad, prestigio, influencia o lo que vagamente se denomina la realización personal? Entonces, ¿cómo concebimos nuestra seguridad, qué consideramos prestigio, qué entendemos por medios de influencia o en virtud de qué concepto del yo queremos realizarnos? Los términos placer, dolor, conciencia, aprendizaje, protección, mejora y dominio denotan algunas formas de actuación y puede que haya inclinaciones instintivas encaminadas a la consecución de dichos fines. Sin embargo, ninguna interpretación de los fines ni descripción de las tendencias que los persiguen, puede explicar el comportamiento resultante. El simple hecho de que los hombres especulemos acerca de lo divino y lo humano demuestra que nuestros pseudoentornos o representaciones mentales del mundo constituyen un elemento determinante de nuestros pensamientos, emociones y acciones, puesto que si entre la realidad y las reacciones humanas existiese una relación directa e inmediata, en vez de otra indirecta y deducida, no conoceríamos la indecisión ni el fracaso. Además, suponiendo que cada uno de nosotros encajáramos en el mundo de forma tan perfecta como los fetos en el seno materno, Bernard Shaw no habría podido decir que, exceptuando los primeros nueve meses de su vida, ningún ser humano administra sus asuntos tan bien como las plantas.

Por tanto, la mayor dificultad que se debe sortear para adaptar el esquema psicoanalítico al pensamiento político se deriva de dicha relación entre la realidad y las reacciones humanas. Los freudianos analizan la inadaptación de individuos diferenciados en relación a otros individuos y circunstancias concretas. Dan por hecho que si pudieran corregirse los trastornos mentales, no habría confusiones con respecto a la definición obvia de relación normal entre realidad y reacciones, o de haberlas, éstas serían mínimas. Sin embargo, la opinión pública se enfrenta a hechos desconcertantes, indirectos e invisibles que no tienen nada de obvio y se refiere a situaciones que sólo conoce en forma de opiniones. Por otra parte, los psicoanalistas casi siempre suponen que el entorno es cognoscible, o al menos soportable para cualquier mente despejada. Esta suposición constituye el problema de la opinión pública. Por el contrario, los analistas sociales no dan por hecho un entorno fácil de conocer, sino que centran sus estudios en la manera en que concebimos el entorno político, que es mucho mayor, y en la manera en que podríamos concebirlo más acertadamente. Los psicoanalistas analizan la

adaptación a una X a la que llaman entorno, mientras que los analistas sociales analizan una X a la que llaman pseudoentorno.

Naturalmente, éstos siempre estarán en deuda permanente con la nueva psicología, no sólo porque su correcta aplicación nos ayuda enormemente a poner los pies en el suelo, pase lo que pase, sino porque los análisis de sueños, fantasías y racionalizaciones han arrojado mucha luz sobre la forma en que construimos pseudoentornos. Sin embargo, no pueden asumir como suyo el criterio denominado "trayectoria biológica normal"¹² dentro del orden social existente, ni tampoco la trayectoria "libre de represiones religiosas y convencionalismos dogmáticos"¹³ fuera de él. ¿A qué llaman los sociólogos *trayectoria social normal* y *trayectoria libre de represiones y convencionalismos*? El sector conservador, sin duda, asume la primera, mientras que el romántico asume la segunda. No obstante, al hacerlo dan por hecho el mundo en su conjunto. En la práctica están afirmando que la sociedad es o bien el tipo de objeto que corresponde a su idea de lo normal, o bien el tipo de objeto que corresponde a su idea de lo libre. Ambas ideas son meras opiniones públicas, y mientras que los psicoanalistas, al igual que los médicos, quizá las asuman, los sociólogos no pueden tomar el producto de la opinión pública existente por criterios en los que basar sus análisis sobre ella.

7

El mundo que debemos afrontar políticamente queda fuera de nuestro alcance, visión y comprensión. Por tanto, nos vemos en la necesidad de investigarlo, narrarlo e imaginarlo. No somos dioses aristotélicos capaces de contemplar toda la existencia de un solo vistazo, sino el resultado de una evolución, y sólo podemos abarcar una parte de la realidad suficiente para sobrevivir y lo que en la escala del tiempo no constituye más que breves instantes de lucidez y alegría. Sin embargo, hemos inventado formas de ver lo que ningún ojo puede percibir, de escuchar lo que ningún oído puede captar, de pesar moles inmensas y cuerpos microscópicos, y de contar y separar más elementos de los que individualmente podemos recordar. Estamos aprendiendo a ver mentalmente porciones muy vastas del mundo que nunca podremos llegar a observar, tocar, oler, escuchar ni recordar. De forma gradual estarnos construyendo imágenes mentales fiables del mundo que queda fuera de nuestro alcance.

En general denominamos asuntos públicos a los aspectos del mundo exterior que están relacionados con comportamientos desarrollados por terceros y que en alguna medida interfieren con el nuestro, dependen de nosotros o nos interesan. Las imágenes mentales creadas por ellos, las imágenes de ellos mismos, de otros individuos, de sus necesidades, propósitos y relaciones constituyen sus opiniones públicas. Las imágenes que provocan reacciones por

parte de grupos de personas, o de individuos que actúan en nombre de grupos, constituyen la *Opinión Pública* con mayúsculas. Por tanto, a lo largo de los próximos capítulos analizaremos en primer lugar algunas causas de la confusión que las imágenes mentales introducen con frecuencia en la relación existente entre los individuos y el entorno exterior. Dentro de este apartado consideraremos primero los principales factores que limitan nuestro acceso a los hechos. Nos referiremos a la censura artificial, a las limitaciones del contacto social, al breve espacio de tiempo que en términos comparativos podemos emplear diariamente para prestar atención a los asuntos públicos, a las tergiversaciones provocadas por el constante resumen de sucesos en mensajes muy breves, a la dificultad que supone vernos obligados a expresar un mundo complejo empleando un vocabulario reducido y, por último, al miedo a afrontar los hechos que parecen amenazar la rutina establecida de la vida humana.

Tras haber analizado estas limitaciones más o menos externas, nos centraremos en la manera en que la continua aparición de mensajes procedentes del exterior se ve afectada por las imágenes almacenadas en nuestra mente, y por nuestras ideas y prejuicios. Estos tres elementos interpretan y complementan dichos mensajes, además de dirigir nuestra atención en uno u otro sentido y de condicionar nuestra visión. Acto seguido examinaremos la forma en que, a medida que los interpretamos y concebimos, identificamos mentalmente con nuestros propios intereses el número limitado de mensajes, transformados en patrones de estereotipos, que recibimos del exterior. En las siguientes secciones veremos de qué forma las opiniones cristalizan en lo que podemos denominar *opinión pública, voluntad nacional, mentalidad de grupo o propósito social*, como prefiramos.

Las cinco primeras partes constituyen la mitad descriptiva del libro. A continuación analizaremos la teoría democrática tradicional de la opinión pública. El núcleo del argumento consiste en que la democracia en su concepción original nunca afrontó en profundidad el problema que se deriva del hecho de que las imágenes mentales de los individuos no se corresponden automáticamente con el mundo exterior. Por otro lado, la teoría democrática suele ser objeto de críticas por parte de los intelectuales socialistas, por lo que también examinaremos la más moderna y coherente de todas ellas, efectuada por el "socialismo gremial" inglés. Este examen tiene por objeto determinar si esos reformistas han tenido en consideración los problemas más importantes a los que se enfrenta la opinión pública. Llegaremos a la conclusión de que han hecho caso omiso de ellos, tal y como hicieron los primeros demócratas, porque al igual que ellos, sólo que en una civilización mucho más compleja, suponen que en el corazón del hombre existe, en virtud de no se sabe qué procedimiento misterioso, un conocimiento innato del mundo que queda fuera de su alcance.

Aduciremos que, con independencia de cuál sea el proceso de elección de los gobernantes, ni en la industria ni en la política podrán existir gobiernos representativos capaces de ejercer sus funciones con éxito, a menos que exista una organización integrada por expertos independientes que se encargue de hacer inteligibles los hechos desconocidos para los responsables de la toma de decisiones. En consecuencia, argumentaremos que si se aceptase plenamente el principio de que la representación ciudadana debería complementarse con esa representación de los hechos no conocidos, resultaría posible llevar a cabo una descentralización satisfactoria que nos permitiría escapar de la intolerable e inviable ficción de que cada uno de nosotros deberíamos adquirir una opinión competente sobre todos los asuntos públicos. A este respecto sostendremos que el problema de la prensa resulta confuso, porque tanto sus detractores como sus defensores esperan que asuma esta ficción y solucione todo lo que la teoría de la democracia no fue capaz de prever y, por otro lado, los lectores esperan que este milagro ocurra sin que les suponga ningún coste ni molestia. Los demócratas consideran a la prensa la panacea de sus propios defectos, mientras que el análisis de la naturaleza de las noticias y de la base económica del periodismo parece demostrar que los periódicos, inevitablemente y por necesidad, reflejan y por tanto intensifican en mayor o menor grado la organización imperfecta de la opinión pública. Llegaremos a la conclusión de que, para mostrarse atinada, la opinión pública debería ser organizada para la prensa, pero no por la prensa, como sucede en la actualidad. A mi modo de ver, esta organización debería constituir en primer lugar la función de una ciencia política que adoptase el papel de informador en una fase previa a la toma de decisiones, en vez de defender, criticar o informar acerca de decisiones ya tomadas. Trato de señalar asimismo que la perplejidad en que se hallan sumidas la clase empresarial y gobiernos proporciona a la ciencia política esta gran oportunidad, que podría aprovechar para enriquecerse y prestar un gran servicio a la sociedad. Como es natural, espero que estas páginas ayuden a algunas personas a comprender en profundidad dicha oportunidad y, en consecuencia, a perseguirla con más ahínco.

PARTE II: APROXIMACIONES AL MUNDO EXTERIOR

Capítulo 2. La censura y el secretismo

1

La imagen de un general dirigiendo una junta para la redacción de un comunicado durante la fase más crítica de una de las grandes batallas de la historia parece más una escena de la película *The Chocolate Soldier*, que una página de la vida real. Sin embargo, sabemos de primera mano, gracias al oficial que editó los comunicados franceses, que tales reuniones constituían una actividad más de la operación de guerra, y que en los peores momentos de Verdún, el General Joffre y su gabinete se reunieron y discutieron acerca de los sustantivos, adjetivos y verbos que deberían aparecer en los periódicos cada mañana.

"La edición del comunicado de la tarde del 23 (febrero de 1916)", dice de Pierrefeu,¹⁴ "tuvo lugar en circunstancias dramáticas. Berthelot, de la Oficina del Primer Ministro, acababa de telefonar por orden de éste para pedir al General Pellé que cargara las tintas e insistiera en las proporciones del ataque enemigo. Era necesario preparar a los ciudadanos para el peor desenlace, por si acaso sobrevenía la catástrofe. Esta inquietud demostraba sin lugar a dudas que ni el Cuartel General ni el Ministerio de Guerra habían infundido confianza al gobierno. El General Pellé tomaba notas a medida que Berthelot hablaba. Me entregó el papel en que acababa de escribir los deseos del gobierno junto con la orden del día del General von Deimling, que había obtenido de algunos prisioneros. En ésta se afirmaba que este ataque constituía la máxima ofensiva alemana con el fin de garantizar la paz. Manejado con habilidad, todo esto serviría para demostrar que Alemania estaba realizando un esfuerzo gigantesco y sin precedentes, y que confiaba en que su éxito significase el fin de la guerra. La lógica implícita consistía en que nuestra retirada no debería extrañar a nadie. Cuando media hora después bajé con mi manuscrito a la oficina del coronel Claudel, encontré reunidos en su ausencia al general de división, al general Janin, al coronel Dupont y al teniente coronel Renouard. Temiendo que mi artículo no transmitiese con éxito la impresión deseada, el general Pellé había preparado un comunicado él mismo. Leí lo que acababa de redactar y a todos les pareció excesivamente moderado. Por el contrario, el texto del general Pellé parecía demasiado alarmista. Yo había omitido a propósito la orden del día de von Deimling, ya que su inclusión en el comunicado *habría supuesto una ruptura de la fórmula a la que el público estaba acostumbrado* y lo habría convertido en una especie de alegato. Habría equivalido a decir: `¿cómo podéis pensar que seremos capaces de resistir?'

Había motivos para temer que este cambio de tono terminara por confundir al público y hacerle creer que todo estaba perdido. Expliqué mi punto de vista y sugerí la posibilidad de enviar el texto de Deimling a los periódicos como una nota aparte.

En vista de la división de opiniones, el general Pellé pidió al general de Castelnau que acudiese y tomase la decisión definitiva. Este apareció sonriente, relajado y de buen humor, e hizo algunas bromas sobre esta nueva variedad literaria de gabinete de crisis. Por fin leyó ambos textos. Escogió el más sencillo, recalcó la primera frase, intercaló expresiones del tipo 'tal y como se esperaba' que daban al comunicado un toque reconfortante, y se mostró decididamente en contra de incluir la orden del día de Deimling y a favor de enviarlo a la prensa en una nota especial...". Aquella noche el general Joffre leyó el comunicado cuidadosamente y dio su visto bueno.

Al cabo de pocas horas, esas doscientas o trescientas palabras se leerían en todo el mundo. Dibujarían una imagen en la mente de cada hombre acerca de lo que estaba ocurriendo en las laderas de Verdún y, en función de esa estampa, la gente sentiría ánimo o desesperanza. Era necesario que los comerciantes de Brest, los campesinos de Lorena, los diputados del Palais Bourbon y los editores de Amsterdam o Mineápolis mantuviesen la esperanza, pero al mismo tiempo debían prepararse para aceptar una posible derrota sin dejarse llevar por el pánico. Por tanto, se les dijo que la pérdida de posiciones no había sorprendido a los mandos franceses y se les aleccionó para que considerasen la noticia un asunto grave, pero no inesperado. Debemos señalar, no obstante, que el Estado Mayor francés no estaba completamente preparado para afrontar la ofensiva alemana. No se habían cavado trincheras de apoyo ni construido carreteras alternativas; faltaban alambradas. Sin embargo, confesar todo esto habría equivalido a crear una serie de imágenes en la mente de los civiles que sin duda habrían convertido un contratiempo en un desastre. Por muy desilusionado que estuviese, el alto mando siempre podría recobrar su estado de ánimo. Sin embargo, si se les hubiera transmitido la historia completa, tanto los ciudadanos franceses como los extranjeros, sumidos en la incertidumbre y sin la determinación de los profesionales, podrían haber perdido su perspectiva de la guerra a manos de una riña entre facciones a propósito de la capacidad de los oficiales. En consecuencia, en vez de permitir que el público actuase en función de todos los factores que sí conocían los generales, las autoridades sólo presentaron determinados hechos, y sólo de tal manera que pudiesen tranquilizar a la gente.

En este caso, los hombres que diseñaron el pseudoentorno sabían cómo era el entorno real. Sin embargo, unos días después tuvo lugar un incidente sobre el que el Estado Mayor francés no conocía la verdad. Los alemanes anunciaron¹⁵

que la noche anterior habían tomado por asalto Fort Douaumont. En el cuartel general francés de Chantilly nadie pudo comprender la noticia, ya que en la mañana del día 25, después de que se hubiese producido el enfrentamiento del cuerpo de ejército XX, la batalla había dado un vuelco positivo. Las noticias que llegaban del frente no decían nada sobre Douaumont. No obstante, tras efectuarse ciertas averiguaciones quedó demostrado que la noticia alemana era cierta, aunque por el momento nadie sabía cómo se había tomado el fuerte. Mientras tanto, el comunicado alemán estaba dando la vuelta al mundo, por lo que los franceses se vieron en la necesidad de decir algo. El cuartel general, pues, dio explicaciones. "A la vista de que en Chantilly se desconocía la manera en que se había producido el asalto, en el comunicado de la tarde del 26 incluimos un plan de ataque imaginario que tenía una posibilidad entre mil de ser cierto." El comunicado en que se narró esta batalla ficticia decía así: "Alrededor de Fort de Douaumont, posición avanzada de la antigua organización defensiva de Verdún, se está librando una violenta lucha. La posición, tomada esta mañana por el enemigo *después de protagonizar sin éxito varios asaltos que le han costado numerosas bajas*, ha sido alcanzada de nuevo y dejada atrás por nuestras tropas, a las que el enemigo ha sido incapaz de hacer retroceder."¹⁶

El hecho real difería de las versiones dadas a conocer por franceses y alemanes. La verdad es que mientras tenía lugar el replazo de las tropas en el frente, la posición quedó olvidada por causa de algún malentendido relacionado con las órdenes. Como resultado, en el fuerte sólo permanecieron un capitán de batería y un reducido número de hombres. Al ver la posibilidad de tomarlo al asalto, algunos soldados alemanes penetraron en el fuerte e hicieron prisioneros a cuantos había dentro. Más tarde, los franceses que estaban apostados en las laderas de la colina sintieron pánico ante la posibilidad de que les dispararan desde el fuerte. En Douaumont no se libró ninguna batalla ni se contó ninguna baja. Tampoco es cierto que los franceses hubiesen avanzado dejando atrás la posición, como daba entender el comunicado. Es cierto que lo tenían tras de sí en ambos flancos, pero el fuerte estaba en manos del enemigo.

Sin embargo, al leer el comunicado todo el mundo creyó que el fuerte estaba medio rodeado. El texto no lo decía explícitamente, pero "la prensa, como de costumbre, dio pie a la suposición." Los analistas concluyeron que los alemanes no tardarían en verse obligados a rendirse. Al cabo de unos días empezaron a preguntarse por qué la guarnición no se había rendido aún, a pesar de la falta de alimentos. "Hubo que pedirles, a través de la oficina de prensa, que abandonaran el tema del cerco."¹⁷

2

El redactor de los comunicados franceses explica que a medida que la

batalla se iba alargando, sus colegas y él intentaban neutralizar la obstinación alemana insistiendo continuamente en las terribles bajas de su ejército. Debemos recordar que por aquel entonces y hasta finales de 1917, los aliados compartían una visión ortodoxa de la guerra, según la cual el desenlace se decidiría por "atrición". Nadie creía en una guerra de movimientos estratégicos. Se insistía en que ni la estrategia ni la diplomacia importaban. No se trataba más que de matar alemanes. El público general creía más o menos en este dogma, pero así y todo había que recordarlo constantemente para contrarrestar los espectaculares éxitos del ejército alemán.

"Prácticamente no pasaba un solo día sin que los comunicados (...), bajo una, falsa apariencia de imparcialidad, atribuyesen a los alemanes cifras extraordinariamente numerosas de bajas e hiciesen referencia a sacrificios sangrientos, pilas de cadáveres o hecatombes. Asimismo, la radio difundía constantemente las estadísticas suministradas por la oficina de inteligencia de Verdún, cuyo máximo responsable, el comandante Cointet, había inventado un método para calcular las bajas alemanas que sin duda cosechó excelentes resultados. Cada quince días las cifras se incrementaban en aproximadamente cien mil hombres. La eliminación sistemática en todas sus variantes posibles de 300.000, 400.000 o 500.000 víctimas, divididas en bajas diarias, semanales o mensuales, tenía efectos espectaculares. Las fórmulas empleadas apenas se modificaban: `según los prisioneros, los alemanes han sufrido innumerables bajas durante el ataque...'; `es un hecho que las bajas...'; `el enemigo; exhausto por sus numerosas bajas, no ha repetido el ataque...'; etc. Ciertas fórmulas, abandonadas posteriormente debido a su uso excesivo, se repetían todos los días: `bajo el fuego de nuestra artillería y ametralladoras...' u `obligados a retroceder por nuestra artillería y ametralladoras...'. La repetición constante impresionaba a los países neutrales y a la misma Alemania, y ayudaba a crear un escenario sangriento, a pesar de los desmentidos procedentes de Nauen (la radio alemana), que intentaba en vano anular el efecto negativo de tanta insistencia."¹⁸

Las tesis del mando francés, que él mismo intentaba implantar entre el público mediante estos comunicados, fueron formuladas como sigue para orientar a los censores: "Esta ofensiva constituye un ataque contra las fuerzas activas de nuestro oponente, cuyas posibilidades de nuevos reclutamientos se están viendo reducidos. Sabemos que la promoción de 1916 ya está en el frente. Sólo quedan por alistar la promoción de 1917, a la que ya se ha empezado a llamar a filas, y los recursos de tercera categoría (hombres mayores de 45 años o convalecientes). Dentro de pocas semanas, las fuerzas alemanas, agotadas por este esfuerzo, se enfrentarán a las fuerzas aliadas (diez millones contra siete)."¹⁹ Según de Pierrefeu, el mando francés participaba de esta creencia. "En virtud de una extraordinaria aberración de la mente, sólo se veía el desgaste del

enemigo. Parecía como si nuestras fuerzas no se viesen afectadas. El general Nivelles compartía esta visión. En 1917 pudimos ver los resultados."

Hoy sabemos que esto se llama propaganda. Consiste en que un grupo de hombres, capaces de evitar que la gente conozca los hechos de manera directa, manipulan las noticias relacionadas con ellos para adaptarlas a sus propósitos. Por muy patriótico que fuese el propósito en este caso, la definición sigue siendo la misma. Hubo un grupo de hombres que empleó su poder para que los ciudadanos de los países aliados vieran las cosas tal y como ellos querían que se vieran. Las cifras de víctimas del comandante Cointet, difundidas por todo el mundo, fueron propagandísticas. Se idearon con objeto de provocar determinado tipo de inferencia, concretamente que la guerra de desgaste estaba beneficiando a los franceses. No obstante, dicha inferencia no se presentó en forma de argumentos, sino que se derivó de manera casi automática de una imagen mental que mostraba una serie infinita de alemanes masacrados en las colinas próximas a Verdún. Al situar a los muertos alemanes en el centro de la imagen y omitir la mención de los muertos franceses, se logró construir una visión muy especial de la batalla, diseñada para neutralizar las consecuencias del avance alemán y la sensación de poder que su insistente ofensiva estaba generando. Esta visión también tenía por objeto que el ciudadano aprobara la estrategia defensiva basada en la desmoralización que se había impuesto a los ejércitos aliados, puesto que, acostumbrado a la imagen de que la guerra consistía en grandes movimientos estratégicos, ataques por flancos, cercos y rendiciones dramáticas, debía olvidar todo esto y sustituirlo por la terrible idea de que la guerra se ganaría a costa de comparar el número de bajas. En virtud del control que ejercía sobre todas las noticias que llegaban del frente, el Estado Mayor pudo sustituir la información por una visión de los hechos que cuadraba con esta estrategia.

Los estados mayores de los ejércitos, por su situación en el campo de batalla, pueden controlar dentro de unos márgenes amplios lo que el público percibirá. Controlan la selección de corresponsales destinados en el frente, leen y censuran los mensajes que éstos envían desde la línea de fuego y redactan los telegramas. Por otro lado, los gobiernos, en la retaguardia de los ejércitos, refuerzan este control a través del que ellos mismos ejercen en relación a las telecomunicaciones, los pasaportes, la correspondencia, las aduanas y los bloqueos, y lo aumentan mediante su poder legal sobre editores y reuniones públicas, y cómo no, a través de sus servicios de espionaje. Sin embargo, el control del ejército dista mucho de ser perfecto. Esto se debe a que el enemigo también emite sus propios comunicados, que en la era de la radio no podían ocultarse a las naciones neutrales. Por encima de todo, además, no debemos olvidar los relatos de los soldados, que traen las noticias del frente y las difunden mientras están de permiso²⁰. El Ejército es, pues, difícil de manejar, por eso las censuras naval y diplomática suelen resultar mucho más eficaces. En estos dos

casos el número de personas que saben lo que ocurre es muy reducido y sus actos resultan mucho más sencillos de supervisar.

3

Si no se establece algún tipo de censura, la propaganda en el sentido estricto del término resulta imposible. Por consiguiente, es necesario que exista alguna barrera entre el público y los sucesos. El acceso al entorno real debe ser limitado antes de que alguien pueda crear un pseudoentorno que le parezca razonable o deseable. Esto se debe a que cuando los individuos que tienen acceso directo tergiversan lo que ven, nadie más puede decidir cómo deben tergiversarlo, a menos que pueda determinar en qué dirección deben mirar y hacia qué objetos. La censura militar es la variante de barrera más sencilla, pero no la más eficaz, porque sabemos que está ahí y, en cierto modo, es como si lo permitiéramos y pasáramos por alto.

En diferentes épocas y en relación a distintos asuntos, algunos hombres imponen un grado determinado de secretismo que otros consienten. El límite de lo que se oculta, debido a que su publicación no es, como suele decirse, "compatible con los intereses públicos", da paso de manera gradual a lo que se oculta por considerarse que no es de la incumbencia pública. La idea de cuáles son los asuntos privados de cada uno es elástica. Sirva de ejemplo que el importe de la fortuna de un hombre se considera un asunto personal, por lo que las leyes fiscales incluyen cláusulas especiales para mantenerlo tan privado como sea posible. Por el contrario, la venta de una parcela no constituye un asunto privado, pero puede que su precio sí lo sea. Los sueldos y los ingresos suelen considerarse más privados que los jornales y las herencias, respectivamente. Por otro lado, el grado de solvencia económica de cada uno sólo tiene un ámbito de difusión limitado. Los beneficios de las grandes corporaciones se difunden en mayor medida que los de las pequeñas empresas. Algunas conversaciones, como las que tienen lugar entre marido y mujer, abogado y cliente, médico y paciente o sacerdote y creyente, son confidenciales.

Las reuniones de los consejos de administración suelen ser privadas, al igual que muchos encuentros entre políticos. La mayor parte de lo que se dice en las reuniones de gabinete, en las conversaciones entre embajadores y ministros de asuntos exteriores, en las entrevistas privadas o en la mesa a la hora de cenar, se considera privado. Mucha gente opina que los contratos entre empresarios y empleados constituyen una cuestión privada. Hubo una época en que los asuntos de todas las empresas se tenían por algo tan confidencial como lo es hoy en día la fe de cada individuo. Sin embargo, también hubo anteriormente otra época en la que el credo religioso se consideraba una cuestión tan pública como el color de los ojos. Asimismo, también hemos asistido a períodos en los que las

enfermedades infecciosas se tenían por algo tan privado como los procesos digestivos. La historia de la idea de lo privado podría constituir, pues, un relato entretenido. Algunas veces las nociones discrepan profundamente, como sucedió cuando los bolcheviques publicaron los tratados secretos, cuando Hughes investigó a las compañías de seguros o como sucede cuando algún escándalo relacionado con la vida privada de alguien salta de las páginas de las noticias locales a las portadas de los periódicos del señor Hearst.²¹

Pero esas barreras existen con independencia de si los motivos por los que se considera que algo pertenece al ámbito privado nos parecen o no apropiados. Se insiste en el ámbito de lo privado desde todos los rincones del área que denominamos asuntos públicos. Por tanto, suele resultar muy revelador preguntarnos a nosotros mismos por qué medios hemos llegado a conocer los hechos en los que basamos nuestras opiniones. ¿Quién ha visto, escuchado, sentido, cuantificado o mencionado aquello acerca de lo que formamos nuestras opiniones? ¿Quizá el mismo que nos lo ha dicho o el que se lo ha dicho a él, o tal vez ha sido algún otro intermediario? ¿Hasta qué punto se le ha permitido a ese individuo contemplar los hechos? Cuando ese alguien nos informa de que en Francia se piensa esto o aquello, ¿qué parte de Francia ha observado? ¿De qué manera? ¿Dónde estaba cuando lo observó? ¿Con qué franceses ha tenido la oportunidad de hablar, qué periódicos ha leído y de dónde han obtenido éstos la información? Por mucho que nos hagamos estas preguntas, casi nunca podremos responderlas. Sin embargo, nos ayudarán a recordar la distancia que con frecuencia separa nuestra opinión pública de los sucesos a los que se refiere, y este recordatorio constituye en sí mismo un medio de protección.

Capítulo 3. Contacto y oportunidad

1

Aunque la censura y el secretismo interceptan gran parte de la información en su misma fuente de origen, es aún mayor el número de hechos que nunca llegan a ser del dominio público, o llegan a serlo mucho tiempo después. Esto se debe a que existen muchas formas de limitar la circulación de ideas.

La propaganda orquestada por el gobierno durante la guerra nos permite hacernos una idea aproximada del esfuerzo que supone dar a conocer algo a "todo el mundo". Recordemos que cuando los Estados Unidos entraron en combate el conflicto había estallado hacía más de dos años y medio, y que para entonces habían circulado millones y millones de páginas impresas y se habían pronunciado infinidad de discursos. Sin perder esto de vista, consideremos la descripción que hizo George Creel sobre la batalla que libró "por la mente de los individuos y la conquista de sus convicciones", con el fin de "difundir la doctrina del americanismo por todo el planeta:"²²

Creel tuvo que orquestar una maquinaria que incluía una división de noticias. Según nos cuenta, ésta llegó a emitir más de 6.000 comunicados. Tuvo, asimismo, que enrolar a 75.000 *Four Minute Men*²³ encargados de pronunciar al menos 755.190 discursos a un total de más de 300 millones de personas. Dentro de esta organización, los *boy scouts* se encargaron de entregar en mano a las familias estadounidenses copias con acotaciones de las alocuciones del Presidente Wilson. Además, se enviaron publicaciones quincenales a 600.000 profesores, se suministraron 200.000 proyectores de diapositivas para dar conferencias y se hicieron carteles, tarjetas, anuncios para insertar en los periódicos, tiras cómicas, sellos y distintivos a partir de 1.438 diseños diferentes. Las cámaras de comercio, iglesias, hermandades y colegios se utilizaron como canales de distribución. No obstante, la lucha de Creel, a la que esta descripción no hace justicia ni de lejos, no disfrutó de la estupenda organización diseñada por McAdoo²⁴ para la emisión de "Bonos por la Libertad", ni alcanzó el grado de penetración de la propaganda de Hoover sobre los alimentos; ni siquiera de las campañas de la Cruz Roja, la Asociación de Jóvenes Cristianos, el Ejército de Salvación, la Orden de los Caballeros de Colón o la Asociación Judía de Beneficencia, por no mencionar la labor realizada de forma independiente por asociaciones patrióticas como la *League to Enforce Peace*, la *League of Free Nations Association* y la *National Security League*, ni la actividad desplegada por las oficinas de propaganda de los Aliados y de cada nación individual.

A pesar de todo, es probable que se trate del mayor y más intenso esfuerzo jamás realizado por transmitir con rapidez un conjunto relativamente uniforme de

ideas a todos los ciudadanos de un país. El antiguo proselitismo obtenía sus resultados de manera más lenta, aunque quizá más segura, pero en cualquier caso nunca de forma tan generalizada. Ante la necesidad de tomar medidas tan extremas para transmitir una serie de ideas a todos los habitantes de la nación en época de crisis, cabe preguntarse hasta qué punto resultan accesibles los canales de transmisión de información normales para la mente humana. La administración estaba intentando crear lo que prácticamente podría denominarse una opinión pública uniforme en todo el país: y lo consiguió en gran medida mientras duró la guerra. Sin embargo, pensemos en la dureza del trabajo, el despliegue de ingenio, el dineral y el personal que necesitó para lograrlo. En épocas de paz no se acometen empresas como ésta, y, en consecuencia, hay sectores enteros, grupos inmensos, guetos, enclaves y clases que apenas oyen hablar vagamente de gran parte de cuanto sucede.

Los individuos que viven en la rutina, están inmersos en sus propios quehaceres y excluidos de los asuntos de mayor trascendencia, apenas tienen trato con personas ajenas a sus respectivos grupos, y casi no leen. Naturalmente, el turismo y el comercio, el correo, la telegrafía, la radio, el ferrocarril, las autopistas, los barcos, los automóviles y en la próxima generación los aviones, ejercen la máxima influencia con respecto a la circulación de ideas. Todos estos factores inciden, cada cual de forma aún más compleja, en el suministro y calidad de la información y la opinión, y, a su vez, se ven alterados por condicionantes técnicos, económicos y políticos. Por tanto, la circulación de ideas se ve afectada cada vez que un gobierno relaja los controles de pasaportes o las inspecciones aduaneras, inaugura una nueva línea de ferrocarril o un nuevo puerto, establece una nueva línea de transporte de mercancías, sube o baja los tipos de interés, despacha el correo a mayor o menor velocidad, suprime la censura en los telegramas y abarata su precio, o construye, ensancha o mejora las autopistas. Los aranceles y subsidios, por ejemplo, afectan a la administración de las empresas privadas y, por tanto, a la naturaleza de los acuerdos entre personas. En consecuencia, puede suceder, como en el caso de Salem, Massachusetts, que una modificación en el arte de la construcción naval convierta una ciudad que era un punto de convergencia de diversas influencias internacionales en una pequeña, aunque elegante, ciudad provinciana. No todos los efectos inmediatos de la agilización del tráfico son positivos por necesidad. Es difícil afirmar, por ejemplo, que la red de ferrocarril de Francia, centralizada en París, haya constituido una bendición sin desventajas para todo el pueblo francés.

No cabe duda de que los problemas que plantea la estructura de los medios de transporte tienen la mayor importancia. Uno de los aspectos más constructivos del programa de la Sociedad de Naciones fue, precisamente, el análisis del tráfico ferroviario y el acceso al mar. La monopolización de las telecomunicaciones²⁵, puertos, gasolineras, pasos de montaña, canales, estrechos, cursos de ríos,

terminales y mercados supone mucho más que el enriquecimiento de un grupo de empresarios o el prestigio de un gobierno. En realidad supone una barrera para el intercambio de noticias y opiniones. Sin embargo, los monopolios no son el único obstáculo. Los costes y la oferta disponible son todavía más decisivos, puesto que si el coste de viajar o comerciar resulta prohibitivo, o si la demanda de instalaciones excede a la oferta, existirá la misma barrera, aún sin la presencia de monopolios.

El volumen de ingresos de una persona determina en gran medida su capacidad para acceder al mundo más allá de los límites de su barrio. El dinero nos permite superar casi cualquier obstáculo tangible interpuesto entre nosotros y la comunicación, puesto que nos permite viajar, comprar libros y periódicos, y enterarnos de cualquier hecho conocido. Nuestros ingresos personales y los de la comunidad determinan el grado de comunicación posible. Sin embargo, tomamos decisiones relativas a su empleo que condicionan nuestro volumen de información a largo plazo. Por tanto, también existen ciertas limitaciones, que no por ser el fruto de la indolencia o de imposiciones decididas por nosotros mismos, son menos reales que las barreras impuestas por terceros.

2

Parte de la población dedica la mayor parte de su tiempo libre y su dinero a viajar en automóvil y a comparar vehículos, a jugar al bridge y a asistir a debates sobre deporte o política, a ver películas, leer malas novelas y mantener largas conversaciones con la misma gente sobre los mismos temas de siempre con ligeras variaciones. En justicia no puede decirse que sufran los efectos de la censura o el secretismo, la carestía de la vida o las dificultades de la comunicación. Lo que de verdad padecen es su propia anemia; su falta de apetito y curiosidad por el escenario de la vida. El suyo no es un problema de acceso al mundo exterior; hay mundos enteros de cosas interesantes a la espera, pero ellos no tienen la menor intención de explorarlos.

Se mueven, como atados por un ronzal, dentro del mismo círculo inamovible de amistades, de acuerdo con la ley y el credo de su clase social. La oficina, el club y el vagón para fumadores proporcionan a los hombres un círculo de interlocutores más amplio que su círculo social. En el caso de las mujeres, sin embargo, ambos suelen ser prácticamente idénticos. Las ideas convergen en el círculo social procedentes de libros, conferencias y el círculo de interlocutores, y en su seno se clasifican, aceptan, rechazan, juzgan y aprueban. En última instancia, éste es el lugar donde, en cada fase de los debates entablados, se decide qué autoridades y fuentes de información son admisibles y cuáles no.

Nuestro círculo social está integrado por aquellos a los que consideramos

gente en la frase "la gente dice". Son las personas cuya aprobación nos importa más íntimamente. En las grandes ciudades, los círculos sociales de hombres y mujeres con muchos y variados intereses y medios para ir de un lado a otro no se definen de una manera tan rígida. No obstante, incluso en ellas encontramos barrios y grupos de poblaciones en los que se dan círculos sociales autosuficientes. Las comunidades menos numerosas permiten una circulación más libre y una hermandad más genuina durante el tiempo comprendido entre el desayuno y la cena. Sin embargo, casi todos saben a qué círculo pertenecen en realidad y a cuál no.

Normalmente, la marca distintiva de los círculos sociales corresponde a la presuposición de que los hijos pueden llegar a casarse entre sí. Hacerlo fuera del círculo conlleva, como mínimo, un instante de duda antes de que pueda aprobarse el compromiso. Todos los círculos sociales tienen una idea bastante clara acerca de qué posición relativa ocupan en la jerarquía de las clases sociales. Entre círculos pertenecientes a una misma clase social, la asociación resulta sencilla, los individuos son aceptados con rapidez y la hospitalidad es frecuente y espontánea. Por el contrario, entre círculos "superiores" e "inferiores" siempre existe una vacilación recíproca y una ligera sensación de incomodidad, y siempre se tiene conciencia de la diferencia que los separa. En sociedades como la estadounidense, los individuos se mueven con cierta libertad, especialmente cuando no existen barreras raciales y cuando la posición económica cambia tan rápidamente.

No obstante, la posición económica no se determina en función del volumen de ingresos, puesto que la clase social, al menos en el caso de la primera generación, no viene determinada por el dinero, sino por el tipo de profesión, y pueden pasar una o dos generaciones antes de que ésta desaparezca de la tradición familiar. En consecuencia, la banca, la abogacía, la medicina, el sector público, el periodismo, el clero, el comercio al por mayor, la bolsa y la clase empresarial obtienen un valor social distinto que el que se otorga a viajantes, administrativos, técnicos, enfermeras, maestros o comerciantes. Éstos, a su vez, se diferencian dentro de la escala de los fontaneros, conductores, costureras, personal subcontratado o taquígrafos, y éstos de los mayordomos, criadas, operarios o maquinistas. Sin embargo, los ingresos no coinciden necesariamente con esta gradación.

3

Independientemente de cuáles sean sus requisitos de admisión, los círculos sociales no son, una vez constituidos, clases meramente económicas, sino algo que se parece más a clanes biológicos. La afiliación a los mismos está íntimamente relacionada con el amor, el matrimonio y los hijos, o para ser más

exactos, con las actitudes y deseos que todo ello conlleva. Dentro de los círculos sociales, las opiniones confluyen con los cánones impuestos por la 'tradición familiar', la 'respetabilidad', la 'propiedad', la 'dignidad', el 'gusto' y las 'formas'. Estos elementos componen la imagen que cada círculo tiene de sí mismo e inculca con diligencia a sus hijos. Aunque sólo sea de forma tácita, esta imagen reserva sitio suficiente para albergar la versión autorizada de la posición social que cada círculo está llamado a conceder a los restantes. Los círculos más vulgares exigen que se les exprese la deferencia que merecen, mientras que los otros callan, por una cuestión de sensibilidad y decencia, conscientes de la existencia invisible de una deferencia. Esa conciencia, que se manifiesta en el matrimonio, la guerra o los períodos de agitación social, constituye el nexo de un amplio conjunto de inclinaciones a las que Trotter²⁶ agrupó bajo el término general de instinto gregario.

En todos los círculos sociales hay augures, como los personajes de Van der Luydens y Mrs. Manson Mingott en *La edad de la inocencia*²⁷, a los que se considera guardianes e intérpretes de su modelo social. *Serás alguien*, dicen, si *Van der Luvdeus te acepta*. Las invitaciones a sus reuniones sociales constituyen el símbolo por antonomasia del éxito y la posición alcanzados, de la misma forma que el resultar admitido en alguna de las diversas sociedades universitarias, cuidadosamente clasificadas en función de gradaciones universalmente aceptadas, determina quién "es quién en el mundo académico. Estos líderes sociales, que asumen la carga de la suprema responsabilidad eugenésica, poseen una sensibilidad especial. No sólo deben estar cuidadosamente alerta a cuanto pueda favorecer la integridad de su círculo, sino también cultivar un don especial para saber lo que acontece en los demás. Actúan como una especie de ministros de asuntos exteriores. A diferencia de la mayor parte de los miembros del clan, que viven satisfechos dentro del círculo al que a todos los efectos prácticos consideran el mismo mundo, los líderes sociales deben compaginar el conocimiento íntimo de la anatomía de su propio círculo con un agudo sentido de la posición que éste ocupa dentro de la jerarquía de otros círculos.

De hecho, la jerarquía mantiene su cohesión gracias a los líderes sociales. En todos los peldaños de la escala existe lo que casi podríamos denominar un círculo social integrado por los líderes sociales. No obstante, en la medida en que la sociedad mantiene su cohesión por el contacto social, su verdadero nexo de unión en términos verticales es fruto de la existencia de personas excepcionales -a las que con frecuencia se considera sospechosas- que como Julius Beaufort y Ellen Olenska en *La edad de la inocencia* entran y salen de sus respectivos clanes. De esta manera se establecen canales personales de comunicación entre los círculos, a través de los cuales operan las leyes de la imitación. Sin embargo, para muchas personas estos canales no existen. Se tienen que contentar con explicaciones manufacturadas de la sociedad y las películas sobre la vida de la

clase privilegiada. Puede que lleguen a desarrollar una jerarquía social propia, casi imperceptible, como han hecho los hombres de raza negra con respecto al "elemento extranjero", pero dentro de esa masa asimilada que siempre se considera a sí misma la "nación" se produce, a pesar de la gran distancia existente entre los círculos, toda una serie de contactos personales a través de los cuales tiene lugar la circulación de lo que se consideran las normas.

Algunos círculos ostentan una posición tal que se convierten en lo que el profesor Ross denominó "focos generadores de normas convencionales."²⁸ De esta manera, los individuos considerados socialmente inferiores tienden a imitar a los socialmente superiores, los subordinados a quienes ostentan el poder, los menos triunfadores a los más, los pobres a los ricos y el campo a la ciudad. No obstante, la imitación no se detiene en las fronteras nacionales, sino que el círculo social urbano del poder y de la superioridad, integrado por triunfadores y ricos, es fundamentalmente internacional en todo el mundo occidental, y en muchos aspectos Londres constituye su epicentro. Entre sus miembros figuran los individuos más influyentes del mundo, tales como diplomáticos, personajes de las altas finanzas, la elite del ejército y la marina, algunos príncipes de la iglesia, un número reducido de propietarios de los periódicos más destacados, y sus respectivas mujeres, madres e hijas, que empuñan el cetro de invitar o no a alguien. Este centro de poder constituye a la vez un amplio círculo de interlocutores y un verdadero círculo social. No obstante, su importancia obedece a que, en su caso, la diferencia entre asuntos públicos y privados prácticamente se desvanece. Sus asuntos privados son asuntos públicos, y los asuntos de interés público son sus asuntos personales; con frecuencia sus asuntos de familia. Los confines de Margot Asquith, como los de la realeza, pertenecen, como dicen los filósofos, al mismo universo que el discurso, como las leyes arancelarias o los debates parlamentarios.

Este círculo no muestra interés por todas las áreas de gobierno y, al menos en los Estados Unidos, el control que ejerce sobre los gobiernos aumenta o disminuye alternativamente. No obstante, su poder es siempre inmenso cuando se trata de cuestiones relacionadas con la política exterior y, en época de guerra, su prestigio se ve reforzado considerablemente. Esto es bastante lógico, porque estos cosmopolitas gozan de un contacto con el mundo exterior del que carecemos la mayor parte de las personas. Han cenado unos con otros en las principales ciudades del mundo y su sentido del honor nacional no constituye una mera abstracción, sino que es el fruto de experiencias concretas de aprobación o desaire por parte de sus amigos. Al Dr. Kennicott de Gopher Prairie apenas le importa lo que pueda pensar Winston: le importa mucho más lo que pueda pensar su vecina Ezra Stowbody. Sin embargo, a Mrs. Mingott, cuya hija está casada con el conde de Swithin, sus pensamientos le importan en todo momento, tanto cuando acude de visita a casa de su hija como cuando hace los honores al propio

Winston. Ambos personajes son socialmente sensibles, pero mientras que ella es sensible al círculo social que gobierna el mundo, el círculo social de él sólo gobierna en Gopher Prairie. Cuando discute los asuntos que constituyen las relaciones de la "gran sociedad" en sentido más amplio, el Dr. Kennicott suele defender lo que considera puramente su propia opinión. Sin embargo, lo que realmente está defendiendo es la opinión de la alta sociedad, que ha ido filtrándose hasta llegar a Gopher Prairie, experimentando múltiples transformaciones a su paso por los círculos sociales provincianos.

4

No pretendemos improvisar un estudio sobre el tejido social. El análisis anterior sólo aspira a poner de manifiesto hasta qué punto nuestro círculo social condiciona nuestro contacto espiritual con el mundo, intenta sentar cátedra sobre lo que debemos considerar admisible y trata de determinar cómo debemos enjuiciarlo. El círculo social determina, más o menos por sí mismo, los asuntos de su inmediata competencia. Por encima de todo, determina la administración detallada de juicios. Pero éstos se basan en patrones²⁹ que podemos heredar del pasado, o transmitir a, o imitar de otros círculos sociales. El círculo social más alto está integrado por aquellos que encarnan el liderazgo de la `gran sociedad'. A diferencia de los demás círculos sociales, en que la mayor parte de las opiniones que se basan en experiencias de primera mano sólo se refieren a asuntos locales, en esta `cima de la sociedad' las decisiones relativas a la guerra, la paz, las estrategias sociales y la distribución definitiva del poder político constituyen experiencias íntimas de un círculo integrado por quienes, al menos en potencia, se pueden considerar amistades personales.

Nuestra posición y contactos determinan en gran medida lo que vemos, oímos, leemos y experimentamos, así como lo que consideramos lícito ver, oír, leer y conocer, por lo que a nadie debería extrañar que el juicio moral resulte más frecuente que las ideas constructivas. No obstante, para que el pensamiento pueda considerarse verdaderamente eficaz, debe en primer lugar suprimir todo juicio, recuperar una mirada inocente, aclarar los sentimientos y mostrarse curioso y sincero. Siendo la historia del hombre lo que es, la opinión pública en el ámbito de la `gran sociedad' requiere un grado de ecuanimidad desinteresada que prácticamente nadie puede alcanzar por tiempo indefinido. Los asuntos públicos nos importan y nos afectan, pero vivimos inmersos en nuestras vidas privadas. Por otro lado, sólo podemos dedicar un tiempo y una atención limitados a no dar las opiniones por hecho y, además, estamos sujetos a interrupciones constantes.

Capítulo 4. El tiempo y la atención

1

Lógicamente, el volumen de atención que los individuos prestan diariamente a los asuntos públicos sólo se puede estimar de manera aproximada. No obstante, resulta interesante observar las coincidencias que comparten las conclusiones de tres estudios que he tenido la oportunidad de analizar, a pesar de que se llevaron a cabo en diferentes épocas y lugares y empleando una metodología distinta.³⁰

Los profesores Hotchkiss y Franken enviaron un cuestionario a 1.761 estudiantes universitarios de ambos sexos de la ciudad de Nueva York, al que prácticamente todos ellos respondieron. Scott, por su parte, envió otro cuestionario a 4.000 profesionales y ejecutivos destacados de Chicago y obtuvo 2.300 respuestas. Entre el 70 y el 75% de los individuos de ambos grupos afirmó emplear un cuarto de hora diario en leer la prensa. El 4% y algo menos del 8% de los grupos de Chicago y Nueva York, respectivamente, declararon invertir menos de 15 minutos al día, mientras que el 25% y el 17% de ambos grupos, respectivamente, afirmaron lo contrario.

Muy pocas personas son capaces de calcular 15 minutos exactos, por lo que estas cifras no deben tomarse al pie de la letra. Por otro lado, los ejecutivos, profesionales y estudiantes universitarios tienden a ocultar el tiempo que dedican a leer la prensa cuando les parece excesivo, quizá porque les gusta dar a entender que son capaces de hacerlo con rapidez. Por tanto, la única conclusión objetiva que podemos extraer es que más del 75% de los individuos de los grupos seleccionados calculó que dedicaba un tiempo más bien breve a leer las noticias impresas relativas al mundo exterior.

Estos resultados están corroborados por una prueba menos subjetiva. En el estudio de Scott se preguntaba al grupo de Chicago el número de periódicos que leía diariamente, y se averiguó que el 14% sólo leía 1 periódico, el 46% leía 2 periódicos, el 21 % leía 3 periódicos, el 10% leía 4 periódicos, el 3% leía 5 periódicos, el 2% leía 6 periódicos y el 3% leía todos los periódicos (que eran 8 cuando se llevó a cabo el estudio).

Los individuos que afirmaban leer entre dos y tres periódicos suman el 67% del total. Este porcentaje se aproxima bastante al 71% que declaró dedicar 15 minutos diarios a la lectura de noticias. Por último, el porcentaje de ávidos lectores que declararon hojear entre 4 y 8 periódicos diariamente coincide con el 25% que manifestó dedicar más de 15 minutos diarios a esta actividad.

2

La distribución del tiempo es aún más difícil de calcular. A los estudiantes universitarios se les pidió que enumeraran "las cinco cosas que más les interesaban". Sólo un porcentaje interior al 20% respondió que las "noticias generales", menos del 15% se decantó por los editoriales, un poco menos del 12% eligió las "noticias políticas" y algo más del 8% las noticias financieras. A pesar de que aún no habían transcurrido dos años desde el armisticio, apenas superaba el 6% el segmento que manifestaba que lo que más le interesaba eran las noticias internacionales. El 3,5% señaló las noticias locales, casi el 3% las noticias relacionadas con el mundo empresarial y el 0,25% las relacionadas con el trabajo. Un grupo reducido declaró que entre lo que más se fijaba figuraban los deportes, los artículos especiales, las páginas de espectáculos, los anuncios, las tiras cómicas, las críticas literarias, la "ecuanimidad", la música, el "tono ético", las noticias de sociedad, la brevedad, el arte, los relatos, quiénes eran los periodistas, las noticias sobre la educación, las "noticias de actualidad" y la calidad de impresión. Dejando estas cuestiones a un lado, aproximadamente el 67,5% del total se interesaba por las noticias y artículos de opinión relacionados con los asuntos públicos.

Este grupo era mixto. Las mujeres demostraban más interés que los hombres por las noticias generales, internacionales, locales y políticas, así como por los editoriales, el teatro, la música, el arte, los relatos, las tiras cómicas, los anuncios y el "tono ético". Los hombres, por su parte, se decantaban por las noticias financieras, los deportes, las noticias relacionadas con el mundo empresarial, la "ecuanimidad", y la "brevedad". Estas diferencias corresponden con excesiva exactitud a los ideales de lo que se considera culto, moral, viril y crucial para no ser consideradas sospechosas de falta de objetividad. No obstante, coinciden bastante con las respuestas proporcionadas por el censo de Chicago de Scott, integrado por ejecutivos y profesionales. A éstos no se les preguntaba qué consideraban más importante, sino en qué basaban sus preferencias a la hora de elegir un periódico u otro. Casi el 71% afirmó que sus preferencias conscientes se basaban en las noticias locales (17,8%), políticas (15,8%), financieras (11,3%), internacionales (9,5%) y generales (7,2%), y en los editoriales (9%). El otro 30% manifestó preferencias que nada tenían que ver con los asuntos públicos. Este grupo dio respuestas tan variadas como el "tono ético" (casi el 7%) y el humor (el 0,5%).

¿Qué relación existe entre las preferencias de los lectores y el espacio que los distintos periódicos dedican a cada sección? Lamentablemente carecemos de datos relativos a los periódicos leídos por los grupos de Chicago y Nueva York cuando se efectuaron las encuestas. Sin embargo, disponemos de un análisis

interesante efectuado por Wilcox hace algo más de veinte años. Este análisis, que incluyó el estudio de 110 periódicos de 14 grandes ciudades, lleva a cabo una clasificación por temas de más de 9.000 columnas.

Esta clasificación, extrapolada a todo el país, concluye que el espacio de los periódicos se distribuye de la siguiente manera:

- I. Noticias, 55,3%:
 - a) Noticias de guerra, 17,9%
 - b) Noticias generales, 21,8%:
 - Internacionales, 1,2%
 - Políticas, 6,4%,
 - Crímenes, 3,1%
 - Varias, 11,1%
 - c) Noticias especiales, 15,6%:
 - Ámbito empresarial, 8,2%
 - Deportes, 5,1%
 - Sociedad, 2,3%
- II. Ilustraciones, 3,1%
- III. Literatura, 2,4%,
- IV. Opinión, 7,1%:
 - a) Editoriales, 3,9%
 - b) Cartas e intercambios, 3,2%
- V. Anuncios, 32,1%.

Para establecer comparaciones razonables en base a esta clasificación, debemos prescindir del espacio concedido a los anuncios y calcular los porcentajes de nuevo, dado que éstos sólo ocupan una parte mínima de las preferencias conscientes de ambos grupos. Personalmente considero razonable ignorarlos, ya que los periódicos imprimen todos los anuncios que pueden,³¹ mientras que el resto de las secciones se diseñan conforme al gusto de los lectores. En consecuencia, la clasificación final sería:

- I. Noticias, 81,4+%:
 - a) Noticias de guerra, 26,4-%
 - b) Noticias generales, 32,0+%:
 - Internacionales, 1,8-%
 - Políticas, 9,4+%
 - Crímenes, 4,6-%
 - Varias, 16,3+%
 - c) Noticias especiales, 23,0-%:
 - Ámbito empresarial, 12,1-%
 - Deportes, 7,5+%
 - Sociedad, 3,3-%,
- II. Ilustraciones, 4,6-%
- III. Literatura, 3,5+%
- IV. Opinión, 10,5-%:
 - a) Editoriales, 5,8-%
 - b) Cartas, 4,7+%.

Si sumásemos los porcentajes de esta nueva clasificación correspondientes a todas las categorías que se pueden considerar relacionadas con los asuntos públicos, es decir, noticias de guerra, internacionales, políticas, noticias varias, noticias relacionadas con el mundo empresarial y artículos de opinión, tendríamos que en 1900 el 76,5% del espacio impreso se dedicaba a estos asuntos. Observemos que este porcentaje es comparable con el 70,6% de los hombres de finanzas de Chicago que en 1916 basó sus preferencias por uno u otro periódico en esta categoría, así como con el 67,5% de los estudiantes de Nueva York que en 1920 señaló que esto era lo que más les interesaba.

Todo ello parece demostrar que entre 1916 y 1920 los gustos de los ejecutivos y estudiantes universitarios de las grandes ciudades correspondían más o menos con lo que la media de los editores consideraba apropiado a 20 años atrás. Desde entonces el número de categorías se ha incrementado, al igual que la tirada y la extensión de los periódicos. Por tanto, si pudiésemos obtener respuestas objetivas a fecha de hoy por parte de grupos más representativos que los estudiantes universitarios o los profesionales, veríamos que el tiempo de

lectura y el espacio físico dedicados a las noticias relacionadas con los asuntos públicos se ha reducido. Por el contrario, comprobaríamos que el lector medio dedica más de 15 minutos a leer la prensa y que, a pesar de que con respecto a hace 20 años se ha reducido el espacio físico que proporcionalmente se dedica a los asuntos públicos, el espacio total se ha incrementado. Estas cifras no nos permiten extraer grandes conclusiones, pero sí concretar algo más nuestra noción del esfuerzo que día a día debemos realizar para adquirir información con la que alimentar nuestras opiniones. Naturalmente, los periódicos no constituyen el único medio disponible para obtenerla, pero sí el más importante. Las revistas, los debates públicos, la iglesia, los mítines políticos, las reuniones sindicales, los clubes de mujeres, los nodos, etc., complementan la labor de la prensa. Sin embargo, sumando las estimaciones más optimistas relativas a todas las fuentes de información posibles, obtenemos que el tiempo de exposición directa a la información relativa a los entornos que no conocemos es muy breve.

Capítulo 5. Velocidad, palabras y claridad

1

La transmisión de información relativa a entornos que desconocemos se efectúa fundamentalmente a través de palabras. Los reporteros envían las noticias a los diarios, bien por radio o mediante cablegramas y éstos, a su vez, preparan la información antes de imprimirla. La telegrafía resulta cara y, por otro lado, el número de instalaciones disponibles suele ser escaso. Por tanto, las noticias de prensa suelen enviarse codificadas. De esta manera, un despacho que dijese: "Washington, D.C., 1 de junio. — Los Estados Unidos dan por concluido el asunto del embargo de mercancía alemana llevado a cabo en el país al inicio de las hostilidades", podría transmitirse por cable de la siguiente forma: "Wash 1. Los Est Udos dan por concldo el asnto del embrgo de mercncía alemn llevdo a cabo en el país al inicio de las hostliddes" ³²

Asimismo, un despacho que dijese:

'Berlín, 1 de junio. — Al explicar el programa del gobierno ante el parlamento, el canciller Wirth ha dicho en el día de hoy que 'la reconstrucción y la reconciliación constituirán la clave de la nueva política del ejecutivo.' Añadió que el gabinete está decidido a que el desarme no se convierta en una oportunidad para que los Aliados impongan sanciones adicionales", podría transmitirse por cable de la siguiente forma: "Berlín 1. Al explicr el progrm del gobno ante el parlmnto, el canller Wirth ha dicho en el día de hoy que com la reconstrccn y la reconciliacn consttran la clave de la nuev pol del ejes. Añdó que el gabnt está decdd a que el dsrme no se cnvrta en una oprtndd para que los Alids impng sncnes adcnles."

En este segundo caso, la información se ha seleccionado a partir del contenido de un largo discurso pronunciado en lengua extranjera y a continuación se ha traducido, codificado y descodificado. Los operadores transcriben los mensajes a medida que los reciben y tengo entendido que los mejores pueden escribir quince mil o incluso más palabras durante una jornada de ocho horas, incluyendo la media hora que tienen para comer y dos descansos de diez minutos.

2

Con frecuencia se reducen a pocas palabras sucesiones completas de hechos, pensamientos, sentimientos, y consecuencias. Sirva de ejemplo el siguiente despacho: "Washington, 23 de diciembre. — La Comisión Coreana ha hecho público aquí en el día de hoy un comunicado en el que acusa a las

autoridades militares japonesas de haber cometido hechos más 'terroríficos y sangrientos' que ninguno de los sucesos ocurridos en Bélgica durante la guerra. La Comisión afirmó que esta declaración está basada en informes verídicos enviados desde Manchuria."

En este despacho leemos que una serie de testigos, cuyo grado de ecuanimidad desconocemos, alude a los autores de ciertos "informes verídicos". Estos, a su vez, han transmitido dichos informes a una comisión, reunida a más de 5.000 km. de distancia, encargada de preparar una versión de los mismos, probablemente mucho más larga, para su publicación. A partir de esta versión, un corresponsal ha redactado un despacho de menos de 10 cm. de longitud. Para ello ha tenido que resumir el significado del comunicado de tal forma que el lector pueda determinar el grado de credibilidad que merece la noticia.

No parece probable que ningún maestro supremo del estilo pueda condensar en cien palabras todos aquellos elementos que en toda justicia exigiría lo que sucedió en Corea a lo largo de varios meses. Esto se debe a que el lenguaje no es el vehículo perfecto para transmitir significados. Las palabras, al igual que las divisas, se cambian una y otra vez para evocar un conjunto de imágenes hoy y otro distinto mañana. No sabemos con certeza si una misma palabra puede evocar en los lectores exactamente la misma idea que evoca en la mente de los reporteros. En teoría, si todos los hechos y relaciones tuviesen nombres únicos que hubiésemos acordado entre todos, la comunicación sin malentendidos resultaría posible. Las ciencias exactas constituyen una aproximación a este ideal, y a esto se debe, al menos en parte, que la investigación científica sea la forma de cooperación internacional más efectiva de todas.

El vocabulario humano resulta exiguu en comparación con el número de ideas que queremos expresar y, como dijo Jean Paul, el lenguaje es un diccionario de metáforas descoloridas³³. Por tanto, ni los periodistas cuando se dirigen a medio millón de lectores acerca de los cuales sólo se han formado una idea borrosa, ni los oradores cuyas palabras se transmiten a ciudades remotas y al extranjero, pueden confiar en que al menos unas cuantas frases conserven toda la carga de su significado. "Las palabras de Lloyd George, mal comprendidas y mal difundidas," dijo M. Briand ante la Cámara de los Diputados,³⁴"parecieron transmitir a los pangermanistas la idea de que había llegado la hora de empezar algo." Cada vez que el primer ministro británico de turno se dirige en inglés a todo un mundo pendiente de su discurso, transmite a todo tipo de personas el significado que para él tienen sus propias palabras, pero éstas, a su vez, comprenden lo que dichas palabras significan para cada una de ellas. Con independencia de la riqueza o sutileza de su discurso, o mejor dicho, cuanto más rico y sutil sea lo que tiene que decir, su significado variará más a

medida que sea traducido a un lenguaje estándar y posteriormente difundido de nuevo entre mentes extranjeras.³⁵

Es posible que entre el público que le observe haya millones de individuos que apenas sepan leer y varios millones más que aunque sí sepan, no comprendan lo que leen. Supongamos que más de las tres cuartas partes de los que saben leer y además comprenden lo que leen, dedicasen media hora diaria a la lectura. Para ellos, las palabras adquiridas por este medio constituirán la clave de todo un universo de ideas, en base al cual decidirán en última instancia una serie de votos de consecuencias desconocidas. Las ideas que permitimos evocar a las palabras que leemos constituyen por necesidad la mayor parte de la información original sobre la que basamos nuestras opiniones, pero el mundo es muy grande, las situaciones que nos afectan son complejas y el número de mensajes que nos llega es escaso, por lo que no nos queda más remedio que basar la mayor parte de nuestras opiniones en la imaginación.

Cuando empleamos la palabra "México", ¿qué imagen evocamos en la mente de cada habitante de Nueva York? Probablemente una composición de arena, cáctuses, pozos petrolíferos, latinos, indios bebedores de ron, y rancios y poderosos terratenientes cascarrabias con poblados bigotes, o quizá un idílico campesinado al estilo de Jean Jacques, invadido por la industrialización contaminante y luchando por los derechos humanos. ¿Qué evoca la palabra "Japón"? ¿Quizá una inmensa horda de hombrecillos amarillos y ojos rasgados, rodeada de peligros, esposas, abanicos, samuráis, banzáis, arte y cerezos en flor? ¿Y el término "residente extranjero"? Según las respuestas dadas en 1920 por un grupo de estudiantes universitarios de Nueva Inglaterra, esta expresión significa lo siguiente:³⁶

"Alguien hostil a los Estados Unidos." "Alguien contrario al gobierno."
"Alguien que pertenece al bando contrario." "Ciudadanos de países enemigos."
"Extranjeros en guerra." "Extranjeros que intentan causar daño al país en el que están" "Enemigos procedentes de países extranjeros" "Personas en contra de algún país" Etc... Sin embargo, la expresión "residente extranjero" es un término legal de una exactitud poco usual, mucho más exacto que palabras como soberanía, independencia, honor nacional, derechos, defensa, agresión, imperialismo, capitalismo y socialismo, en relación a las cuales no tenemos ningún reparo en declararnos "a favor" o "en contra."

3

La lucidez mental consiste en la capacidad de disociar analogías superficiales, reparar en las diferencias y percibir la variedad. Es una facultad relativa. Podemos apreciar notables diferencias entre la lucidez de, por ejemplo,

un bebé recién nacido y un botánico en el momento de examinar una flor. Los recién nacidos apenas aprecian una ligera diferencia entre sus propios dedos, el reloj de su padre, la lámpara que hay sobre la mesa, la luna en el cielo y una edición de color amarillo brillante de Guy de Maupassant. Cabe señalar que muchos miembros del *Union League Club* no aprecian diferencias notables entre demócratas, socialistas, anarquistas y ladrones, mientras que los anarquistas más sofisticados perciben todo un universo de disensiones entre Bakunin, Tolstoi y Kropotkin. Estos ejemplos demuestran hasta qué punto puede resultar difícil definir con exactitud la opinión pública de los recién nacidos acerca de Maupassant, o del *Union League Club* acerca de los demócratas.

Los individuos que se limitan a montar en los automóviles de terceros quizá no puedan distinguir más allá de un Ford, un taxi y un automóvil. Sin embargo, si esos mismos sujetos se comprasen y condujesen su propio vehículo, es decir, si proyectaran su libido hacia los automóviles, como dicen los psicoanalistas, serían capaces de describir las diferencias existentes entre diversos carburadores con sólo mirar la parte trasera de un coche aparcado a una calle de distancia. A esto se debe que a menudo nos sentimos aliviados cuando la conversación se deriva de "temas generales" a nuestras aficiones personales; es como pasar del paisaje que vemos pintado en el salón al campo de labranza que hay fuera de casa; o como regresar al mundo tridimensional después de habernos introducido en el retrato de la respuesta emotiva dada por un pintor ante lo que, en virtud de su propia memoria distraída, imagina que ha visto.

Ferenczi dice que todos identificamos fácilmente dos cosas que son similares sólo en parte³⁷, aunque los niños en mayor medida que los adultos, y las mentes primitivas o paralizadas de forma más inmediata que las maduras. El conocimiento, tal y como surge en los recién nacidos por vez primera, parece ser una mezcla ingobernable de sensaciones. Los bebés carecen del sentido del tiempo y apenas tienen sentido del espacio. Son capaces de agarrar una vela con la misma confianza con la que buscan el pecho materno, y en un primer momento casi con la misma expectación.

Las funciones se definen a sí mismas sólo de manera gradual. A los ojos de la inexperiencia total, el nuestro es un mundo coherente e indiferenciado, en el que, tal y como señaló alguien de una escuela filosófica, todos los hechos nacen libres e iguales. Esos hechos que en el mundo encajan a la perfección, no se han diferenciado aún de los que, según sucede, en la corriente de la conciencia se dan por separado.

En un principio, dice Ferenczi, los bebés obtienen algunas de las cosas que desean mediante el llanto. Este es "el período de la omnipotencia mágica y alucinatoria." En una segunda fase, los niños señalan las cosas que quieren y alguien se las da. Esta es la etapa de la "omnipotencia auxiliada por gestos

mágicos." Más tarde, los niños aprenden a hablar, de manera que piden lo que desean y en parte lo consiguen. Esta tercera fase es el "período de pensamientos y palabras mágicas." Cada una de estas etapas puede persistir en determinadas situaciones, aunque de manera solapada y visible sólo en algunos momentos, como por ejemplo en las insignificantes e inofensivas supersticiones de las que sólo unos pocos están totalmente libres. El éxito parcial obtenido en cada una de ellas tiende a estimular el desarrollo de las otras. Muchos individuos, partidos e incluso naciones casi nunca parecen trascender la organización mágica de la experiencia. No obstante, de la mano de los sectores más avanzados de los pueblos más desarrollados, el método de ensayo y error ha dado lugar, después de repetir innumerables fracasos sucesivos, a la invención de nuevos principios. Así hemos aprendido que la luna no se mueve por más que se aülle, de la misma forma que las cosechas no surgen de la tierra gracias a las fiestas de la primavera y a las mayorías republicanas, sino por la acción de la luz del sol, la humedad, las semillas, los fertilizantes y el cultivo.³⁸

Aun reconociendo que el valor de las categorías de respuestas propuestas por Ferenczi es meramente esquemático, consideramos crucial la facultad de discriminar entre percepciones rudimentarias y analogías vagas. La capacidad de llevar a cabo dicha discriminación se ha estudiado en entornos artificiales creados en laboratorios.³⁹ La Asociación de Estudios de Zúrich indica claramente que cuando se sufre fatiga mental, aunque sea ligera, cualquier problema interno que afecte a la atención o una sola distracción externa, "rebaja" la calidad de la respuesta. Un ejemplo de una respuesta de calidad muy "baja" sería la asociación onomatopéyica "cat-hat", es decir, reaccionar al sonido y no al sentido de la pregunta-estímulo. Uno de los tests efectuados, por ejemplo, muestra un incremento de las asociaciones onomatopéyicas del 9% en la segunda serie de cien reacciones. Estas asociaciones pueden considerarse prácticamente como repeticiones, por lo que se consideran una forma de analogía muy primitiva.

4

Si las condiciones relativamente simples creadas en laboratorios pueden rebajar la capacidad de discriminación, aun siendo más sencillas que en la vida urbana, ¿qué efectos provocará ésta? En los laboratorios, el grado de fatiga es apenas suficiente y la distracción más bien insignificante. Por otro lado, la intensidad de ambos factores depende de la atención y falta de suficiencia del sujeto. Si el compás de un metrónomo puede mermar nuestra capacidad mental, ¿de qué manera afectarán a nuestros juicios políticos, basados en noticias de prensa leídas a bordo del metro o el tranvía, las ocho o doce horas de ruido, olores y temperaturas elevadas que soportarnos en el interior de las fábricas? ¿Y el transcurrir de los días que pasamos entre el golpeteo de las máquinas de

escribir, los timbres del teléfono y el estruendo de los portazos? ¿No son gritos todo lo que escuchamos en el bullicio? ¿No brillan como letreros luminosos todos los objetos que logramos distinguir entre el resplandor general? La vida en la ciudad carece de soledad, silencio y paz. Las noches son ruidosas y brillantes. Los habitantes de las grandes ciudades viven asaltados por ruidos que no cesan, ora violentos e irregulares, ora acompasados por ritmos inacabados, y siempre interminables e implacables. En la era moderna de la industrialización, el pensamiento transcurre en un mar de ruido, por lo que si sus discriminaciones nos parecen con frecuencia elementales y simples, parte de la culpa debemos achacársela a éste. Los pueblos soberanos determinan la vida, la muerte y la felicidad en condiciones bajo las que el ejercicio de pensar resulta imposible, como lo demuestran por igual la experiencia y los experimentos. "La insufrible carga del pensamiento" nos agobia cuando las condiciones lo vuelven opresivo. Sin embargo, pensar resulta tan estimulante como bailar, y es igual de natural.

Todos aquellos cuya profesión consiste en el ejercicio del pensamiento saben que todos los días necesitan aislarse del ruido por espacio de unas horas. No obstante, en el tobogán al que elogiosamente llamamos civilización, los ciudadanos desempeñan el peligroso arte de gobernar en las peores condiciones posibles. El atisbo de esta verdad ha inspirado un movimiento que defiende la reducción de la jornada laboral, la ampliación de las vacaciones y la incorporación de aire, fulgor, orden, luz natural y dignidad al interior de fábricas y oficinas. Sin embargo, estas reivindicaciones apenas constituyen el primer paso para mejorar la calidad intelectual de nuestra vida. Mientras tantos trabajos sigan resultando tan interminables y consistan en rutinas que no aportan incentivos a los trabajadores, éstos se verán inmersos en una especie de automatización limitada al empleo de un conjunto de músculos con arreglo a un patrón único y monótono. Por consiguiente, toda su vida tenderá hacia un automatismo en el que nada se diferenciará especialmente de ninguna otra cosa, a menos que se anuncie con bombo y platillo.

Mientras durante el día e incluso la noche estén físicamente presos entre la multitud, su atención vacilará y se relajará. Como resultado, se debilitará y será incapaz de definir con nitidez, debido a que sufrirá toda clase de molestias dentro de un hogar que necesitaría funcionar como válvula frente al aburrimiento provocado por el trabajo, la presencia de hijos chillones, aseveraciones estridentes, comida indigesta, atmósfera enrarecida y decoraciones asfixiantes.

Puede que excepcionalmente entremos en algún edificio tranquilo y espacioso, acudamos al teatro, donde el arte escénico moderno ha logrado suprimir las distracciones, o salgamos al mar o a algún otro lugar balsámico. Entonces recordaremos hasta qué punto la vida urbana de nuestra época se ha convertido en algo desordenado, caprichoso, banal y ruidoso, y comprenderemos

por qué nuestras confusas mentes se apoderan de tan poca cosa y con tan poca precisión, por qué se encuentran atrapadas y sacudidas en una especie de tarantella formada por titulares y frases pegadizas, y por qué tan a menudo se muestran incapaces de discriminar las cosas o discernir identidades, a pesar de la existencia de diferencias palpables.

5

No obstante, nuestro desorden interno complica aún más este desorden externo. Diversos experimentos demuestran que los denominados conflictos emocionales afectan a la velocidad, exactitud y calidad intelectual de las asociaciones. Si medimos la velocidad de las respuestas dadas ante series de cien estímulos que contengan palabras neutras y malsonantes, apreciaremos variaciones de entre 5 y 32 medias décimas de segundo, y quizá incluso se produzca la falta total de respuestas.⁴⁰ Lógicamente, nuestra opinión pública está en contacto permanente con complejos de todo tipo; ambiciones, intereses económicos, animosidades personales, prejuicios raciales, sentimientos de clase y todo lo que nos podamos imaginar. Todos estos factores distorsionan de muy diversas maneras lo que leemos, pensamos y decimos, así como nuestro comportamiento.

Por último, debemos tener en cuenta que las opiniones no proceden exclusivamente de lo que podemos considerar "miembros normales" de la sociedad, dado que el poder se convierte en una mera cuestión de cifras cuando depende de resultados electorales, propaganda o número de discípulos, lo que reduce aún más la calidad de la atención del conjunto de la opinión. La masa de individuos totalmente analfabetos, lentos de entendimiento, extremadamente neuróticos, desnutridos y frustrados es considerable, de hecho hay motivos para creer que es mucho mayor de lo que solemos suponer. Por consiguiente, los estímulos que presentan el mayor grado de difusión popular van dirigidos a individuos carentes de vitalidad, personas de mentalidad estrecha, gente que mentalmente puede compararse con un niño o con un bárbaro, individuos cuyas vidas son como ciénagas de enredos y sujetos cuyas experiencias personales no incluyen ni un sólo factor relacionado con el objeto del debate. Todos ellos frenan la corriente de la opinión pública en remolinos de malentendidos, en los que se decolora por la acción de prejuicios y analogías exageradas.

Los "estímulos mayoritarios" toman en consideración la calidad de la asociación y van dirigidos a las sensibilidades más comunes. Los estímulos "minoritarios" o "especiales", por el contrario, van dirigidos a las sensibilidades menos frecuentes. Ahora bien, un mismo individuo enfrentado a estímulos diferentes o a un mismo estímulo administrado en distintas épocas, puede dar respuestas que presenten diversos grados de calidad. La sensibilidad humana

es como un país montañoso. En ella podemos encontrar cumbres solitarias, amplias mesetas distanciadas entre sí y estratos profundos que se extienden sin apenas interrupciones y son comunes a casi toda la humanidad. Por tanto, los mismos individuos cuya sensibilidad alcanza la atmósfera enrarecida de cumbres en las que se perciben diferencias exquisitas entre Frege y Peano o entre los primeros y los últimos períodos de Sassetta, quizá sean republicanos acérrimos a otras altitudes del estímulo, y tal vez cuando pasen frío y estén asustados no se distingan de ninguna otra persona en sus mismas circunstancias. Por consiguiente, no es de extrañar que las revistas de mayor tirada prefieran el rostro de una hermosa mujer a cualquier otra marca comercial: un rostro lo suficientemente hermoso para seducir, pero lo suficientemente inocente para considerarse aceptable. Esto se debe a que el "nivel psíquico" en el que actúan los estímulos determina la magnitud numérica del público potencial.

6

En consecuencia, la acción de la censura y los límites impuestos por el ámbito de lo privado a las fuentes de información, las barreras físicas y sociales en el otro extremo de la cadena, y un escaso grado de atención, la pobreza del lenguaje, las distracciones, constelaciones inconscientes de sentimientos, el desgaste natural, la violencia, la monotonía, etc., desvirtúan el entorno al que se refiere nuestra opinión pública. Estas limitaciones que condicionan nuestro acceso a dicho entorno, junto con la oscuridad y complejidad de los hechos, reducen la claridad y ecuanimidad de nuestras percepciones, convierten ficciones engañosas en ideas viables y nos impiden controlar adecuadamente a quienes conscientemente se esfuerzan por inducirnos a error.

PARTE III: LOS ESTEREOTIPOS

Capítulo 6. Los estereotipos

1

Cada uno de nosotros vivimos y trabajamos en una porción mínima de la superficie terrestre, nos movemos dentro de un pequeño círculo de amistades y sólo con algunos de nuestros conocidos mantenemos un cierto grado de intimidad. De los acontecimientos públicos más trascendentales sólo vemos en el mejor de los casos una fase y un aspecto, igual que sus eminentes protagonistas, que "desde dentro" se encargan de redactar tratados, elaborar leyes y dictar órdenes, y que aquellos en cuyo nombre actúan. Sin embargo, nada puede evitar que nuestras opiniones abarquen más espacio, tiempo y cosas de los que podemos observar directamente. Por tanto, nuestras opiniones son la reconstrucción de lo que otros han narrado y nosotros nos hemos imaginado.

En realidad, ni siquiera los testigos son capaces de rememorar imágenes fieles de las escenas vividas.⁴¹ La experiencia demuestra que ellos mismos añaden a cada escena elementos que más tarde se encargarán de suprimir, y con bastante frecuencia toman por meros testimonios lo que en realidad son verdaderas transfiguraciones de lo sucedido. Parece que sólo unos pocos hechos presentes en nuestra conciencia nos han sido dados por completo, mientras que la mayoría es en parte fruto de nuestra invención. Por tanto, los testimonios son el producto de la acción conjunta del que sabe y lo sabido, y en ellos el papel del observador es siempre selectivo y, por norma general, creativo. Los hechos vistos dependen de nuestra situación y de los hábitos de nuestra mirada.

Las escenas que no nos resultan familiares son como el mundo visto a través de los ojos de los recién nacidos: "una gran confusión bulliciosa y radiante"⁴² Esta es la manera, según John Dewey⁴³ en que los adultos tropiezan con las novedades, siempre que éstas sean verdaderamente nuevas y extrañas. "Los idiomas extranjeros que no comprendemos siempre parecen ruidos incoherentes y balbuceos en los que resulta imposible identificar grupos de sonidos individuales, definidos y claros. Sirvan de ejemplos adicionales de nuestros tropiezos con las novedades las siguientes situaciones: campesinos paseando en calles atestadas de gente, marineros de agua dulce navegando en la mar y los más ignorantes en materia de deporte presenciando una competición entre expertos en algún juego complicado. Si introducimos un hombre inexperto en una fábrica, en un primer momento el trabajo le parecerá una combinación sin sentido. Por otra parte, todos los extraños de otra raza se parecen entre sí a los ojos de los turistas extranjeros, de la misma forma que ante un rebaño de ovejas,

los forasteros sólo son capaces de percibir diferencias de tamaño y de color, a pesar de que para el pastor cada animal es un individuo diferente e identificable. Las cosas que no comprendemos se caracterizan por su aspecto difuso y borroso, y porque el tiro que las arrastra cambia de dirección indiscriminadamente. La adquisición de significado por parte de las cosas, o dicho de otra forma, la adquisición por nuestra parte del sencillo hábito de la percepción consiste, pues, en introducir (a) concreción y diferenciación, y (b) consistencia o estabilidad de significado en lo que de lo contrario permanecerá vago y cambiante"

Debemos observar, no obstante, que el tipo de concreción y consistencia variará en función de quién las introduzca. Más adelante,⁴⁴ Dewey cita un ejemplo que muestra hasta qué punto podemos apreciar diferencias entre una definición de la palabra metal formulada por un profano y otra dada por un químico. "Es probable que" en la definición profana "se mencionen sus cualidades de tersura, solidez, lustre, brillo y peso excesivo en relación al tamaño... y que se enumeren las propiedades prácticas que permiten moldearlo a martillo y pulirlo sin que se quiebre, y ablandarlo y endurecerlo por la acción del calor y del frío, respectivamente. También es probable que se mencione su capacidad para conservar la forma y contornos dados, resistir la presión y ser inmune a la descomposición." La definición química, por el contrario, ignorará casi con seguridad estas cualidades estéticas y prácticas, y definiría el metal como "cualquier elemento químico que al entrar en contacto con el oxígeno forma una base." Por lo general, no vemos primero y definimos después, sino al contrario. Frente a la gran confusión bulliciosa y radiante del mundo exterior, seleccionamos lo que nuestra cultura ya ha definido por nosotros, de manera que tendemos a percibir lo que hemos elegido en forma de estereotipos culturales. Pensemos en los grandes personajes que se reunieron en París para solucionar los problemas de la humanidad. ¿Cuántos fueron capaces de ver gran parte de la Europa que les rodeaba, en vez de sus compromisos sobre Europa? Suponiendo que alguien hubiese podido penetrar en la mente de Clemenceau, ¿qué habría encontrado: imágenes de la Europa de 1919 o un amplio sedimento de ideas estereotipadas, acumuladas y consolidadas a lo largo de una extensa y pugnaz vida? ¿Qué veía él: a los alemanes de 1919 o el prototipo alemán que había aprendido a ver desde 1871? Veía el prototipo y entre todos los informes que le llegaban de Alemania, al parecer sólo dio credibilidad a los que se ajustaban a la idea que tenía en mente. Por tanto, consideraba auténticos alemanes a los borrachos que bravuconeaban, pero no a los líderes obreros que confesaban la culpabilidad del imperio.

Durante un congreso de psicología, celebrado en la ciudad de Gotinga, se llevó a cabo un experimento muy interesante con lo que en teoría era un grupo de observadores expertos.⁴⁵

"Cerca del lugar en el que estaba transcurriendo el congreso, se estaba celebrando un baile de disfraces con motivo de una festividad pública. De repente, la puerta de la sala del congreso se abrió de par en par y un payaso corrió hacia el interior, seguido por un hombre de raza negra que le perseguía empuñando un revolver. Dejaron de correr al llegar al centro de la sala, en donde comenzaron a pelear. Entonces el payaso cayó al suelo, y el otro hombre saltó encima suyo y le disparó. A continuación, ambos salieron corriendo del salón. La escena completa apenas duró 20 segundos. "El presidente pidió a los asistentes que escribieran un informe de inmediato, pues con toda seguridad se abriría una investigación judicial. En total se redactaron 40 informes, de los que sólo uno contenía un porcentaje de errores inferior al 20% con respecto a la descripción de los hechos principales. Otros 14 informes presentaron entre un 20 y un 40% de errores, en otros 12 casos este porcentaje se situaba entre el 40 y 50% y 13 informes más superaron el 50%. Además, en el caso de 24 informes, el 10% de los detalles eran puras invenciones. Este porcentaje era aún mayor en otros 10 informes e inferior en el caso de otros seis. En resumen, la cuarta parte de los informes presentados eran falsos.

"Huelga decir que toda la escena se había ensayado e incluso fotografiado de antemano. Los diez testimonios falsos pueden relegarse a la categoría de cuentos y leyendas, otros 24 pueden considerarse mitad legendarios y sólo los últimos seis presentan un valor comparable al de las pruebas exactas".

Por tanto, la mayor parte de este grupo, integrado por 40 observadores expertos que redactaron un testimonio responsable de la escena que acababa de producirse ante sus ojos, vio una serie de hechos que nunca ocurrieron. Cabe preguntarse, pues, qué fue lo que vieron. Se supone que resulta más sencillo narrar lo que acaba de ocurrir que inventar algo que no ha sucedido. Lo que vieron fue su propio estereotipo de una reyerta como esa. Todos ellos habían adquirido a lo largo de su vida una serie de imágenes de reyertas y éstas pasaron ante sus ojos. Sólo en un caso las imágenes reemplazaron menos del 20% de la escena real, mientras que en otros 13 casos llegaron a reemplazar más de la mitad. Por último, en el caso de 34 de los 40 observadores, los estereotipos se apoderaron de al menos una décima parte de la escena.

Un destacado crítico de arte dijo⁴⁶ que, "debido al número casi infinito de formas que asumen los objetos... y a nuestra falta de sensibilidad y de atención, las cosas apenas tendrían para nosotros rasgos y contornos lo suficientemente determinados y nítidos para que pudiésemos evocarlas a voluntad, de no ser porque el arte nos ha prestado formas estereotipadas."

La verdad es aún más amplia, ya que dichas formas estereotipadas que el mundo ha recibido en préstamo no proceden exclusivamente del arte entendido como pintura, escultura y literatura, sino también de nuestros códigos morales,

filosofías sociales y agitaciones políticas. Si en el siguiente párrafo tomado de Bernard Berenson sustituyésemos la palabra "arte" por "política", "negocios" y "sociedad", el texto seguiría resultando igual de cierto: "... a menos que varios años de dedicación al estudio de todas las escuelas artísticas nos hayan enseñado también a mirar con nuestros propios ojos, pronto caeremos en la costumbre de moldear todo lo que vemos conforme a formas familiares prestadas por el arte. He aquí nuestras normas sobre la realidad artística. Si alguien nos mostrase formas y colores que no pudiésemos ajustar inmediatamente a nuestro limitado y manido repertorio, negaríamos con la cabeza ante lo que consideraríamos un intento fallido de reproducir las cosas tal y como sabemos que son sin ningún género de duda, o acusaríamos al autor de falta de sinceridad"

Berenson se refiere a nuestro sentimiento de desagrado cuando los pintores "no visualizan los objetos exactamente igual que nosotros," y a nuestra dificultad para apreciar el arte de la Edad Media, debido a que desde entonces "nuestra manera de visualizar formas ha sufrido miles de transformaciones."⁴⁷ En la misma línea señala la forma en que se nos ha enseñado a ver la figura humana exactamente tal y como la vemos. "El nuevo canon del cuerpo humano y la nueva representación de los rasgos, creados por Donatello y Masaccio y refrendados por los humanistas,... presentaron a las clases gobernantes de la época el tipo de ser humano con más probabilidades de sobrevivir al combate desatado entre las diversas fuerzas... ¿Quién tendría poder para romper este nuevo criterio visual y seleccionar del caos otras formas indudablemente más expresivas de la realidad que las fijadas por hombres geniales? Nadie tenía ese poder. El público estaba obligado a ver las cosas de esa manera y no de otra, y a ver sólo las formas representadas, así como a amar exclusivamente los ideales propuestos..."⁴⁸

2

Si admitimos que no podremos entender plenamente el comportamiento de otras personas hasta que hayamos averiguado lo que creen saber, no sólo tendremos que evaluar la información de la que disponen, sino que para ser justos también deberemos tener en consideración la mentalidad a través de la cual hayan filtrado dicha información. Esto se debe a que los prototipos aceptados, los patrones existentes y las versiones estandarizadas interceptan su trayecto hacia la conciencia. La americanización, por ejemplo, no es, al menos superficialmente, más que la sustitución de estereotipos europeos por estereotipos americanos. Por tanto, si la americanización afectase a algún campesino que viese a los terratenientes como señores feudales y a los patrones como magnates locales, éste aprendería a verlos conforme al dictamen de los patrones estadounidenses. Este proceso constituye un cambio de mentalidad y

cuando la inoculación se lleva a cabo con éxito, corresponde en realidad a un cambio de visión, es decir, en adelante ese campesino verá cosas diferentes. Cierta amable dama confesó en una ocasión que los estereotipos son tan sumamente importantes, que cuando los suyos no son aceptados ella se siente como mínimo incapaz de asumir la fraternidad humana y la paternidad de Dios. "Las ropas que llevamos nos afectan de una manera extraña. Las prendas crean una atmósfera mental y social. ¿Qué se puede esperar del americanismo de los hombres que se empeñan en recurrir a sastres londinenses? Incluso la comida de cada uno afecta a su americanismo. ¿Qué tipo de conciencia americana puede desarrollarse en entornos dominados por el *sauerkraut* o el queso de Limburgo? ¿Qué podemos esperar del americanismo de individuos cuyo aliento siempre apesta a ajo?" ⁴⁹

Esta dama podía haber sido perfectamente la organizadora de un espectáculo que un amigo mío tuvo ocasión de presenciar. Se titulaba *El Crisol* y se representó un 4 de julio en una población que vive de la industria del automóvil y en la que trabajan muchos hombres oriundos de otros países. En medio del campo de béisbol, a la altura de la segunda base, se colocó un inmenso recipiente de madera y lona que simulaba un crisol. A derecha e izquierda del recipiente, sendas escaleras subían hasta la boca del mismo. Una vez que la audiencia se hubo acomodado tras presenciar una actuación de la banda, una procesión emprendió su marcha desde un lateral del campo. Hombres de todas las nacionalidades presentes en las fábricas, ataviados con sus trajes regionales, desfilaron cantando sus respectivos himnos nacionales. También bailaron las danzas de sus países y mostraron pancartas de toda Europa. El maestro de ceremonias era el director del colegio y estaba disfrazado de Tío Sam. Les condujo hasta el recipiente y les guio escaleras arriba, primero hasta el borde y luego a su interior. Acto seguido salieron por el otro extremo, pero esta vez ataviados con bombines, abrigos, pantalones, chaquetas, cuellos almidonados y corbatas de lunares. Según mi amigo, es casi seguro que todos llevaban plumines originales de la marca *Eversharp* en el bolsillo. Abandonaron el crisol cantando el himno de las barras y estrellas.

Para los promotores de este festival, y probablemente para la mayor parte de los actores, se había logrado representar con éxito el obstáculo más íntimo al que los antiguos y los más recientes pobladores de los Estados Unidos se vieron obligados a hacer frente en nombre de la confraternidad. Nos referimos a la contradicción generada por sus respectivos estereotipos, que interfirieron en el reconocimiento pleno de su común humanidad. Las personas que optan por cambiar sus apellidos lo saben muy bien. Al hacerlo intentan cambiarse a sí mismas y modificar la actitud que los extraños adoptan frente a ellas.

No cabe duda de que las escenas que transcurren en el mundo exterior y

la mentalidad con la que las observamos están unidas por una estrecha relación. Nos referimos a la relación que nos permite asociar al público asistente a los actos organizados por grupos radicales con hombres con el pelo largo y mujeres con el pelo corto. No obstante, a los observadores apresurados les basta con apreciar una ligera conexión, de forma que si entre una audiencia determinada fuesen capaces de distinguir dos cabezas melenudas y cuatro caras con barba, asumirían que todos los asistentes son melenudos y barbudos, porque saben de antemano que este tipo de reuniones son frecuentadas por individuos que tienen esos gustos con respecto al pelo. Por tanto, entre nuestra visión y los hechos existe una relación, pero suele tratarse de una relación extraña. Imaginemos el caso de un hombre que rara vez se detuviese a admirar el paisaje, a no ser que estuviese evaluando las posibilidades de dividirlo en lotes de terreno edificable. Supongamos que este hombre tuviese colgados una serie de cuadros de paisajes en su salón, gracias a los cuales hubiese aprendido a pensar en los paisajes en términos de puestas de sol de tonos rosas o carreteras de campo dominadas por campanarios y lunas plateadas. Si este hombre saliese de excursión al campo, durante varias horas sería incapaz de ver paisajes. Sin embargo, cuando finalmente el sol se pusiese tiñéndolo todo de rosa, nuestro hombre reconocería ese paisaje de un solo golpe de vista, e incluso alabaría su belleza. No obstante, si dos días después tratara de recordar lo que presencié, lo más probable es que rememorase fundamentalmente los paisajes que decoran su salón.

A menos que estuviera borracho, soñando o loco, no puede cabernos ninguna duda de que en su momento vio un paisaje, pero lo que pudo percibir y lo que por encima de todo recuerda se parece más a lo que los cuadros le han enseñado a observar, que a lo que un pintor impresionista o un japonés experto, por poner un ejemplo, habrían visto y recordado en su caso. A su vez, también éstos habrían visto y recordado fundamentalmente en función de lo aprendido, a menos que se tratara de dos de esos extraños seres capaces de descubrir visiones nuevas en provecho de toda la humanidad. La observación inexperta, pues, hace queelijamos aquellos signos del entorno que podemos reconocer. Dichos signos representan ideas que nosotros complementamos con nuestro repertorio de imágenes. En consecuencia, no es que veamos un hombre y una puesta de sol determinados, sino que nos damos cuenta de que lo que estamos viendo es un hombre o una puesta de sol. Una vez identificados los objetos, veremos todo lo que hayamos acumulado en nuestra mente que guarde relación con ellos.

3

Esta manera de ver es una forma de economizar. Si siempre empleásemos una mirada inocente y minuciosa, en vez de verlo todo en forma de estereotipos

y generalidades, nos agotaríamos. Por otro lado, en el caso de escenas complejas resulta prácticamente imposible adoptar formas de ver tan puras. No obstante, cuando se trata de nuestros círculos de amistades, o de nuestros socios o competidores más cercanos, nada puede simplificar ni sustituir a la comprensión individualizada. Aquellos a quienes más amamos y admiramos son, precisamente, los hombres y mujeres cuya conciencia se halla densamente poblada no por prototipos, sino por personas, y que, a su vez, nos conocen de modo concreto, y no a las clasificaciones a las que podamos pertenecer. Aun sin ser plenamente conscientes de ello, intuimos que todas las clasificaciones tienen un propósito, aunque éste no ha de coincidir necesariamente con los nuestros. También intuimos que ninguna asociación entre dos seres humanos puede alcanzar grado alguno de dignidad sin que ninguno considere al otro un fin en sí mismo, de la misma forma que ningún contacto entre dos personas es tan impoluto que lleve a la práctica el axioma de la inviolabilidad personal de ambas.

La vida moderna resulta variopinta y apresurada, y por encima de toda la distancia física separa a hombres que a menudo están en contacto vital entre sí, como patronos y empleados, o funcionarios y votantes. Carecemos de tiempo y ocasiones para conocer íntimamente a los demás, por lo que, en su lugar, nos limitamos a detectar rasgos característicos de ciertos prototipos que nos resultan de sobra conocidos y a completar el resto de la imagen echando mano de los estereotipos que pueblan nuestra mente. De esta manera, puede que lo único que hayamos detectado o se nos haya comunicado acerca de Fulano es que se trata de un agitador. Ahora bien, sabemos que los agitadores son ese tipo de persona, por lo que no nos cabrá ninguna duda de que Fulano es ese tipo de persona, de la misma forma que sabemos que éste otro, sin embargo, es un intelectual, aquel un plutócrata, el otro un extranjero, el de más allá un "Europeo del Sur", que ese individuo es de Back Bay y que ese otro estudió en Harvard, lo que suena muy diferente a "estudió en Yale". Si sabemos que esta persona es un tipo normal, aquel un hombre de West Point, ese un viejo sargento de la armada y el de más allá de Greenwich Village, ¿qué será lo que nos falte por saber acerca de ellos o ellas? Es un banquero internacional. Es de Main Street.

Las influencias más sutiles y dominantes son las que logran crear y mantener repertorios de estereotipos. Por una parte, oímos hablar del mundo antes de verlo y, por otra, imaginamos la mayor parte de las cosas antes de experimentarlas. Como resultado, todas esas ideas preconcebidas gobernarán casi por completo nuestro proceso íntegro de percepción, a menos que la educación nos haga plenamente conscientes de ello. Dichas ideas clasifican los objetos en familiares o extraños y al hacerlo enfatizan las diferencias existentes entre ellos, de manera que tomamos por muy familiares cosas que sólo lo son ligeramente y a la inversa. Toda una serie de pequeños signos se encargan de suscitar dichas diferencias. Éstos abarcan desde verdaderos índices hasta

analogías vagas. Una vez suscitadas, esas diferencias inundarán todas las visiones nuevas de imágenes antiguas y proyectarán al mundo todo lo que se haya resucitado en nuestra memoria. Si no existieran uniformidades prácticas en nuestro entorno, no sólo no podríamos economizar esfuerzo, sino que nuestro hábito de dar por hecho lo que sólo hemos presentado nos induciría a cometer graves errores. Sin embargo, las uniformidades existentes son tan exactas y nuestra necesidad de economizar la atención tan inevitable, que la sustitución de estereotipos por una estrategia de aproximación a la experiencia completamente inocente empobrecería la vida humana.

Lo verdaderamente importante es el carácter de los estereotipos y el grado de credulidad con el que los empleamos. Estos factores, a su vez, dependen en última instancia de los patrones inclusivos que constituyen nuestra filosofía de vida. Si ésta nos llevase a asumir que el mundo está codificado de acuerdo a un código que poseemos, nuestra interpretación de cuanto acontece tendería a describir un mundo regido por nuestro código personal. Sin embargo, si nuestra filosofía nos dijera que cada hombre es una pequeña parte del mundo y que su inteligencia sólo es capaz de captar un número limitado de fases y aspectos comprendidos dentro de un abanico de ideas reducido, al emplear nuestros estereotipos tenderíamos a tomarlos por lo que son y a darles la consideración que merecen, y estaríamos dispuestos a modificarlos. También tenderíamos a detectar, cada vez con mayor claridad, cuándo y dónde se originaron nuestras ideas, por qué medios llegaron hasta nosotros y por qué decidimos aceptarlas. Todos los libros de historia han de ser asépticos en este sentido para poder resultar útiles y permitirnos discernir qué cuento de hadas, texto escolar, tradición, novela, obra de teatro, cuadro y frase han introducido una u otra idea preconcebida en esta o aquella mentalidad.

4

Los sujetos que aspiran a censurar el arte tienen a su favor que, por lo menos, no subestiman este tipo de influencias. Por lo general tienden a malinterpretadas, y en el colmo del absurdo casi siempre se concentran en evitar que alguien logre descubrir lo que no cuenta con su bendición. Sin embargo, al igual que Platón cuando explicó su teoría acerca de los poetas, todos ellos presienten vagamente que los prototipos procedentes de la ficción tienden a imponerse en la realidad. Por tanto, cabe suponer que el cine esté construyendo una imaginería que las palabras que leemos en los periódicos son capaces de evocar. A lo largo de nuestra historia nunca hemos tenido a nuestra disposición un apoyo visual comparable al cine. Cuando los florentinos deseaban visualizar algún santo, acudían a contemplar los frescos de su parroquia, donde podían empaparse de la visión vigente en su época, estandarizada por Giotto. Asimismo,

los atenienses acudían a los templos para visualizar a los dioses. Sin embargo, el número de objetos representados era limitado, aunque no tanto como en Oriente, donde el espíritu del segundo mandamiento estaba tan extendido que las representaciones de cosas concretas escaseaban aún más. Quizá ésta sea la causa de que la facultad de tomar decisiones prácticas resultase asimismo escasa. En el mundo occidental, por el contrario, se ha experimentado durante los últimos siglos un incremento sustancial del número y la gama de las representaciones laicas, las descripciones gráficas, la narrativa, la narrativa ilustrada y, por último, el cine mudo y, tal vez, el cine sonoro.

El cine goza en la actualidad de la autoridad en materia de imaginación de la que en el pasado gozaron la narración oral y la letra impresa, sucesivamente. Las películas parecen absolutamente reales. Imaginamos que llegan a nuestras manos directamente, sin que medie la intervención humana, y no cabe duda de que constituyen el alimento mental que menos esfuerzo requiere por nuestra parte. Las descripciones orales, e incluso las fotografías, nos exigen un cierto grado de esfuerzo mnemotécnico antes de instalarse definitivamente en nuestra mente. Sin embargo, delante de la pantalla todo el proceso de observación, descripción, narración y, a continuación, imaginación se lleva a cabo por y para nosotros. Sin mayor dificultad que la necesaria para permanecer despiertos, la pantalla recita de un tirón los resultados más codiciados por nuestra imaginación. Gracias a ella cobran vida ideas hasta entonces borrosas y nociones vagas, como la del Ku Klux Klan, que ha cobrado forma gracias a *The Birth of a Nation* de Griffith. Puede que dicha forma sea incorrecta desde el punto de vista histórico y perniciosa desde el moral, pero es una Forma, y dudo que alguien que haya visto la película y sepa menos de lo que sabe Griffith acerca del Ku Klux Klan sea capaz de escuchar esas tres palabras, de nuevo, sin visualizar a esos jinetes blancos.

5

Por lo tanto, cuando nos referimos a la mentalidad de un grupo de personas, por ejemplo a la mentalidad francesa, militar o bolchevique, nos exponemos a sufrir graves confusiones, a menos que previamente hayamos decidido aislar nuestras dotes instintivas de los estereotipos, modelos y fórmulas que tan decisivo papel desempeñan en la reconstrucción de los mundos mentales a los que se adapta y ante los que reacciona cada carácter nacional. Los fracasos relacionados con dicha separación son los responsables de que hayamos generado indiscreciones relativas a mentalidades colectivas, almas nacionales y psicologías raciales en cantidad suficiente para llenar un océano entero. Para ser exactos, los estereotipos se transmiten en cada generación de padres a hijos de forma tan autoritaria y coherente que casi parecen un factor biológico. De hecho,

pudiera ser que, tal y como dice Graham Wallas,⁵⁰ biológicamente nos hayamos convertido en parásitos de nuestra herencia social. No obstante, carecemos de evidencias científicas para asegurar que los hombres nacemos con los hábitos políticos de los países en los que venimos al mundo. En la medida en que éstos son comunes a toda una nación, los primeros lugares hacia los que deberíamos mirar en busca de una explicación son los jardines de infancia, colegios e iglesias, pero no hacia el limbo donde habitan *las mentalidades sociales y las almas nacionales*. Hasta que no hayamos fracasado estrepitosamente en nuestro empeño por demostrar que la transmisión de tradiciones se lleva a cabo por parte de padres, profesores, sacerdotes y tíos, deberemos considerar la adscripción de las diferencias políticas a los componentes sanguíneos como un solecismo de la peor especie.

Sin embargo, siempre y cuando lo hagamos con suma cautela y honrada humildad, podremos generalizar sobre las diferencias comparativas dentro de una misma categoría de educación y experiencia. No obstante, también ésta es una empresa arriesgada, ya que no existen en el mundo dos experiencias idénticas, ni siquiera en el caso de dos niños criados en el mismo hogar. Los primogénitos nunca vivirán la experiencia de ser los pequeños. Por tanto, hasta que no seamos capaces de ponderar las diferencias existentes en materia de educación, no deberemos aventurar juicios sobre diferencias de carácter, de la misma manera que no podremos juzgar la productividad de dos tierras a base de comparar sus cosechas, hasta que sepamos cuál está en la Península del Labrador y cuál en Iowa, y si han sido cultivadas, fertilizadas, agotadas o se las ha dejado en barbecho.

Capítulo 7. Los estereotipos como mecanismo de defensa

1

Existe otra razón, además de la economía de esfuerzo, que explica por qué en algunas ocasiones optamos por apoyarnos firmemente en nuestros sistemas de estereotipos, a pesar de que podríamos aspirar a poner en práctica una visión más imparcial de las cosas. Nos referimos al hecho de que éstos bien pudieran ser el núcleo de nuestra tradición personal, es decir, el sistema defensivo de nuestra posición en la sociedad.

Los estereotipos constituyen una imagen ordenada y más o menos coherente del mundo, a la que nuestros hábitos, gustos, capacidades, consuelos y esperanzas se han adaptado por sí mismos. Puede que no formen una imagen completa, pero son la imagen de un mundo posible al que nos hemos adaptado. En él, las personas y las cosas ocupan un lugar inequívoco y su comportamiento responde a lo que esperamos de ellos. Por otro lado, hace que nos sintamos como en casa, porque pertenecemos a él, somos miembros de pleno derecho y en su interior sabemos cómo y por dónde movernos. En ese mundo encontramos, además, el encanto de lo que nos resulta familiar, normal y fiable, y sus vericuetos y contornos siempre están donde esperamos encontrarlos. Por mucho que hayamos renunciado a grandes tentaciones para caber en el molde, una vez dentro sentiremos que se ajusta a nosotros de forma tan acogedora como nuestro par de zapatos más usado.

No debe sorprendernos, pues, que cualquier alteración de nuestros estereotipos nos parezca un ataque contra los mismísimos pilares del universo, ya que sin duda constituye un ataque contra los pilares de *nuestro* universo, y cuando las cosas importantes están en peligro, no admitimos fácilmente la existencia de diferencias entre ambos. La existencia de un mundo en el que aquellos a quienes veneramos resultasen ser indignos y aquellos a quienes despreciamos resultaran ser nobles, nos desquiciaría. Que nuestro orden de prioridades no resultase ser el único posible, significaría la anarquía. Si ha de ser verdad que los mansos heredarán la tierra, que los primeros serán los últimos, que sólo los que estén libres de pecado podrán tirar piedras y que al César lo que es del César, entonces quienes hubiesen organizado sus vidas sin considerar estas máximas como verdaderas verían sacudirse los cimientos de su amor propio.

Ningún modelo de estereotipos es neutral. Ninguno es simplemente una forma de sustituir la gran confusión bulliciosa y radiante por una realidad ordenada, de la misma forma que ninguno puede considerarse un simple atajo. Todos ellos son estas cosas, sí, pero también algo más: la garantía de nuestro

amor propio y la proyección al mundo del sentido que cada uno de nosotros tenemos de nuestra valía personal, nuestra posición y nuestros derechos. Por tanto, los estereotipos arrastran la carga de los sentimientos que llevan asociados. Son la fortaleza de nuestras tradiciones y al abrigo de sus defensas podemos seguir sintiéndonos a salvo desde la posición que ocupamos.

2

En el año IV a.C., cuando Aristóteles escribió su defensa de la esclavitud para hacer frente al creciente escepticismo de la época,⁵¹ en muchos aspectos resultaba imposible distinguir a los esclavos atenienses de los ciudadanos libres. Zimmern cita un divertido párrafo del Viejo Oligarca en el que se explica que el trato que recibían los esclavos era digno. "Supongamos que fuese legal que un ciudadano golpeara a un esclavo. En tal caso, podría suceder que los atenienses fuesen tomados por esclavos o extranjeros y, como resultado, golpeados igual que ellos, debido a que los ciudadanos de Atenas no van mejor vestidos, ni su apariencia personal denota superioridad alguna." Esta incapacidad para distinguirlos tendía, como es lógico, a la desaparición de la institución, ya que si ambos presentaban el mismo aspecto, nada justificaba que recibiesen un trato tan distinto. Aristóteles se propuso eliminar esta confusión en el primer tomo de su *Política*. Gracias a su instinto infalible, comprendió que para justificarlo debía enseñar a los griegos una forma de *mirar* a sus esclavos que comportara la continuidad de la esclavitud.

Esto le llevó a afirmar que hay seres que son esclavos por naturaleza.⁵² "Él ha sido, pues, creado esclavo por la naturaleza, como tal está dotado para pertenecer a otras personas y por esa razón lo es" Todo esto viene a decir que quienquiera que sea esclavo, lo es por designio de la naturaleza. Como proposición, esta afirmación carece de todo valor. De hecho, ni es una proposición, ni tiene nada que ver con la lógica. En realidad es un estereotipo, o mejor dicho, forma parte de un estereotipo. El resto se deduce por sí mismo. Tras afirmar que los esclavos percibían la razón, pero que no estaban dotados para emplearla, Aristóteles insistió en que "ha sido intención de la naturaleza crear los cuerpos de los esclavos diferentes de los cuerpos de los hombres libres, que el de unos sea robusto para llevar a cabo sus necesarios propósitos, pero que el de los otros esté erguido, de manera que sea inútil para realizar dichas labores serviles, pero apto para la vida civil... Queda claro, pues, que algunos hombres son libres por naturaleza, pero que otros son esclavos..."

Si nos preguntásemos en dónde está el fallo de este razonamiento, veríamos que Aristóteles empezó por erigir un elevado muro entre él y los hechos. Cuando dijo que quienquiera que sea esclavo, lo es por designio de la naturaleza, excluyó de un sólo golpe la pregunta fatal de si esos hombres

concretos que son esclavos por casualidad, son los mismos hombres a los que la naturaleza había designado como tales. Aristóteles excluyó la posibilidad de que alguien formulara esta pregunta, porque ella sola habría bastado para sembrar dudas en cada caso particular, y como el hecho de ser esclavo no demostraba por sí mismo que se estuviera predestinado a serlo, ninguna prueba considerada definitiva hasta entonces lo hubiera seguido siendo. En consecuencia, Aristóteles excluyó por completo la posibilidad de que surgiera esa duda. Quienquiera que fuese esclavo estaba destinado a serlo, y punto. Todos los amos debían considerar esclavos naturales a los hombres que les pertenecían. Cuando se les hubiera educado para mirar de esa manera, encontrarían la prueba irrefutable de su naturaleza servil en el hecho de que desempeñaban tareas serviles, eran competentes y disponían de los músculos necesarios para ello.

He aquí el estereotipo perfecto. Su impronta radica en que precede al uso de la razón. Es una forma de percepción que impone un cariz determinado a la información mientras aún se encuentra en el nivel de los sentidos, es decir, antes de que haya tenido tiempo de pasar por el tamiz de la inteligencia. Es como los escaparates de color azul lavanda de Beacon Street y como los porteros que, apostados a la entrada de un baile de disfraces, determinan si los invitados van o no apropiadamente vestidos para la ocasión. No hay nada tan impermeable a la educación o a la crítica como los estereotipos, ya que se acuñan a sí mismos sobre las pruebas en el preciso momento de obtenerlas. Esto explica por qué los relatos que nos cuentan quienes acaban de regresar de un viaje son con frecuencia la interesante historia de lo que se llevaron consigo cuando partieron. Pongamos por caso que alguien se hubiese llevado consigo fundamentalmente su apetito, su preferencia por los cuartos de baño alicatados, la idea de que los asientos de tren convertibles en literas son el colmo de la comodidad y la convicción de que es correcto dar propinas a los camareros, conductores de taxis y barberos, pero bajo ninguna circunstancia a los acomodadores ni a los mozos de estación. En tal caso, su odisea estaría repleta de buenas y malas comidas, anécdotas vividas en los cuartos de baño y en los trenes, y exigencias de dinero que rayarían en lo voraz.

Si se tratase de alguien con un talante algo más serio, durante su viaje habría visitado algunos lugares célebres. Después de haber lanzado una mirada furtiva al monumento de turno y haber palpado su pedestal, habría sumergido la cabeza entre las páginas de su Baedeker⁵³ y leído el párrafo correspondiente sin saltarse ni una coma, y al terminar se habría dirigido al próximo lugar señalado. Este sujeto habría obtenido en su viaje una impresión compacta y ordenada de Europa, merecedora de una, o tal vez dos estrellas.

Los estímulos procedentes del exterior, especialmente cuando se

transmiten de forma verbal o por medio de la letra impresa, evocan en cierta medida algunos aspectos de los sistemas de estereotipos. De esta manera, percepciones sensoriales e ideas preconcebidas se mezclan y alojan en nuestra conciencia de forma simultánea, como cuando miramos algo rojo a través de unas gafas azules y, como resultado, lo vemos de color verde. Cuando los objetos de nuestra mirada encajan a la perfección con lo que nos esperábamos, los estereotipos quedan reforzados para siempre, como sucede cuando alguien piensa de antemano que los japoneses son maliciosos y tiene la mala suerte de toparse con dos que, casualmente, son deshonestos.

Por el contrario, cuando la experiencia contradice a los estereotipos, pueden pasar dos cosas. Si el afectado, por así decir, ya no fuese moldeable o por algún poderoso motivo le resultara excesivamente incómodo reorganizar sus estereotipos, desdeñaría la contradicción, convencido de que se trata de la excepción que confirma la regla. Por tanto, desacreditaría a los testigos, se las apañaría para encontrar un error y olvidaría el asunto. Sin embargo, si aún conservara su curiosidad y tuviese una mentalidad abierta, permitiría que la novedad se incorporase a la imagen y la modificase. En ocasiones, cuando se trata de incidentes lo suficientemente impactantes y los protagonistas ya han experimentado anteriormente una sensación general de incomodidad con respecto a los esquemas establecidos, la impresión puede traumatizarles hasta el punto de hacerles desconfiar de todas las formas establecidas de mirar la vida y esperar que, por lo general, nada sea lo que generalmente suponemos que es. En los casos más extremos, especialmente si se trata de escritores, este desencanto les llevará a desarrollar un gusto especial por invertir los cánones morales y, en consecuencia, por convertir a Judas, Benedict Arnold o César Borgia en los héroes de sus historias.

3

En Alemania circularon una serie de rumores acerca de los francotiradores belgas que nos permiten apreciar la verdadera función de los estereotipos. Resulta extraño que una organización de sacerdotes católicos alemanes, conocida con el nombre de Pax,⁵⁴ fuese la primera en refutarlos. No es que la existencia de invenciones atroces sea en sí misma digna de mención, como tampoco lo es que el pueblo alemán se mostrase tan inclinado a creerlas, pero sí lo es el hecho de que una notable institución conservadora, integrada por alemanes patrióticos, se dispusiera a desmentir una serie de calumnias sobre el enemigo en una fecha tan temprana como el 16 de agosto de 1914, a pesar de su extrema utilidad para sacudir las turbadas conciencias de sus compatriotas. ¿Qué motivos llevaron concretamente a la Orden de los Jesuitas a anular una ficción tan importante para el espíritu de guerra de Alemania?

A continuación, citamos un extracto de la explicación que ofreció Van Langenhove:

"Nada más entrar en Bélgica el ejército alemán, empezaron a circular una serie de extraños rumores que se extendieron por todos los rincones. Incluso la prensa se hizo eco y no tardaron en calar en todo el país. Se decía que el pueblo belga, incitado por el clero, había intervenido a traición en las hostilidades. Se decía que había atacado por sorpresa a destacamentos aislados e indicado al enemigo la posición de las tropas alemanas, y que ancianos, e incluso niños, habían cometido terribles atrocidades con soldados heridos e indefensos, como sacarles los ojos y amputarles los dedos, nariz u orejas. Asimismo, se decía *que los sacerdotes habían exhortado al pueblo desde el púlpito a que cometiese dichos crímenes, prometiéndoles el reino de los cielos como recompensa, y que incluso habían liderado la barbarie.*

"La credulidad pública aceptó estas historias. Los más altos poderes del Estado, por su parte, les dieron la bienvenida sin dudarlos y las refrendaron con su autoridad.

"De esta manera, se soliviantó a la opinión pública alemana, que como resultado manifestó su indignación *especialmente contra los sacerdotes*, a quienes consideraba responsables de las barbaridades atribuidas a los belgas... Como era de esperar, la furia de que eran presa los alemanes *se dirigió en contra de todo el clero católico en general.* Los protestantes permitieron que en sus mentes renaciera el viejo odio religioso de antaño y se entregaron a todo tipo de ataques contra los católicos. Se dio rienda suelta a una nueva *Kulturkampf.*

"Los católicos no tardaron en tomar medidas contra esta actitud hostil." (La cursiva es mía).⁵⁵

Puede que alguien disparase a escondidas. Al fin y al cabo, no parece probable que cada belga furibundo acudiese a la biblioteca, abriese un manual de derecho internacional y consultara si estaba o no autorizado a disparar al azar contra el incordio infernal que pisoteaba sus calles. Por otra parte, parece probable que un ejército que nunca había estado bajo fuego enemigo considerase inoportuna cada bala interpuesta en su camino por el simple hecho de incomodarle, y no sólo inoportuna, sino incluso una violación del *Kriegspiel*, que hasta ese momento constituía su única experiencia de guerra. No resulta difícil imaginar a los más sensibles esforzándose para convencerse a sí mismos de que sus víctimas eran tan atroces como los actos que estaban cometiendo contra ellas. Sea como fuere, la leyenda creció hasta alcanzar a los censores y propagandistas, que tanto si la creyeron como si no, percibieron su utilidad y dejaron que se propagase entre los civiles alemanes. Tampoco ellos lamentaron descubrir que el pueblo al que violentaba era inhumano. Por encima de todo,

además, la leyenda procedía de sus héroes, por lo que no sólo tenían derecho a creerla, sino que habría sido un gesto antipatriótico no haberlo hecho.

Cuando el escenario de la acción queda oculto tras el humo de los cañones, delegamos todo en nuestra imaginación y, como resultado, perdemos los frenos y el control. La leyenda de los sanguinarios sacerdotes belgas no tardó en alimentarse de un odio ancestral. Esto fue posible gracias a que, para la mentalidad de los alemanes protestantes más patrióticos, y en especial de las clases privilegiadas, las imágenes de las victorias de Bismarck incluían una larga lucha contra los católicos. En virtud del proceso de asociación, los sacerdotes belgas pasaron a ser sacerdotes a secas y el odio hacia los belgas una manera de desahogar toda su furia. Estos protestantes alemanes hicieron lo mismo que algunos estadounidenses, que sometidos a la presión de la guerra, volcaron todo su odio hacia un único objeto integrado no sólo por el enemigo extranjero, sino también por la oposición que encontraron en su propio país. Los alemanes, pues, dieron rienda suelta, dentro y fuera de Alemania, a toda la animadversión que sentían hacia esa síntesis compuesta por cuanto consideraban su enemigo.

La resistencia católica frente a tales historias atroces consistió, claro está, en mantenerse a la defensiva. Iba dirigida a aquellas facciones concretas que alentaban el odio hacia todos los católicos, en vez de limitarlo a los católicos belgas. *La Informations Pax*, señaló Van Langenhove, se refería casi en exclusiva al ámbito eclesiástico y "prácticamente se limitó a los actos censurables atribuidos a los sacerdotes." Uno no puede evitar preguntarse qué resortes se pusieron en movimiento en las mentes de los alemanes católicos ante el repentino descubrimiento de lo que el imperio de Bismarck les deparaba, o si existió alguna oscura conexión entre dicho descubrimiento y el hecho de que fuese precisamente Erzberger,⁵⁶ líder del Partido Católico de Centro, el destacado político alemán que en el momento del armisticio mostró más deseos de firmar la sentencia de muerte del imperio.

Capítulo 8. Los puntos débiles y su utilidad

1

Hemos hablado de estereotipos, en vez de ideales, porque este término solemos reservarlo para aquello que consideramos el bien, la verdad y la belleza. Por tanto, cada vez que lo empleamos estamos insinuando que aquello a lo que nos referimos es digno de ser imitado o alcanzado. Sin embargo, nuestro repertorio de impresiones fijas no se limita a lo que consideramos digno de ser emulado, sino que incluye a estafadores, políticos demócratas, patriotas chauvinistas, agitadores y enemigos, todos ellos ideales. En consecuencia, nuestro mundo estereotipado no es necesariamente el mundo tal y como nos gustaría que fuera, sino sencillamente como creemos que es. Cuando los acontecimientos encajan en él, experimentamos una sensación de familiaridad y de estar siguiendo su curso. Por tanto, si fuésemos atenienses y deseáramos no sentir escrúpulos, creeríamos que los esclavos lo son por naturaleza. Asimismo, si hubiésemos dicho a algún amigo que somos capaces de hacer 18 hoyos de golf en 95 golpes, tras probar suerte con el golpe número 110 nos veríamos en la necesidad de decirle: "no sé qué me pasa hoy, pero no soy yo". Con esto querríamos dar a entender que no nos identificamos con el inútil que ha fallado quince golpes.

La mayoría de nosotros afrontaríamos los hechos empleando un surtido de estereotipos amplio, variable y fortuito, si no fuera porque una minoría se dedica generación tras generación a organizar, generalizar y perfeccionar nuestros estereotipos en sistemas lógicos. Dichos sistemas son bautizados con nombres como *leyes de economía política*, *principios políticos* y similares. Por lo general, cuando escribimos sobre culturas, tradiciones y mentalidades pensamos en esos sistemas perfeccionados por los genios. Nadie cuestiona la necesidad de estudiar y criticar dichas versiones idealizadas constantemente, pero los historiadores, políticos y publicistas no se conforman con eso. De hecho, la historia no avanza gracias a las ideas sistemáticas formuladas por genios, sino por el impulso que recibe por parte de imitaciones en constante evolución, réplicas, falsificaciones, analogías y tergiversaciones que se gestan en cada mente individual.

En consecuencia, el marxismo no ha de ser necesariamente lo que Karl Marx escribió en *Das Kapital*, sino aquello, sea lo que sea, en lo que creen y a lo que consideran la auténtica verdad cada una de las facciones enfrentadas, de la misma forma que los evangelios no nos permiten deducir la historia de la cristiandad, ni podemos inferir la historia política de los Estados Unidos a través de su constitución. Para hallar tales respuestas debemos acudir a nuestra concepción de *Das Kapital*, a la manera en que se predicán y entienden los

evangelios y a la forma en que se interpreta y administra la constitución. Por tanto, podemos concluir que mientras exista una influencia recíproca entre los sistemas idealizados y sus diferentes versiones, éstas serán las que afecten a nuestro comportamiento.⁵⁷

"La teoría de la relatividad", dijo un crítico cuyos párpados, como los de la Mona Lisa, denotaban un cierto cansancio, "promete plasmarse en un principio tan adecuado para su aplicación universal como la teoría de la evolución. Esta última pasó de ser una hipótesis biológica de carácter técnico a convertirse en fuente de inspiración de prácticamente todas las áreas del conocimiento: modales y costumbres, morales, religiones, Filosofías, artes, máquinas de vapor, tranvías eléctricos... todo `evolucioó'. La palabra `evolución' se convirtió en un término muy general, pero también muy impreciso. En muchos casos llegó a perder su significado original y la teoría que hasta entonces había descrito pasó a ser malinterpretada. Nos repetimos lo suficiente como para que resulte posible profetizar un futuro y derrota similares para la teoría de la relatividad. Esta teoría física puramente técnica, que en la actualidad no hemos sabido comprender correctamente, se convertirá en algo todavía más vago y borroso. La historia se repite y la relatividad, al igual que la evolución, emprenderá la conquista del mundo tras inspirar un número indeterminado de aplicaciones populares e inteligibles, pero algo inexactas desde el punto de vista científico. Vaticinamos que es probable que para entonces haya pasado a llamarse *relativismo*. Muchas de esas grandes aplicaciones serán de dudosa justificación, algunas serán absurdas y suponemos que un número considerable se verá reducido a la categoría de perogrulladas. Por su parte, la teoría física, verdadera simiente de este crecimiento potencial, volverá a convertirse una vez más en la preocupación estrictamente técnica de los hombres de ciencia."⁵⁸

Sin embargo, para que podamos emprender esa carrera hacia la conquista del mundo, debe haber alguna idea que corresponda a algo, aunque sea de manera imprecisa. El profesor Bury explica cuanto tiempo hubo de transcurrir hasta que la idea de progreso dejó de ser un juguete especulativo. "A las ideas especulativas no les resulta sencillo," dice,⁵⁹ "penetrar en la conciencia general de la comunidad y transmitir información, hasta que asumen alguna forma externa y concreta u obtienen el beneplácito de alguna prueba material de naturaleza asombrosa. En el caso del progreso, ambas condiciones se cumplieron (en Inglaterra) entre 1820 y 1850." La revolución mecánica se encargó de proporcionarnos la prueba más asombrosa. "Los individuos nacidos a principio de siglo han visto antes de cumplir los 30 el rápido desarrollo experimentado por la navegación a vapor, la iluminación de pueblos y hogares mediante gas y la inauguración del primer ferrocarril." Milagros de esta índole forjaron en la conciencia del ciudadano medio la idea de la fe en la capacidad de perfeccionamiento del progreso humano.

Tennyson, que en asuntos filosóficos era una persona bastante corriente, nos cuenta que cuando montó en el primer tren que cubrió el trayecto entre Liverpool y Manchester (1830), pensó que tenía ruedas que avanzaban sobre unos surcos. Posteriormente escribió esta frase: "Dejemos al inmenso mundo girar por siempre sobre los sonoros surcos del cambio."⁶⁰

Vemos, pues, como una noción más o menos aplicable a un viaje realizado entre Liverpool y Manchester se generalizó "para siempre" en una idea universal. Esta idea, combinada con otras y reforzada por inventos deslumbrantes, dio un giro optimista a la teoría de la evolución. Lógicamente, dicha teoría es, tal y como dijo el profesor Bury, neutral en términos de optimismo y pesimismo. No obstante, prometía el cambio continuo, y los cambios visibles del mundo han marcado conquistas tan extraordinarias sobre la naturaleza, que la mentalidad popular terminó confundiendo una cosa con otra. Primero con el mismo Darwin y luego de manera más elaborada con Herbert Spencer, la evolución se consideró "un progreso hacia la perfección."

2

Las palabras "progreso" y "perfección" representaban una serie de estereotipos basados fundamentalmente en inventos mecánicos que en general siguen conservando su esencia mecánica. El espectáculo del progreso mecánico ha causado en los Estados Unidos, más que en ningún otro lugar, una impresión tan honda que ha teñido el código moral en su conjunto hasta el punto de que los estadounidenses tolerarán casi cualquier insulto, excepto que les acusen de no ser progresistas. Lo que más llama su atención, tanto si descienden de varias generaciones de nativos como si se trata de inmigrantes recientes, es el inmenso crecimiento físico de la civilización americana. Esta idea constituye uno de los principales estereotipos a través de los cuales observan el mundo. Las aldeas se convertirán en grandes metrópolis y los edificios modestos en rascacielos, es decir, todo lo pequeño, lento, pobre y escaso se volverá grande, rápido, rico y se multiplicará. En definitiva, todo será lo mismo, pero corregido y aumentado.

Como es natural, no todos los estadounidenses ven el mundo de esta manera. Henry Adams, por ejemplo, no lo veía así y William Allen White tampoco comparte esta visión. Sin embargo, sí participan de ella todos los que figuran como Constructores de América en las revistas consagradas a la religión del éxito. Esto es exactamente lo que quieren dar a entender cuando predicán la evolución, el progreso, la prosperidad, la personalidad constructiva y la forma americana de hacer las cosas. Puede que nos provoque risa, pero en realidad todos ellos emplean un estereotipo mayúsculo del esfuerzo humano que por una parte adopta un criterio impersonal, por otra un criterio terrenal y, al mismo tiempo, habitúa a los hombres a pensar en términos cuantitativos. Si bien es

cierto que este ideal confunde calidad con tamaño, felicidad con velocidad y naturaleza humana con naturaleza mecánica, en él encontramos las mismas fuerzas que accionan cualquier código moral presente, pasado o futuro. Nos referimos al deseo de lo más grande, lo más rápido y lo más alto, o lo más pequeño en el caso de los que se dedican a la industria de los relojes de muñeca o de los microscopios. El gusto, en suma, por lo superlativo y lo "incomparable", que en esencia y en potencia constituye una pasión noble.

No cabe duda de que esta versión estadounidense del progreso ha adaptado un extraordinario abanico de hechos al ámbito económico y a la naturaleza humana. También ha transformado un volumen nada habitual de agresividad, ambición y afán de poder en trabajo productivo. Por otro lado, hasta hace bien poco aún no había frustrado gravemente la naturaleza activa de los miembros de la comunidad. Asimismo, ha construido una civilización que proporciona a sus autores lo que consideran una gran satisfacción en el trabajo, el apareamiento y el ocio, y su afán por obtener victorias ante la naturaleza salvaje, montañas y grandes distancias, así como en competiciones humanas, representa incluso esa parte del sentimiento religioso que consiste en experimentar una sensación de comunión con el fin último del universo. El modelo ha resultado ser un éxito casi perfecto en lo que a la secuencia de ideales, puesta en práctica, y obtención de resultados se refiere. De hecho, ha rozado la perfección de tal manera que todos los desafíos al sistema se consideran antiamericanos.

Sin embargo, este patrón constituye una representación incompleta e inadecuada del mundo. La costumbre de considerar el progreso como sinónimo de "desarrollo" ha acarreado el descuido de muchos aspectos del entorno. Cegados por el estereotipo de "progreso", los estadounidenses apenas han podido vislumbrar aquellos elementos del conjunto que no concuerdan con él. En consecuencia, vieron la expansión de las ciudades, pero no el crecimiento de los barrios marginados; celebraron las estadísticas del censo, pero se negaron a considerar el aspecto negativo de la superpoblación, y señalaron con orgullo su crecimiento, pero no fueron capaces de ver la emigración procedente del campo, ni la inmigración que nunca llegó a asimilarse. Asimismo, desarrollaron su industria desmesuradamente sin reparar en el imprudente coste que ello suponía para sus recursos naturales y construyeron corporaciones gigantescas sin concertar relaciones laborales. Crecieron, pues, hasta convertirse en una de las naciones más poderosas de la tierra, pero no adecuaron sus instituciones ni su mentalidad al final de su aislamiento. Entraron en la Gran Guerra sin estar preparados ni moral ni físicamente y salieron desilusionados, pero sin haber ganado apenas en experiencia.

La influencia positiva y negativa de este estereotipo estadounidense pudo

verse claramente durante la Gran Guerra. La idea de que el conflicto podría ganarse reclutando un número ilimitado de ejércitos, solicitando créditos ilimitados, construyendo un número infinito de barcos, produciendo una cantidad desorbitada de munición y concentrándose sin medida y en exclusiva en estos aspectos, coincidía con el estereotipo tradicional y tuvo como resultado algo así como un milagro físico.⁶¹ No obstante, en las mentes de los individuos más cegados por este estereotipo no había espacio para pensar en los frutos de la victoria ni en cómo se conseguirían. Por tanto, se ignoraron los fines o se consideraron automáticos, y la victoria se concibió, porque así lo exigía el estereotipo, como una victoria aniquiladora en el campo de batalla. De la misma forma que en época de paz nadie se pregunta para qué sirve el vehículo más rápido del mundo, nadie se preguntó durante la guerra para qué serviría obtener una victoria aplastante. Sin embargo, en París quedó demostrado que el modelo no se ajustaba a los hechos. En época de paz podemos suplantar las cosas pequeñas por cosas grandes hasta el aburrimiento y éstas por otras aún mayores, pero en época de guerra, cuando se ha obtenido una victoria absoluta, no se puede pasar a una victoria aún más absoluta. En consecuencia, se tiene que actuar en función de un patrón completamente distinto, pero si carecemos de esa alternativa, el fin de la guerra significará lo que supuso para mucha *buena* gente: el anticlímax en un mundo sombrío e insípido.

Este desajuste marca el momento exacto en el que los estereotipos y los hechos, que no pueden ignorarse, se desligan para siempre. Tarde o temprano acaba por suceder, porque nuestras imágenes sobre cómo se comportan las cosas son más sencillas y fijas que el flujo y reflujo de los hechos. Por tanto, llega un momento en el que los puntos débiles dejan de ser pequeñas manchas arrinconadas en las esquinas y pasan a ocupar el centro de la imagen. A partir de ese momento, a menos que haya críticos lo suficientemente valientes para dar la voz de alarma, líderes capaces de comprender el cambio y un pueblo habituado a la tolerancia, los estereotipos dejarán de comportarse como lo hicieron en 1917 y en 1918, años en los que nos permitieron economizar esfuerzo y concentrar energía. En su lugar, llegarán al extremo de frustrar lo primero y malgastar la energía de los hombres, empleándola para cegarnos, como ocurrió con los que en 1919 suplicaron la paz aún en las condiciones más duras, pero en 1921 despreciaron el Tratado de Versalles.

3

Cuando nos abstenemos de analizarlos, los estereotipos no sólo ocultan gran parte de cuanto necesitamos tener en cuenta, sino que llegada la hora de la verdad, suelen hacerse añicos llevándose consigo los pocos hechos relevantes que sí nos habían permitido considerar. Este ha sido el castigo impuesto por

Bernard Shaw al libre comercio, la libertad de contratación, la libre competencia, la libertad natural, el liberalismo económico y el darwinismo. Es probable que hace 100 años él mismo hubiera sido uno de los más acérrimos defensores de estas doctrinas. Entonces no las habría considerado, como hace hoy en el Medio Siglo Infiel,⁶² excusas para "engañar al prójimo impunemente, eliminar la intervención gubernamental, suprimir toda forma de organización, salvo la policial para poder librar de los puñetazos al fraude legalizado, y anular cualquier intento de introducir la voluntad, los propósitos y la reflexión humana en el maremágnum del ser industrial 'contrario a las leyes de la política económica'." Hace cien años habría opinado, como los pioneros de la marcha hacia las llanuras del firmamento⁶³ que es mejor evitar la proliferación de voluntades, propósitos y reflexiones cuando éstos se parecen a los de gobiernos de la misma especie que el de los tíos de la Reina Victoria. No habría visto al fuerte aplastando al débil, sino a los tontos aplastando a los fuertes. También habría podido observar voluntades, propósitos y reflexiones entregados a la obstaculización de inventos, empresas y lo que sin duda habría considerado el próximo movimiento de la evolución creativa.

Ni siquiera ahora Bernard Shaw parece excesivamente entusiasmado ante las injerencias de los gobiernos intervencionistas, aunque en teoría ha dado un giro completo contra el liberalismo económico. La mayor parte del pensamiento avanzado anterior a la guerra protagonizó el mismo giro contra la noción establecida de que, si liberásemos todo, la sabiduría brotaría dando paso a la armonía. Sin embargo, desde la guerra y su despliegue definitivo de gobiernos intervencionistas apoyados en censores, propagandistas y espías, Roebuck Ramsden y la libertad natural han sido readmitidos en el club de pensadores serios.

Todos estos ciclos tienen algo en común. Los sistemas de estereotipos comparten la noción de que una vez se ha alcanzado un punto determinado, el esfuerzo se interrumpe y los hechos acontecen por su propia voluntad conforme a nuestros deseos. De esta manera, los estereotipos vinculados al progreso, poderosos estímulos del trabajo, casi borran por completo los intentos por decidir qué trabajo y por qué. Por su parte, el liberalismo económico, liberación bendita de la absurda burocracia, asume que los hombres tenderán a alcanzar una armonía preestablecida por una suerte de reacción espontánea. Asimismo, el colectivismo, antídoto contra el egoísmo despiadado, parece presuponer en la mentalidad marxista la existencia de un determinismo económico que de la mano de los funcionarios socialistas nos guiará hacia la eficiencia y la sabiduría. Por último, los gobiernos fuertes, defensores del imperialismo en casa y fuera de ella, y conscientes del precio del desorden, descansan en última instancia en la noción de que los gobernantes sabrán todo lo que pueda interesar a los gobernados. Todas las teorías, pues, comparten un mismo punto débil: un punto de ciego

automatismo.

Dicho automatismo afecta a algunos hechos que si se tuvieran en cuenta, frenarían el movimiento vital provocado por los estereotipos. Si los defensores del progreso tuvieran que preguntarse a sí mismos, como el chino del chiste, qué les gustaría hacer con el tiempo que se ahorrarán superando el récord; si los partidarios del liberalismo económico tuvieran que contemplar no sólo la energía libre y exuberante de los hombres, sino lo que algunos llaman su naturaleza humana; si los partidarios del colectivismo centrasen su atención en el problema de cómo amarrar a sus funcionarios; y si los defensores del imperialismo se atrevieran a poner en duda su propia inspiración, todos ellos se parecerían más a Hamlet y menos a Enrique V. Este ciego automatismo, pues, mantiene a distancia aquellas imágenes perturbadoras, que con su séquito de emociones podrían suscitar nos dudas y doblegar nuestra voluntad. En consecuencia, los estereotipos no sólo nos permiten ahorrar tiempo en nuestras ajetreadas vidas y defender nuestra posición en la sociedad, sino que tienden a protegernos de los desconcertantes efectos que padeceríamos, si intentásemos ver el mundo ininterrumpida e íntegramente.

Capítulo 9. Los códigos y sus enemigos

1

Todos los que alguna vez hemos esperado a un amigo apostado al final de un andén recordaremos haberle confundido con algún desconocido, debido a que la forma de un sombrero o un modo de andar ligeramente característico evocaron su imagen en nuestra mente. Asimismo, cuando estamos dormidos, un débil tintineo puede sonar como el repique de una inmensa campana y el golpe lejano de un martillo puede parecernos un verdadero trueno. Esto se debe a que nuestras constelaciones de imágenes vibran ante los estímulos que en algunos aspectos se les parecen, aunque sólo sea vagamente. Dichas constelaciones pueden inundar toda la conciencia en forma de alucinaciones y penetrar lentamente en nuestras percepciones, aunque personalmente me inclino a creer que este tipo de experiencias son infrecuentes y bastante sofisticadas, como cuando dejamos la mente en blanco y miramos fijamente un objeto o palabra que nos resultan familiares y, como resultado, dejan de parecernoslo gradualmente. Por lo general, nuestra visión de los objetos suele ser una combinación de lo que tenemos delante y lo que esperábamos encontrar. Por tanto, el firmamento no es lo mismo a los ojos de los astrónomos que a los de los amantes, como tampoco una página de Kant pone en marcha las mismas ideas en los kantianos que en los empiristas radicales, ni las beldades tahitianas resultan tan hermosas a los ojos de los lectores de la revista *National Geographic* como a los de sus pretendientes.

De hecho, lo que entendemos por pericia referido a cualquier disciplina consiste en la multiplicación del número de aspectos que estamos preparados para descubrir y en la capacidad, fruto de la costumbre, de excluir nuestras expectativas. Para los ojos inexpertos todas las cosas se parecen entre sí y la vida no es más que una sucesión de ellas, mientras que para los especialistas todas son claramente individuales. Los conductores, epicúreos, entendidos, ministros de gobierno o las mujeres de los profesores distinguen con claridad diversas diferencias y calidades en materia de automóviles, vinos, maestros antiguos, republicanos y facultades universitarias, que no tienen nada de obvio para los legos que en un momento dado conversan sobre todas esas cosas. Por tanto, tal y como Bernard Shaw se encargó de aclarar, mientras la vida sea tan corta, sólo un número reducido de nuestras opiniones públicas podrán considerarse expertas. Los especialistas sólo pueden llegar a serlo en unos pocos temas. Incluso en el caso del ejército, tal y como pudimos comprobar durante la guerra, los soldados expertos en caballería no tienen por qué resultar brillantes en la guerra de trincheras ni dentro de un tanque. Algunas veces ocurre, de hecho, que cuando apenas hemos alcanzado un ligero grado de pericia en

una disciplina concreta, exageramos nuestra costumbre de intentar introducir a la fuerza en nuestros estereotipos cuanto nos sea posible, a la par que relegamos a la oscuridad exterior lo que no se puede adaptar.

En consecuencia, a menos que nos mantengamos alerta, tenderemos a visualizar aquello que nos resulta más familiar con ayuda de las imágenes que ya tengamos archivadas en nuestra mente. La idea estadounidense del progreso y el éxito, por ejemplo, porta una imagen muy precisa de la naturaleza humana y la sociedad, que por lógica genera el tipo de progreso que considera ideal. Como resultado, cuando intentamos describir a los hombres que han triunfado realmente o explicar sucesos que han ocurrido de verdad, insertamos en ellos una relectura de las cualidades que nuestros estereotipos dan por supuestas.

Los antiguos economistas estandarizaron dichas cualidades de forma un tanto ingenua. Intentaron describir el sistema social en que vivían, pero lo encontraron excesivamente complicado para expresarlo en palabras. Esta dificultad les llevó a construir lo que en conciencia consideraron un esquema simplificado. Este respondía casi al mismo principio y presentaba prácticamente el mismo grado de veracidad que el paralelogramo con piernas y cabeza que los niños emplean para dibujar la complicada forma de una vaca. Este modelo consistía en lo siguiente: un capitalista que había ahorrado con diligencia parte del capital obtenido gracias a su trabajo; un empresario que concebía una demanda socialmente útil y, como resultado, montaba una empresa; una serie de obreros que libremente firmaban contratos de trabajo del tipo lo tomas o lo dejas; un terrateniente y un grupo de consumidores, que en función de un cálculo efectuado de antemano sobre la relación placer/dolor, compraban en el mercado más barato lo que sabían que les proporcionaría más placer. El modelo funcionó. El tipo de personas reflejadas en él, que habitaban un mundo similar al representado, invariablemente cooperaban en armonía en los libros que describían dicho esquema.

Con algunas modificaciones y florituras, esta mera ficción empleada por los economistas para simplificar su pensamiento, fue la misma que se vendió y popularizó hasta imponerse en amplios sectores de la población como la mitología económica del día. Aportaba una versión estándar de los capitalistas, empresarios, obreros, y consumidores a una sociedad más interesada en obtener el éxito que en explicarlo. Los edificios que levantó y las cuentas bancarias que llegó a acumular demostraban que el estereotipo de cómo se había conseguido correspondía a la realidad. Quienes más se beneficiaron del éxito llegaron a creer que eran el tipo de hombres que debían ser. No es de extrañar, pues, que cuando leían su reseña necrológica y biografía oficial, los inocentes amigos de los triunfadores apenas pudieran aguantarse las ganas de preguntar, si de verdad se trataba de ellos.

2

Naturalmente, los retratos oficiales resultaban irreconocibles a los ojos de los vencidos y de las víctimas. Los que personificaban el progreso no solían preguntarse si habían alcanzado la gloria siguiendo la ruta descrita por los economistas, o algún otro camino igualmente encomiable, pero los fracasados sí se lo planteaban. William James⁶⁴ afirma que "nadie alcanza a ver en las generalizaciones más allá de lo que su propio conocimiento de los detalles le permite." Los líderes de la industria vieron en los grandes *trusts* monumentos al (su) éxito, mientras que sus competidores vencidos vieron en ellos monumentos a la (su) derrota. Los primeros, pues, expusieron sus teorías acerca de las economías de escala y virtudes del gran capital, pidieron que se les dejara actuar por su cuenta y se proclamaron a sí mismos agentes de la prosperidad y promotores del comercio. Los vencidos, por su parte, insistieron en el derroche y dureza de los monopolios y apelaron en voz alta al Ministerio de Justicia para que librara a las empresas de todo tipo de conspiraciones. Así pues, uno de los bandos concebía la situación en forma de progreso, economías de escala y una extraordinaria oportunidad para el desarrollo, mientras que el otro la percibía en forma de fuerzas reaccionarias, extravagancia y restricciones comerciales. Se publicaron grandes volúmenes de estadísticas y anécdotas referidas a distintos tipos de verdades: la auténtica, la particular de cada uno, la más profunda y la más amplia, a fin de corroborar ambas versiones.

Cuando nuestros sistemas de estereotipos se consolidan, fijamos la atención en los hechos que ayudan a demostrarlos, mientras que eludimos aquellos que los contradicen. De esta manera, quizá por estar predispuestos a ello, los más bondadosos tienden a descubrir motivos para actuar con bondad, mientras que los más malintencionados sólo descubren maldad en torno a ellos. Para referirnos a estas actitudes solemos emplear dos expresiones bastante precisas: "mirar la vida de color de rosa" y "mirar la vida con cinismo". Por tanto, tal y como Philip Littell señaló refiriéndose a un distinguido profesor, si todos viéramos la vida a través de lentes oscuras, nuestros estereotipos acerca de cómo son las mejores personas y las clases más bajas no se verían contaminados por la acción del conocimiento. En tal caso, rechazaríamos cuanto viniese de fuera y todo lo que se diferenciase del modelo establecido pasaría de largo ante nuestra mirada ciega. No somos capaces de ver lo que no estamos acostumbrados a tener en consideración. Algunas veces de manera consciente, pero por lo general sin siquiera darnos cuenta, sólo los hechos que concuerdan con nuestra filosofía nos llaman la atención.

3

Esta filosofía es la serie más o menos organizada de imágenes que se emplea para describir el mundo desconocido. No obstante, no sólo nos basamos en dichas imágenes para describirlo, sino también para juzgarlo. En consecuencia, los estereotipos portan la carga de nuestras preferencias, se contagian de nuestros sentimientos de agrado o desagrado y se asocian a nuestros temores, anhelos, deseos, amor propio o esperanzas. Sea lo que sea que invoque cada estereotipo, será juzgado con el sentimiento que le corresponda. Salvo que hayamos desactivado deliberadamente nuestros prejuicios, casi nunca analizaremos a alguien y determinaremos, como resultado de dicho análisis, que se trata de una mala persona, sino que directamente veremos una mala persona. Por tanto, constantemente vemos amaneceres cubiertos de rocío, doncellas ruborizadas, sacerdotes santos, ingleses sin sentido del humor, rojos peligrosos, bohemios despreocupados, hindúes perezosos, orientales arteros, esclavos soñadores, irlandeses volubles, judíos rapaces o americanos al 100%. He aquí una muestra de algunos juicios reales que solemos emitir diariamente en nuestro mundo, mucho antes de que dispongamos de pruebas concluyentes. Todos ellos contienen en sí mismos las conclusiones que, con toda probabilidad, las pruebas se encargarán de confirmar posteriormente. En estos dictámenes no intervienen ni la justicia, ni la misericordia, ni la verdad, ya que siempre preceden a la evidencia. Por consiguiente, la existencia de pueblos que pese a sus prejuicios tengan una visión de conjunto neutral es tan inimaginable en cualquiera de las civilizaciones que consideramos dignas de ser tenidas en cuenta, que ningún esquema educativo puede basarse en ese ideal. Podremos detectar y pulir nuestros prejuicios, así como restar su influencia, pero mientras hombres limitados deban comprimir en un programa educativo toda la preparación necesaria para desenvolverse en una civilización vasta, se verán en la necesidad de llevar consigo imágenes de ella y de recurrir a sus prejuicios. La calidad de sus actos y de su pensamiento dependerá de que dichos prejuicios resulten amistosos en relación a otras personas e ideas, y de que evoquen amor ante lo que decididamente se presenta como bueno, en vez de odio por lo que no está incluido en su versión del bien.

La moral, el buen gusto y los buenos modales estandarizan primero y subrayan después algunos de estos prejuicios subyacentes. A medida que nosotros mismos nos adaptamos a nuestros respectivos códigos, vamos adaptando los hechos que vemos. Desde un punto de vista racional, los hechos son neutrales con respecto a nuestras visiones particulares de lo que es correcto y lo que no. En realidad son nuestros propios cánones los que determinan en gran medida lo que percibiremos y la manera en que lo haremos.

Los códigos morales son esquemas de conductas aplicados a un número

determinado de ejemplos típicos. Comportarse conforme a lo que nuestro código nos dicta supone servir a sus propósitos. Poco importa que se trate de la voluntad de Dios, o del rey, de la salvación individual en un paraíso bueno, sólido y tridimensional, del éxito terrenal, o de ponerse al servicio de la humanidad. Sea como sea, los autores de los códigos seleccionan ciertas situaciones típicas y, a continuación, deducen por medio de razonamientos o intuiciones el tipo de comportamiento llamado a producir los resultados que persiguen. Las reglas se aplicarán según proceda.

No obstante, cabe preguntarse cómo podremos llegar a saber en nuestra vida cotidiana, si nuestra conducta es la que el legislador tenía en mente. Se nos ha dicho que no mataremos, pero ¿y si alguien atacase a nuestros hijos? ¿Podríamos asesinar para evitar su matanza? Los diez mandamientos no se pronuncian al respecto. En consecuencia, todos los códigos están rodeados de una serie de intérpretes que se encargan de aplicarlos a cada caso específico. Supongamos, por ejemplo, que los doctores de la ley decidieran que es lícito matar en defensa propia. En tal caso, surgiría otra duda parecida a la anterior: ¿cómo podremos saber si estamos definiendo correctamente el concepto de legítima defensa, o que no hemos malinterpretado los hechos imaginando un ataque inexistente y, en consecuencia, que no somos nosotros los auténticos agresores? Quizá hayamos provocado el ataque, pero en tal caso, ¿qué es exactamente una provocación? Estas fueron precisamente las confusiones que infectaron la mente de la mayor parte de los alemanes en agosto de 1914.

En el mundo moderno, las diferencias existentes entre las suposiciones relativas a los hechos a los que aplicamos nuestro código tienen más relevancia que cualquier diferencia existente entre los diversos códigos. Nos referimos a que las fórmulas religiosas, morales y políticas no están tan alejadas entre sí como los hechos asumidos por sus devotos. Por tanto, a la hora de reexaminar los hechos siempre será más útil recurrir al debate que a la comparación de ideales. La norma de que debemos comportarnos con los demás como nos gustaría que los demás se comportaran con nosotros se basa en la creencia de que la naturaleza humana es uniforme. Por el contrario, el principio de Bernard Shaw de que no deberíamos comportarnos con los demás como nos gustaría que los demás se comportasen con nosotros, debido a que es posible que sus gustos no coincidan con los nuestros, se basa en la creencia de que la naturaleza humana no es uniforme. Asimismo, la máxima de que la libre competencia es el alma de la industria se basa en toda una serie de consideraciones relativas a las motivaciones económicas, las relaciones laborales y el funcionamiento de un sistema comercial en particular; de la misma forma que la afirmación de que los Estados Unidos nunca tendrán una flota comercial, a menos que sea privada y se gestione como tal, presupone la existencia probada de una relación entre los incentivos y una especie determinada de entidad con ánimo de lucro. La

justificación de las dictaduras, el espionaje y el terror por parte de la propaganda bolchevique, basada en que "todos los Estados son aparatos de violencia"⁶⁵, constituye un juicio histórico absolutamente falso para quienes no comulgan con el comunismo.

En el núcleo de todo código moral subyace una imagen determinada de la naturaleza humana, un mapa concreto del universo y una versión particular de la historia, de manera que todos ellos aplican sus reglas a la naturaleza humana que han concebido, en el universo que han imaginado y como consecuencia de su interpretación de la historia. Como resultado, la envergadura de las diferencias existentes entre dichas concepciones y los hechos de la personalidad, el entorno y la memoria determina el grado de dificultad a la hora de aplicar con éxito las normas de cada código. Todos los códigos morales conciben la psicología humana, el mundo material y la tradición de una u otra forma, pero para los que se hallan bajo el influjo de la ciencia, tal concepción es en realidad una hipótesis, mientras que en el caso de los códigos procedentes del pasado, que nunca fueron sometidos a examen, o en el de los que surgen de pronto de las profundidades de nuestra mente, la concepción no se considera una hipótesis a la espera de pruebas o contradicciones, sino una ficción que se acepta sin ser cuestionada. En el primer caso, los hombres se muestran humildes con respecto a sus creencias, porque saben que son incompletas y provisionales, mientras que en el segundo son dogmáticos, porque sus creencias constituyen mitos completos. Los moralistas sometidos a la disciplina que impone la ciencia son conscientes de que, aunque no lo saben todo, están en camino de saber algo. Por el contrario, los dogmáticos que recurren al mito creen que ellos mismos gozan hasta cierto punto del don de la omnisciencia, a pesar de que carecen de criterios para poder distinguir la verdad de la mentira. El rasgo más característico de los mitos consiste en que en ellos la verdad y la mentira, los hechos y las fábulas, y las exposiciones de hechos y la fantasía conviven en el mismo plano de credibilidad.

Los mitos no son falsos por necesidad. De hecho, pueden llegar a ser completamente ciertos o a serlo parcialmente. Es muy probable que aquellos que afectan a la conducta humana durante períodos de tiempo prolongados encierren muchas verdades profundas e importantes. Sin embargo, lo que ningún mito podrá contener jamás es el poder crítico necesario para discernir sus verdades de sus mentiras, ya que dicho poder reside exclusivamente en la conclusión razonada de que ninguna opinión humana, sea cual sea su supuesto origen, está por encima de las pruebas y la evidencia, y de que ninguna opinión es algo más que la opinión de alguien. Si algún lector se pregunta por qué la prueba de la evidencia es preferible a cualquier otra, no hallará respuesta a menos que esté dispuesto a comprobarlo empíricamente.

Personalmente, creo posible demostrar por medio de pruebas abrumadoras la afirmación de que todos los códigos morales parten de una visión particular de los hechos. Bajo el término códigos morales incluyo todos los tipos: personales, familiares, económicos, profesionales, legales, patrióticos e internacionales. Todos ellos se asientan sobre un núcleo de estereotipos psicológicos, sociológicos e históricos y casi nunca comparten una misma visión de la naturaleza, instituciones o tradiciones humanas. Comparemos, por ejemplo, los códigos económico y patriótico. Supongamos que se desencadenase una guerra, lo que en teoría debería afectar a ambos por igual. Imaginemos también a dos hombres que compartiesen la sociedad de un negocio y supongamos que uno de ellos decidiera alistarse y que el otro firmase un contrato para suministrar munición al ejército. El soldado lo sacrificaría todo, quizá incluso su propia vida. Se le paga un dólar diario, y todo el mundo diría y creería que ningún incentivo económico podría hacer de él mejor soldado. Por tanto, la motivación económica habría desaparecido de su naturaleza humana. Su socio, por el contrario, apenas sacrificaría nada, obtendría beneficios considerables en relación al costo, y todo el mundo diría y creería que, si careciese de dicho incentivo económico, no produciría munición. Quizá esta afirmación le pareciese injusta. La cuestión es que el código patriótico vigente presupone un tipo de naturaleza humana distinto al que presupone el económico. Es probable que ambos códigos se basen en expectativas que a este respecto sean ciertas y que cuando individualmente adoptamos uno en particular, tendamos a mostrar el tipo de naturaleza humana que él nos exija.

Este es uno de los motivos por los que resulta muy arriesgado generalizar acerca de la naturaleza humana. Puede que el mismo individuo que en su casa se comporta como un padre de familia afectuoso, sea un jefe desabrido en la oficina, un reformista concienzudo en el ayuntamiento y un ávido patriota chauvinista cuando sale al extranjero. Su vida familiar, su carrera profesional, su actividad política y su forma de actuar en el extranjero responderán a versiones completamente diferentes de las formas de ser de otras personas y de la actuación que debería tener. Dichas versiones varían en cada persona en función de los distintos códigos. Éstos, a su vez, varían ligeramente entre las personas pertenecientes a una misma clase social y en gran medida entre clases sociales diferentes. No obstante, las variaciones más significativas se producen entre naciones o razas, debido a que éstas pueden llegar al punto de no compartir ningún supuesto. Esto explica por qué pueblos que participan de las mismas creencias religiosas pueden, no obstante, entrar en guerra: porque la visión de los hechos que cada uno da por supuesta es precisamente el elemento de sus creencias que determina su conducta.

Esta es la forma sutil y penetrante en que los códigos morales invaden el proceso de elaboración de la opinión pública. La teoría ortodoxa sostiene que la opinión pública constituye un juicio moral sobre un conjunto de hechos. Sin embargo, la teoría que personalmente estoy sugiriendo es que dado el estado actual de la educación, la opinión pública es principalmente una versión moralizada y codificada de los hechos. Mi afirmación se basa en que el modelo de estereotipos sobre el que descansan nuestros códigos determina en gran medida qué grupo de hechos percibiremos y bajo qué luz. Esto explica por qué la política que cada periódico aplica con respecto a las noticias, siempre con la mejor voluntad del mundo, tiende a corroborar su línea editorial, o por qué los capitalistas ven literalmente una serie de hechos y aspectos determinados de la naturaleza humana, distintos de los que ven sus oponentes socialistas, y por qué ambos grupos se consideran mutuamente irracionales o perversos, cuando lo que realmente les separa es una diferencia de percepción. Ésta viene impuesta por las diferencias existentes entre los modelos de estereotipos capitalista y socialista. "En los Estados Unidos no hay clases", escribió un editor estadounidense. "La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de la lucha de clases," dice, a su vez, el *Manifiesto comunista*. Aquellos cuya mentalidad coincida con el patrón del editor, verán con suma nitidez los hechos que lo confirman, mientras que tendrán una visión vaga e ineficaz de cuanto pueda contradecirles. Por el contrario, aquellos cuya mentalidad coincida con la del modelo comunista, no sólo verán otras cosas, sino que acentuarán de manera completamente distinta los hechos comunes a ambas visiones.

5

El sistema moral de cada uno descansa sobre su versión aceptada de los hechos, por lo que todos los que se opongan a ésta, o a sus juicios morales, serán considerados perversos, extranjeros o peligrosos. ¿Cómo nos explicamos a nosotros mismos la oposición de los demás? Siempre intentamos hallar una explicación, pero nunca consideramos la posibilidad de que nuestros oponentes simplemente vean una serie de hechos distintos a los que vemos nosotros. Todos evitamos esta explicación, debido a que socava los cimientos de nuestro convencimiento íntimo de que nunca apartamos la vista de la vida y de que la nuestra es una visión de conjunto. Sólo cuando estemos acostumbrados a reconocer que nuestras opiniones no son más que experiencias parciales vistas a través de nuestros estereotipos, llegaremos a tolerar de verdad opiniones contrarias a las nuestras. En caso contrario, crearemos en el absolutismo de nuestra propia visión y, en consecuencia, en que toda oposición es peligrosa por naturaleza. Esto se debe a que, aunque nos mostramos dispuestos a admitir que

todas las "cuestiones" tienen dos caras, no creemos que lo que consideramos "hechos" también tenga dos caras. Sólo podríamos llegar a creerlo después de que una prolongada educación crítica nos hiciera ser plenamente conscientes de hasta qué punto nuestra percepción de los datos sociales es subjetiva y de segunda mano.

Por tanto, mientras dos facciones enfrentadas perciban con nitidez su visión particular de los hechos e ideen sus propias explicaciones acerca de lo que ven, les resultará casi imposible darse crédito mutuamente con total honestidad. Una vez que hayan adaptado sus respectivos modelos a su experiencia en relación a algún aspecto crucial, éstos ya no se considerarán meras interpretaciones, sino la "realidad". No obstante, puede que su único parecido con ella se limite a que culminen en alguna conclusión que concuerde con alguna experiencia real. Sirva de ejemplo el siguiente caso: podemos representar un viaje de Nueva York a Boston trazando una línea recta en un mapa, de la misma forma que podemos considerar nuestro triunfo personal como el final de una trayectoria sin desvíos. Sin embargo, es probable que la carretera que conduce a Boston dé vueltas y rodeos y esté repleta de cambios de sentido, de la misma manera que el camino del éxito incluye mucho más que la iniciativa privada, el trabajo y el ahorro. Aun así, una vez que hayamos llegado a Boston o cosechado triunfos, tomaremos ambas líneas rectas por verdaderas cartas de navegación que, inexorablemente, han de conducir al destino señalado. Sólo cuando alguien trate de seguirlas y no consiga llegar a su destino, nos veremos en la obligación de hacer frente a algunas objeciones. Si mientras nosotros insistimos en defender nuestra ruta, el objetor insiste en rechazarlas, no tardaremos en considerarle un elemento peligroso, de la misma manera que él nos calificará de hipócritas y mentirosos. De esta forma, tanto él como nosotros iremos pintando gradualmente el retrato del otro. Nuestro oponente se presentará a sí mismo como los hombres que afirman que ellos son los buenos y todos los demás son malos. A cambio, nosotros le consideraremos una molestia que no podemos encajar en nuestro esquema de las cosas. Sin embargo, supondrá un obstáculo para nosotros, porque mentalmente tendemos a considerar que nuestro esquema se basa en hechos irrefutables y responde a una lógica aplastante, de manera que nos veremos en la necesidad de ubicar a nuestro oponente en algún hueco. En política y en el mundo empresarial rara vez se hace ese hueco a base simplemente de admitir que el oponente ha visto otro aspecto de la misma realidad, ya que ello supondría el derrumbamiento del esquema.

Los italianos que acudieron a París a negociar, consideraban que Fiume era italiana. Desde su punto de vista, no era simplemente una ciudad que convenía incorporar al reino de Italia, sino que era italiana, porque la mayor parte de los habitantes que se encontraban dentro de sus límites legales lo eran. Los delegados estadounidenses, que habían visto más italianos en Nueva York de

los que había en Fiume, sin por ello considerar que Nueva York fuese una ciudad italiana, fijaron su vista en ella y vieron fundamentalmente un puerto de la Europa Central. También vieron claramente que la zona periférica estaba habitada por yugoslavos y que ningún territorio de tierra adentro era italiano. En consecuencia, algunos de los italianos que se encontraban en París se vieron en la necesidad de hallar una explicación convincente de la maldad estadounidense. Finalmente la encontraron en un rumor cuyo origen nadie supo encontrar, según el cual un influyente diplomático estadounidense había caído en las trampas tendidas por su amante yugoslava. A ella se le había visto... él había sido visto... en Versalles, al final del bulevar, la villa rodeada de árboles altos...

Esta es una forma muy habitual de explicar cualquier tipo de oposición. Sus variantes más difamatorias rara vez llegan a ocupar las páginas de los periódicos, por lo que los Roosevelts de turno pueden llegar a tardar años (en el caso de los Hardings, quizá sólo les lleve algunos meses) en tomar cartas en el asunto y poner fin a una campaña de rumores que, para entonces, ya se habrán propagado en todos los círculos. Las figuras públicas tienen que soportar un número aterrador de calumnias venenosas que se repiten y elaboran sin cese en todo tipo de cenas y reuniones sociales para el regocijo de los asistentes. Aunque personalmente creo que esta práctica resulta más habitual en Europa que en los Estados Unidos, son muy pocos los funcionarios norteamericanos que no protagonizan rumores relacionados con diversos tipos de escándalos.

Pintamos a la oposición como una pandilla de facinerosos y conspiradores. Cuando los precios se incrementan sin piedad, se debe a una conspiración tramada por los más beneficiados, y si los periódicos tergiversan las noticias, entendemos que se trata de un complot capitalista. La explicación de por qué los ricos son tan ricos es, sencillamente, porque nos roban, y cuando perdemos unas elecciones reñidas, pensamos que el electorado estaba comprado. Asimismo, cuando algún hombre de Estado hace algo que no aprobamos, deducimos que ha sido comprado o influenciado negativamente por algún sujeto indigno. Cuando los obreros protestan, es porque son víctimas de la manipulación de algún agitador, a menos que muchas industrias se vean afectadas, en cuyo caso se tratará de una conspiración. Si no producimos suficientes aviones, es por culpa de los espías, y si en Irlanda hay problemas, es por culpa del "oro" alemán o bolchevique. Resumiendo: si nos ponemos a buscar conspiraciones como locos, llegaremos a la conclusión de que todas las huelgas, el plan de Plumb, la rebelión Irlandesa, la agitación de los mahometanos, la restauración del rey Constantino, la Sociedad de Naciones, las revueltas de México, los movimientos a favor del desarme, las películas del domingo, las faldas cortas, el incumplimiento de las leyes sobre el alcohol y la autoafirmación de la raza negra son pequeñas conspiraciones urdidas dentro de una gran trama ideada por Moscú, Roma, los masones, los japoneses o los patriarcas de Sión.

Capítulo 10. La detección de estereotipos

1

Hubo un tiempo en que los diplomáticos expertos, obligados a sostener debates minuciosos con pueblos en guerra y a defender sus respectivas posturas con energía, aprendieron a manejar con habilidad un amplio repertorio de estereotipos. Trataban con precarias alianzas de poder que en tiempo de guerra lograban mantener su unidad gracias exclusivamente al ejercicio de un prudente liderazgo. Los soldados de a pie y sus mujeres, descritos en las crónicas del valor como seres heroicos y desinteresados por encima de cualquier otra consideración, no eran, sin embargo, lo suficientemente heroicos para afrontar la muerte con alegría en nombre de ideales que, según los ministerios de asuntos exteriores de potencias extranjeras, resultaban esenciales para el futuro de la civilización. Muy pocos habrían cruzado por su propia voluntad tierra de nadie con el fin de conquistar puertos, minas, pasos de montañas rocosas y ciudades para el provecho de naciones aliadas.

Un buen día sucedió que el gobierno de una nación en guerra, que controlaba el ministerio de asuntos exteriores, el alto mando y la mayor parte de la prensa, reivindicó territorios de varios países vecinos. Las clases cultas, que consideraban a Kipling, Treitschke y Maurice Barras cien por cien ruritanos, denominaron a estos territorios la Gran Ruritania. Sin embargo, esta grandiosa idea no fue acogida con entusiasmo en el extranjero. Por tanto, guardando esta delicada flor del genio ruritano junto a su corazón, como dijo su laureado poeta, los hombres de estado ruritanos siguieron adelante con la idea de dividir y conquistar. Para ello partieron su reivindicación territorial en sectores que fueron reclamando por separado invocando distintos estereotipos. A sus aliados les resultaba difícil oponerse, porque ellos mismos los habían invocado con la esperanza de obtener la aprobación de los demás en relación a otras plazas que reclamaban para sí.

El primer sector era una región montañosa habitada por campesinos extranjeros. Ruritania lo reclamaba para completar su frontera geográfica natural. Si fijamos nuestra atención por tiempo suficiente en el inefable valor de lo natural, esos campesinos extranjeros simplemente se desvanecerán en la niebla hasta que sólo podamos distinguir la pendiente de las montañas. El siguiente territorio estaba habitado por ruritanos, por lo que invocando el principio de que ningún pueblo debe vivir bajo la dominación extranjera, lograron anexionarlo también. A continuación, reclamaron una ciudad de gran importancia comercial, que aunque no estaba habitada por ruritanos, había formado parte de Ruritania hasta el siglo XVIII, por lo que fue anexionada en nombre del derecho histórico. Acto seguido mostraron interés por un rico yacimiento minero perteneciente a, y explotado por,

extranjeros. Lograron apropiárselo en concepto de indemnización por los daños sufridos. Más allá del yacimiento había una zona cuya población era extranjera en un 97%. Ésta constituía la frontera geográfica natural de otro país y a lo largo de su historia nunca había pertenecido a Ruritania. No obstante, una de las provincias recién incorporadas a la federación ruritana había comercializado sus productos en ese mercado, y además, la cultura de la clase social más alta era ruritana. En consecuencia, dicho territorio fue exigido en nombre de la superioridad cultural y la defensa de la civilización. Por último, había un puerto completamente desvinculado de Ruritania geográfica, étnica, económica, histórica y culturalmente que, sin embargo, fue reclamado, porque resultaba esencial para la estrategia defensiva nacional.

En los tratados que pusieron término a la Gran Guerra podemos encontrar múltiples ejemplos de este tipo. Quede claro que en ningún caso pretendo dar a entender que en mi opinión fuese posible configurar nuevamente las fronteras de Europa con un mínimo grado de coherencia en nombre de cualquiera de estos principios. De hecho estoy convencido de lo contrario. El hecho de que se invocaran argumentos tan pretenciosos e incuestionables demuestra que nunca se tuvo la voluntad de alcanzar acuerdos y, en consecuencia, que la paz no podía fundamentarse en ellos. Desde el momento en que se empieza a discutir sobre fábricas, minas, montañas o incluso la autoridad política, poniéndolos como ejemplos perfectos de uno u otro principio eterno, se deja de debatir y se comienza a pelear. Tales principios eternos censuran todas las objeciones posibles, aíslan la cuestión central de su contexto y escenario y despiertan emociones intensas, lo suficientemente apropiadas para cada principio, pero absolutamente incorrectas cuando se trata de puertos, almacenes o propiedades. Una vez hayamos comenzado a debatir con ese talante, ya no podremos detenernos. Nos encontraremos ante un peligro real. Para afrontarlo deberemos invocar principios más absolutos con el fin de proteger lo que corre el riesgo de ser atacado. Eso nos llevará a proteger las defensas existentes y a erigir más barreras para resguardar a cada una de ellas, hasta que todo esté tan revuelto que parezca menos peligroso pelear que seguir hablando.

Sin embargo, tenemos a nuestra disposición una serie de pistas que con frecuencia nos ayudarán a detectar el falso absolutismo de los estereotipos. En el caso de la propaganda ruritana, los principios se superponían unos a otros de forma tan rápida que resultaba posible ver de qué manera se construyó el argumento. Sus contradicciones internas demuestran que para poder reclamar cada sector, se eligió el estereotipo que permitía eliminar todos los hechos que hubiesen podido constituir algún obstáculo. Este tipo de contradicciones suelen proporcionarnos una buena pista.

2

La siguiente pista la encontramos en la incapacidad para tomar el espacio en consideración. Sirva de ejemplo que en la primavera de 1918, numerosas voces consternadas por la retirada de Rusia de la guerra exigieron la "reapertura de un frente en el Este". La guerra tal y como la habían concebido se desarrollaba en dos frentes, por lo que cuando uno de ellos desapareció, surgió la necesidad inmediata de volver a abrirlo. Al ejército japonés, que hasta entonces no había intervenido, le fue encomendada la tarea de enviar hombres al frente con el fin de reemplazar al ejército ruso. Sin embargo, éste se encontró con un obstáculo insuperable. Entre Vladivostok y el frente Oriental de la batalla se extendía un territorio de más de 8.000 km. de largo, cruzado por una línea de ferrocarril inservible. No obstante, esos 8.000 km. no figuraban en la mente de los más entusiastas. Estaban tan absolutamente convencidos de que necesitaban un frente oriental, y confiaban tanto en el valor del ejército japonés, que mentalmente transportaron a todos los soldados desde Vladivostok a Polonia a bordo de una alfombra voladora. Nuestras autoridades militares intentaron explicar en vano que destacar soldados en la frontera de Siberia tenía tan poco que ver con detener a los alemanes, como subir desde el sótano hasta la azotea del edificio Woolworth para llegar a la luna.

En este caso, el estereotipo consistía en que la guerra se estaba desarrollando en dos frentes. Desde el preciso instante en que los hombres comenzaron a imaginarse la Gran Guerra, concibieron a Alemania rodeada entre Francia y Rusia. Una o tal vez dos generaciones de estrategias habían vivido con esa imagen visual como punto de partida de todos sus cálculos. Durante casi cuatro años, todos los mapas que vieron del campo de batalla reforzaron su impresión de que la guerra estaba transcurriendo de esa manera. Cuando los acontecimientos dieron un giro, no les resultó fácil verlos como fueron a partir de ese momento. Seguían percibiéndolos tal y como dictaba su estereotipo, y los hechos que contradecían tal visión, como la distancia existente entre Japón y Polonia, no pudieron ascender con nitidez al plano de la conciencia.

Es interesante observar que las autoridades estadounidenses abordaron esta novedad con mucho más realismo que las francesas. Esto se debió, al menos en parte, a que hasta 1914 los estadounidenses no se habían formado ninguna idea preconcebida sobre una guerra que transcurriese dentro del continente. Por un lado, porque los norteamericanos, absortos en la movilización de sus fuerzas, tenían una idea del frente oriental que era en sí misma otro estereotipo, en virtud del cual excluyeron de su conciencia cualquier otra imagen nítida de los demás escenarios del conflicto. En la primavera de 1918, esta visión norteamericana no podía competir con la visión tradicional francesa, porque aunque los norteamericanos confiaban ciegamente en su poder, en aquel

momento, antes de Cantigny y del Segundo Marre, los franceses tenían serias dudas al respecto. La confianza de los Estados Unidos contagió su estereotipo y lo revistió de esa capacidad para poseer conciencia, esa viveza y picor perceptibles, ese efecto estimulante en la voluntad, ese interés emocional como objeto de deseo y esa congruencia con nuestra vida, que James considera características de lo que percibimos como "real."⁶⁶ Los franceses, en su desesperación, se aferraron a su propia imagen. Cuando los hechos, en concreto hechos geográficos de grandes proporciones, no pudieron encajar en su percepción, optaron por deformarlos o, simplemente, por censurarlos. De esta manera, la dificultad de los japoneses para alcanzar a los alemanes a más de 8.000 km. de distancia se solucionó trasladando a los alemanes para forzar un encuentro a mitad de camino. Así, entre marzo y junio de 1918, se dio por hecho que un ejército alemán estaba operando en la Siberia Oriental. Este ejército fantasma estaba compuesto por algunos prisioneros alemanes que habían sido vistos, un número mayor de prisioneros alemanes que habían sido imaginados y, fundamentalmente, por la ilusión de que esos 8.000 km. de distancia no existían en realidad.⁶⁷

3

La concepción real del espacio no es un asunto baladí. Si trazásemos una línea recta entre Bombay y Hong Kong y midiésemos su longitud, no descubriríamos nada sobre la distancia que tendríamos que cubrir para efectuar ese viaje. Ni siquiera midiendo la distancia real que deberíamos recorrer descubriríamos gran cosa, al menos hasta que no supiésemos qué barcos cubren la ruta, cuándo zarpan, cuántos nudos de velocidad alcanzan y si podremos reservar plaza y disponemos del dinero suficiente para ello. En la vida práctica, el espacio es más una cuestión de los medios de transporte disponibles que de planos geométricos, como supo comprender aquel magnate del ferrocarril que amenazó con plantar hierba en las calles de una ciudad que le había ofendido. Si vamos conduciendo y preguntamos a qué distancia está nuestro punto de destino, tomaremos por un completo bobo a quien nos responda que está a casi cinco km., pero olvide mencionar que la carretera da un rodeo de más de nueve kilómetros y medio. Tampoco nos servirá de nada que nos indiquen que está a casi cinco km. andando. Esto equivaldría a decir que está a más de un kilómetro y medio volando como los cuervos. Ni volamos, ni estamos andando; lo que necesitamos saber es que está a más de nueve km. conduciendo y también, si fuera el caso, que casi cinco de esos nueve km. son charcos y barrizales. Personalmente, considero un fastidio a los viandantes que me responden cinco km. y pienso mal de los pilotos que me indican una distancia de un kilómetro, porque ambos están hablando del espacio que ellos tienen que recorrer, pero no

del que tendré que recorrer yo.

Cuando se trazan las fronteras también surgen complicaciones absurdas de esta índole, debido a nuestra incapacidad para concebir la geografía práctica de las regiones. En numerosas ocasiones, la aplicación de fórmulas generales, como la autodeterminación, ha llevado a los hombres de estado a trazar líneas sobre los mapas que, cuando se medían *in situ*, atravesaban fábricas, las calles de alguna aldea o la nave central de alguna iglesia en sentido diagonal, cuando no transcurrían entre la cocina y el dormitorio de la propiedad de algún campesino. Algunos países agrícolas y ganaderos han visto cómo sus fronteras separaban a los rebaños de los manantiales o a los pastos del mercado, y algunos países industriales cómo las cabezas de línea se separaban de las vías férreas. Sin embargo, en los mapas de colores estas líneas eran precisas, es decir, precisas en el universo de esos mapas étnicos.

4

Con el tiempo nos va igual de mal que con el espacio. El ejemplo más habitual lo encontramos en los individuos que mediante la redacción minuciosa de su testamento pretenden mantener el control que ejercían en vida sobre su dinero mucho tiempo después de haber muerto. "Fue la voluntad del primer William James," escribió su tataranieta Henry James,⁶⁸ "garantizar que sus hijos, muchos de los cuales aún eran menores de edad a la fecha de su muerte, se hiciesen dignos, a través de la actividad comercial y la experiencia, de merecer el notable patrimonio que confiaba dejarles en herencia, y a tal fin redactó un testamento que era una voluminosa mezcla de instrucciones y prohibiciones. Así demostró hasta qué punto confiaba en su propio juicio y se preocupaba por la salud moral de sus descendientes." Los tribunales desbaratan los testamentos, debido a que la ley, contraria a las cosas eternas, reconoce que aquellos a quienes se permite imponer su modelo moral en un futuro desconocido nos prestan un flaco servicio. No obstante, el deseo de imponerlo es un rasgo característico de la raza humana, tanto que nos está permitido hacerlo durante un breve período después de nuestra muerte.

Las enmiendas de todas las constituciones constituyen un claro ejemplo de la confianza que sus autores albergaban con respecto a la validez de sus opiniones a lo largo de varias generaciones. Tengo entendido que resulta casi imposible añadir enmiendas a las constituciones de algunos estados de los Estados Unidos. Los hombres que las redactaron no debían tener apenas sentido del transcurso del tiempo. Para ellos el concepto de aquí y ahora era tan concreto y evidente, mientras que la idea del futuro resultaba tan vaga o aterradora, que tuvieron el valor de decir cómo debería vivirse la vida después de que ellos hubieran muerto. Por otro lado, las constituciones resultan difíciles de reformar,

por lo que los más entusiastas y partidarios de las propiedades a perpetuidad han disfrutado mucho escribiendo en ese objeto imperecedero todo tipo de normas y prohibiciones que, en nombre de una actitud decorosamente humilde en relación al futuro, no deberían tener un carácter más permanente que cualquier estatuto común.

Nuestras opiniones están invadidas de supuestos referidos al tiempo. Hay personas para las que cualquier institución que haya existido durante toda su vida consciente forma parte del mobiliario permanente del universo, mientras que para otras se trata de algo efímero. Por otro lado, el concepto de tiempo geológico es muy diferente al de tiempo biológico. El tiempo social es el más complejo. Los hombres de estado deben optar entre diseñar planes de emergencia o a largo plazo. Algunas decisiones deben tomarse en base a lo que pasará en los próximos dos años, mientras que muchas veces debemos decidirnos basándonos en lo que pasará en el plazo de una semana, un mes, un trimestre, una década, cuando los niños hayan crecido o cuando nuestros nietos sean mayores. Uno de los rasgos importantes de la sabiduría consiste en la capacidad de identificar, entre todas las concepciones posibles del tiempo, la que corresponde a lo que nos ocupa. Entre los sujetos que emplean una concepción errónea del tiempo figuran desde los soñadores que ignoran el presente, hasta los filisteos que no son capaces de ver nada más. Por ello, las escalas de valores verdaderas tienen un sentido muy agudo del tiempo relativo.

Se necesita concebir, de algún modo, el tiempo alejado del presente, ya sea pasado o futuro. Sin embargo, tal y como dice James, "carecemos de un sentido de `comprensión` directa con respecto a grandes lapsos de tiempo."⁶⁹ La duración más larga que podemos sentir directamente es aquella que se denomina "presente especioso". Según Titchener, éste se prolonga por espacio de unos seis segundos.⁷⁰ "Durante este período de tiempo, todas nuestras impresiones ocurren a la vez. Esto nos permite percibir variaciones y acontecimientos, así como objetos estacionarios. El presente perceptual se complementa con el ideacional. La combinación de percepciones e imágenes procedentes de nuestra memoria nos permite traer al presente días enteros, meses e incluso años."

En el presente ideacional, tal y como dijo James, la intensidad es proporcional al número de discriminaciones que percibimos en él. En consecuencia, cuando nos aburrimos durante las vacaciones y no tenemos nada que hacer, el tiempo transcurre despacio mientras lo estamos viviendo, pero cuando posteriormente lo recordamos, nos parece muy breve. Por el contrario, una gran actividad mata el tiempo, pero cuando posteriormente lo recordamos, su duración nos parece larga. James escribió un párrafo muy interesante sobre la relación existente entre el número de discriminaciones y nuestra perspectiva

del tiempo:⁷¹

"Tenemos motivos para pensar que posiblemente las criaturas difieran enormemente unas de otras en cuanto a la duración máxima de tiempo que pueden sentir de forma intuitiva, y en el grado de precisión de los sucesos que pueden ocupar dicho tiempo. Von Baer ha llevado a cabo algunos cálculos interesantes sobre el efecto de dichas diferencias con respecto al cambio de aspecto de la naturaleza. Supongamos que fuésemos capaces de percibir 10.000 acontecimientos por separado durante un segundo, en vez de los 10 que percibimos ahora.⁷² Si nuestra vida estuviera destinada a percibir el mismo número de impresiones, podría ser 1.000 veces más corta. Por tanto, viviríamos menos de un mes e individualmente no llegaríamos a experimentar nunca el cambio de las estaciones. Si hubiésemos nacido en invierno, creeríamos en la existencia del verano tanto como creemos ahora en el calor del período carbonífero. Nuestros sentidos percibirían los movimientos de los seres orgánicos de forma tan lenta que no los veríamos, sólo los deduciríamos. El sol estaría fijo en el cielo, la luna apenas mostraría cambios, etc. Por el contrario, en el caso de la hipótesis inversa, es decir, si existiese algún ser que sólo percibiese una milésima parte de las sensaciones que percibimos nosotros en un momento dado, y en consecuencia su vida fuese 1.000 veces más larga que la nuestra, la duración del invierno y del verano le parecería tan breve como un cuarto de hora. Las setas y todas las plantas que crecen a gran velocidad brotarían tan rápidamente que le parecerían creaciones instantáneas. Los arbustos anuales crecerían y desaparecerían de la superficie de la tierra como eternos manantiales de agua hirviendo. Asimismo, los movimientos de los animales serían tan invisibles a sus ojos como las balas a los nuestros y el sol cruzaría el cielo como los meteoritos, dejando tras de sí una estela de fuego, etc."

5

En *The Outline of History*, H.G. Wells llevó a cabo un valiente esfuerzo por visualizar "la verdadera relación proporcional existente entre el tiempo histórico y el geológico"⁷³. Si empleásemos una escala en la que un espacio de 7,62 cm. representase el tiempo transcurrido desde Colón hasta nuestros días, los lectores deberían caminar aproximadamente 16,764, 167,64 y 1.610 metros para situarse en la época en que fueron realizadas las pinturas de las Cuevas de Altamira, la era de los primeros hombres de Neandertal y el momento en que se extinguió el último dinosaurio, respectivamente. Carecemos de una cronología más o menos precisa hasta el año 1.000 a.C, y en esa época "Sargon I del imperio sumerio-acadio constituía un recuerdo lejano... más vago de lo que Constantino el Grande resulta para nosotros... Hamurabi había muerto hacía mil años... Stonchenge en Inglaterra ya tenía mil años de antigüedad."

H.G. Wells tenía un propósito en mente cuando escribió estas líneas. "En el breve plazo de 10.000 años, estas unidades (en las que se han organizado los hombres) han pasado de ser pequeñas tribus familiares durante la primera cultura neolítica, a convertirse en vastos reinos unificados, si bien demasiado pequeños y parciales, en la época actual." Wells aspiraba a cambiar nuestra perspectiva moral cambiando nuestra perspectiva temporal de los problemas actuales. Sin embargo, las mediciones astronómicas, geológicas y biológicas del tiempo, es decir, cualquier medición telescópica que minimice el presente, no es "más verdadera" que cualquier medición microscópica. Simeon Strunsky⁷⁴ hace bien en afirmar que "si Wells está pensando en su subtítulo, *El futuro probable de la humanidad*, tiene derecho a pedir el número de siglos que desee para encontrar la respuesta, mientras que si estuviera pensando en la salvación de la civilización occidental, actualmente bajo los efectos de la Gran Guerra, debería pensar en términos de décadas y veintenas." La adopción de uno u otro sistema de medición dependerá del fin práctico para el que lo elijamos. En algunas situaciones necesitaremos alargar nuestra perspectiva del tiempo, mientras que en otras ocasiones deberemos reducirla.

Los individuos que consideran irrelevante la muerte de 15.000.000 chinos por causa del hambre, debido a que la tasa de natalidad habrá compensado dicha pérdida dentro de dos generaciones, se limitan a justificar su desidia excusándose en la perspectiva temporal. Asimismo, cuando alguien reduce a la miseria a hombres jóvenes y sanos, porque alguna dificultad inmediata les ha afectado emocionalmente, es que ha perdido de vista la duración de la vida de los mendigos. Por último, las personas que en nombre de una paz inmediata están dispuestas a llegar a un acuerdo con imperios agresivos, aunque para ello deban justificar su apetito territorial, sacrifican la paz futura por causa de un presente engañoso, igual que quienes no son capaces de mostrar paciencia ante un vecino problemático y están dispuestos a convertirlo todo en un enfrentamiento.

6

La elección de la forma más apropiada de medir el tiempo interviene en casi todos los asuntos sociales. Tomemos como ejemplo el caso de la madera. Algunos árboles tardan menos tiempo que otros en crecer. Por tanto, consideraremos que nuestro gobierno ha adoptado una política forestal responsable, cuando compense anualmente el número de árboles de todas las especies y edades talados cada temporada. Desde el punto de vista económico, el grado de acierto de esta política dependerá de que el cálculo anterior se haya efectuado correctamente. Si se talasen menos árboles de los plantados, se estarían desperdiciando los recursos disponibles, mientras que si se talasen más,

los recursos se estarían explotando en exceso. No obstante, puede surgir de pronto alguna emergencia, como la necesidad de madera de píceas para construir aviones en época de guerra, que nos obligue a superar la cuota anual. Los gobiernos previsores lo tendrán en cuenta y considerarán la recuperación del equilibrio como un precio a pagar en el futuro.

Al carbón le corresponde otra dimensión temporal, debido a que, al contrario que los árboles, su producción se mide en tiempo geológico. Esto quiere decir que se trata de un recurso limitado. En consecuencia, para poder adoptar una política social adecuada, el gobierno tendrá que efectuar una serie de cálculos complicados con el fin de determinar las reservas disponibles en el mundo, las posibilidades identificadas, el índice de consumo actual, el índice de ahorro en relación al mismo y la existencia de combustibles alternativos. Por último, una vez determinadas, estas variables deberán ajustarse a algún parámetro temporal. Supongamos, por ejemplo, que un grupo de ingenieros concluyese que estamos agotando nuestras reservas de combustible y que, a menos que se descubran otras nuevas, la industria entrará en fase de recesión a partir de una fecha concreta. En ese caso, tendríamos que decidir hasta qué punto estamos dispuestos a ahorrar y sacrificarnos con el fin de no agotar los recursos de la posteridad. Por tanto, deberemos comenzar por definir qué entendemos por posteridad. ¿Nuestros nietos, nuestros tataranietos quizá? Podríamos, por ejemplo, tomar como referencia un período de 100 años con la esperanza de que sea un plazo de tiempo lo suficientemente amplio para dar margen al descubrimiento de otros combustibles alternativos, si se tuviera necesidad de ellos. Como es lógico, todas estas cifras son meras hipótesis, pero se trata de los únicos cálculos que nos pueden servir de referencia. Enseguida explicaremos la relación existente entre el tiempo social y la opinión pública.

Imaginemos ahora un caso ligeramente distinto: un contrato entre el ayuntamiento de una ciudad y una empresa de tranvías. Supongamos que la empresa condicionase una inversión de capital a obtener el monopolio sobre la explotación de las vías por espacio de 99 años. Cuando alguien impone condiciones de esta naturaleza, se debe a que considera que ese plazo de tiempo es tan largo, que equivale a decir "para siempre". Sin embargo, cabe la posibilidad de que los vagones de tranvía, guiados desde una central eléctrica en construcción, se queden anticuados en un plazo de veinte años. En ese caso no será aconsejable firmar el contrato, ya que de hacerlo se estaría condenando virtualmente a las generaciones futuras a emplear un medio de transporte de categoría inferior. Si firmasen el contrato, los responsables estarían demostrando no tener ningún sentido del tiempo a la hora de calcular 99 años. La solución más sensata, pues, consistiría en conceder algún subsidio a la empresa para que pudiese captar inversores, en vez, de estimular la inversión atendiendo a un falso sentido de la eternidad. Ningún alcalde, concejal de ayuntamiento o empresa que

se refieran a períodos de 99 años harán gala de un sentido real del tiempo.

La historia de cada nación es un campo abonado para todo tipo de confusiones temporales. Sirva de ejemplo que para el inglés medio, la actuación de Cromwell, el deterioro del Acta de Unión y la hambruna de 1847 son males que afectaron a personas fallecidas hace mucho tiempo, tanto como los culpables. Por tanto, no consideran que en la actualidad pueda existir ningún tipo de relación que vincule a irlandeses o británicos con cualquiera de ellos. Sin embargo, en la mentalidad de los patriotas irlandeses esos hechos son casi contemporáneos. Su memoria es como los cuadros históricos que representan una conversación entre Dante y Virgilio. Estas diferencias de perspectiva y formas de acortar el tiempo levantan grandes barreras entre los pueblos. Entraña siempre gran dificultad para una persona de una determinada tradición, el recordar lo que es contemporáneo en otra tradición.

Cuando se invocan los principios de los derechos o errores históricos, casi nunca se mira el pasado con objetividad. Tomemos como ejemplo el conflicto franco-alemán sobre la región de Alsacia-Lorena. Nuestra opinión al respecto dependerá de cuál sea la fecha que consideremos el punto de partida inicial. Si tomamos como punto de partida a los secuanos y rauracos, consideraremos que históricamente esas tierras han formado parte de la antigua Galia, pero si partimos de Enrique I, determinaremos que históricamente han sido territorio alemán. Sin embargo, en 1273 pertenecieron a la Casa de Austria, mientras que en 1648, cuando se firmó la Paz de Westfalia, la mayor parte del territorio era francés, al igual que en 1688 bajo el reinado de Luis XIV. En consecuencia, si invocásemos el derecho histórico en relación a este conflicto, elegiríamos las fechas que respaldasen nuestra opinión acerca de qué decisión debería tomarse ahora.

Los argumentos sobre "razas" y nacionalidades suelen delatar la misma visión arbitraria del tiempo. Durante la guerra, con los sentimientos a flor de piel, la diferencia entre "teutones" por un lado y "anglosajones" y franceses por el otro se consideraba eterna, es decir, se creía que siempre habían sido razas diferenciadas. Sin embargo, hacía tan sólo una generación que historiadores como Freeman habían subrayado el origen teutónico común de los pueblos de Europa Occidental y que los etnólogos habían insistido en que alemanes, ingleses y la mayor parte de los franceses eran ramas de lo que en el pasado había sido una estirpe común. La regla general dice: si en el momento presente nos llevamos bien con un pueblo, retrocederemos hasta llegar al tronco del árbol, pero en caso contrario, insistiremos en tomar por troncos separados lo que sólo son ramas distintas. En el primer caso, pues, centraremos nuestra atención en el período histórico anterior a la formación de las ramas, pero en el segundo atenderemos al período a partir del cual tuvo lugar su desarrollo, es decir,

consideraremos "verdadera" la visión que concuerde con nuestros sentimientos.

Los árboles genealógicos constituyen la variedad simpática. En ellos suele seleccionarse una pareja a la que se señala como los primeros ancestros. Siempre que sea posible, se tratará de un matrimonio asociado a algún acontecimiento honroso, como la invasión normanda. A todos los efectos y contradiciendo la lógica más elemental, se considerará que ese matrimonio no descende de nadie. Por tanto, la expresión de que fulano de tal fue el fundador de esta o aquella estirpe no significa que fuese el Adán de la familia, sino que es el ancestro en particular a partir del cual conviene comenzar el árbol genealógico, o tal vez el primero del que se tiene noticia. No obstante, los árboles familiares encierran un prejuicio más profundo. Nos referimos a que, a menos que la línea femenina resulte especialmente digna de mención, la descendencia siempre se trazará por línea masculina. Los árboles son masculinos. Las mujeres sólo figuran en ellos esporádicamente, como si fueran abejas en tránsito que se hubieran topado con un viejo manzano.

7

Sin embargo, el futuro es el tiempo que más induce a engaño. Ante él caemos en la tentación de saltarnos algunas etapas necesarias de la secuencia temporal, y dependiendo de que nos gobiernen sentimientos de duda o esperanza, de exagerar o minimizar el tiempo necesario para completar las distintas fases que intervienen en cada proceso. Esto afecta, por ejemplo, al debate sobre qué papel deberían desempeñar los asalariados en el ámbito de la gestión empresarial. El término gestión abarca numerosas funciones.⁷⁵ Algunas no requieren una formación específica, otras están supeditadas a algún grado de formación y hay determinadas tareas que sólo se pueden llegar a aprender dedicando a su estudio una vida entera. En consecuencia, los programas políticos que tienen por objeto la democratización industrial no serán verdaderamente discriminatorios a menos que se basen en la secuencia temporal más adecuada para cada caso, de forma que la asunción de responsabilidad vaya acompañada de un programa complementario de formación empresarial. La propuesta de instaurar súbitamente una dictadura del proletariado pretende eliminar el tiempo intermedio de preparación, de la misma forma que la oposición sistemática a cualquier propuesta encaminada a compartir la responsabilidad de la gestión, es un intento de negar la transformación de la capacidad humana a lo largo del tiempo. Las nociones primitivas de democracia, tales como la rotación de los cargos y el desdén hacia los expertos, no son otra cosa que el antiguo mito de que la diosa de la sabiduría brotó de la frente de Júpiter en estado de madurez y completamente armada. Todas ellas asumen que lo que se tarda años en aprender no necesita aprenderse en absoluto.

La concepción del tiempo es un elemento decisivo de todas las políticas que se basan en la expresión "pueblos subdesarrollados". En el Pacto de la Sociedad de Naciones se afirma,⁷⁶ por ejemplo, que "el carácter del mandato variará en función del grado de desarrollo de los pueblos" y otras variables. También se asegura que "el grado de desarrollo alcanzado" por algunos pueblos permite reconocer su independencia provisional, que quedará sujeta a asesoramiento y colaboración "hasta que sean capaces de asumir su independencia definitiva." La concepción de unos y otros del tiempo que habrá de transcurrir hasta que llegue ese momento influirá considerablemente en sus relaciones. En el caso de Cuba, por ejemplo, la opinión del gobierno estadounidense coincidía con la de los patriotas cubanos, y aunque se han generado algunos conflictos, en toda la historia no encontraremos otra página en la que se haya escrito con más acierto el trato otorgado por las potencias poderosas a las naciones más débiles. Históricamente, las valoraciones temporales a este respecto no han coincidido casi nunca. Cada vez que los pueblos imperiales se han mostrado profundamente convencidos, cualesquiera hayan sido sus manifestaciones públicas de dicho convencimiento, de que el atraso de los países subdesarrollados tenía tan poco remedio o resultaba tan rentable que no valía la pena intentar solucionarlo o no convenía hacerlo, sus relaciones se han resentido y, como resultado, han afectado a la paz mundial. Sólo en un número reducido de casos, un número verdaderamente bajo, las potencias dominantes se han visto obligadas por causa del subdesarrollo a diseñar programas de desarrollo atendiendo a estándares y estimaciones de tiempo terminantes. Sin embargo, la actitud más frecuente, de hecho tan frecuente que constituye la norma, ha consistido en concebir el subdesarrollo como un síntoma intrínseco y eterno de inferioridad. Todos los esfuerzos realizados por los países débiles con el objeto de reducir su grado de subdesarrollo se han considerado una sedición, lo que bajo estas circunstancias sin duda lo es. Nuestras propias guerras raciales nos han permitido observar algunos de los resultados derivados de nuestra incapacidad para darnos cuenta de que el tiempo borraría gradualmente la moralidad de la esclavitud de los hombres de raza negra y que nuestra adaptación social basada en dicha moral terminaría desplomándose.

Resulta difícil no imaginar el futuro como si obedeciera a nuestros propósitos presentes, no aniquilar todo lo que retrasa nuestros deseos y no inmortalizar lo que sea que se interponga entre nosotros y nuestros temores.

8

Durante el proceso de formación de nuestras opiniones públicas no sólo nos vemos forzados a imaginar espacios de mayores dimensiones que los que

podemos abarcar con la mirada y períodos de tiempo más largos que los que somos capaces de experimentar, sino que también nos vemos en la necesidad de describir y juzgar a más individuos, acciones y sucesos de los que nunca podremos llegar a contar o imaginar con nitidez. Nos vemos, pues, en la obligación de resumir y generalizar, es decir, de tomar muestras y considerarlas representativas del conjunto a todos los efectos.

No es tarea fácil seleccionar las muestras más apropiadas para representar a toda una clase. Este problema pertenece a la ciencia de la estadística y entraña la máxima dificultad para cualquiera que posea un conocimiento rudimentario de las matemáticas. El mío es nulo, a pesar de que me he leído media docena de libros y de que en su momento creí haberlos comprendido a la perfección. Sin embargo, lo único que de verdad han hecho por mí ha sido hacerme un poco más consciente de lo difícil que resulta clasificar y resumir toda una clase en una sola muestra y, por el contrario, lo fácil que resulta meter todo en un mismo saco.

Hace algún tiempo, un grupo de trabajadores sociales de Sheffield, Inglaterra, comenzó a sustituir por otra más exacta la imagen impresionista que se había formado sobre las dotes intelectuales de los obreros de la ciudad.⁷⁷ Pretendían decir, basándose en argumentos bien fundamentados, cuáles eran las dotes intelectuales de los obreros de Sheffield, pero se encontraron sumergidos en un mar de dificultades, como nos sucede a todos cuando nos negamos a permitir que las primeras impresiones que nos hemos formado sobre las cosas prevalezcan para siempre. Decidieron utilizar una prueba sobre la que no tenemos nada especial que decir, salvo que consistía en un largo cuestionario. Por el bien de este ejemplo, supondremos que el cuestionario permitía medir con imparcialidad las dotes intelectuales necesarias para vivir en una ciudad inglesa. En teoría, esas preguntas debieran haberse formulado a todos los miembros de la clase obrera, pero sucede que no resulta sencillo saber qué individuos integran la clase obrera. Supongamos, pues, que el censo sí supiera cómo llevar a cabo esta clasificación. En ese caso, el cuestionario debiera haberse realizado a los aproximadamente 104.000 hombres y 107.000 mujeres que, según el censo, poseían las respuestas que habrían permitido a los trabajadores sociales corroborar o refutar frases como "obreros ignorantes" u "obreros inteligentes". No obstante, se dieron cuenta de que era imposible dirigirse a esas 200.000 personas.

En consecuencia, optaron por recurrir a un eminente estadístico, el profesor Bowley, quien les indicó que para obtener una muestra representativa, debían dirigirse como mínimo a 408 hombres y 408 mujeres. Según las matemáticas, este número no mostraría una desviación mayor con respecto a la media que 1 con respecto a 22.⁷⁸ Por tanto, para que las conclusiones finales pudiesen hablar con propiedad del obrero medio, el cuestionario debería efectuarse a por lo

menos 816 personas. Sin embargo, surgió otra dificultad: ¿a qué 816 personas debían dirigirse? "Podríamos haber escogido a los obreros en función de la información que alguno de nosotros hubiese podido recopilar sobre ellos, o bien seleccionar a los que hubiésemos podido contactar a través de algún grupo de hombres y mujeres filantrópicos que, a su vez, estuviesen familiarizados con determinados sectores obreros a través de asociaciones, misiones, hospitales, lugares de culto o determinados poblados. No obstante, si hubiésemos empleado alguno de estos métodos de selección, nuestras conclusiones finales no habrían tenido ningún valor, dado que los obreros así seleccionados no serían representativos en ningún sentido de lo que popularmente se denomina el 'tipo obrero medio'. En realidad no serían representativos de nada, salvo de los pequeños círculos a los que cada uno de ellos perteneciese.

"La forma correcta de garantizar la representatividad de las 'víctimas', cuya puesta en práctica nos supuso un gran coste en términos de tiempo y trabajo, consistió en seleccionar a los obreros empleando métodos de aproximación 'neutrales', 'accidentales' o 'aleatorios'" Así pues, esto fue lo que hicieron. No obstante, a pesar de tantas precauciones no consiguieron obtener ninguna conclusión definitiva, salvo que de acuerdo a su clasificación y al cuestionario, de los 200.000 obreros censados en Sheffield, aproximadamente "un cuarto" estaba bien dotado intelectualmente, "cerca de tres cuartos" estaban "dotados de forma poco adecuada" y "aproximadamente la quinceava parte" estaban "mal dotados."

Comparemos este método para llegar a una opinión, tan sumamente concienzudo que casi podríamos calificarlo de pedante, con los juicios que habitualmente solemos aventurar sobre distintos pueblos, tales como que los irlandeses son volubles, los franceses lógicos, los alemanes disciplinados, los eslavos ignorantes, los chinos honestos, los japoneses poco fiables, etc., etc. Todas estas afirmaciones son generalizaciones que también proceden de muestras, pero la diferencia radica en que tales muestras han sido seleccionadas empleando métodos que, desde el punto de vista estadístico, carecen de toda fiabilidad. Los empresarios, por ejemplo, juzgan a su mano de obra en función de su empleado más problemático o del más dócil, y muchos grupos radicales consideran que ellos mismos constituyen una muestra lo suficientemente representativa de toda la clase trabajadora. ¿Cuántas mujeres basan su opinión sobre el "servicio" en algo más que el reflejo del trato que ellas mismas dispensan a sus empleados? Las mentes superficiales tienden a tomar por muestras representativas de toda una clase los ejemplos que ellas mismas seleccionan o encuentran por casualidad, y que corroboran o contradicen sus prejuicios.

Cuando la gente se niega a clasificarse a sí misma como nosotros la habíamos clasificado, se genera una notable confusión. Nos resultaría mucho más fácil profetizar, si se limitasen a quedarse donde nosotros les habíamos

ubicado. Lo cierto es que las frases que contienen expresiones del tipo "la clase obrera" sólo cubren una parte de la verdad por tiempo limitado. Cuando tomamos a los individuos cuyos ingresos son inferiores a una suma determinada y les denominamos "clase obrera", no podemos evitar asumir que todos ellos se comportan según dicta nuestro estereotipo. De lo único que no estamos seguros es de quiénes son esas personas. Los obreros de las fábricas y los mineros encajan más o menos en esa categoría, pero los mozos de labranza, los pequeños agricultores, los vendedores ambulantes, los pequeños comerciantes, los oficinistas, los empleados domésticos, los soldados, los policías y los bomberos se nos escapan. Cuando nos referimos a la clase obrera, tendemos a fijarnos en los dos o tres millones de individuos que, con mayor o menor grado de certeza, sabemos que están afiliados a los sindicatos. Ellos constituyen el grupo al que consideramos la mano de obra. A los otros 17 ó 18 millones restantes, que desde el punto de vista estadístico podrían pertenecer a esta misma categoría, se les presupone tácitamente la misma opinión que manifiesta tener el núcleo organizado. Qué error tan grave se cometió entre 1918 y 1921 al atribuir a la clase obrera británica el punto de vista expresado en las resoluciones del congreso sindical o en los panfletos escritos por los intelectuales.

El estereotipo según el cual el trabajo es un medio de emancipación selecciona las pruebas que lo corroboran y descarta las demás. Existe una ficción paralela a los movimientos reales de los obreros, denominada Movimiento Obrero, según la cual existe una masa idealizada que se dirige hacia un objetivo ideal. Las ficciones se refieren al futuro. Cuando pensamos en términos de futuro, nos resulta casi imposible diferenciar entre sí posibilidades y probabilidades, y a éstas de las certezas. Si el futuro al que nos referirnos está lo suficientemente alejado del presente, podremos convertir lo que sólo es concebible en muy probable, y lo que sólo es probable en seguro. James denominó a esto la escala de la fe y la definió como "una ladera de buena voluntad que los hombres suelen habitar en lo que a las preguntas más importantes de la vida se refiere."⁷⁹

"1. Que una visión determinada del mundo sea verdadera no tiene nada de absurdo ni de contradictorio.

2. *Puede* que haya sido cierta bajo determinadas condiciones.

3. *Puede* que incluso ahora sea cierta.

4. *Concuerta* el que sea verdad.

5. *Debe* de ser verdad.

6. *Tiene* que ser verdad.

7. Es verdad, por lo menos para mí."

Tal y como señaló en otro libro,⁸⁰ "puede que en determinados casos especiales nuestra actuación sea un medio de garantizar que al final (una visión determinada) resultará ser cierta." Nadie habría insistido más que él en que, en la medida en que sepamos cómo, deberíamos evitar sustituir nuestro punto de partida por nuestro objetivo y leer desde el presente los resultados que nuestro valor, esfuerzo y capacidad podrían llegar a tener en el futuro. Resulta extraordinariamente difícil llevar a la práctica esta verdad tan evidente, debido a nuestra falta de práctica a la hora de seleccionar muestras.

Cuando creemos que algo tiene que ser verdad, casi siempre encontramos casos en los que lo es, o personas que lo creen así. Nos resulta muy difícil ponderar correctamente los hechos concretos que demuestran que nuestras esperanzas son una realidad. Cuando las primeras seis personas a las que nos encontramos están de acuerdo con nosotros, nos cuesta recordar que quizá todas ellas hayan leído durante el desayuno el mismo periódico que nosotros. Sin embargo, está claro que no podremos enviar cuestionarios a 816 muestras aleatorias cada vez que queramos calcular una probabilidad. Por tanto, siempre que tratemos con un gran número de hechos, deberemos recordar que si estamos actuando en función de impresiones fortuitas, es probable que no hayamos seleccionado las muestras adecuadamente.

9

Por otro lado, cuando tratamos de dar un paso más y determinar las relaciones de causa y efecto que subyacen bajo asuntos complicados que no conocemos, corremos el riesgo de aventurar opiniones caprichosas. Son muy pocos los asuntos de la vida pública cuyas causas y efectos resultan obvios al primer golpe de vista, incluso a los ojos de eruditos que han dedicado varios años de su vida a estudiar los ciclos económicos, la fluctuación de precios y salarios, la migración y asimilación de pueblos o los objetivos diplomáticos de naciones extranjeras. Sin embargo, se supone que todos debemos habernos formado una opinión sobre estas cuestiones. No es de extrañar, pues, que el método de razonamiento más habitual sea el *intuitivo, post hoc ergo propter hoc*.

Cuanto menos entrenados estemos mentalmente, mayor será la frecuencia con la que pongamos en práctica la teoría de que dos cosas que llamen nuestra atención simultáneamente deben presentar alguna relación causal. Ya nos hemos referido a la manera en que éstas captan nuestra atención. Hemos visto que nuestro acceso a la información es limitado e incierto, que nuestra comprensión de las cosas está profundamente condicionada por nuestros estereotipos y que las pruebas a las que podemos acceder con la razón pueden cobrar la apariencia de defensas, prestigio, moralidad, espacio y nuestras representativas. Ahora veremos que aparte de todo eso, nuestras opiniones

públicas afrontan aún más obstáculos, porque ante series de hechos vistos casi en su mayoría a través de estereotipos, tendemos a tomar por relaciones de causa y efecto lo que sólo son relaciones secuenciales o paralelismos.

Las posibilidades de que esto ocurra se incrementan cuando nos vienen a la mente dos ideas que evocan el mismo sentimiento. Si nos vienen a la mente simultáneamente, tenderán a evocar el mismo sentimiento, pero incluso cuando se presenten a destiempo, los sentimientos intensos que hayamos asociado a una de ellas atraerán con la fuerza de un imán y desde todos los rincones de la memoria a todas las ideas que despierten sentimientos similares. De esta forma, todo lo que nos produce dolor tenderá a agruparse en el mismo sistema de causas y efectos, al igual que todo lo que nos resulta placentero.

"Día 11 de noviembre de 1675. En el día de hoy he sabido que Dios ha disparado una flecha al corazón de la ciudad. La viruela ha anunciado la muerte en una taberna. El nombre del tabernero es Windsor. Su hija ha contraído la enfermedad. ¡La viruela ha comenzado en una taberna, prueba de que Dios condena su proliferación y el pecado de la bebida!"⁸¹

Así habló Increase Mather, prácticamente igual que un distinguido profesor de mecánica celeste que en 1919 efectuó el siguiente comentario a propósito de la teoría de Einstein: "Puede ser que... la insurrección bolchevique sea en realidad la cara visible de algún profundo y oculto desequilibrio mental que esté afectando al mundo entero... Este mismo espíritu de malestar ha invadido la ciencia..."⁸²

Cuando odiamos algo profundamente, tendemos a asociarlo con la mayor parte de las cosas que odiamos o tememos, creando una relación de causa o efecto. Puede que no estén conectadas entre sí más de lo que lo están la viruela y las tabernas o la teoría de la relatividad y los bolcheviques, pero estarán unidas por una emoción común. En las mentes supersticiosas, como la del profesor de mecánica celeste, las emociones son corrientes de lava líquida que apresan y sepultan todo lo que tocan. Cuando excavamos en ellas encontramos, como en las ciudades enterradas, todo tipo de objetos ridículamente enredados entre sí. El único requisito para relacionar las cosas es nuestra voluntad de hacerlo. Ninguna mente en ese estado tiene capacidad de vislumbrar hasta qué punto resulta absurdo. Los viejos temores, reforzados por otros más recientes, se coagularán en una maraña de miedos en la que todo lo que se tema será la causa del resto de las cosas temidas.

10

Por lo general, todo culmina en la fabricación de un sistema que integra todo lo malo y otro que integra todo lo bueno. Esto demuestra nuestro amor por

lo absoluto. No nos gusta emplear adverbios.⁸³ Estos abarrotan nuestras frases e interfieren con los sentimientos irresistibles. Preferimos máximo a mayor y mínimo a menor, y no nos gustan las palabras como preferentemente, quizá, si, o, pero, hacia, no del todo, casi, temporalmente, parcialmente... Sin embargo, casi todas las opiniones sobre asuntos públicos deben matizarse empleando expresiones de este tipo. En los momentos en que disfrutamos de libertad, todo tiende a comportarse de forma absoluta, es decir, todo es "al cien por cien", "en todas partes" o "para siempre".

No nos basta con decir que nuestro punto de vista es más correcto que el de nuestros enemigos, ni que nuestra victoria ayudará a la democracia más de lo que podría hacerlo la suya, sino que debemos insistir en que nuestra victoria eliminará las guerras para siempre y pondrá el mundo a salvo para que la democracia pueda consolidarse. Una vez que la guerra haya concluido y por mucho que hayamos vencido a un mal mayor que el que nos pueda afligir a continuación, la relatividad del resultado se desvanecerá, el carácter absoluto de los males presentes superará a nuestro espíritu y sentiremos que nada podrá socorrernos, debido a que no seremos capaces de ser inflexibles. El péndulo oscila, pues, entre la impotencia y la omnipotencia.

El tiempo, el espacio, los números, las conexiones y las ponderaciones reales se pierden. La perspectiva, los antecedentes y las dimensiones de la acción se integran y congelan en los estereotipos.

PARTE IV: LOS INTERESES

Capítulo 11. Cómo se despierta nuestro interés

1

Pero es que la mente humana no es como una película fotográfica virgen en la que de una sola vez y para siempre quedarán registradas cada una de las impresiones que se abren paso a través de sus lentes y obturadores, sino que se caracteriza por su incesante y continua capacidad creativa. En ella las imágenes se desvanecen o combinan entre sí, toda vez que determinados aspectos se intensifican o condensan a medida que las hacemos enteramente nuestras. En lugar de permanecer inertes en la superficie de nuestra conciencia, las imágenes se convierten en una expresión personal de nosotros mismos por la acción de nuestra facultad poética. Así pues, tomamos parte en la acción y ponemos el énfasis donde nos parece conveniente.

Para lograr esto tendemos a personalizar cantidades y dramatizar relaciones. Salvo en el caso de las mentes más sofisticadas, todos tendemos a representar los asuntos del mundo en forma de alegorías. De esta manera, tratamos como si fueran personas de carne y hueso a los Movimientos Sociales, las Fuerzas Económicas, los Intereses Nacionales y la Opinión Pública y, a su vez, personas como el Papa, el Presidente, Lenin, el banquero Morgan o el Rey se convierten en ideas e instituciones. El estereotipo humano más profundo es el que confiere naturaleza humana a cosas inanimadas o colectivas.

A pesar de sufrir la censura en todas sus variantes posibles, nuestras impresiones nos desconciertan por su variedad, obligándonos a adoptar formas alegóricas para economizar esfuerzo. Por otro lado, cada una de ellas conlleva una multitud de cosas de una magnitud tal, que nos resulta imposible retenerlas en la mente de forma gráfica. Esto nos lleva a ponerles nombre y a dejar que éstos representen el conjunto de la impresión. Sin embargo, los nombres son porosos. Sus significados antiguos se evaporan a medida que otros nuevos se filtran a su interior, de forma que todo esfuerzo por retener el significado pleno de cada uno resulta una tarea casi tan agotadora como intentar recordar las impresiones originales. Por otro lado, los nombres constituyen una pobre moneda para el pensamiento. Esto se debe a que están demasiado vacíos de contenido y resultan excesivamente abstractos e inhumanos, por lo que en un primer momento vemos los nombres a través de determinados estereotipos personales en cuyo interior leemos y, posteriormente, contemplamos en ellos la encarnación de alguna cualidad humana.

Sin embargo, las cualidades humanas son vagas y cambiantes. La mejor

manera de recordarlas consiste en emplear rasgos físicos. Esto nos lleva a visualizar aquellas que adscribimos a los nombres de nuestras impresiones en forma de metáforas físicas. De esta manera, el pueblo de Inglaterra y su historia se condensan en Inglaterra, que a su vez se convierte en John Bull, al que sintetizamos en un ser gordo y jovial, tal vez no demasiado inteligente, pero absolutamente capaz de cuidar de sí mismo. Sirva de ejemplo adicional que la migración de determinados pueblos puede adoptar desde la forma del meandro de un río hasta la de una avalancha devastadora a los ojos de los demás, de la misma manera que la representación del valor que cada nación puede desplegar en un momento dado puede adoptar la forma de una roca, su determinación la de una carretera, las dudas que le asaltan la de un desvío, las dificultades que le rodean las de rodadas y piedras, y su progreso la de un valle fértil. Como resultado de ello, cuando dichas naciones movilizan sus acorazados es como si desenvainasen la espada, y cuando sus ejércitos se rinden, como si les hubieran empujado al suelo. Por último, los pueblos oprimidos sienten que están en el potro de la tortura o sufriendo grandes tormentos.

Cuando los asuntos públicos se popularizan mediante discursos, titulares, obras teatrales, películas, tiras cómicas, novelas, estatuas o pinturas, su transformación en objetos de interés humano conlleva en primer lugar la abstracción de la forma original y, a continuación, la animación de lo que se ha reducido a una abstracción. No podemos interesarnos ni sentirnos estimulados por cosas que no vemos, por lo que al no poder apreciar más que una parte ínfima de los asuntos públicos, éstos constituyen algo tedioso y poco apetitoso hasta que alguien con madera de artista los traduce en forma de película, compensando así la abstracción impuesta a nuestro conocimiento de la realidad por todas las limitaciones que se derivan de nuestro acceso a la información y nuestros prejuicios. No somos omnipresentes ni omniscientes, por lo que no podemos vislumbrar casi ningún aspecto de las cosas sobre las que, sin embargo, nos vemos en la necesidad de pensar y comentar. Por otro lado, como estamos hechos de carne y sangre, no podemos alimentarnos exclusivamente de palabras, nombres y teorías grises. Por último, como también somos artistas en mayor o menor grado, pintamos cuadros, ideamos dramas y dibujamos tiras cómicas a partir de las abstracciones.

Siempre que sea posible, además, encontraremos hombres de talento capaces de visualizar las cosas por nosotros, debido a que no todos disponemos de las mismas dotes pictóricas, ni en la misma proporción. Sin embargo, imagino que más de uno estará de acuerdo con Bergson en que la inteligencia práctica está fundamentalmente adaptada a las cualidades espaciales.⁸⁴ El que piensa con claridad, casi siempre es un buen visualizador, pero esta característica cinematográfica también se traduce en una cierta insensibilidad y apego a lo externo. Por el contrario, los individuos intuitivos, que probablemente sea otra

forma de denominar la percepción musical o muscular, suelen apreciar la calidad de los sucesos y los aspectos internos de los hechos en mayor medida que los visualizadores. Gozan de una mayor capacidad de comprensión cuando el elemento crucial corresponde a deseos que nunca se expresan abiertamente y sólo ascienden a la superficie a través de gestos velados o escondidos entre el ritmo del discurso. Puede que la visualización permita captar los estímulos y los resultados, pero quienes la llevan a cabo tienden a caricaturizar los aspectos intermedios e internos con la misma pobreza con que las grandes sopranos reflejan la intención de los compositores cuando interpretan el dulce papel de una doncella.

A pesar de que tienen una forma característica de acertar, las intuiciones tienden a permanecer en un ámbito bastante privado y en gran medida resultan imposibles de comunicar. El trato social depende de la comunicación, pero aunque algunas personas son capaces de gobernar sus vidas con absoluta armonía en virtud de sus intuiciones, suele resultarles extraordinariamente difícil dotarlas de realidad a los ojos de los demás. Cuando las describen, sus palabras lo envuelven todo en la misma confusión que genera la niebla. Esto se debe a que, aunque la intuición permite obtener percepciones más acertadas de los sentimientos humanos que la razón, ésta apenas puede servirse de ellas por culpa de sus prejuicios espaciales y táctiles. En consecuencia, en aquellas ocasiones en que la acción depende del número de individuos que comparten una misma opinión, en un primer momento ninguna idea resultará lo suficientemente lúcida para tomar decisiones prácticas hasta que logre presentar valores visuales o táctiles. Sin embargo, también es cierto que ninguna idea visual adquirirá significado ante nuestros ojos hasta que consiga envolver algún rasgo de nuestra personalidad. Así pues, las ideas siguen pareciéndonos objetos carentes de importancia hasta que consiguen liberar u oponerse, atenuar o subrayar alguno de nuestros anhelos.

2

Las imágenes siempre han sido la forma más clara de transmitir ideas, seguidas de las palabras que evocan las que ya tenemos almacenadas en nuestra memoria. No obstante, no conseguiremos hacer enteramente nuestra ninguna idea hasta que nos hayamos identificado con algún aspecto de las imágenes que empleamos como vehículos de comunicación. El acto de la identificación, o lo que Vernon Lee denominó empatía,⁸⁵ puede consistir en algo sutil y simbólico hasta casi el infinito. Este mimetismo puede llegar tan lejos, que aquellos aspectos de nuestra personalidad en que basamos nuestro amor propio quedarían horrorizados, si fuésemos conscientes de ello. En el caso de los individuos más sofisticados, es posible que la participación no forme parte del

destino de los héroes, sino del de la idea global para la que tanto héroes como villanos resultan esenciales, pero dejemos a un lado tales sutilezas.

Las representaciones populares casi siempre contienen pistas que nos permiten identificar los caracteres. Esto nos permite identificar al héroe al primer golpe de vista. Por otro lado, ninguna representación en la que las pistas no estén bien definidas y la elección resulte clara alcanzará con facilidad la cima de la popularidad.⁸⁶ Sin embargo, las pistas no son suficiente. La audiencia debe, además, tener algo que hacer, es decir, la contemplación de la verdad, lo bueno y la belleza no basta. Para no sentarnos inertes ante la imagen, y esto se aplica tanto a las crónicas periodísticas como a las narraciones de ficción y a las películas de cine, las imágenes deben conseguir que la audiencia se sienta implicada. Hay dos formas de estimular la implicación que superan con creces a todas las demás, tanto por la facilidad con que generan estímulos como por el entusiasmo con el que éstos se buscan. Nos referimos a la pasión sexual y a las polémicas. Por otro lado, ambas están tan asociadas entre sí y unidas tan íntimamente, que un enfrentamiento provocado por motivos sexuales superará a cualquier otro estímulo por la magnitud de su capacidad de atracción. No hay nada tan absorbente ni indiferente a las diferencias culturales y a las fronteras.

El tema sexual apenas aparece en la imaginería política estadounidense. Salvo en el caso de determinados estados minoritarios de éxtasis provocados por la guerra, escándalos ocasionales o ciertas fases del conflicto racial con los hombres de raza negra o de origen asiático, hablar de sexo parecería exagerado. Sólo en las películas, novelas y algunas revistas de ficción, las relaciones laborales, la competitividad empresarial, la política y la diplomacia se ven enredadas por la presencia de una joven o una segunda mujer. La polémica, por el contrario, puede surgir en cualquier esquina. La política resulta interesante cuando se desencadena una lucha o, como suele decirse, un enfrentamiento. En consecuencia, para incrementar la popularidad de la política resulta necesario encontrar motivos para el enfrentamiento, incluso aunque en verdad y justicia no se haya generado ninguno en el sentido de que las diferencias existentes en términos de opiniones, principios o hechos no estimulen sentimientos de rivalidad.⁸⁷

Sin embargo, en los casos en que se prescinde de éstos, a quienes no estén directamente implicados les resultará difícil mantener despierto su interés. Por el contrario, en el caso de quienes sí lo estén, la absorción podrá ser lo suficientemente real como para mantenerlo despierto, incluso sin la existencia de enfrentamientos. Estos individuos se verán estimulados por el puro placer de la actividad, una rivalidad sutil o la mera invención. No obstante, cuando todo el asunto resulte ajeno y lejano, estas facultades no entrarán en escena con tanta facilidad. Por tanto, ninguna imagen débil cobrará sentido ante nuestros ojos, a

menos que lleguemos a experimentar la pasión de la contienda, el suspense y la victoria. Frances T. Patterson⁸⁸ insiste en que "el suspense... marca la diferencia entre las obras de arte del Museo Metropolitano y las películas que se proyectan en los cines Rivoli o Rialto." Si hubiese dejado claro que las primeras carecen ya sea de un modo de identificación sencillo, ya sea de un tema que goce de popularidad entre la presente generación, acertaría de lleno al señalar que "esto explica por qué el público entra en el Museo Metropolitano de dos en dos o de tres en tres, mientras que acude al cine a cientos. Las parejas o tríos que acuden al museo contemplan las obras de arte durante menos de 10 minutos, a menos que se trate de estudiantes, críticos o expertos. Sin embargo, los centenares que acuden a las salas de cine miran cada película por espacio de más de una hora. En lo que a la belleza se refiere, no hay ni punto de comparación entre los méritos de ambas imágenes, a pesar de lo cual las películas atraen a un público mucho más numeroso y acaparan su atención durante más tiempo que las obras de arte, no por méritos propios, sino porque representan el desarrollo de los acontecimientos y el desenlace que la audiencia aguarda conteniendo la respiración. El cine posee el elemento de la contienda, que siempre consigue generar suspense."

En consecuencia, para que las situaciones que nos resultan lejanas adopten algo más que la forma de pequeños rayos grisáceos en los confines de nuestra atención, deberán traducirse en imágenes que ofrezcan una posibilidad de identificación reconocible. De lo contrario, sólo despertarán el interés de una minoría por un breve espacio de tiempo. Como resultado, se instalarán en el mundo de lo visible, pero sin que lleguemos a sentir las; o en el de las sensaciones que estimulan nuestros sentidos, pero sin que lleguemos a reconocerlas. Tenemos, pues, que tomar partido, pero para ello necesitamos ser capaces de decantarnos. En lo más profundo de nuestro ser debemos distanciarnos de la audiencia y subir al escenario para luchar tal y como hacen los héroes por la victoria del bien sobre el mal. Podría decirse que tenemos que respirar en las alegorías el aliento de nuestra propia vida.

3

En consecuencia y a pesar de las críticas, asistimos a la pronunciación del veredicto que zanja la vieja polémica entre realismo y romanticismo. Nuestro gusto popular se inclina a favor de que el drama se geste en un escenario lo suficientemente realista como para que la identificación resulte plausible, mientras que el desenlace, a su vez, debe tener lugar en un entorno lo suficientemente romántico como para resultar apetecible, aunque no hasta el punto de que parezca inconcebible. Los cánones que afectan a los aspectos intermedios entre el origen y el desenlace permiten una mayor libertad, pero el

comienzo y el final feliz constituyen hitos obligados del camino. La audiencia de las películas de cine rechaza la fantasía desarrollada con lógica, porque la fantasía pura carece de puntos de apoyo en la era de las máquinas, de la misma manera que rechaza el realismo implacable, debido a que éste no gusta de la derrota en una batalla que ya ha hecho suya.

Lo que se acepta como verdadero, realista, bueno, malo o deseable varía con el paso del tiempo, ya que depende de los estereotipos adquiridos a lo largo de experiencias previas y transformados en opiniones de las más recientes. Por tanto, si las inversiones financieras que acompañan cada película y revista popular no fuesen tan exorbitantes como para requerir un grado de popularidad total e instantáneo, hombres de talento e imaginación podrían emplear la pantalla y las páginas de prensa de la manera que muchos soñamos, es decir, para profundizar, matizar, revisar y criticar el repertorio de imágenes que alimenta nuestra imaginación. No obstante, dados los costes actuales, los directores de cine, al igual que sucedió en el pasado con la iglesia y los pintores de la corte, se ven en la necesidad de respetar los estereotipos existentes, so pena de pagar el precio de las expectativas frustradas. Los estereotipos se pueden alterar, pero no a tiempo para garantizar el éxito de películas cuyo estreno está previsto para dentro de seis meses.

Los directores y editores que se limitan a proteger sus inversiones producen un efecto depresivo en, y contrarían a, los individuos que alteran nuestros estereotipos, artistas pioneros y críticos. Estos últimos piensan que lo arriesgan todo, por lo que no comprenden por qué los demás no actúan de la misma forma. No obstante, su punto de vista no es del todo justo, ya que poseídos por su justa cólera olvidan que sus recompensas superan con creces las que pueden llegar a disfrutar quienes les contratan o financian su obra. De hecho, no sólo no pueden cambiarse por éstos, sino que si pudieran, no querrían hacerlo. Por otro lado, su incesante lucha contra los filisteos les hace olvidar otro factor: el hecho de que miden su éxito de acuerdo a unos parámetros que los artistas y sabios del pasado ni siquiera evocaron en sueños. Demandan una difusión y unas audiencias inconcebibles para ningún artista hasta hace poco tiempo. Y cuando el nivel deseado no se alcanza, se sienten frustrados.

Los que, se hacen populares, como Sinclair Lewis con *Main Street*, son individuos que han sabido plasmar con certeza lo que un amplio número de personas estaban intentando decirse a sí mismas, mentalmente, de forma poco clara. "Lo has dicho por mí". Así crean una nueva fórmula que será copiada hasta la saciedad, hasta que finalmente se convierta en otro estereotipo de la percepción. Al próximo pionero le resultará difícil conseguir que el público vea *Main Street* de forma diferente y, como los antecesores de Sinclair Lewis, tendrá que convencer al público.

Esta batalla no se deberá sólo al conflicto existente entre los diversos estereotipos, sino también a la veneración que el pionero sentirá hacia su propio material. Sea cual sea el plano que elija, se aferrará a él de forma tal, que cuando aborde los aspectos internos de un suceso los desarrollará hasta sus últimas consecuencias con independencia del dolor que ello pueda causar. No pondrá ninguna etiqueta a su fantasía con el fin de ayudar a nadie, ni gritará paz donde no la haya. Esa será su América. No obstante, el gran público no tiene estómago para aguantar tanta dificultad y lo que más le interesa del mundo es su propio ser, es decir, el producto de la educación y las tradiciones. Por ello insistirá en que las obras de arte deben ser vehículos provistos de un escalón de acceso por el que subirnos, y cuyo recorrido no se ajusta a la topografía del país, sino a la de un lugar en el que por espacio de una hora no haya relojes en los que fichar, ni platos que lavar. Para satisfacer esta demanda existe una clase intermedia de artistas dispuestos y deseosos de confundir los planos y estructurar un híbrido de carácter realista-romántico a partir de las invenciones de los grandes hombres y, tal y como Miss Patterson aconseja, dar "lo que la vida real sólo ofrece en raras ocasiones, es decir, la solución triunfal a una serie de dificultades; el suplicio de la virtud y el triunfo del pecado... pasan a convertirse en gloria de la virtud y el eterno castigo de sus enemigos".⁸⁹

4

Las ideologías políticas obedecen a estas reglas, que invariablemente constituyen el punto de apoyo del realismo. Las imágenes correspondientes a cualquier ser maligno real, como la amenaza alemana o la lucha de clases, siempre aparecen claramente reconocibles en todos los argumentos. Estos encierran una descripción de algún aspecto del mundo que resulta convincente, porque concuerda con ideas que nos parecen familiares. Sin embargo, en la medida en que las ideologías tratan no sólo con un presente tangible, sino también con un futuro desconocido, no tardan en cruzar imperceptiblemente la frontera que separa lo que se puede demostrar de lo que no. Esto se debe a que cuando describimos el presente, nos hallamos más o menos amarrados a la experiencia común, mientras que cuando describimos lo que nadie ha podido experimentar, nos vemos obligados a echar el ancla. Podríamos decir, pues, que nos situamos aproximadamente en el campo de batalla de Armagedón, luchando, quizá, en nombre del Señor..., es decir, un comienzo verdadero según los estándares vigentes y un final feliz. Todos los marxistas contemplan las brutalidades del presente con una cierta impasibilidad, mientras que piensan con verdadera alegría en el día después de la imposición de la dictadura. Así eran los propagandistas de la guerra: no había una sola cualidad animal que no encontrasen por doquier en la naturaleza humana que poblaba el este del Rin, o

el oeste, si se trataba de alemanes. Éste era el espacio geográfico en el que se concentraba la brutalidad. No obstante, una vez alcanzada la victoria, consideraron que se había alcanzado la paz eterna. Gran parte de este enfoque es deliberadamente cínico. Los propagandistas más capacitados son muy conscientes de que, aunque el comienzo de su análisis debe resultar plausible, no deben prolongarlo, ya que el tedio que rodea los logros políticos reales no tarda en sofocar nuestro interés. Como resultado, los propagandistas agotan nuestro interés por la realidad con un comienzo razonablemente plausible, para a continuación hacer acopio de la energía necesaria para proseguir tan larga travesía esgrimiendo un pasaporte al paraíso.

Este sistema funciona cuando la ficción pública se enreda con una urgencia privada. Una vez enredada, puede que en el fragor de la batalla lleguemos a perder de vista por completo al yo y estereotipo originales causantes de este ensamblaje.

Capítulo 12. Una reflexión sobre el interés personal

1

Una misma historia nunca es igual para todos sus oyentes. Esto se debe a que ningún individuo comparte con otro experiencias idénticas, por lo que cada uno se introduce en la trama en un punto del relato ligeramente diferente. En consecuencia, todos reconstruimos cada narración de una manera, la nuestra, e inyectamos en ella nuestros propios sentimientos. Es posible que algún artista de talento cautivador consiga introducirnos en vidas completamente distintas de las que realmente llevamos, por mucho que a primera vista puedan parecernos aburridas, repulsivas o excéntricas. No obstante, esto sólo sucede en contadas ocasiones. Lo normal es que casi todas las historias que llamen nuestra atención nos lleven a convertirnos en uno de sus personajes, cuyo papel representaremos con nuestra propia pantomima. Ésta podrá ser sutil o evidente, presentar similitudes con la historia o sólo meras analogías, pero en cualquier caso estará integrada por los sentimientos que despierte nuestra concepción del personaje. Como resultado de ello, la narración original se agrandará, retorcerá y adornará por la acción de las mentes que la filtren a medida que se difunda, como si las obras de Shakespeare se rescribieran en cada representación por la acción de todos los cambios de énfasis y significado que inspiran en los actores y el público.

Algo muy similar parece haber ocurrido con los relatos que se narraban en las sagas antes de que quedaran escritos para la posteridad. En nuestra era, la letra impresa, por sí misma, pone coto a la imaginación de cada cual. Los rumores, por el contrario, apenas pueden frenarse, por lo que a las historias originales, tanto si son ciertas como si son fruto de la invención, les crecen cuernos, alas, patas y picos por la acción de la transmisión hablada. De esta manera, el relato del primer narrador pierde su forma y proporciones, y se ve alterado y revisado por todos los que lo moldean a medida que lo escuchan, alimentan con él sus propias ensoñaciones y lo transmiten.⁹⁰

En consecuencia, cuanto más heterogénea sea la audiencia, mayor será la diversidad de respuesta que experimente. Esto se debe a que a medida que el público se incrementa, el número de palabras comunes a los individuos que lo integran se reduce y, como resultado de ello, los elementos comunes de la narración se vuelven más abstractos. De esta manera, las historias originales, que por sí mismas carecen de un carácter preciso, se impregnan de los caracteres de quienes las escuchan.

2

El carácter que cada uno de nosotros imprimimos a las historias que oímos no sólo varía en función de nuestro sexo, edad, raza, religión y posición social, sino que, dentro de estas clasificaciones básicas, también varía en función de nuestra constitución heredada y adquirida, los aspectos más sobresalientes de nuestras facultades y nuestros progresos profesionales, así como en función de nuestros estados de ánimo, tensión nerviosa y las posiciones que ocupamos en los tableros de cualquiera de los juegos de la vida en los que estemos participando. Aquello a lo que tenemos acceso con respecto a los asuntos públicos, es decir, unas cuantas líneas impresas, algunas fotografías, anécdotas y un número indeterminado de experiencias fortuitas propias, es concebido a través de patrones personales y recreado con nuestras propias emociones. En definitiva, no consideramos nuestros problemas personales muestras parciales de un entorno mucho mayor, sino que tomamos las historias que transcurren en dicho entorno por una imitación a gran escala de nuestra vida privada.

Pero en este caso no nos referimos necesariamente a nuestra vida privada tal y como realmente la concebimos, ya que ésta nos ofrece pocas posibilidades entre las que elegir, y buena parte de nuestro ser se halla constreñido, fuera del alcance de nuestra vista, en un lugar desde el que no puede gobernar directamente nuestro comportamiento externo. Esto explica por qué, junto a la gran mayoría que proyecta la alegría o desgracia de su propia vida en forma de buena voluntad general, u odio y desconfianza, respectivamente, conviven personas aparentemente alegres, pero que se comportan con brutalidad en todas partes salvo en sus propios círculos, así como individuos que cuanto más detestan a sus familias, amigos y trabajos, más amor desbordan por la humanidad en general.

A medida que descendemos de lo general a lo particular apreciamos con mayor nitidez que el carácter con el que los individuos afrontamos nuestros asuntos no es un ente inmutable. Es posible que los distintos seres que integran nuestro yo compartan un tallo común y diversas cualidades, pero cada una de esas ramas y brotes presenta su propia forma. En consecuencia, nadie afronta todas las situaciones con el mismo talante. Éste varía en mayor o menor grado por la acción del tiempo y de la memoria acumulada, dado que no somos autómatas. Por otro lado, nuestra personalidad cambia no sólo a lo largo del tiempo, sino en función de las circunstancias. Observemos que la leyenda del británico perdido en los mares del sur, que a pesar de su soledad no deja de afeitarse y de vestirse para cenar ni un solo día, demuestra su temor intuitivo y civilizado a perder el carácter adquirido, de la misma manera que nuestros diarios, fotos, recuerdos, viejas cartas, trajes pasados de moda y gusto por una rutina sin cambios, ponen de manifiesto nuestra conciencia de lo difícil que

resulta bañarse dos veces en el río de Heráclito.

Nunca es el mismo yo el que está en funcionamiento, por lo que la cuestión de cuál de todos se verá implicado durante la gestación de cada una de nuestras opiniones públicas es crucial. Sirva de ejemplo el siguiente caso: con respecto a la exigencia de los japoneses de su derecho a instalarse en California, existe una diferencia importante entre quienes conciben tal aspiración como el deseo de cultivar árboles frutales y quienes ven en ella el deseo de casarse con la hija de un hombre blanco. Asimismo, cuando dos naciones se disputan un territorio, la forma en que la opinión pública considera las negociaciones cobra una gran importancia. Estas pueden tomarse, por ejemplo, por un mero asunto inmobiliario, un intento de humillar al país o, por emplear el lenguaje encendido y provocador que suele envolver este tipo de argumentos, una violación. Está claro que el yo que gestiona nuestros impulsos cuando pensamos en limoneros o hectáreas de un terreno lejano es muy diferente del que surge cuando pensamos, aunque sólo sea en términos potenciales, en el ultraje cometido contra algún cabeza de familia. En el primer caso, el sentimiento personal que se cuela en nuestra opinión presenta una temperatura razonablemente tibia, mientras que en el segundo, los sentimientos que la invaden están al rojo vivo. En consecuencia, aunque la afirmación de que nuestros "intereses personales" determinan nuestra opinión es tan cierta que raya en lo tautológico, no nos aclarará nada hasta que sepamos qué yo seleccionará y dirigirá los intereses concebidos en función del mismo.

Las enseñanzas religiosas y la sabiduría popular siempre han sabido distinguir diversas personalidades dentro de un mismo individuo. Las han bautizado con nombres como Ser Superior e Inferior, Espiritual y Material, y Divino y Carnal. Aunque no podemos aceptar esta clasificación sin plantear algunas objeciones, no cabe duda de la existencia de las distinciones a las que se refieren. Es probable que los hombres modernos sean capaces de distinguir un número mucho mayor, aunque definido con menos nitidez, y que en su opinión la distinción llevada a cabo por los teólogos resulte arbitraria y superficial, debido a que muchos de esos yoes se estimaron como superiores en razón de categorías teológicas, pero aun así reconocerán el avance que ello supuso en cuanto a la variedad de la naturaleza humana.

Hemos aprendido a observar los distintos seres que pueblan nuestro yo y a emitir menos opiniones sobre ellos. Comprendemos que aunque siempre veamos a nuestros conocidos dentro del mismo cuerpo, éste no siempre corresponderá al mismo individuo, dependiendo de que esté tratando con quienes socialmente considera sus iguales, inferiores o superiores, o haciendo el amor con una mujer a la que considere o no una esposa potencial. De la misma forma que no se comportará igual según esté cortejando a una mujer o se

considere su propietario, tratando con sus hijos, socios, los subordinados en los que más confía o el jefe que tiene poder para encumbrarle o destruirle, luchando por las necesidades de la vida o plácidamente sentado en la cima del éxito, tratando con un extranjero amable o con uno despreciable, o dependiendo de que se sienta en peligro o a salvo y se halle sólo en París o junto a su familia en la ciudad de Peoria, Arizona.

Los individuos se diferencian enormemente por la consistencia de su carácter. Algunos pueden llegar a abarcar la gama completa de las diferencias existentes en el alma dividida del Dr. Jekyll, mientras que otros presentan almas tan homogéneas como Brand, Parsifal o Don Quijote. Cuando las distintas personalidades guardan poca relación entre sí, desconfiamos de ese sujeto, de la misma forma que los individuos excesivamente inflexibles en un aspecto concreto nos resultan tediosos, testarudos o excéntricos. Dentro del repertorio general de nuestra personalidad, que ofrece menos variedad de caracteres aislados y autosuficientes que de caracteres adaptables, el primer puesto está ocupado por el yo que nos gustaría que Dios contemplase, mientras que el más recóndito corresponde al que ni siquiera nosotros osamos mirar. Puede que cuando tratemos con nuestra familia nuestro repertorio se limite a, pongamos, ocho personalidades distintas, por ejemplo la del padre, Jehová y el tirano; el marido, el propietario y el macho; el amante y el lascivo; pero que en nuestro lugar de trabajo mostremos nueve caracteres distintos, quizá el del empresario, el dueño y el explotador; el competidor, el que emplea intrigas y el enemigo; o el subordinado, el cortesano o el snob. Algunos nunca se muestran en público. Otros sólo surgen en circunstancias especiales. Sea como fuere, los caracteres adoptarán su forma a partir de nuestra concepción de la situación en la que nos encontremos. Si el entorno al que somos sensibles corresponde al de la gente bien, imitaremos el carácter que consideremos apropiado. Este tenderá a modular nuestro comportamiento, discurso, elección de temas y preferencias. Aquí es precisamente donde se desarrolla buena parte de la comedia de la vida. Nos referimos a la forma en que la gente imagina sus caracteres de cara a situaciones que le son extrañas, como sucede al profesor entre un grupo de empresarios, al diácono en una partida de póquer, al obrero del East End de Londres en el campo o a un brillante falso entre joyas auténticas.

3

En la formación de nuestros diversos caracteres intervienen varias influencias que no son fáciles de distinguir.⁹¹ Incluso puede que los aspectos básicos de su análisis sigan inmersos en la misma oscuridad en la que yacían en el siglo V a.C., cuando Hipócrates formuló su teoría humoral. En ella distinguió los temperamentos sanguíneo, melancólico, colérico y flemático, y los relacionó

con cuatro humores del cuerpo: sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema. Las teorías más modernas, como las que proponen Cannon,⁹² Adler.⁹³ y Kempf,⁹⁴ parecen seguir en gran medida el mismo rastro, partiendo del comportamiento externo y la conciencia interna hacia la psicología del cuerpo. A pesar del inmenso perfeccionamiento técnico de la era actual, nadie parece capaz de extraer conclusiones definitivas que permitan diferenciar entre naturaleza y educación, y el carácter innato del adquirido. Solamente en "los turgidos de la psicología", por emplear la expresión acuñada por Joseph Jastrow, puede encontrarse una explicación del carácter que constituya un sistema fijo, listo para su aplicación por parte de frenólogos, quirománticos, echadores de cartas, adivinos y un número reducido de profesores de ciencias políticas. En dicho esquema todavía leemos que "a los chinos les gusta el colorido y tienen las cejas muy arqueadas", mientras "que los calmulos tienen la cabeza hundida por la parte de arriba, pero muy ancha por los lados, aproximadamente a la altura del órgano que determina nuestra tendencia a poseer objetos; siendo de sobra conocida la inclinación natural de este pueblo por el hurto, etc."⁹⁵

La psicología moderna considera el comportamiento externo de los adultos como una ecuación entre cierto número de variables, tales como la resistencia del entorno, los deseos reprimidos correspondientes a diversas edades y la personalidad manifiesta.⁹⁶ Esto nos permite pensar, aunque nunca he visto esta noción formulada por escrito, que la represión o control de los deseos no se mantiene constante a lo largo del tiempo en relación al conjunto de la persona, sino más o menos en relación a cada yo. Como resultado, cuando no pensamos en nosotros mismos como patriotas podemos llegar a hacer ciertas cosas que nunca haríamos como tales. Sin duda hay impulsos, más o menos incipientes durante la infancia, que nunca más volverán a entrar en acción a lo largo de la vida, salvo de manera oscura e indirecta en combinación con otros impulsos. No obstante, tampoco esto es seguro, puesto que la represión no es irreversible, ya que las situaciones sociales, al igual que el psicoanálisis, pueden traer a la superficie impulsos ya enterrados⁹⁷. Solamente nos mantenemos ignorantes de nuestras inclinaciones cuando nuestro entorno mantiene su estado habitual y un cierto grado de placidez, y cuando las expectativas que sobre nosotros albergan quienes nos rodean resultan coherentes. Sin embargo, cuando sobreviene lo inesperado aprendemos cosas hasta entonces desconocidas sobre nosotros mismos.

Los diferentes yoes que construimos con ayuda de cuanto ejerce alguna influencia sobre nosotros, determinan qué impulsos, y en qué grado y dirección, son los apropiados en determinadas situaciones típicas para las que hemos aprendido a poner en práctica actitudes preparadas. Para cada tipo reconocible de experiencia existe un carácter que controla las manifestaciones externas de todo nuestro ser. El odio mortal, por ejemplo, está controlado en la vida civil, y

por mucho que nos muramos de rabia, no podemos mostrarlo cuando actuamos como padres, hijos, empleados o políticos. Ninguno de nosotros deseamos mostrar una personalidad que emane un odio mortal, ya que internamente lo censuramos, igual que quienes nos rodean. Sin embargo, es probable que si estallase una guerra, todos aquellos a quienes admiramos comenzasen a encontrar justificaciones para odiar y matar. En un primer momento, la abertura por la que tales sentimientos se filtrarían sería muy estrecha, de manera que al ascender a la superficie cada yo individual estaría en sintonía con un sentimiento de amor verdadero por la patria, es decir, el tipo de sentimiento que encontramos en Rupert Brooke, y en el discurso pronunciado por Sir Edward Grey el 3 de agosto de 1914, o en la alocución del Presidente Wilson ante el Congreso el 2 de abril de 1917. Observemos que en este punto seguiríamos aborreciendo la realidad de la guerra y sólo de forma gradual iríamos aprendiendo lo que verdaderamente significa participar en ella, debido a que los conflictos anteriores sólo tienen el valor de los recuerdos transfigurados. En esta fase, que podríamos llamar de luna de miel, quienes apreciaran la guerra con mayor realismo afirmarían que la nación aún no ha despertado y tranquilizarían a los demás diciendo: "espera a que se publiquen las listas de bajas y heridos, ya verás entonces". De esta forma, el impulso de matar iría adquiriendo protagonismo de manera gradual y desintegrando los caracteres que podrían llegar a modificarlo. Como resultado, se convertiría en el eje central de nuestro ser, obtendría nuestra bendición y lentamente escaparía a nuestro control. Llegados a este punto, dicho impulso no sólo buscaría una salida relacionada con la idea del enemigo, es decir, el enemigo al que la mayor parte de la gente ve realmente durante las guerras, sino con todas las personas, objetos e ideas que siempre nos hubiesen resultado odiosos. Así, una vez que el sentimiento de odio hacia el enemigo hubiese adquirido legitimidad, nuestros otros odios conseguirían legitimizarse a sí mismos a base de analogías primitivas y lo que, una vez hubiésemos recuperado la calma, consideraríamos analogías exageradas hasta el límite de la desproporción. Se tarda mucho tiempo en dominar un impulso tan poderoso una vez que ha sido desatado, por lo que cuando las guerras terminan, nos cuesta mucho tiempo y esfuerzo recuperar el autocontrol y afrontar con traje de paisano los problemas que surgen en época de paz.

Las guerras modernas, tal y como dijo Herbert Croly, son inherentes a la estructura política de las sociedades modernas, pero sus ideales quedan fuera de la ley. Esta ilegalidad hace que la población civil carezca de códigos de conducta ideales que perduren en época de guerra, tales como los que el soldado todavía posee, o la caballería prescribiera una vez. Los civiles carecen de pauta alguna, salvo la que los más avezados logran improvisar. Los únicos códigos que poseen corresponden a épocas de paz y todos ellos tratan las guerras como algo execrable, por lo que cuando alguna se desencadena por necesidad, les

sorprende desprevenidos, es decir, sin que ninguna preparación moral les haya enseñado a afrontarla. Por otro lado, sólo los yoes más elevados disponen de códigos y patrones, por lo que cuando tienen que actuar ante lo que consideran un carácter inferior, se genera un profundo malestar.

La preparación de los diversos caracteres para afrontar todas las situaciones en las que los individuos podemos llegar a encontrarnos es una función de la educación moral. Por tanto, queda claro que su éxito depende de la sinceridad y grado de profundidad con que se haya explorado el entorno. Esto se debe a que al concebir el mundo erróneamente, también nos equivocamos al concebir nuestros propios caracteres, lo que nos lleva a comportarnos de manera incorrecta. En consecuencia, los moralistas deben elegir entre ofrecer un patrón de conducta apto para cada una de las fases de la vida, por muy desagradables que algunas puedan llegar ser, o garantizar que sus pupilos nunca se vean en las situaciones que tanto desaprueban. O bien consiguen abolir las guerras, o bien enseñan a la población la manera de hacerlas con la mayor economía psíquica; o bien logran abolir la vida económica y alimentar a la humanidad a base de ilusiones y gotas de rocío, o bien analizan todas las contradicciones de la vida económica y ofrecen patrones de conducta aplicables en un mundo en el que ningún ser es independiente desde el punto de vista económico. Sin embargo, esto es precisamente lo que la cultura moral vigente suele negarse a hacer. Lo menos preocupante es su timidez ante la horrible complejidad del mundo moderno; lo más alarmante es su absoluta cobardía. En última instancia, es indiferente si los moralistas analizan la economía, la política y la psicología, o si los sociólogos educan a los moralistas, ya que en ambos casos todas las generaciones entrarán en el mundo moderno sin estar preparadas para ello, a menos que se les haya enseñado a concebir el tipo de personalidad que necesitarán desplegar cuando se den las circunstancias entre las que con mayor probabilidad terminarán por encontrarse.

4

La visión más ingenua de lo que constituye el interés personal sólo toma en consideración una mínima parte de lo que acabamos de exponer. Entre otras cosas olvida, por ejemplo, que todos concebimos los conceptos de "interés" y "personal" de alguna manera, por lo general convencional. La teoría más extendida sobre el interés personal suele prescindir de la función cognitiva. Insiste tanto en el hecho de que los seres humanos siempre terminamos por relacionarlo todo con nosotros mismos, que no se detiene a observar que las ideas que los individuos nos formamos sobre todas las cosas y sobre nosotros mismos no son instintivas, sino adquiridas.

Por tanto, quizá sea cierto, tal y como James Madison afirmó en el décimo

ensayo del Federalista, que "en el mundo civilizado, los intereses territoriales, industriales, mercantiles y económicos, combinados con otros intereses de menor calado, surgen de la necesidad y dividen a la sociedad en diferentes clases que, a su vez, se ven movidas por distintos sentimientos y puntos de vista." No obstante, si analizásemos el ensayo de Madison en su contexto, descubriríamos algo que, en mi opinión, arroja bastante luz sobre esa visión del fatalismo instintivo a la que algunas veces denominamos "interpretación económica de la historia". Madison estaba defendiendo la constitución federal y "entre las numerosas ventajas de la unión" destacó "su tendencia a eliminar y controlar la violencia generada por diversas facciones." Las facciones eran lo que de verdad preocupaba a Madison, que veía su origen en "la naturaleza humana", porque diversas tendencias latentes "se transforman en distintos grados de actividad en función de las circunstancias de la sociedad civil. Un cierto celo ante la diversidad de opiniones existente en materia de religión, formas de gobierno y muchos otros asuntos, tanto en lo que a la teoría como a la práctica se refiere, y el apego a diversos líderes enfrentados por su ambición de poder y privilegios, o a individuos cuyas fortunas siempre han despertado el interés de las pasiones humanas, han dividido a la humanidad en partidos a los que, además, han alimentado de animosidad mutua hasta el punto de incitarles más a vejarse y oprimirse entre sí, que a cooperar por su mutuo bienestar. Esta tendencia de la humanidad a enredarse en animosidades mutuas es tan poderosa, que cuando no se han presentado ocasiones reales para ello, las diferencias más frívolas y descabelladas han bastado para encender odios apasionados y desatar conflictos violentos. No obstante, la fuente más *común y duradera* de la que se alimentan las facciones corresponde a la variada y desigual distribución de la propiedad."

En consecuencia, la teoría de Madison afirma que nuestra tendencia a dividirnos en facciones quizá se alimente de nuestras opiniones en materia de política y religión y de nuestros propios líderes, pero fundamentalmente se alimenta del conflicto de la propiedad. Observemos, sin embargo, que Madison se limita a afirmar que los hombres estamos divididos por nuestra relación con la propiedad, pero no dice que ésta y nuestras opiniones presenten una relación de causa y efecto, sino que las diferencias en términos de propiedad son la causa de las diferencias en términos de opinión. La palabra clave de la tesis de Madison es, pues, "diferencias". De la existencia de posiciones económicas diferentes podemos llegar a deducir una probable diferencia de opiniones, pero no necesariamente en qué consistirán dichas opiniones.

Esta puntualización incide directamente en las afirmaciones a que da lugar esta teoría tal y como suele exponerse. Las enormes contradicciones existentes entre la teoría y la práctica del socialismo ortodoxo demuestran que tal puntualización es necesaria. La teoría socialista asegura que la próxima fase de

la evolución social será la consecuencia inevitable de la fase actual. Sin embargo, con el fin de desencadenar esa próxima fase inevitable, los socialistas han optado por organizarse y agitar a la opinión con el fin de despertar en ella una "conciencia de clase". Cabe preguntarse, pues, por qué la situación económica actual no despierta por sí misma dicha conciencia de clase en todas las personas. La respuesta es que no lo hace y punto. La contradicción es evidente: la pretensión de despertar el orgullo de clase pone de manifiesto que aunque teóricamente la filosofía socialista esté basada en una visión profética del destino, en realidad se basa en una hipótesis sobre la naturaleza humana.⁹⁸

En la práctica, el socialismo se basa en la creencia de que los individuos se diferencian entre sí por su posición económica, por lo que se les puede inducir a sostener puntos de vista determinados. Podemos afirmar sin reservas que con frecuencia llegamos a creer o podemos ser inducidos a creer cosas distintas dependiendo de que seamos, por ejemplo, terratenientes o arrendatarios, empleados o patrones, obreros cualificados o no cualificados, obreros con jornal o empleados a sueldo, compradores o vendedores, agricultores o miembros de la clase media, exportadores o importadores, acreedores o deudores, etc. Las diferencias en términos de ingresos marcan, pues, profundas diferencias en términos de contactos y oportunidad. Los hombres que trabajan con máquinas tienden a interpretar la experiencia, como Thorstein Veblen ha demostrado con suma brillantez,⁹⁹ de forma diferente a como la interpretan los artesanos y los comerciantes. Si la concepción materialista de la política se limitase a afirmar esto mismo, constituiría una hipótesis de notable valor a la que todos los intérpretes de la opinión se verían en la necesidad de recurrir. No obstante, con frecuencia tendrían que abandonar la teoría y ponerse en guardia, debido a que a la hora de explicar una opinión pública determinada no suele resultar obvio cuál de las numerosas relaciones sociales de cada individuo genera cada opinión en particular. No sabemos si la opinión del señor Smith, por ejemplo, procede de sus problemas como terrateniente, importador, accionista de la compañía ferroviaria o empresario; o si la del señor Jones, que trabaja como tejedor en una empresa textil, obedece a la actitud de su jefe, el incremento de la competencia por causa de los inmigrantes, las cuentas que paga su mujer en el supermercado o el contrato de por vida con la entidad a la que le está comprando un automóvil Ford y una vivienda, ambos a plazos. No podremos saberlo hasta que lo investiguemos. El determinismo económico no tiene la respuesta. Es verdad que nuestros abanicos de opiniones se ven limitados o ampliados por diversos vínculos económicos, pero la cuestión de por qué vínculo en concreto, de qué manera y con arreglo a qué teoría es algo que la concepción materialista de la política no puede predecir. Sí puede predecir con muchas probabilidades de acertar que en el caso de los propietarios de las fábricas, su condición de dueños figurará en aquellas opiniones que parezcan guardar alguna relación con ellas.

Sin embargo, la manera en que figurará es un enigma que ningún adepto del determinismo económico podrá aclarar. Ningún conjunto de opiniones fijas sobre una cuestión concreta está ligado al hecho de poseer una fábrica, de la misma forma que ninguna opinión sobre el trabajo, la propiedad o la gestión de un negocio está directamente vinculada por sí misma a otras opiniones sobre otros asuntos menos inmediatos. El determinismo puede predecir que en el 99%, de los casos, los propietarios lucharán contra cualquier iniciativa que tenga por objeto privarles de su propiedad y votarán a favor de todas las leyes que, en su opinión, les favorezcan. No obstante, la condición de propietario no conlleva poderes mágicos que permitan a los empresarios adivinar qué leyes les enriquecerán, por lo que el materialismo económico carece de sistemas de causa y efecto que permitan adivinar si todos los propietarios adoptarán perspectivas amplias o limitadas, o actitudes de colaboración o competitividad.

Si esta teoría tuviera la validez que con tanta frecuencia se le adjudica, todos podríamos elaborar profecías. Por tanto, podríamos analizar los intereses económicos de cada individuo y deducir lo que cada uno de nosotros estamos predestinados a hacer. Marx lo intentó, pero sólo acertó con respecto a los monopolios, equivocándose de lleno en todo lo demás. En contra de sus predicciones, el primer experimento socialista no tuvo lugar en occidente como resultado del desarrollo capitalista, sino en oriente como resultado del colapso del sistema precapitalista. ¿Por qué se equivocó? ¿Por qué Lenin, su gran discípulo, también se equivocó? Porque los marxistas creían que la posición económica de cada hombre le llevaría inexorablemente a obtener una concepción inequívoca de sus intereses económicos. Creían que todos poseemos dicha concepción inequívoca y que lo que ellos ya sabían sería aprendido por el resto de la humanidad. Sin embargo, los hechos no sólo han demostrado que no todos nos forjamos automáticamente una concepción inequívoca de nuestros intereses, sino que ésta ni siquiera llegó a surgir en las mentes de Marx y Lenin. A pesar de todo lo que escribieron, el comportamiento social de la humanidad sigue siendo un misterio, pero no lo sería, si la posición económica por sí misma determinase la opinión pública. Si su teoría hubiese sido cierta, la posición económica no sólo debería haber dividido a la humanidad en clases, sino que cada una de ellas debería haber adquirido una opinión uniforme sobre sus intereses y, en consecuencia, todas habrían puesto en práctica una política coherente para defenderlos. No obstante, pocas cosas hay que sean tan evidentes como la confusión de cada clase con respecto a sus propios intereses.¹⁰⁰

Esto resta fuerza al impacto del determinismo económico, debido a que si se da por supuesto que nuestros intereses económicos se basan en las distintas concepciones que cada uno de nosotros tenemos de ellos, la teoría no se sostiene como clave de los procesos sociales. Esta parte de la premisa de que

los hombres sólo son capaces de adoptar una misma versión de sus intereses y que, una vez adoptada, conseguirlos será la meta hacia la que todas sus acciones tenderán inexorablemente. Esta teoría asume, pues, la existencia de un interés específico de clase, pero tal premisa es falsa. Los intereses de clase pueden concebirse en términos generales o particulares, desde un punto de vista egoísta o generoso y bajo la luz de ningún, algunos o muchos hechos, de la verdad o el error. En consecuencia, colapsa la solución que el marxismo propone para resolver el problema de la lucha de clases. Dicha solución presupone que si la propiedad concebida como un todo constituyese un bien común, las diferencias de clase desaparecerían. Esta premisa es falsa. La propiedad podría constituir un bien común sin ningún problema, pero aun así podría no concebirse como un todo. Desde el momento en que un grupo de personas dejase de concebir el comunismo desde el punto de vista comunista, se dividiría en clases en función de sus concepciones particulares. Con respecto al orden social existente, el socialismo marxista subraya el conflicto de la propiedad como la fuente de opinión más determinante. Por otro lado, con respecto a la clase obrera, a la que define como la clase más perjudicada, ignora el conflicto de la propiedad como base de la agitación. Por último, con respecto al futuro, imagina una sociedad sin conflicto de propiedad y, en consecuencia, sin conflicto de opinión. Ahora bien, puede que en el orden social existente se den muchos más casos de los que se darían bajo el socialismo, en los que un hombre debe perder para que otro pueda ganar, pero por cada uno de esos casos hay, a su vez, un número infinito de casos en los que los hombres simplemente se imaginan el conflicto, porque carecen de educación. Por mucho que el socialismo lograra eliminar todos los casos de conflicto absoluto, el acceso parcial de cada individuo al abanico completo de hechos generaría conflictos, ya que los estados socialistas no serían capaces de prescindir de la educación, la moral, ni las ciencias liberales, por mucho que según la teoría materialista la propiedad común debiera hacer de estas cuestiones algo superfluo. Los comunistas rusos no propagarían su fe con tanto celo, si el determinismo económico por sí mismo fuese capaz de determinar la opinión del pueblo ruso.

La teoría socialista de la naturaleza humana constituye, como la visión hedonista, un ejemplo de falso determinismo. Ambas asumen que las tendencias no adquiridas producen de modo inevitable, pero inteligente, un cierto tipo de comportamiento. Los socialistas consideran que estamos predispuestos a perseguir los intereses económicos de clase, mientras que los hedonistas opinan que perseguimos el placer a la vez que huimos del dolor, pero ambos comparten una visión ingenua de los instintos que James¹⁰¹ definió y calificó de la siguiente manera: "la facultad de actuar de tal forma que se obtengan ciertos fines imprevistos, sin un previo adiestramiento en la ejecución".

No se puede afirmar con certeza que este tipo de actuación instintiva forme

parte de la vida social de la humanidad, ya que, tal y como señaló James,¹⁰² "todos los actos instintivos que llevan a cabo los animales dotados de memoria por fuerza dejarán de constituir acciones 'ciegas' desde el momento en que se repitan una vez." Dicho de otra manera: cualquiera que sea nuestro bagaje en el momento de nacer, nuestras tendencias innatas se ven inmersas en la experiencia desde la primera infancia y ésta determina qué estímulos las excitarán. McDougall¹⁰³ ha afirmado que nuestras tendencias innatas "adquieren la capacidad de ser estimuladas no sólo por la percepción del tipo de objetos que directamente excitan a dichas tendencias, es decir, los estímulos naturales o innatos de cada instinto, sino también por las ideas de tales objetos, así como por las percepciones e ideas de otros tipos de objetos."¹⁰⁴

McDougall¹⁰⁵ señala, además, que sólo "la parte central de cada tendencia conserva su carácter específico y sigue siendo común a todos los individuos y situaciones que excitan nuestros instintos". El proceso cognitivo y la acción física por la que el instinto logra sus fines pueden ser extremadamente complejos. Todo esto viene a decir que los hombres tenemos el instinto del miedo, pero aquello a lo que tememos y la forma en la que intentamos escapar de él no vienen determinados por nuestro nacimiento, sino por nuestra experiencia.

De no ser así, nos resultaría difícil concebir la infinita variedad de la naturaleza humana. Si consideramos que todas las tendencias humanas más relevantes, tales como apetitos, gustos, odios, curiosidad, instinto sexual, miedos y violencia pueden vincularse a todo tipo de objetos que actúan como estímulos y premios, la complejidad de la naturaleza humana deja de ser inconcebible; de la misma forma que cuando tomamos a cada nueva generación por víctima fortuita de los condicionamientos sufridos por la generación anterior y heredera del entorno resultante, las combinaciones y permutaciones posibles se multiplican.

Por tanto, a primera vista carecemos de razones para suponer, por mucho que anhelemos determinadas cosas o nos comportemos de una forma concreta, que estamos fatalmente predeterminados a ansiar tales cosas y actuar de dicha forma. Nuestros anhelos y comportamiento son fruto del aprendizaje y puede que otras generaciones los aprendan de otra manera. La psicología analítica y la historia social respaldan esta conclusión. La primera demuestra hasta qué punto el nexo existente entre un estímulo en particular y la respuesta concreta que provoca es fundamentalmente superficial. La antropología, a su vez, demuestra que los estímulos que excitan las pasiones humanas y los medios empleados para satisfacerlas varían considerablemente en función de la época y el lugar.

Si bien es cierto que todos perseguimos el logro de nuestros intereses, la manera en la que lo hacemos no está determinada de antemano. Por tanto, nadie puede imponer límites a nuestra energía creativa o, al menos, dentro de los

límites temporales que marcarán la desaparición de la vida humana en la tierra. Nadie puede, tampoco, sentenciarnos al automatismo. Habrá quien afirme que durante su vida está condenado a no experimentar cambios que pueda calificar de positivos. No obstante, al hacerlo estará limitando su vida a lo que puede ver con los ojos y rechazando lo que podría ver mentalmente. Su medida de lo bueno corresponderá a la que haya adquirido por casualidad. En consecuencia, no encontrará motivos para abandonar sus máximas esperanzas y relajar sus esfuerzos conscientes, a menos que elija pensar en lo desconocido como en algo que nunca podrá llegar a ser conocido, en lo que nadie sabe, como en algo que nunca podrá llegar a saberse, y en lo que nadie ha aprendido como en algo que nunca podrá llegar a enseñarse.

PARTE V: LA CONSTRUCCIÓN DE LA VOLUNTAD COMÚN

Capítulo 13. La transferencia de intereses

1

Hemos visto que todas nuestras impresiones del mundo invisible se componen de multitud de variables. Los puntos de contacto y las expectativas estereotipadas varían, pero lo que varía más sutilmente son los intereses movilizados en cada uno de nosotros. Las impresiones vivas de un número elevado de individuos son personales hasta la exageración, si las tomamos individualmente, e ingobernablemente complejas, si las tomamos en conjunto. Por tanto, cabe preguntarse de qué manera se establecen relaciones prácticas entre lo que cada cual tiene en mente y aquellos aspectos incomprensibles del entorno que permanecen fuera de la misma; cómo es posible que en nombre de la teoría democrática un número tan elevado de individuos puedan experimentar sentimientos íntimos acerca de un cuadro tan abstracto y, sin embargo, desarrollar una voluntad común; qué milagro permite que una idea sencilla y constante pueda emerger de todo este complejo entramado de variables; de qué manera cristaliza semejante imaginiería fugaz y fortuita en esos entes denominados voluntad del pueblo, propósito nacional u opinión pública.

Todas estas cuestiones entrañan una dificultad real, como puso de manifiesto un airado altercado que tuvo lugar en la primavera de 1921 entre, por un lado, el embajador de los Estados Unidos en Inglaterra y, por otro, un elevado número de otros estadounidenses. Durante el transcurso de una cena, Harvey expuso al mundo, sin la menor sombra de duda, qué motivos habían llevado a sus compatriotas a entrar en la Gran Guerra en 1917.¹⁰⁶ Tal y como los describió no parecían los mismos en los que el Presidente Wilson había insistido, cuando *personalmente* expuso el punto de vista americano. Es evidente que ahora no hay nadie que pueda saber cuantitativa y cualitativamente lo que 30 ó 40 millones de personas adultas tenían en mente en aquel entonces, ni siquiera Harvey, ni Wilson, ni los detractores y partidarios de ambos. No obstante, todo el mundo sabe que se libró y ganó una guerra gracias a los esfuerzos estimulados, nadie sabe en qué proporción, por los motivos aducidos por Wilson, Harvey y diversas combinaciones entre ambos. Hubo hombres que se alistaron y pelearon, trabajaron, pagaron impuestos y se sacrificaron en nombre de un objetivo común, pero nadie puede decir con exactitud lo que movió a cada uno a hacer lo que hizo. En consecuencia, de nada sirve que Harvey dijera, a algún soldado que pensaba que la guerra serviría para acabar con todas las guerras, que en realidad no era eso lo que éste pensaba. Ese hombre *pensaba así*, mientras que Harvey

pensaba otra cosa diferente.

Durante su intervención, Harvey también expuso con la misma claridad qué habían tenido en mente los votantes en 1920. Eso se llama cometer una imprudencia, de la misma manera que si asumimos que todos los que votan al mismo candidato que nosotros están votando lo mismo que nosotros, estaremos cometiendo un grave error. Los resultados electorales demostraron que 16 millones votaron a los republicanos, mientras que nueve se decantaron por los demócratas. Según Harvey, lo que todos ellos hicieron en realidad fue votar a favor y en contra de la Sociedad de Naciones. Por mucho que para defender su punto de vista recurriese a la intención de Wilson de celebrar un referéndum y al hecho irrefutable de que el partido democrático y Cox hubieran insistido en que la Sociedad de Naciones constituía el verdadero centro de la cuestión, el hecho de decirlo no hizo de ésta el centro de la cuestión, de la misma forma que el recuento de votos el día de las elecciones no nos indicó la división de opiniones real de los estadounidenses a este respecto. ¿Acaso el hecho de que hubiera nueve millones de demócratas demuestra que todos ellos eran defensores acérrimos de este organismo? Evidentemente no, ya que lo que sabemos acerca de la política estadounidense indica que muchos de esos millones votaron, como siempre hacen, para mantener el sistema social existente en el Sur, y que con independencia de cuál fuese su opinión acerca de la Sociedad de Naciones, no votaron con el fin de expresarla. Naturalmente, sus partidarios estarían encantados de que el partido democrático también estuviese a su favor y puede que quienes estuvieran en contra mirasen para otro lado al emitir su voto. Lo único cierto es que ambos grupos de sureños votaron al mismo candidato.

¿Tal vez existió una mayor unanimidad de opinión entre los votantes republicanos? Todos podemos identificar un número lo suficientemente amplio de votantes republicanos entre nuestro círculo de amigos para abarcar toda la gama de opiniones, desde las posturas irreconciliables que defienden los Senadores Johnson y Knox, hasta las que comparten el Secretario Hoover y el Presidente del Tribunal Supremo Taft. Nadie puede afirmar con certeza qué sentía la gente en particular con respecto a la Sociedad de Naciones, como tampoco se puede explicar de qué manera influyeron tales sentimientos en todas esas personas a la hora de decidir su voto. Cuando sólo disponemos de dos alternativas para expresar cien sentimientos distintos, resulta imposible adivinar cuál ha sido la combinación decisiva. El Senador Borah consideró que el candidato republicano era en sí mismo motivo suficiente para votar al partido republicano, al igual que el Presidente Lowell. La mayoría republicana estaba integrada por hombres y mujeres que pensaron que la victoria de su partido acabaría con la Sociedad de Naciones, pero también por individuos que pensaban que esa era la manera más práctica de protegerla, e incluso por votantes que opinaban que esa era la forma más segura de corregir sus fallos.

Todos ellos estaban enredados en sus propios deseos, o en los de otros votantes de que la economía mejorase, se pusiera a los obreros en su lugar, se castigase a los demócratas por haber participado en la guerra, se les castigara por haber tardado tanto en hacerlo, el país se deshiciese de Burleson, se incrementase el precio del trigo, se redujeran los impuestos, se impidiese a Daniels seguir edificando el mundo o se ayudase a Harding a hacer exactamente lo mismo.

No obstante, se tomó una decisión y, como resultado, Harding se instaló en la Casa Blanca. El mínimo común denominador de todos los votos fue que los demócratas debían ceder el poder a los republicanos. Éste fue el único factor común, después de que todas las contradicciones se hubiesen anulado entre sí. Por tanto, un solo factor fue suficiente para alterar la política durante cuatro años. Las razones concretas por las que aquel día de noviembre de 1920 se escogió el cambio no constan en ninguna parte. Ni siquiera permanecen en la memoria de cada votante individual. No son razones inmutables, sino que crecen, cambian y se combinan con otras, de la misma forma que las opiniones públicas a las que Harding tuvo que hacer frente no fueron las mismas que favorecieron su elección. En 1916 quedó claro que no existe ninguna conexión fija entre un conjunto de opiniones y una línea de acción en particular. Nos referimos a que aparentemente Wilson salió elegido para mantener al país al margen de la guerra, pero sólo tardó cinco meses en entrar en combate.

El funcionamiento de la voluntad popular, por tanto, ha requerido desde siempre una explicación. Aquellos a quienes más ha llamado la atención su mal funcionamiento han visto en M. LeBon un verdadero profeta y han acogido favorablemente todo tipo de generalizaciones sobre lo que Sir Roben Peel denominó "la gran mezcla de locura, debilidad, prejuicios, opiniones equivocadas, opiniones acertadas, obstinación y párrafos de prensa a la que llamamos opinión pública". El hecho de que de la incoherencia y la corriente lleguen a surgir efectivamente objetivos ordenados, ha llevado a otros a la conclusión de que, además de los ciudadanos, algún tipo de artilugio misterioso debe estar funcionando en alguna parte. Así invocan un alma colectiva, una mente nacional y un espíritu de la época encargados de imponer orden ante una opinión que es fruto del azar. Parece necesario recurrir a un alma superior, dado que las emociones e ideas de los integrantes de cada grupo no revelan nada tan sencillo y cristalino como la fórmula que, sin embargo, ellos mismos terminan aceptando como la verdadera declaración de su Opinión Pública.

2

Personalmente opino que los hechos pueden explicarse de manera más convincente sin necesidad de recurrir a un alma superior ni a ninguno de sus disfraces. Después de todo, en todas las campañas electorales se practica el arte

de inducir a todo tipo de personas que piensan diferente a votar lo mismo. En 1916, por ejemplo, el candidato republicano tenía el deber de obtener el beneplácito de distintos tipos de republicanos. Analicemos el primer discurso que pronunció Hughes después de aceptar la nominación.¹⁰⁷ Aunque el contexto sigue resultándonos lo suficientemente claro y no requiere mayor explicación, los asuntos que Hughes trató en su alocución han perdido su carácter polémico. El candidato era un hombre acostumbrado a emplear un lenguaje más claro del habitual, llevaba muchos años apartado de la política y personalmente no se había visto comprometido en ningún asunto del pasado reciente. Por otra parte, carecía tanto de esa magia que poseían otros líderes populares como Roosevelt, Wilson o Lloyd George, como de esas dotes histriónicas que permiten a este tipo de hombres encarnar los sentimientos de sus seguidores. En este sentido puede afirmarse que por temperamento y formación era un hombre alejado de la política, pero que por una cuestión de cálculo sabía en qué consiste la técnica de los políticos. Era uno de esos individuos que saben cómo hacer una cosa, pero que no pueden hacerla por sí mismos. Estos suelen ser mejores profesores que los virtuosos que no saben muy bien cómo hacen lo que hacen, porque el arte es para ellos algo así como su segunda naturaleza. El dicho de que los que valen actúan y los que no enseñan, no es tanto una reflexión sobre los profesores como parece a primera vista.

Hughes sabía que se encontraba en un momento decisivo y había preparado su discurso con sumo cuidado. En un palco se encontraba Theodore Roosevelt, recién llegado de Missouri. Los veteranos de Armagedón, sumidos en distintos estados de duda y consternación, ocupaban el patio de butacas. En la tribuna y en los otros palcos se situaron los antiguos sepulcros blanqueados y protagonistas del cisma de 1912, todos ellos enternecidos y en buen estado de salud. Fuera ya del recinto lo que había eran poderosos partidarios de los alemanes y de los aliados, un conflicto partidista en el Este y en las grandes ciudades, y un partido en paz en el Mediano y Lejano Oeste. Los sentimientos, además, estaban a flor de piel en relación a México. Hughes tenía, pues, que obtener la mayoría frente a los demócratas de manos de un grupo de personas divididas en todas las variantes posibles entre Taft y Roosevelt, Alemania y los Aliados, los defensores de la guerra y los de la neutralidad, y los partidarios y detractores de la intervención en México.

Llegados a este punto no nos preocupa, como es lógico, ni la moralidad ni la prudencia del procedimiento. Sólo nos interesa el método que empleó el líder de una opinión heterogénea para garantizar un voto homogéneo. “Esta reunión *representativa* es un buen augurio. Representa la fuerza de la *reunión*. Significa que hemos restablecido el partido de *Lincoln*...”

La cursiva señala las palabras que aquel día actuaron de aglutinante:

Lincoln en este discurso no guarda relación con Abraham Lincoln; simplemente es un estereotipo por el que la devoción que despierta dicho nombre puede transferirse al candidato republicano que en aquel momento ocupaba su lugar. Lincoln tenía por objeto recordar a los republicanos, Bull Moose y la vieja guardia, que antes de que se produjera el cisma todos habían compartido una historia común. Nadie podía arriesgarse a hablar del cisma, pero ahí estaba, aún sin cicatrizar.

El orador debía cerrar la herida. El cisma de 1912 se debió a cuestiones nacionales, mientras que la reunión de 1916 debía pasarse, tal y como Roosevelt había declarado, en el sentimiento común de indignación provocado por la política internacional de Wilson. Sin embargo, los asuntos internacionales también eran una peligrosa fuente de conflictos. Era necesario encontrar un tema para la introducción que no sólo ignorase el cisma de 1912, sino que también evitase los explosivos conflictos de 1916. El orador optó hábilmente por denunciar el tráfico de influencias que afectaba a los nombramientos diplomáticos. La expresión "demócratas dignos" era una ironía que restaba crédito y Hughes la invocó a las primeras de cambio. Como el asunto de los nombramientos era indefendible, ni siquiera tuvo que medir la dureza del ataque. No cabe duda de que fue la introducción perfecta, dado que todas las opiniones coincidían al respecto.

A continuación, Hughes habló de México. Comenzó haciendo un resumen histórico. Tenía que tener en cuenta el sentimiento generalizado de que las cosas no habían ido bien en aquel país, pero también otro sentimiento, no menos generalizado, de que debía evitarse la guerra. También debía tener en cuenta dos poderosas corrientes de opinión: la que daba la razón al Presidente Wilson en no haber reconocido a Huerta y la que prefería a Huerta antes que a Carranza, y la intervención antes que a ambos. El caso de Huerta tire, pues, el primer tema delicado que Hughes abordó en su discurso y lo hizo de la siguiente manera:

"No cabía duda de que él era de hecho el Jefe de Gobierno de México."

No obstante, también debía decir algo que aplacara las iras de quienes consideraban al presidente mejicano un borracho asesino:

"La cuestión de si debe o no ser reconocido, debe determinarse aplicando criterios sensatos, pero de acuerdo a principios correctos"

Por tanto, en vez de decir que Huerta debería haber sido reconocido, el candidato dijo que para solucionar el caso debían aplicarse los principios correctos. Todos creemos en principios correctos y, naturalmente, todos creemos poseerlos.

Para desdibujar el asunto aún más, la política del Presidente Wilson fue

calificada de "intervención". Puede que en términos legales ésta fuese la palabra correcta para describirla, pero lo cierto es que en aquella época no era ése el sentido con el que tal expresión se utilizaba. Matizar el sentido de la palabra con el fin de que abarcase tanto lo que Wilson había hecho como lo que los verdaderos intervencionistas deseaban que se hiciera tenía por objeto reprimir la polémica existente entre ambas facciones.

Tras salvar los dos puntos más conflictivos, es decir, el de Huerta y el "intervencionismo", a base de permitir que las palabras adquirieran todos los significados posibles a los ojos de todo el mundo, el discurso pasó momentáneamente a un terreno más seguro. El candidato relató la historia de Tampico, Vera Cruz, Villa, Santa Isabel, Colón y Carrizal. Hughes fue concreto, no sabemos si porque los hechos tal y como habían sido dados a conocer por los periódicos resultaban irritantes, o porque las explicaciones reales eran, por ejemplo en el caso de Tampico, excesivamente complejas. Era imposible que semejante discurso despertase pasiones contrarias. No obstante, al final el candidato tuvo que tomar partido. La audiencia aguardaba ese momento. Roosevelt representaba a la acusación. ¿Optaría Hughes por adoptar su solución, es decir, la intervención?

"Esta nación no practica una política de agresión contra México. No ambicionamos ninguna parte de su territorio. Deseamos que goce de paz, prosperidad y estabilidad. Estamos dispuestos a ayudar al país para que estreche sus vínculos y a socorrerlo del hambre y las penurias, proporcionándole para ello los beneficios de nuestra desinteresada amistad en todas las variantes posibles. La conducta de esta administración ha generado dificultades que tendremos que superar... *Adoptaremos una nueva política, una política firme y coherente que nos permita promover una amistad duradera.*"

El término amistad era un guiño a los no intervencionistas, mientras que las expresiones: *nueva política y firmeza* iban dirigidas a los intervencionistas. Observemos que en este discurso que huía de la polémica, los detalles son abrumadores, mientras que el núcleo de la cuestión permanece difuso. En lo que a la guerra europea se refiere, Hughes empleó una ingeniosa fórmula: "Soy partidario del mantenimiento inquebrantable de *todos* los derechos marítimos y territoriales del pueblo americano."

Para comprender la fuerza de esta declaración en el contexto de la época, debemos recordar que durante el período de neutralidad todas las facciones creían que sólo las naciones europeas contra las que cada una de ellas estaban enfrentadas estaban violando los derechos americanos. Al emplear esta fórmula, Hughes pareció decir a los aliados: si hubiera sido yo, habría coaccionado a Alemania. No obstante, los partidarios de Alemania habían insistido en que el poderío naval inglés estaba violando la mayor parte de los derechos

estadounidenses. Esta fórmula cubría, pues, dos propósitos diametralmente opuestos a base de emplear la expresión simbólica "derechos americanos".

Aún quedaba pendiente la cuestión del Lusitania. Al igual que el cisma de 1912, se trataba de un obstáculo insuperable para la armonía.

' ... Estoy seguro de que no se habrían perdido vidas americanas en el hundimiento del Lusitania."

De esta manera vemos que cuando se trata de un asunto en torno al cual no podemos aspirar a obtener unanimidad de opiniones, lo mejor que se puede hacer es borrar aquello en lo que no se puede transigir, pretendiendo que no existe. Hughes no dijo nada acerca de las futuras relaciones entre los Estados Unidos y Europa, debido a que no hubiese podido decir nada que contentase a las dos facciones irreconciliables cuyos apoyos estaba recabando.

Huelga decir que Hughes no sólo no es el inventor de esta técnica, sino que ni siquiera obtuvo de ella el máximo provecho. Sin embargo, demostró de qué manera se puede amañar una opinión pública creada a partir de opiniones divergentes; de qué manera se consigue que su significado se aproxime al tinte neutro que resulta de la mezcla de varios colores. Cuando se tiene por objeto lograr una armonía superficial ante hechos conflictivos, los llamamientos públicos resultantes suelen estar rodeados de oscurantismo. El hecho de que algún punto crucial de los debates públicos se trate de manera imprecisa, casi siempre será síntoma de la existencia de fines opuestos.

3

Debemos preguntarnos cómo es posible que ideas vagas tengan con frecuencia el poder de aunar opiniones profundamente arraigadas. Recordemos que por muy arraigadas que estén, éstas no mantienen un contacto continuo y punzante con los hechos a los que se refieren. Nuestro contacto con el entorno que no vemos, ya se trate de México o la guerra europea, siempre será débil por muy intensamente que sintamos nuestras opiniones. Por otro lado, las imágenes y palabras que en un primer momento despiertan sentimientos en nuestro interior, carecen de la fuerza de éstos. El recuerdo de lo que ha ocurrido fuera de nuestro alcance, en lugares en los que nunca hemos estado, no puede tener ni tendrá jamás, salvo durante breves espacios de tiempo, como sucede con los sueños o fantasías, todas las dimensiones de la realidad. Sin embargo, puede despertar todas nuestras emociones, e incluso un número mayor que la propia realidad, debido a que el gatillo que las dispara puede accionarse por la presencia de más de un estímulo.

Es posible que los estímulos que originalmente accionaron el gatillo correspondan a series de imágenes mentales, despertadas por palabras

impresiones u oídas, que con el tiempo lleguen a desvanecerse, dado que resulta difícil mantenerlas vivas. Esto se debe a que sus contornos y pulso varían. Así entramos gradualmente en un proceso en el que, aunque sabemos lo que sentimos, no estamos completamente seguros de por qué lo sentimos, porque poco a poco las imágenes borrosas se irán sustituyendo por otras nuevas y éstas, a su vez, por nombres o símbolos que heredarán el poder de accionar nuestras emociones. Este proceso afecta incluso a las mentes más rigurosas, debido a que cuando intentamos comparar dos situaciones complejas, suele resultarnos agotador intentar mantenerlas en mente con todo lujo de detalles. Esto nos lleva a emplear los atajos que los nombres, signos y ejemplos nos proporcionan. Sólo así conseguiremos avanzar, ya que no podemos llevar con nosotros todo el equipaje cada vez que pronunciamos una frase por cada peldaño subido. El problema consiste en que si olvidamos que hemos sustituido y simplificado, pronto caeremos en el verbalismo; empezaremos a hablar de nombres sin considerar los objetos. De esta manera llegará un momento en el que nos resultará imposible saber en qué punto del camino hemos casado a las palabras divorciadas de su significado original con otros significados erróneos. Cuando se trata de ideas políticas superficiales, evitar confusiones entre las recién nacidas nos resulta aún más difícil.

Esto se debe a que en virtud de lo que los psicólogos denominan respuesta condicionada, cada emoción concreta no se vincula exclusivamente a una idea en particular. Hay un sinnúmero de cosas que pueden suscitar emociones y un sinnúmero de cosas que pueden satisfacerlas. Esto se aplica principalmente a los casos en que sólo percibimos los estímulos débil e indirectamente, y el objetivo a alcanzar es asimismo indirecto. Podemos asociar una emoción, pongamos el miedo, a algo que entrañe un peligro inmediato, a continuación a la idea de ese algo, después a otra cosa que sea similar a dicha idea y así sucesivamente. La estructura global de la cultura humana es en un aspecto la elaboración de los estímulos y respuestas cuya fuerza emocional original siempre conserva su condición de núcleo fijo. Aunque las cualidades de cada emoción hayan cambiado a lo largo de la historia, no lo han hecho de la forma rápida y elaborada que ha caracterizado a la manera en que se han visto condicionadas.

Los individuos nos diferenciamos notablemente por nuestra sensibilidad ante las ideas. Hay personas en las que la idea de un niño pasando hambre en Rusia es casi igual de nítida que la imagen de un niño pasando hambre a su lado, mientras que hay otras a las que prácticamente resulta imposible estimular mediante ideas lejanas. Hay, además, muchas sensibilidades intermedias. Por otro lado, algunos individuos son completamente insensibles ante los hechos y sólo pueden ser estimulados mediante ideas. No obstante, a pesar de que las emociones se despiertan a través de ideas, no somos capaces de satisfacerlas actuando personalmente en la escena en la que transcurren los hechos. La idea

de niños hambrientos en Rusia, por ejemplo, evoca en nosotros el deseo de alimentarles, pero no somos capaces de hacerlo. Sólo somos capaces de dar dinero a organizaciones impersonales o a una personificación a la que llamamos Hoover, y al final nuestro dinero no va a parar a esos niños hambrientos en particular, sino a un fondo común del que se alimenta un número mucho mayor. Así pues, de la misma forma que las ideas son de segunda mano, también lo son los efectos de nuestras acciones. El conocimiento es indirecto y sólo los efectos que produce son inmediatos. De las tres partes del proceso, el estímulo y nuestra respuesta proceden de algún sitio fuera de nuestro alcance; sólo la emoción existe completamente en nuestro interior. De los niños hambrientos y de su alivio sólo tenemos una idea, mientras que de nuestro deseo de ayudar tenemos una experiencia real. Por tanto, éste es el quid de la cuestión. Nos referimos a la emoción interna, a la que sentimos de primera mano.

Dentro de ciertos límites que pueden variar, las emociones son transferibles tanto en lo que a los estímulos como a las respuestas se refiere. Por tanto, si ante un cierto número de personas, cada una con sus propias tendencias en términos de respuesta, podemos encontrar un estímulo capaz de despertar la misma emoción en muchas de ellas, éste podrá sustituir a todos los estímulos originales. Veamos el siguiente ejemplo: si a un individuo le disgusta la Sociedad de Naciones, otro odia a Wilson y un tercero teme al movimiento obrero, podremos unirlos, siempre y cuando seamos capaces de encontrar algún símbolo que sea la antítesis de lo que todos ellos odian. Supongamos que dicho símbolo correspondiese al americanismo. El primer hombre podría interpretarlo como un medio para preservar el aislamiento americano, o como él diría, la independencia; el segundo lo interpretaría como el rechazo a un político que no responde a la idea de lo que debería ser un presidente estadounidense, y el tercero podría interpretarlo como un llamamiento para hacer frente a la revolución. Así pues, vemos que en sí mismos los símbolos no significan literalmente ninguna cosa en particular, pero que pueden asociarse a prácticamente todo. De esta forma pueden convertirse en el lazo común que vincule sentimientos compartidos, por mucho que originalmente éstos hayan estado asociados a ideas dispares.

Cuando los partidos políticos o los periódicos se declaran a favor del americanismo, el progreso, la ley y el orden, la justicia o la humanidad, lo que en realidad están haciendo es procurar englobar las emociones de facciones enfrentadas que de otro modo se dividirían, si en vez de discutir estos símbolos se pusieran a analizar programas políticos específicos. Esto se debe a que cuando una coalición reunida en torno a un símbolo se cohesiona, los sentimientos fluyen hacia la conformidad agrupados bajo dicho símbolo, en vez de hacerlo hacia el escrutinio crítico de las medidas. Personalmente, creo que es conveniente y técnicamente correcto emplear múltiples frases simbólicas de este tipo. No representan ideas específicas, sino una especie de nexo o unión entre

ideas. Son como los centros neurálgicos de las carreteras, en los que muchas vías confluyen con independencia de su origen y destino final. Quienes se adueñan de los símbolos que contienen sentimientos públicos consiguen controlar los enfoques con que se abordan los asuntos públicos. En la medida en que un símbolo en particular tenga poder para unificar, todas las facciones lo ambicionarán y pelearán por poseerlo. Pensemos, por ejemplo, en los nombres de Lincoln o Roosevelt. Los líderes o intereses que logren adueñarse de los símbolos vigentes se convertirán, pues, en los amos de la situación, aunque naturalmente existen ciertos límites. El abuso excesivo de las realidades a las que según diversos grupos de personas representa cada símbolo, o una resistencia excesiva ante nuevos propósitos en nombre de dichos símbolos, terminarán por quemarlos. Esto fue lo que ocurrió en 1917, cuando los imponentes símbolos de la Sagrada Rusia y el Pequeño Padre echaron a perder el impacto del sufrimiento y la derrota.

4

Las terribles consecuencias del colapso sufrido por Rusia se dejaron sentir en todos los frentes y países, y tuvieron como resultado directo un experimento sorprendente que pretendió cristalizar infinitas opiniones revueltas por la guerra en una opinión común. Nos referimos a los Catorce Puntos de Wilson. Estos iban dirigidos a todos los pueblos y gobiernos: aliados, enemigos y neutrales. Se redactaron con el propósito de amarrar los principales imponderables de una guerra mundial. Constituyeron un nuevo punto de partida surgido de la necesidad, porque era la primera gran guerra en la que se podía inducir a todos los elementos de la humanidad con poder de decisión a pensar simultáneamente sobre las mismas ideas, o al menos sobre los mismos nombres dados a las ideas. Sin la ayuda del cablegrama, la radio, el telégrafo y la prensa no habría resultado posible llevar a cabo el experimento de los Catorce Puntos. Con ellos se intentó explotar la maquinaria moderna de comunicación con el fin de emprender el camino de vuelta hacia una "conciencia común" en todo el mundo.

No obstante, antes de examinarlos debemos analizar algunas circunstancias tal y como concurrieron a finales de 1917, ya que todas quedaron plasmadas de una u otra manera en la forma que finalmente adoptó el documento. Durante los meses de verano y otoño, ocurrieron una serie de hechos que afectaron profundamente al temperamento de las personas y el curso de la guerra. En julio, los rusos se lanzaron a una última ofensiva en la que sufrieron una derrota desastrosa. Ésta marcó el inicio del proceso de desmoralización que tuvo como resultado la revolución bolchevique de octubre. Poco antes, los franceses habían sufrido una dura y casi definitiva derrota en Champagne que, por un lado, produjo motines en la armada y, por otro, sembró

la inquietud y el derrotismo entre los civiles. Inglaterra, por su parte, se enfrentaba por aquel entonces a los efectos de los ataques submarinos y las terribles pérdidas de las batallas de Flandes. En noviembre, además, el ejército británico sufrió un duro revés en Cambrai que horrorizó tanto a las tropas ubicadas en el frente como a los líderes refugiados en el calor de sus hogares. Toda la Europa Occidental estaba, pues, dominada por un sentimiento extremo de hastío provocado por la guerra. De hecho, la agonía y la desilusión sacudieron el ánimo de los hombres, y les apartó de las versiones aceptadas de la guerra. Los pronunciamientos oficiales habituales ya no acaparaban su interés, por lo que su atención comenzó a volar, fijándose alternativamente en su propio sufrimiento, o en objetivos partidistas y de clase, o bien en su resentimiento general hacia los gobernantes. Lo que hasta entonces había sido la organización más o menos perfecta de la percepción por medio de la propaganda oficial, y del interés y la atención por medio de los estímulos de esperanza, miedo y odio, a los que llamamos moral, estaba a punto de hacerse añicos. Hombres procedentes de todas partes comenzaron a buscar nuevos compromisos que prometieran alivio.

De pronto presenciaron un terrible drama. El frente oriental fue testigo de una tregua navideña, el fin de la matanza y del ruido, y de una promesa de paz. En Brest-Litovsk se hizo realidad el sueño de mucha gente sencilla: era posible negociar; había otras formas de terminar con aquel suplicio, además de comparando pérdidas de vidas con el enemigo. Poco a poco, pero embelesada ante los hechos, la multitud comenzó a mirar hacia el Este. ¿Por qué no?, se preguntaba. ¿A dónde nos va a llevar todo esto? ¿Saben los políticos lo que están haciendo? ¿De verdad estamos peleando por lo que ellos dicen? ¿No sería posible obtenerlo sin necesidad de luchar? Bajo las restricciones de la censura, eran pocos los comentarios de este tipo que aparecían impresos, pero cuando Lord Lansdowne habló, las respuestas surgieron del corazón: los antiguos símbolos de la guerra se habían gastado y habían perdido su poder unificador. En todas las naciones aliadas se estaba abriendo un profundo cisma bajo la superficie.

Algo similar sucedía en Europa Central. También ahí el impulso original de la guerra se había debilitado; la unión sagrada se había deshecho. Las divisiones verticales abiertas a lo largo de la batalla se resquebrajaron por la mitad por culpa de una serie de brechas horizontales que se abrieron de manera imprevista. La crisis moral de la guerra se había adelantado a las decisiones militares. El Presidente Wilson y sus asesores se dieron cuenta. Naturalmente, no conocían la situación detalladamente, pero eran conscientes de cuanto hemos esbozado aquí.

También sabían que los gobiernos aliados estaban unidos por una serie de compromisos que tanto literalmente como en espíritu eran contrarios a la

concepción popular de los motivos de la guerra. Las resoluciones de la Conferencia Económica de París fueron, naturalmente, del dominio público. Por otro lado, la red de tratados secretos había sido publicada por los bolcheviques en noviembre de 1917.¹⁰⁸ La multitud sólo conocía su contenido vagamente, pero lo suficiente para concluir que no encajaban con el idealista lema de la autodeterminación, la no anexión y la no inmunidad. La inquietud popular tomó forma al preguntarse cuántos miles de vidas inglesas valían los territorios Dálmatas y los de Alsacia-Lorena; cuántas vidas francesas valían Polonia o Mesopotamia. También los estadounidenses se preguntaban cosas similares. Toda la causa aliada se puso a la defensiva por haberse negado a participar en Brest-Litovsk.

Ningún líder competente ignoraba el estado mental de extrema sensibilidad que rodeaba estas cuestiones. Lo ideal hubiese sido que los Aliados hubieran reaccionado con su unidad de acción, pero cuando se consideró la posibilidad durante la Conferencia de los Aliados de octubre, quedó demostrado que tal unidad resultaba imposible. No obstante, cuando llegó el mes de diciembre la presión era tal, que George y Wilson se vieron obligados a dar respuestas por separado. La forma elegida por el presidente fue una declaración de condiciones de paz dividida en catorce puntos. Su numeración fue una estratagema a favor de la precisión. Desde el primer momento pretendió dar la impresión de que se trataba de un documento formal. Asimismo, la idea de enumerar "condiciones de paz" en vez de "objetivos de guerra" surgió de la necesidad de proponer una alternativa a las negociaciones de Brest-Litovsk. Dichas condiciones tenían por objeto competir por la atención general y sustituir el espectáculo de las negociaciones ruso-alemanas por un espectáculo mucho mayor: un debate de dimensiones mundiales.

Una vez captado el interés del mundo entero, sería necesario conservar su unanimidad a la vez que se garantizaba su flexibilidad, debido a que la situación ofrecía diferentes posibilidades y todas ellas debían considerarse. Los términos de las condiciones de paz debían ser de tal naturaleza, que la mayoría de los Aliados considerase que valían la pena. Debían, pues, cumplir las aspiraciones nacionales de cada pueblo, pero al mismo tiempo debían limitarlas, de manera que ninguna nación se sintiese instrumento de las demás. Por tanto, las condiciones debían satisfacer los intereses oficiales de manera que no se provocara la desunión oficial, pero simultáneamente debían respetar las concepciones populares, de manera que se frenase la desmoralización. Tenían, pues, que preservar y confirmar la unidad de los Aliados en el caso de que la guerra se prolongase.

Sin embargo, el texto también debía permitir que, llegado el caso, resultase posible fundamentar una posible paz en las condiciones enumeradas, de manera

que si el centro y la izquierda alemanes llegaban a revelarse, tuvieran un texto con el que golpear a la clase gobernante. En consecuencia, el documento debía acortar distancias entre los gobernantes aliados y los ciudadanos, ensancharlas entre los gobernantes alemanes y su pueblo, y establecer una línea de comprensión mutua entre los aliados, los alemanes contrarios a la postura oficial y los pueblos sometidos de Austria-Hungría. Los Catorce Puntos fueron, pues, una propuesta audaz a fin de establecer un punto de partida que sirviese a todos como referencia. Se trataba de dejar abiertas todas las puertas: si un número suficiente de individuos del bando enemigo estuviesen dispuestos, llegaría la paz, pero de lo contrario sería mejor que los aliados estuviesen preparados para hacer frente a la sacudida de la guerra.

Todas estas consideraciones se tuvieron en cuenta para redactar los Catorce Puntos. Quizá no hubo nadie que las tuviese todas en mente, pero todos los implicados tenían presente alguna de ellas. Considerando todo esto, analicemos algunos aspectos del documento. Los primeros cinco puntos y el número catorce hacían referencia a "relaciones diplomáticas transparentes", "libertad de los mares", "igualdad de oportunidades comerciales", "reducción de armamento", la no anexión imperialista de las colonias, y a la Sociedad de Naciones. Todas estas cuestiones pueden describirse como una declaración de las generalizaciones populares en las que en aquel momento todo el mundo afirmaba creer. El punto número tres, sin embargo, era más específico. Se refería en concreto a las resoluciones adoptadas en la Conferencia Económica de París y tenía por objeto aliviar al pueblo alemán de su temor a morir asfixiado.

El punto sexto es el primero de la lista que se refiere a una nación en particular. Se redactó para dar una respuesta a Rusia, que sospechaba de los Aliados, y la elocuencia de las promesas que contenía estaba en sintonía con el drama de Brest-Litovsk. El número siete hablaba de la evacuación de los territorios belgas y, tanto en la forma como en el contenido, reflejaba el mismo tono incondicional que la convicción que al respecto tenía prácticamente el mundo entero, incluyendo amplios territorios de la Europa Central. En el punto número ocho debemos detenernos un poco más. Éste comenzaba exigiendo en términos absolutos la evacuación y devolución del territorio francés. A continuación, abordaba la cuestión de Alsacia-Lorena. La redacción de esta cláusula ilustra perfectamente su carácter de declaración pública obligada a condensar un amplio conjunto de intereses complejos en unas pocas palabras. "El daño cometido por Prusia a Francia en 1871 en el asunto de Alsacia-Lorena, que ha desestabilizado la paz mundial durante casi 50 años, debe repararse..." Todas las palabras se escogieron con sumo cuidado. "El daño cometido debe repararse". ¿Por qué se empleó esta fórmula en vez de decirse que debía devolverse el territorio de Alsacia-Lorena? Porque no era seguro *que en aquel momento* todos los franceses decidiesen pelear indefinidamente por la anexión,

si se les ofrecía un plebiscito. Por otra parte, la posibilidad de que ingleses e italianos continuasen luchando era aún más incierta. Por tanto, la fórmula debía cubrir ambas posibilidades. La palabra "reparar" garantizaba la satisfacción de Francia, pero no significaba lo mismo que un compromiso de anexión. Observemos, además, que se habla del "daño cometido por Prusia en 1871". La palabra Prusia tenía por objeto recordar a los alemanes del sur que Alsacia-Lorena no les pertenecía a ellos, sino a los prusianos. ¿Por qué se hablaba de "desestabilización de la paz mundial durante 50 años" y se citaba la fecha de 1871? En primer lugar, aunque los franceses y el resto del mundo recordaban la fecha de 1871 como el punto central de su agravio, los autores de los Catorce Puntos sabían que en los círculos oficiales franceses se estaba planeando algo más que la anexión de los territorios de Alsacia-Lorena de 1871. El pacto secreto firmado por los ministros del Zar y los responsables franceses en 1916 había previsto, además, la anexión del Valle del Sarre y algunos otros territorios desmembrados de Renania. Se planeó así, porque el Valle del Sarre había formado parte de Alsacia-Lorena en 1814, aunque en 1815 se separó y al término de la guerra franco-prusiana ya no formaba parte del territorio. La fórmula oficial francesa para anexionarse el Sarre consistía en incluir dicho territorio dentro de "Alsacia-Lorena", es decir, consistía en referirse a la Alsacia-Lorena de 1814–1815. Al insistir en "1871", el presidente no sólo definió la frontera definitiva entre Alemania y Francia, sino que denunció la existencia del tratado secreto y lo dejó al margen.

El noveno punto, algo menos sutil, hacía lo mismo con respecto a Italia. La expresión "líneas de nacionalidad claramente reconocibles" era exactamente lo contrario de lo que habían sido las líneas del Tratado de Londres. Éstas fueron estratégicas, económicas, imperialistas y étnicas a partes iguales. Lo único que podía contar con las simpatías de los aliados era el propósito de recuperar el territorio genuinamente italiano de Irredenta. El resto, tal y como sabía el mundo informado acerca de la cuestión, no había hecho más que retrasar el inminente alzamiento yugoslavo.

5

Si tomásemos el entusiasmo aparentemente unánime con que fueron acogidos los Catorce Puntos por una supuesta conformidad con un programa, nos equivocáramos. Todas las partes parecieron encontrar motivos para la aceptación y el desacuerdo en uno u otro detalle. No obstante, nadie se arriesgó a discutir. Las frases, que contenían toda la carga de los conflictos subyacentes del mundo civilizado, fueron aceptadas. Aunque respaldaban ideas opuestas, también evocaban emociones comunes, y en este sentido actuaron como elemento de cohesión entre los pueblos occidentales para que pudiesen soportar

los diez meses de desesperación que aún les quedaban por vivir.

En la medida en que esos Catorce Puntos trataban el nebuloso y feliz futuro que aguardaría a la humanidad una vez que la agonía hubiese acabado, los aspectos conflictivos de su interpretación no se pusieron de manifiesto. Contenían planes para el establecimiento de un entorno que en aquel momento era completamente invisible y como dichos planes inspiraron a diversos grupos que alimentaban sus propias esperanzas privadas, todas las esperanzas se agruparon formando la gran esperanza pública. Esto se debió a que la armonización, tal y como observamos en el discurso de Hughes, se basa en una jerarquía de símbolos. A medida que ascendamos por ella con el fin de incluir a más y más facciones, durante algún tiempo resultará posible preservar las conexiones emocionales, aunque se pierdan las intelectuales. No obstante, llegará un momento en el que incluso la emoción decrecerá. Cuanto más nos alejemos de la experiencia, más aumentarán las generalizaciones o sutilezas. A medida que el globo se eleve, lanzaremos más y más objetos concretos al vacío y cuando finalmente alcancemos la cumbre, frases como "Derechos de la Humanidad" o "un Mundo Seguro para la Democracia" ampliarán el horizonte de nuestra mirada, pero reducirán nuestra capacidad de visión. Sin embargo, la muchedumbre cuyas emociones habremos arrastrado no permanecerá pasiva. Conforme los llamamientos públicos adquieran cada vez más todos los significados posibles para todo el mundo y las emociones se agiten a medida que el significado se desvanezca, serán precisamente los más privados los que adquirirán una aplicación universal. Llegado el momento, lo que de verdad querremos con desesperación serán los Derechos de la Humanidad. Esto se debe a que las frases, cada vez más vacías de contenido y capaces de significar casi cualquier cosa, no tardarán en significarlo prácticamente todo. Las frases de Wilson, pues, se comprendieron de muy diversas maneras en cada rincón del mundo. Por otro lado, no se negoció ni publicó ningún otro documento con el fin de corregir las confusiones generadas.¹⁰⁹ Como resultado, cuando llegó el día del acuerdo, todo el mundo lo esperaba todo. Los autores europeos del tratado tenían mucho entre lo que elegir, y escogieron hacer realidad las expectativas de algunos de sus compatriotas, particularmente de aquellos que ostentaban más poder.

Así descendieron por la jerarquía, partiendo de los Derechos de la Humanidad hasta llegar a los Derechos de Francia, Gran Bretaña o Italia. No prescindieron de los símbolos, salvo de aquellos que, una vez finalizada la guerra, dejaron de tener raíces permanentes en la imaginación de sus electores. Preservaron la unidad de Francia gracias al uso de símbolos, pero no se mostraron dispuestos a arriesgar nada por la de Europa. A fin de cuentas, el símbolo Francia estaba profundamente arraigado, mientras que el de Europa era muy reciente. Observemos, sin embargo, que la diferencia entre ambos no está

muy clara. La historia de todos los estados e imperios revela momentos en los que el alcance de la idea unificadora se amplía, y otros en los que se reduce. Nadie puede decir que la humanidad haya avanzado con coherencia desde las lealtades más pequeñas hasta las más grandes, porque los hechos no lo confirman. El Imperio Romano y el Sacro Imperio Romano crecieron más que las unificaciones nacionales del siglo XIX, sobre las que los defensores de una Nación Mundial discuten por una cuestión de analogía. De todas maneras, quizá sea cierto que la integración real ha aumentado, con independencia de la inflación y deflación temporal de los imperios.

6

No cabe duda de que en la historia estadounidense tuvo lugar una verdadera integración. Parece que en la década anterior a 1789, la mayor parte de los americanos sentía que su estado y su comunidad eran reales, pero no así la confederación de estados. Las ideas de Estado, bandera, líderes más notorios o fuese lo que fuese que representase a Massachusetts o Virginia, eran auténticos símbolos, es decir, se alimentaban de experiencias reales procedentes de la infancia, la colonización, la residencia, *etc.* La experiencia de aquellos hombres había cruzado las fronteras imaginarias de los estados en muy pocas ocasiones. La palabra virginiano estaba relacionada con casi todo lo que la mayor parte de los habitantes de Virginia habían conocido o sentido. Ésta era, pues, la idea política más extensa que estaba en verdadero contacto con su experiencia.

Observemos que hemos dicho su experiencia, no sus necesidades, ya que éstas surgieron de su entorno real, que por aquel entonces era por lo menos tan amplio como las trece colonias. Necesitaban un sistema defensivo común y un régimen financiero y económico tan amplio como la Confederación. Sin embargo, mientras el pseudoentorno del estado les rodease, los símbolos estatales agotarían su interés político. La idea de lo interestatal, como la Confederación, representaba una abstracción sin poder. Era más una colección que un símbolo y la armonía que logró crear entre grupos divergentes siempre fue efímera.

Hemos dicho que la idea de confederación era una abstracción sin poder. No obstante, la necesidad de unidad ya existía en la década anterior a la Constitución. La necesidad existía, pues, en el sentido de que todos los asuntos se torcían cuando no se tomaba en consideración la necesidad de una unión. En todas las colonias hubo ciertas clases sociales que gradualmente comenzaron a romper el cascarón de la experiencia estatal y así fueron construyendo mentalmente una imagen del entorno americano que era verdaderamente nacional en términos de alcance. Para estos hombres, la idea de federación se convirtió en un auténtico símbolo y dejó de ser una mera colección. El más

imaginativo de todos fue Alexander Hamilton. Sucedió que éste no tenía ningún vínculo primitivo con ningún estado en particular, debido a que había nacido en las Indias Occidentales y desde los comienzos de su vida activa se había vinculado con los intereses comunes a todos los estados. Por tanto, mientras que para la mayor parte de los hombres de la época la cuestión de si la capital debía residir en Virginia o Filadelfia era crucial, debido a que su mentalidad era local, para Hamilton esta cuestión no conllevaba consecuencias emocionales y lo que él quería era la aceptación de las deudas estatales, porque ello contribuiría a nacionalizar el propósito de la unión. En consecuencia, negoció de buen grado con dos hombres que representaban al distrito de Potomac la ubicación del capitolio a cambio de sus votos, absolutamente necesarios. Para Hamilton, la unión era un símbolo que representaba todos sus intereses y experiencia completa, mientras que para White y Lee, del Potomac, el símbolo de su provincia correspondía a la mayor entidad política a la que servían, por lo que cumplieron con su deber, aunque odiaron tener que pagar un precio por ello. Acordaron, dice Jefferson, cambiar su voto, aunque "White sintió una repugnancia en el estómago casi convulsiva"¹¹⁰.

En la cristalización de la voluntad común siempre interviene algún Alexander Hamilton.

Capítulo 14. Sí o no

1

Los símbolos resultan con frecuencia tan útiles y misteriosamente poderosos que la palabra misma exhala un cierto encanto mágico. Cuando pensamos en ellos, nos sentimos tentados a tratarlos como si poseyeran una energía independiente. Sin embargo, hay un sinfín de símbolos que ya no afectan a nadie, a pesar de que una vez provocaron el éxtasis. Los museos y los libros sobre folclore están repletos de emblemas y conjuros muertos, porque los símbolos no encierran ningún poder, salvo el que adquieren gracias a nuestras asociaciones mentales. Los símbolos que han perdido su poder o nos son sugeridos sin tregua sin que nunca consigan echar raíces, nos recuerdan que si fuésemos lo suficientemente pacientes para estudiar la circulación de un símbolo en detalle, tendríamos la oportunidad de contemplar toda una historia secular.

Hemos visto que en el discurso pronunciado por Hughes durante su campaña, en los Catorce Puntos de Wilson y en el proyecto de Hamilton se emplearon símbolos, pero observemos que éstos fueron empleados por alguien concreto durante un momento en particular. Las palabras por sí mismas no pueden cristalizar en sentimientos fortuitos, sino que personas estratégicamente situadas deben pronunciarlas en el momento oportuno, ya que de lo contrario se las llevará el viento. Los símbolos deben tener una marca distintiva, dado que por sí mismos no significan nada. De lo contrario, la simbología existente nos ofrece tantas posibilidades a la hora de elegir uno, que como el asno que se detuvo equidistante entre dos balas de heno, pereceremos indecisos entre los símbolos que compiten por obtener nuestra atención.

A modo de ejemplo señalamos a continuación las razones declaradas por algunos ciudadanos a un periódico para justificar el sentido de su voto, justo antes de las elecciones de 1920.

Motivos para votar a favor de Harding:

"La posteridad recordará a los hombres y mujeres patriotas de hoy que voten a favor de Harding y Coolidge como los autores de nuestra Segunda Declaración de Independencia."

Señor Wilmot___, inventor.

"Se encargará de que los Estados Unidos no formalicen 'alianzas enmarañadas.' Toda la ciudad de Washington se beneficiará de que el control del gobierno pase de manos republicanas a manos demócratas."

Señor Clarence____ , vendedor. Motivos para votar a favor de Cox:

"El pueblo de los Estados Unidos es consciente de que nuestro deber consiste en luchar en los campos de batalla franceses para sumarnos así a la Sociedad de Naciones. Debemos afrontar la parte de responsabilidad que nos corresponde en la tarea de imponer la paz en el mundo."

Señorita Marie____ , taquígrafa.

"Nos perderíamos el respeto a nosotros mismos y perderíamos el de otras naciones, si rechazáramos participar en la Sociedad de Naciones para alcanzar la paz internacional."

Señor Spencer____ , estadístico.

Ambos grupos de razones son igualmente nobles y verdaderos, y casi reversibles. ¿Acaso Clarence y Wilmot admitirían, aunque sólo fuese por un instante, que pretenden faltar a nuestro deber en los campos de batalla de Francia y no desean la paz? Por supuesto que no. ¿Admitirían Marie y Spencer que están a favor de la firma de alianzas enmarañadas o la rendición de la independencia del país? En absoluto; habrían argumentado que la Sociedad de Naciones era, en palabras de Wilson, una alianza desenmarañadora, así como una Declaración de Independencia para todo el mundo, además de una Doctrina Monroe para todo el planeta.

2

La oferta de símbolos es tan variada y los significados que podemos imputar a cada uno de ellos tan elásticos, que cabe preguntarse de qué manera consigue cada símbolo individual echar raíces en nuestra mente. La respuesta es que otros seres humanos se encargan de plantarlos en ella. Nos referimos a individuos cuya autoridad reconocemos. Si plantan alguno con la suficiente profundidad, quizá más adelante votemos a las autoridades que agitan cada símbolo ante nosotros. Observemos que en primera instancia los símbolos parecen agradables e importantes, porque se introducen en nuestra mente de la mano de personas que lo son.

Nadie nace rompiendo un cascarón a los 18 años y dotado de una imaginación realista, sino que aún estamos, como Shaw se encargó de recordarnos, en la era de Burge y Lubin, es decir, en la etapa infantil en la que nuestros contactos dependen de seres más mayores. Por tanto, entramos en contacto con el mundo exterior guiados por ciertas personas fidedignas y queridas que constituyen nuestro primer puente hacia el mundo invisible. Aunque gradualmente lleguemos a dominar por nosotros mismos muchas fases de ese

entorno mayor, siempre desconoceremos alguna aún más inabarcable con la que nos relacionaremos a través de autoridades expertas. Cuando todos los hechos ocurren fuera de nuestro alcance, las descripciones fidedignas y los errores plausibles suenan exactamente igual, y se leen y sienten de la misma manera. Por tanto, salvo en el caso de algunos temas que conocemos en profundidad, nos resulta imposible distinguir las descripciones fidedignas de las falsas, lo que nos lleva a escoger entre informadores fiables y no fiables.¹¹¹

En teoría debiéramos elegir a los más expertos en cada materia. No obstante, aunque la elección del más apropiado resulta bastante más sencilla que identificar la verdad, también entraña una dificultad considerable, tanto que con frecuencia suele resultarnos imposible. Esto se debe a que ni siquiera los expertos están seguros de cuál de ellos es el más entendido. Por otro lado, cuando por fin conseguimos identificarlos, suelen estar excesivamente ocupados como para atender nuestras consultas. En ocasiones, además, resulta imposible contactar con ellos. Sin embargo, hay personas a las que podemos identificar fácilmente, debido a que están a la cabeza de cada asunto. Dentro de este grupo, nuestros padres, profesores y amigos más avezados son las primeras personas a las que recurrimos. Con respecto a la difícil pregunta de por qué los niños confían más en uno de sus progenitores que en el otro, o en el profesor de historia en mayor medida que en el de catequesis, ni siquiera intentaremos responderla, como tampoco abordaremos la cuestión de cómo nuestra confianza en los periódicos o conocidos más interesados en los asuntos públicos se amplía gradualmente a los personajes públicos. A este respecto, la literatura psicoanalítica ofrece una rica variedad de hipótesis sugestivas.

Sea como fuere, lo cierto es que confiamos en determinados individuos que constituyen nuestros vínculos con casi toda la esfera de lo desconocido. Por raro que parezca, algunas veces se toma esta actitud por algo indigno, algo que evidencia nuestra tendencia borreguil y parentesco simiesco. Pero nuestra independencia total en el universo es sencillamente inimaginable. Si no pudiésemos darlo prácticamente todo por sentado, dedicaríamos toda nuestra vida a atender auténticas necesidades, como lo demuestra el hecho de que los ermitaños, que son lo más parecido a un adulto totalmente independiente, poseen un margen de acción muy estrecho. Al valerse completamente por sí mismos, sólo disponen de un radio de acción limitado que siempre tiende al logro de fines sencillos. Por tanto, si les sobra tiempo para meditar acerca de pensamientos filosóficos, podemos estar seguros de que antes de convertirse en ermitaños aceptaron sin rechistar todo un repertorio de información, adquirida por las malas, sobre cómo mantenerse abrigados y alimentados, así como sobre los grandes interrogantes de la vida.

Salvo algunas excepciones, el mayor grado de independencia que

podemos experimentar con respecto a todos los asuntos de la vida consiste en multiplicar el número de autoridades a las que prestamos atención, y eso durante períodos de tiempo breves. Aficionados por naturaleza, nuestra búsqueda de la verdad consiste en despertar a los expertos y obligarles a responder ante cualquier herejía bendecida con el acento de la convicción. Cuando asistimos a este tipo de debates, solemos ser capaces de determinar quién ha obtenido la victoria dialéctica, pero estamos virtualmente indefensos ante las premisas falsas que quedan sin respuesta y los aspectos ignorados que ningún polemista aborda en sus argumentos. Más adelante veremos que la teoría democrática parte del supuesto contrario y presupone que a efectos gubernamentales existe una oferta ilimitada de individuos autosuficientes.

Las personas de las que dependemos para establecer contactos con el mundo exterior son las mismas que en apariencia lo dirigen,¹¹² aunque quizá sólo dirijan una pequeña parte del mundo. Las niñeras, por ejemplo, alimentan, bañan y acuestan a los niños, pero eso no las convierte en autoridades en materia de física, zoología o crítica especializada, de la misma manera que aunque el señor Smith dirija o al menos haya contratado al hombre que dirige su fábrica, eso no le convierte en un experto sobre la Constitución de los Estados Unidos o las consecuencias derivadas del arancel Fordney. Asimismo, el hecho de que el señor Smoot dirija el partido republicano en el estado de Utah no demuestra que sea el individuo más idóneo para atender consultas de índole fiscal. No obstante, la niñera determinará durante algún tiempo qué lecciones de zoología deben aprender sus pupilos, el señor Smith tendrá mucho que decir sobre lo que la Constitución significa para su mujer, su secretaria y quizá incluso su párroco y, por otro lado, no sabemos quién puede definir los límites de la autoridad del Senador Smoot.

Sea cual sea el origen del poder de sacerdotes, terratenientes, capitanes y reyes, líderes políticos, comerciantes y jefes; por nacimiento, herencia, conquista o elección, tanto ellos como los siguientes mandos de la organización son los responsables de administrar los asuntos humanos. Ellos son, pues, los dirigentes, y aunque un mismo hombre puede ser mariscal de campo en su hogar, alférez en la oficina y un anónimo soldado raso en materia de política, y aunque en muchas ocasiones la estructura de rangos sea vaga o disimulada, en todas las instituciones que requieren la cooperación de muchas personas existe algún tipo de jerarquía.¹¹³ En la política americana se le llama el mecanismo o "la organización".

3

Existen varias diferencias importantes entre los miembros del mecanismo y las bases. Los líderes, el comité directivo y el medio interno están en contacto

directo con su entorno. Puede, e incluso es probable, que tengan una noción muy pobre acerca de lo que debieran definir como entorno, pero por lo menos no tratan casi exclusivamente con abstracciones, sino que hay hombres concretos a los que esperan ver salir elegidos, balances reales que confían en mejorar y objetivos específicos que aspiran a alcanzar. No pretendo dar a entender que éstos se vean libres de la tendencia humana a caer en visiones estereotipadas. Sus estereotipos suelen llevarles a practicar rutinas absurdas. No obstante, sean cuales sean sus limitaciones, los jefes mantienen un verdadero contacto con algunas partes cruciales del entorno mayor. Son los que deciden, dan órdenes y negocian. Y algo concreto, aunque sea todo lo contrario de lo que habían imaginado, sucede realmente.

Sus subordinados no están atados a ellos por una convicción común, es decir, los miembros inferiores del mecanismo no les otorgan su lealtad en base a opiniones independientes sobre la sabiduría de los líderes, sino que dentro de la jerarquía cada uno depende de un superior y es, a su vez, el superior de alguna clase de subordinados. Lo que mantiene la cohesión interna del mecanismo es, pues, un sistema de privilegios. Éste puede abarcar, en función de oportunidades y preferencias personales, desde el nepotismo y el patrocinio en todas sus variantes posibles, hasta la exclusividad, la idolatría o las ideas fijas. Puede variar desde los rangos militares en el caso de los ejércitos, pasando por la tierra y los servicios en los sistemas feudales, hasta los trabajos y la publicidad en las democracias modernas. Esto explica por qué resulta posible destruir un mecanismo en particular aboliendo sus privilegios. No obstante, personalmente opino que en los grupos coherentes los mecanismos siempre reaparecen, debido a que los privilegios son absolutamente relativos y la uniformidad un imposible. Pensemos, por ejemplo, en el comunismo más absoluto que seamos capaces de imaginar, es decir, en un sistema en el que nadie posea ningún objeto que no posea todo el mundo. Estoy convencido de que incluso en esta organización, si el grupo tuviese que emprender una acción cualquiera, el mero placer de ser amigo del hombre que pronunciase el discurso premiado con el mayor número de votos bastaría para que a su alrededor cristalizase una organización integrada por algunos miembros privilegiados.

Por tanto, no es necesario inventar una inteligencia colectiva con el fin de explicar por qué las opiniones de los grupos suelen ser más coherentes, y con frecuencia fidedignas en términos de forma, que las observaciones de cualquier ciudadano corriente. Una mente, o unas pocas mentes, pueden luchar por una serie de ideas, pero un grupo tratando de pensar de forma concertada no puede, como grupo, hacer mucho más que asentir o disentir. Por otro lado, los miembros de la jerarquía pueden tener tradiciones corporativas. Esto se debe a que como aprendices son instruidos en su oficio por los maestros, que a su vez lo asimilaban durante su época de aprendices. Además, en todas las sociedades duraderas la

rotación de personal dentro de las jerarquías gobernantes es lo suficientemente lenta como para permitir la transmisión de ciertos estereotipos mayúsculos y patrones de comportamiento. De esta forma, ciertas maneras de ver y hacer se enseñan de padres a hijos, prelados a novicias y veteranos a cadetes. Estas se vuelven familiares incluso para la muchedumbre de fuera, que termina reconociéndolas como tales.

4

La idea de que la muchedumbre humana puede cooperar en asuntos complejos sin que exista un mecanismo central dirigido por un número muy reducido de individuos, sólo resulta encantadora vista en la distancia. Bryce afirma que "todos los hombres curtidos en el arte de gobernar por una experiencia de varios años en una asamblea legislativa o administración han observado que el número de individuos que gobiernan el mundo es extremadamente reducido." Bryce¹¹⁴ se refiere, naturalmente, al gobierno de los asuntos de Estado. Si consideramos todos los asuntos de la humanidad, el número de individuos que los gobiernan será considerable, pero si tomamos cualquier institución en particular, ya se trate de una asamblea legislativa, un partido político, un sindicato, un movimiento nacionalista, una empresa o un club, el número de gobernantes apenas constituirá un porcentaje minúsculo del total que teóricamente desempeña esa función.

Los desprendimientos de tierra pueden apagar un mecanismo y encender otro, de la misma forma que de vez en cuando alguna revolución consigue abolir todo un mecanismo en particular. La revolución democrática, por ejemplo, ha puesto en funcionamiento dos mecanismos alternativos, cada uno de los cuales cosecha con el pasar del tiempo las ventajas que se derivan de los errores cometidos por el otro. Observemos, sin embargo, que en ningún caso asistimos a la desaparición total del mecanismo, de la misma forma que en ningún lugar se lleva a la práctica la idílica teoría de la democracia; desde luego no en el seno de los sindicatos, partidos socialistas ni gobiernos comunistas. Lo que de verdad existe es un círculo interno rodeado de círculos concéntricos que se desvanecen gradualmente a medida que se aproximan a las bases desinteresadas o indiferentes.

Los demócratas nunca han aceptado este tópico de la vida en sociedad, sino que todos ellos lo han tomado invariablemente por algo perverso. Esto obedece a las dos visiones existentes de la democracia: la que presupone la existencia de individuos autosuficientes y la que prefiere creer en la existencia de un alma superior encargada de regularlo todo. La segunda parte con ventaja, porque al menos reconoce que la muchedumbre toma decisiones que no surgen espontáneamente del corazón de cada uno de sus miembros. Sin embargo, la

idea de un alma superior o genio rector del comportamiento de toda la corporación no pasa de ser un misterio innecesario, cuando fijamos nuestra atención en el mecanismo. Éste es una realidad bastante más prosaica, compuesta de seres humanos que se visten, viven en casas, tienen nombre y responden a alguna descripción, y que desempeñan todas las funciones que generalmente se le atribuyen a ese alma superior.

5

La razón de ser del mecanismo no obedece a la perversidad de la naturaleza humana, sino al hecho de que ninguna idea común emerge por sí misma de las nociones particulares de cada grupo. Esto se debe a que la muchedumbre puede adoptar un número infinito de acciones directas ante las situaciones que quedan fuera de su alcance. Algunos podrán escoger, de una u otra forma, entre organizar huelgas o boicots, o aplaudir o abuchear. Estos métodos permiten al grupo resistirse de vez en cuando ante lo que no le gusta o coaccionar a quienes interfieren en sus deseos. No obstante, la acción conjunta de la muchedumbre nunca permitirá construir, concebir, negociar ni administrar nada. El público como tal, carente de una jerarquía organizada en torno a la que unirse, podrá como mucho negarse a comprar, si los precios se incrementan demasiado, o a trabajar, si los salarios se reducen desproporcionadamente. Los sindicatos, a su vez, podrán manifestar su oposición a través de acciones colectivas, como huelgas, con el fin de que la unión de dirigentes consienta en negociar para alcanzar algún acuerdo concreto. De esta forma podrán ganar, por ejemplo, el *derecho* a participar activamente en las tareas de control, pero sólo podrán ejercerlo a través de una organización. Por último, en el caso de naciones enteras, éstas podrán clamar a favor de la guerra, pero cuando ésta se presente, deberán ponerse bajo las órdenes de un grupo de generales.

El límite de la acción directa es, a todos los efectos prácticos, el poder de decir Sí o No ante cada asunto presentado a la muchedumbre.¹¹⁵ Pues sólo en los casos más simples los asuntos se presentan a sí mismos espontáneamente de una manera uniforme y más o menos simultánea a todo el público. Hay huelgas y boicots no organizados, y conste que no nos referimos a los meramente industriales, en los que el motivo de queja es tan elemental, que muchas personas reaccionan de la misma manera sin que prácticamente intervenga ningún líder. No obstante, incluso en esos casos rudimentarios hay personas que saben lo que quieren hacer antes que las demás, convirtiéndose así en líderes espontáneos. Cuando éstos no aparezcan, la muchedumbre se arremolinará sin rumbo acosada por todos sus objetivos privados, o se quedará sin hacer nada de forma fatalista, como sucedió el otro día con un grupo de cincuenta personas que permanecieron impotentes contemplando cómo un

hombre se suicidaba.

En lo que convertimos la mayor parte de las impresiones que nos llegan procedentes del mundo invisible es como una especie de pantomima representada en sueños. Muy pocas veces tomamos alguna decisión consciente acerca de los sucesos que se desarrollan fuera de nuestro alcance. Por otro lado, las opiniones de cada uno sobre lo que podría hacer, si lo intentara, suelen carecer de firmeza. Casi nunca nos topamos con asuntos prácticos y, en consecuencia, casi nunca ponemos en práctica el hábito de la decisión. Esto sería aún más evidente, si no fuera porque la mayor parte de la información que nos llega arrastra consigo un aura de sugestión que nos indica cómo debemos sentirnos acerca de las noticias. El público necesita esa sugestión, por lo que si no la encuentra en las noticias, la buscará en los editoriales o en alguna autoridad fidedigna. Los sueños, si nos sentimos implicados, serán poco confortables hasta que sepamos donde estamos, es decir, hasta que los hechos se formulen de tal forma que podamos pronunciarnos a favor o en contra diciendo Sí o No.

Lo lógico es pensar que cuando un número amplio de personas dicen Sí, es posible que tengan distintos motivos para ello. Generalmente será así, dado que las imágenes mentales varían, como ya hemos observado, sutil e íntimamente. No obstante, esta sutileza permanece en sus mentes y públicamente se representa a través de un número de frases simbólicas que, una vez se han desecho de la mayor parte de la intención, llevan toda la carga de las emociones individuales. La jerarquía o, si se trata de una lucha, las dos jerarquías implicadas, asociarán los símbolos a una acción categórica; un voto de Sí o No; una actitud a favor o en contra. En consecuencia, Smith, que está en contra de la Sociedad de Naciones; Jones, que está en contra del Artículo X, y Brown, que está en contra de Wilson y todas sus decisiones, cada cual por distintas razones, emitirán un voto *en contra* de los demócratas en el nombre de aproximadamente la misma frase simbólica, pero lo harán a través de un voto a favor de los republicanos. Esta será la forma en que expresen su voluntad común.

Previamente, para que tal voluntad haya podido expresarse, se habrá tenido que presentar una elección concreta y ésta, por medio de símbolos, habrá tenido que conectar con cada opinión individual mediante la transferencia de intereses. Los políticos profesionales aprendieron todo esto mucho antes de que lo hicieran los filósofos democráticos. Por tanto, organizaron una asamblea, una convención para nominar al candidato y un comité directivo con el fin de formular una elección categórica. Todo aquel que desee llevar a cabo alguna cosa que requiera la cooperación de un amplio número de personas tendrá que seguir su ejemplo. Algunas veces se hace de forma brutal, como cuando la Conferencia de Paz se reduce a sí misma al Consejo de los Diez, y éste a la reunión de los Tres o Cuatro Grandes con el fin de redactar un tratado con respecto al que los aliados

menos importantes, sus propios constituyentes, y el enemigo, sólo tendrán derecho a sumarse o quedarse al margen. Normalmente, no sólo resulta posible ampliar el proceso consultivo, sino que es deseable. Sin embargo, por mucho que se amplíe, el hecho esencial seguirá consistiendo en que un número reducido de cabezas presentará su elección a un grupo mayor.

6

Los abusos cometidos por los comités directivos se han traducido en diversas propuestas, tales como la iniciativa,¹¹⁶ los referendos o las elecciones primarias directas. No obstante, éstas no hacen más que posponer u ocultar la necesidad de mecanismos a base de complicar las elecciones o, como H. G. Wells dijo una vez haciendo gala de una escrupulosa precisión, las selecciones. Efectivamente, ningún sistema de votaciones puede obviar la necesidad de que se creen asuntos, llamémosles medidas o candidatos, sobre los que los votantes puedan decir Sí o No. De hecho, no existe nada parecido a la "legislación directa", ya que ¿qué sucede exactamente en los lugares en los que teóricamente existe? Sucede que los ciudadanos acuden a las urnas, toman una papeleta en la que se ha impreso un número determinado de medidas, normalmente de forma abreviada, y suponiendo que lleguen a decir algo, lo más que dicen es Sí o No. Puede que se les haya ocurrido la enmienda más brillante del mundo, pero votarán Sí o No con respecto a ese proyecto de ley, y no a otro. Llamar a eso "legislación" es atentar contra la lengua inglesa. Naturalmente, no niego que el proceso tenga sus ventajas, se llame como se llame. Personalmente opino que los beneficios que de él se puedan derivar dependerán del tipo de asunto en cuestión. No obstante, la simplicidad que necesariamente debe rodear cualquier decisión tomada por la muchedumbre constituye un factor esencial a tener en cuenta, dada la inevitable complejidad del mundo en el que tales decisiones operan. Supongo que la forma más compleja de votación que puede proponerse corresponde al sistema bajo el que los votantes no dicen sí a un candidato y no a todos los demás, sino que expresan sus preferencias por orden. Sin embargo, incluso bajo este sistema infinitamente más flexible, la acción de la muchedumbre seguiría dependiendo de la calidad de las alternativas presentadas.¹¹⁷ Por último, debemos señalar que tales alternativas son presentadas por los mismos círculos culturales que, haciendo gala de una gran energía, presionan con sus peticiones y acorralan a los delegados, es decir, la mayoría podrá elegir después de que una minoría haya nominado.

Capítulo 15. Los líderes y las bases

1

Debido a su trascendental importancia desde el punto de vista práctico, de los líderes que llegan a triunfar ninguno escamotea tiempo para cultivar los símbolos que le permite organizar a sus seguidores. Los símbolos hacen por las bases lo mismo que los privilegios hacen por las jerarquías: preservar su unidad. Desde los emblemas que representan tótems hasta las banderas nacionales, pasando por los ídolos tallados en madera a Dios Rey Invisible, así como el mundo mágico y algunas versiones atenuadas de Adam Smith o Bentham, todos los líderes, incluso los más descreídos, han cuidado de los símbolos invariablemente, porque constituyen el núcleo en que tiene lugar la fusión de las diferencias. Es posible que los observadores neutrales contemplan los rituales "tachonados de estrellas" que envuelven a cada símbolo con tanto desdén como el rey que se dijo a sí mismo que París bien valía una misa. No obstante, los líderes saben por experiencia que sólo cuando los símbolos cumplen su función, dispondrán de la palanca que permite movilizar a la muchedumbre. En el símbolo las emociones se vuelcan hacia un objetivo común y la idiosincrasia de las verdaderas ideas termina borrándose. No es de extrañar, pues, que todos ellos odien lo que denominan crítica destructiva y lo que los espíritus libres, a su vez, denominan eliminación de sinsentidos. Bagehot¹¹⁸ dijo lo siguiente a propósito de la monarquía británica: "nuestra realeza debe ser reverenciada por encima de todas las cosas, pero si comenzamos a escarbar en ella, no podremos reverenciarla." Esto se debe a que hurgar a base de definiciones claras y afirmaciones sinceras resulta útil para todos los propósitos humanos, salvo el de preservar con facilidad la voluntad común. Tal y como sospechan todos los líderes responsables, al escarbar tendemos a estropear la transferencia de emociones entre cada mente individual y los símbolos institucionales, provocando, como todos ellos saben, el caos que generan el individualismo y las luchas entre facciones. La desintegración de los símbolos, como la Sagrada Rusia o los Iron Diaz, señala siempre el comienzo de un prolongado levantamiento.

Los grandes símbolos poseen, porque les han sido transferidos, todos los sentimientos de devoción, incluyendo los más nimios y detallados, de una sociedad antigua y estereotipada. Todos ellos evocan, pues, los sentimientos que el paisaje, el mobiliario, los rostros y los recuerdos que más importan despiertan en cada individuo y, en el caso de las sociedades estáticas, la única realidad de sus miembros. Ese núcleo de imágenes y devociones sin el que nadie puede imaginarse a sí mismo constituye la nacionalidad. Los grandes símbolos no sólo hacen suyas dichas devociones, sino que son capaces de despertarlas sin

necesidad de recurrir a las imágenes primitivas. Los símbolos menos trascendentales del debate público, las conversaciones más informales sobre asuntos de política, siempre hacen referencia a estos protosímbolos y siempre que sea posible se asociarán a ellos. De esta forma, la cuestión de las tarifas del metro, por ejemplo, se simboliza como un asunto entre el Pueblo y los Intereses y, a continuación, el Pueblo se introduce dentro del símbolo Americano, de manera que al final, en el fragor de las campañas electorales, una tarifa de ocho centavos se convierte en algo antiamericano, es decir, algo por lo que los padres de la revolución dieron su vida, por lo que Lincoln padeció para evitar que pasara, y contra lo que se resistieron a muerte aquellos cuyos restos descansan en cementerios franceses.

Dado su poder para sacar emociones como un sifón a partir de ideas heterogéneas, los símbolos son a la vez un mecanismo de solidaridad y de explotación. Por una parte permiten que el pueblo trabaje codo con codo para lograr un fin común, pero debido a que el elegir los objetivos concretos corresponde a una minoría estratégicamente situada, los símbolos también son un instrumento que permite que unos pocos se ceban a costa de los demás, desvíen las críticas y conduzcan a la agonía a otros hombres en el nombre de cosas que nunca llegarán a comprender.

Muchos aspectos de nuestro sometimiento a los símbolos resultan poco halagadores si optamos por considerarnos personalidades realistas, autosuficientes y autónomas. No obstante, no se puede llegar a la conclusión de que los símbolos sean instrumentos del mal. No cabe duda de que en el reino de la ciencia y la contemplación son el mismísimo demonio, pero en el prosaico mundo de la acción pueden resultar beneficiosos y, en ocasiones, necesarios. Observemos que solemos imaginar necesidades y fabricar peligros, pero cuando resulta indispensable obtener resultados rápidos, quizá la manipulación de la muchedumbre a través de los símbolos sea la única forma rápida de llevar a cabo acciones esenciales. Actuar suele ser más importante que comprender. Hay ocasiones en que la acción fracasaría, si todo el mundo la comprendiera. Esto se debe a que muchas cuestiones no pueden esperar a que se celebre un referéndum y, además, no resistirían los efectos de la publicidad. Por otra parte, en algunos momentos, por ejemplo durante las guerras, naciones enteras, ejércitos e incluso comandantes deben confiar las cuestiones estratégicas a unas pocas mentes, sobre todo cuando la existencia de dos opiniones contrarias, aunque una de ellas sea correcta, pueda entrañar más peligro que una sola opinión errónea, ya que aunque ésta pueda producir resultados negativos, la lucha de opiniones podría provocar auténticos desastres, si rompiese la unidad.¹¹⁹

Así, Foch y Sir Henry Wilson, que previeron el inminente desastre de las

fuerzas de Gough como resultado de la división y dispersión de las reservas, optaron por mantener sus opiniones en secreto dentro de un pequeño círculo, dado que sabían que el riesgo de una derrota total era menos destructivo de lo que podría llegar a serlo un encendido debate en los periódicos. Lo primordial cuando se está sometido al tipo de tensión que en marzo de 1918 lo invadía todo, no es acertar con un movimiento concreto, sino mantener incólumes las expectativas creadas con respecto al mando. Si Foch hubiese "acudido al pueblo", es posible que hubiese ganado el debate, pero para entonces los hombres que tenía bajo su mando se habrían disuelto. El espectáculo de una pelea en el Olimpo es a la vez entretenido y destructivo.

También las conspiraciones de silencio lo son. El capitán Wright dijo que "el arte del camuflaje se practica más en el Alto Mando que en la línea de fuego, y afecta incluso a las máximas autoridades. En todas partes se maquilla a los líderes gracias al incansable trabajo de infinitos publicistas, de tal forma que desde lejos todos ellos parecen Napoleón... Resulta casi imposible reemplazarles, sea cual sea su grado de incompetencia, debido al inmenso apoyo público generado a base de ocultar o disimular los fracasos y exagerar o inventar los logros... No obstante, el peor y más dañino resultado de toda esta falsedad organizada de forma tan sofisticada lo encontramos en los propios generales: a pesar de que la mayoría son tan modestos y patrióticos como deben serlo los hombres que eligen y hacen suya la noble profesión de las armas, también ellos se ven afectados en última instancia por esas ilusiones universales, de manera que al leerlas en la prensa cada mañana se persuaden, por muchos fracasos que tengan en su haber, de que son tan infalibles como las bombas y de que su permanencia entre el alto mando es un fin tan sagrado que justifica el uso de cualquier medio... Todas estas condiciones, entre las que tan gigantesco engaño sobresale por encima de todas, terminan por emancipar a todos los estados mayores de cualquier tipo de control. Llega un momento en el que dejan de vivir para la nación, siendo ésta la que vive o, mejor dicho, muere por ellos. La victoria o la derrota dejan de ser lo primordial. Lo que de verdad importa a estas corporaciones semisoberanas es si el querido y viejo Willie o el pobre Harry seguirán al mando, o el destacamento de Chantilly prevalecerá por encima del destacamento del Boulevard des Invalides."¹²⁰

Sin embargo, el capitán Wright, que puede resultar tan elocuente e hilar tan fino en relación a los peligros del silencio, se vio en la necesidad de aprobar el de Foch con el fin de no destruir las ilusiones públicamente. Nos encontramos, pues, ante una compleja paradoja que se deriva, como más adelante veremos, del hecho de que la visión democrática tradicional de la vida no se concibió para las situaciones de emergencia y peligro, sino para la tranquilidad y la armonía. Por tanto, cuando la ocasión requiere que la muchedumbre coopere en entornos inciertos e inestables, suele resultar necesario garantizar la unidad y la flexibilidad

sin su consentimiento real. Esta es, precisamente, la misión de los símbolos: sumir en la oscuridad las intenciones personales, neutralizar la capacidad de discernir y confundir los propósitos individuales. Para que la muchedumbre consiga actuar resueltamente, los símbolos deben anular personalidades a la vez que moldean la intención del grupo y unen a sus miembros con más solidez de la que proporciona ninguna otra cosa en época de crisis. Los símbolos permiten, pues, que la masa se movilice a base de inmovilizar la personalidad de cada individuo. Son los instrumentos que a corto plazo liberan al grupo de su propia inercia, es decir, de la indecisión y los movimientos precipitados, para que se deje conducir por los vericuetos de las situaciones complejas.

2

Pero a largo plazo, el tira y afloja entre los líderes y las bases se acentúa. La palabra que solemos emplear con más frecuencia para describir el estado mental de las bases con respecto a sus líderes es "moral". Se dice que es buena cuando los individuos desempeñan las tareas que les han sido encomendadas con el mayor empeño; cuando las órdenes que vienen de arriba movilizan toda la fuerza de cada hombre.

De esto se deduce que todos los líderes deben adoptar y planificar cada medida política teniendo esto presente. Deben, pues, considerar sus decisiones no sólo en función de "los méritos" de cada una, sino también atendiendo a la manera en que vayan a afectar a cualquiera de sus seguidores, cuyo continuo apoyo requieren. A la hora de planificar una ofensiva, por ejemplo, los generales deben tener en cuenta que sus soldados perfectamente organizados en unidades se dispersarán en bandas descontroladas, si el porcentaje de bajas se incrementa en exceso.

En la Gran Guerra, las previsiones de bajas fracasaron completamente, hasta el punto de que "cinco de cada nueve hombres que lucharon en Francia se convirtieron en bajas."¹²¹ El aguante de las tropas resultó ser mucho mayor de lo que nadie se había imaginado, pero desde luego había un límite. Ningún mando del ejército osó publicar durante la guerra informes veraces sobre el número de bajas, en parte debido a sus efectos sobre el enemigo, pero también a sus efectos sobre las tropas y sus familias. En Francia, por ejemplo, nunca llegaron a publicarse las listas de muertos y heridos. En Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, las listas de bajas de las grandes batallas se publicaban poco a poco para evitar la terrible impresión que habrían producido las cifras totales. Mucho tiempo después de que se hubiesen librado las batallas del Somme o Flandes, por ejemplo, sólo "los de dentro" sabían cuál había sido el coste humano real de cada lucha.¹²² Ludendorff tenía, sin lugar a dudas, una idea mucho más exacta del alcance de las bajas que cualquier particular de Londres, París o Chicago.

Los líderes de todos los campos de batalla hacían lo que podían para limitar la información con el fin de no sobrepasar la dosis total de realismo que tanto soldados como civiles podían concebir gráficamente. No obstante, los soldados veteranos, como los de las tropas francesas de 1917, siempre saben mucho más de lo que llega a ser del conocimiento público. Esto les lleva a juzgar a sus superiores en función de su propio sufrimiento. Como resultado, cuando una nueva promesa de victoria resulta ser la derrota sangrienta de costumbre, los errores más insignificantes pueden desencadenar verdaderos motines,¹²³ como el que tuvo lugar a raíz de la ofensiva de Nivelles en 1917, debido a la acumulación de fallos. Las revoluciones y los motines suelen desencadenarse después de que se haya producido una muestra insignificante de una larga serie de males.¹²⁴

La forma en que cada política en particular incide en la muchedumbre determina la relación de ésta con los líderes. Éstos tendrán carta blanca, si aquellos a los que necesita para ejecutar sus planes se encuentran lejos del escenario de la acción, o si consiguen ocultar o retrasar los resultados, o si las obligaciones a las que cada individuo deberá hacer frente son indirectas o a largo plazo o, por encima de todo, si la aprobación de sus planes representa alguna emoción placentera. Los programas que no inciden de golpe en los hábitos personales de la muchedumbre, como sucede con la prohibición entre los abstemios, son los que obtienen de inmediato la aprobación popular. Esto explica por qué los gobiernos suelen tener tanta carta blanca en materia de política internacional. La mayor parte de los conflictos entre dos estados conllevan una serie de discusiones oscuras e interminables, que aunque de vez en cuando se refieren a zonas fronterizas, casi siempre suelen afectar a regiones acerca de las cuales la geografía que aprendimos en el colegio no nos aporta ideas precisas. Sirva de ejemplo que los checoslovacos consideran a los Estados Unidos su Libertador, mientras que en los periódicos y comedias musicales americanos, y principalmente en los comentarios que oímos con más frecuencia, nunca ha quedado claro si el país que liberamos fue Checoslavia o Yugoslavia.

Durante largos períodos de tiempo, los efectos de la política internacional sólo se dejan sentir en entornos que no se ven. Nada de lo que pasa ahí fuera se percibe como real, por lo que, como sucede en los períodos que anteceden a cada guerra, nadie se ve en la necesidad de pelear ni pagar. Por tanto, los gobiernos prosiguen su camino en base a lo que saben y sin preocuparse mucho de la gente. Por el contrario, los costes que asumen los gobiernos cada vez que ponen en marcha alguna política de ámbito local son mucho más visibles, por lo que todos los líderes, salvo los más excepcionales, actúan conforme a la idea de que cuanto más indirectos sean los costes, mejor. No les gustan los impuestos directos ni pagar a medida que avanzan. En realidad, todos prefieren las deudas a largo plazo y dejar que sus votantes crean que serán otros quienes terminen por pagar. Siempre se han visto obligados a calcular la prosperidad en términos

de productores en vez de consumidores; porque en lo que a estos últimos respecta, la incidencia se distribuye entre muchos asuntos triviales. Los líderes obreros, a su vez, siempre han preferido los aumentos salariales a las reducciones de precios, de la misma manera que los beneficios de los millonarios siempre han despertado más interés popular que el derroche del sistema industrial. Esto se debe a que los primeros son insignificantes en términos comparativos, pero visibles, mientras que los segundos son inmensos, pero escurridizos. Por último, las políticas que intentan hacer frente a la escasez de viviendas, como la que nuestro gobierno está poniendo en práctica actualmente, constituyen el ejemplo por excelencia de esta norma, porque, en primer lugar, no hacen nada para incrementar el número de viviendas; segundo, golpean con estruendo a los ávidos terratenientes y tercero, investigan a conciencia a los especuladores, tanto obreros como constructores. Las políticas constructivas exigen abordar los factores más remotos y menos interesantes, pero los ávidos terratenientes y los fontaneros especuladores resultan visibles e inmediatos.

No obstante, mientras la muchedumbre siga dispuesta a creer que en algún futuro no imaginado y en algún lugar desconocido se verá beneficiada por una política determinada, los resultados políticos reales obedecerán a una lógica diferente a la de sus opiniones. Se puede inducir a una nación a creer que el aumento de las tasas de transporte redundará en beneficio de las líneas de ferrocarril, pero ninguna carretera se beneficiará de tal creencia, si el impacto de dichas tasas en los agricultores y transportistas provocase un aumento de los precios superior al que los consumidores podrían pagar. Que éstos paguen dicho precio no dependerá de si asintieron con la cabeza nueve meses atrás ante la propuesta de incrementar las tasas con el fin de salvar al sector, sino de que una vez llegado el momento tengan tantas ganas de comprarse un coche nuevo como para pagarlas.

3

Los líderes suelen fingir que, en realidad, los programas que ellos exponen existían ya en la mente del público. Cuando además se lo creen, lo que de verdad hacen es engañarse a sí mismos. Los programas no se inventan por sí solos de forma sincronizada en una multitud de mentes, no porque éstas sean necesariamente inferiores a las de los líderes, sino porque el pensamiento constituye la función de los organismos y la muchedumbre no es un organismo.

Los hechos terminan por sumirse en la oscuridad, porque la masa está constantemente expuesta al poder de la sugestión: no lee las noticias, sino noticias acompañadas de un aura de sugestión que indica qué línea de acción debe adoptarse, como tampoco escucha informes tan objetivos como los hechos, sino informes ya estereotipados con arreglo a un patrón determinado de

comportamiento. Esto lleva a los líderes visibles a concluir que los verdaderos líderes son los todopoderosos propietarios de los periódicos. No obstante, si por medio de algún sistema de los que se emplean en los laboratorios pudiésemos liberar de sugestión y liderazgos a la experiencia de la multitud, creo que obtendríamos algo parecido a lo siguiente: una muchedumbre expuesta a un mismo estímulo desarrollaría respuestas que teóricamente podrían representarse en un gráfico que mostrase su margen de error. Habría un grupo que opinaría de forma lo suficientemente parecida como para que pudiésemos clasificarlo junto. También habría divergencias de opiniones en ambos extremos. Estas clasificaciones tenderían a afianzarse a medida que los individuos de cada grupo expresaran sus opiniones abiertamente. Dicho de otra manera: una vez que quienes sintiesen las cosas vagamente hubiesen expresado sus opiniones con palabras, sabrían con mayor exactitud qué es lo que opinan y, como resultado, lo sentirían más intensamente.

Los líderes que están en contacto con los sentimientos populares no tardan en darse cuenta de este tipo de reacciones. Así llegan a saber si el encarecimiento de los precios está presionando a la muchedumbre, o si ciertos tipos de individuos están perdiendo popularidad, o si los sentimientos hacia tal o cual nación son hostiles o amistosos. No obstante, exceptuando la influencia de la sugestión, que sólo consiste en la encarnación del liderazgo por los periodistas, no hay nada en el sentimiento de la masa que determine fatalmente la elección de una política en particular. Lo único que el sentimiento de la muchedumbre exige es que cada política concreta, tal y como haya sido desarrollada y expuesta desde el principio, guarde alguna conexión, si no puede ser lógica, sí al menos por analogía o asociación con el sentimiento original.

Por tanto, antes de aplicar una política determinada, todos los líderes tratan por todos los medios de ganarse a la comunidad a través de los sentimientos, a la manera de Marco Antonio cuando habló a los seguidores de Bruto.¹²⁵ En una primera fase, los líderes expresan verbalmente la opinión más extendida entre la muchedumbre, lo que les permite identificarse con las actitudes familiares de su audiencia. En algunas ocasiones lo consiguen contando un cuento, otras exhibiendo su patriotismo y la mayor parte de las veces escarbando en alguna herida. Al descubrir que se trata de alguien digno de su confianza, la multitud, que lo único que estará haciendo será dar vueltas de acá para allá, se volverá hacia su líder, del que a partir de ese instante se esperará que trace algún programa de campaña. Sin embargo, dicho programa no se encontrará en los eslóganes que en ese momento expresen los sentimientos de la muchedumbre. Ni siquiera se hallará en ellos un indicio. En los casos en que los efectos de la política sólo se dejen sentir en la lejanía, lo único verdaderamente esencial será que el programa esté verbal y emocionalmente conectado desde el principio con lo que la multitud haya empezado a expresar verbalmente. Cuando hombres

fiables representando un papel que nos resulta familiar han suscrito los símbolos aceptados, pueden llevar muy lejos sus propias iniciativas sin necesidad de explicar ningún punto esencial de su programa.

No obstante, los líderes más sabios no se conforman con esto. Siempre que consideren que la publicidad no reforzará a la oposición de una manera desmedida y que el debate no retrasará la acción demasiado tiempo, buscarán un cierto consenso. Para ello tomarán, si bien no a toda la masa, sí a los subordinados de la jerarquía que a su parecer merezcan la suficiente confianza como para ser advertidos de lo que podría llegar pasar, para después hacerles creer que el resultado obtenido es el mismo que escogieron libremente. Sin embargo, por muy sinceros que puedan ser los líderes, cuando los hechos se muestran demasiado complejos, un cierto grado de ficción empañará tales consultas. Esto se debe a que resulta imposible que el público considere todas las posibilidades con el mismo grado de realismo que los individuos más expertos e imaginativos. La mayor parte de la muchedumbre está abocada a mostrar su conformidad sin haber dedicado el tiempo necesario, o sin poseer la experiencia adecuada, para apreciar todas las posibilidades presentadas por el líder. No obstante, nadie podría pedir más y, de hecho, sólo los teóricos lo hacen. Cuando hayamos tenido la oportunidad de hablar ante el tribunal, se haya escuchado lo que teníamos que decir y el resultado obtenido nos haya parecido satisfactorio, casi ninguno nos detendremos a considerar hasta qué punto se ha tenido en cuenta nuestra opinión.

Por tanto, si los poderes consolidados son sensibles, están bien informados y tratan visiblemente de satisfacer el sentir popular y eliminar de verdad algunas causas de su insatisfacción, no tendrán nada que temer por muy despacio que actúen, siempre y cuando se les vea que actúan. Empezar una revolución desde abajo supone cometer continuamente errores mayúsculos y actuar con una falta de tacto infinita. Las revoluciones palaciegas y las interdepartamentales son harina de otro costal. También es diferente la demagogia, que consiste en aliviar la tensión a base de expresar sentimientos. No obstante, los hombres de estado saben que el alivio que procura es pasajero y que abusar de ella puede resultar contraproducente. Por tanto, todos ellos se aseguran de no despertar ningún sentimiento que no vayan a ser capaces de enjuagar con la ayuda de algún programa que aborde los hechos a los que vayan asociados.

Sin embargo, no todos los líderes son hombres de Estado, aunque todos odian dimitir y a la mayoría les cuesta creer, por muy mal que estén las cosas, que su oponente lo habría hecho mejor. No esperan pasivamente a que el público sienta los efectos de su política, porque, por lo general, semejante descubrimiento termina por hacer rodar su propia cabeza. En consecuencia, todos ellos dedican periódicamente tiempo y esfuerzo a remendar sus vallas

protectoras y consolidar su posición.

Tal remiendo consiste en sacrificar de vez en cuando algún chivo expiatorio, corregir algún fallo que afecte a algún individuo o grupo poderoso, reorganizar algunas funciones, aplacar a algún grupo que quiera instalar un arsenal de armas en su pueblo o promulgar alguna ley para frenar los vicios de alguien. Si estudiásemos con atención la actividad diaria de cualquiera de los cargos oficiales que dependen de las urnas, podríamos alargar la lista. Hay congresistas que salen elegidos año tras año a los que nunca se les ocurre malgastar su energía abordando asuntos públicos. Prefieren prestar algún pequeño servicio a muchas personas con respecto a muchos asuntos de menor trascendencia, en vez de comprometerse a prestar un gran servicio allá afuera, en mitad de la nada. No obstante, son muy pocas las personas que pueden servirse de la organización como si se tratara de un criado útil, por lo que los políticos más astutos se aseguran de atender correctamente a los individuos más influyentes, o a los que son tan poco influyentes, que prestarles atención constituye un signo sensacionalista de magnanimidad. Con respecto al número mucho mayor de personas a las que no pueden contentar con favores, es decir, la masa anónima, se limitan a administrarles propaganda.

Los líderes consolidados de todas las organizaciones tienen muchas ventajas naturales. Se supone, por ejemplo, que disponen de mejores fuentes de información. En sus oficinas podemos encontrar libros y periódicos. Además, todos han participado en conferencias importantes y conocido a personalidades relevantes, y todos hacen frente a una gran responsabilidad. Por tanto, les resulta mucho más fácil obtener y mantener nuestra atención, así como hablarnos en tono convincente. Por otro lado, también ejercen buena parte del control que limita nuestro acceso a los hechos. Todos los dirigentes son censores y propagandistas en mayor o menor grado. Decimos censores, porque pueden suprimir la información ya sea ocultándola u olvidándose de mencionarla; propagandistas, porque no podrían hacerlo sin tener previamente una idea aproximada de qué es lo que desean que el público sepa. Ubicados en puestos estratégicos, en el mejor de los casos suelen verse obligados a escoger entre dos ideales igualmente convincentes, aunque contradictorios: por un lado, la seguridad de la institución y, por otro, dirigirse al público con franqueza. Los dirigentes, pues, siempre terminan por decidir, cada vez de manera más consciente, qué hechos, en qué contexto y de qué manera deben darse a conocer al público.

4

Nadie niega, o eso creo, que la fabricación artificial del consenso sea capaz de alcanzar altas cotas de sutileza. En la vida real, el proceso que desencadena

las opiniones públicas es por lo menos igual de intrincado de lo que se ha dado a entender en estas páginas, y todos los que conocen su mecanismo tienen a su alcance una oferta más que suficiente de oportunidades para practicar la manipulación.

La creación de consensos no es un arte nuevo; en realidad es bastante antiguo, aunque en teoría la aparición de la democracia debiera haberlo desterrado. Sin embargo, no sólo no ha sido así, sino que incluso se ha perfeccionado enormemente desde el punto de vista técnico, porque ahora se basa en el análisis en vez de en reglas generales. La práctica de la democracia ha dado, pues, un importante giro gracias a la investigación psicoanalítica y los medios de comunicación modernos. Estamos asistiendo a una revolución mucho más trascendental que cualquiera de los cambios que puedan afectar al poder económico.

En la vida de la generación que ha asumido el mando, la persuasión se ha convertido en un arte con identidad propia y un órgano más de los gobiernos representativos. Aún estamos lejos de comprender las consecuencias que se derivan de todo esto, pero no parece descabellado augurar que la técnica de la creación de consensos alterará todos los cálculos y premisas políticos. Bajo el impacto de la propaganda, sin que necesariamente debamos entender por ésta el siniestro significado que la palabra tiene por sí misma, las viejas constantes de nuestro pensamiento se han convertido en variables. Ya no resulta posible, por ejemplo, creer en el dogma original de la democracia, según el cual el conocimiento necesario para administrar los asuntos públicos surge espontáneamente del corazón. Si seguimos actuando basándonos en esta teoría, correremos el riesgo de engañarnos a nosotros mismos y padecer formas de persuasión que nunca podremos corroborar. Ha quedado demostrado que no podemos fiarnos de la intuición, la conciencia, o los pormenores de una opinión fortuita, cuando se trata de abordar un mundo que se halla lejos de nuestro alcance.

PARTE VI: LA IMAGEN DE LA DEMOCRACIA

*“Confieso que. en América vi algo más que América;
buscaba la imagen de la democracia misma.”*

Alexis de Tocqueville.

Capítulo 16. El hombre egocéntrico

1

Se supone que la opinión pública es la fuerza motriz de las democracias, por lo que cabría esperar que existiese una vasta literatura al respecto. Sin embargo, no es así. Se han escrito muchos libros excelentes sobre gobiernos y partidos, es decir, sobre la maquinaria que teóricamente registra las opiniones públicas una vez formadas. Sin embargo, sólo unos pocos tratan sobre las fuentes y procesos vinculados con su origen y formación. Por lo general, todos se limitan a dar por hecho la existencia de una fuerza a la que denominan opinión pública. Lo que fundamentalmente ha interesado a los autores estadounidenses que han abordado el tema ha sido, bien encontrar una manera que permitiese a los gobernantes expresar la voluntad común, bien evitar que ésta alterase los propósitos que, en su opinión, constituyen la razón de ser de los gobiernos. Dependiendo de sus tradiciones, todos ellos se han propuesto domesticar a la opinión u obedecerla. Así, el editor de una notable serie de libros de texto escribió que "lo más difícil e importante para todos los gobiernos (es) cómo transmitir la fuerza de cada opinión individual a la acción pública."¹²⁶

Sin embargo, no cabe duda de que la cuestión de cómo validar nuestras versiones personales de la escena política es aún más trascendental. Como señalaremos más adelante, cabe la posibilidad de que a este respecto se dé un paso radical basado en el desarrollo de algunos principios que ya están en funcionamiento. No obstante, dicho desarrollo dependerá del provecho que logremos sacar a nuestro conocimiento sobre la manera en que las opiniones se fusionan en una sola, para poder velar por las nuestras cuando les llegue el turno. Por ser el producto de contactos parciales, tradiciones e intereses personales, ninguna opinión fortuita podrá adoptar un método de pensamiento político basado en evidencias exactas, ponderación, análisis y comparaciones, debido a que las mismas cualidades de la mente que determinan qué debe parecernos interesante, importante, familiar, personal y dramático son las que en primer lugar frustran las opiniones realistas. Por tanto, a menos que la comunidad en general se convenza gradualmente de que los prejuicios y la intuición no son suficiente,

la elaboración de opiniones realistas, que por otra parte necesita tiempo, dinero, dedicación, esfuerzos conscientes, paciencia y ecuanimidad, no encontrará los apoyos suficientes. Dicha convicción crecerá a medida que nuestra capacidad de autocrítica se incremente y nos permita apreciar los sinsentidos y desdén de nuestros prejuicios, y nos ayude a estar en guardia para evitarlos. Hasta que no arraigue en nosotros el hábito de analizar opiniones cada vez que leamos, hablemos y decidamos, la mayoría apenas llegaremos a sospechar que necesitamos ideas mejores, ni estaremos interesados en ellas cuando aparezcan, como tampoco seremos capaces de evitar que la nueva técnica de la inteligencia política sea manipulada.

Si hemos de juzgar a las democracias en función de la más antigua y poderosa, deberemos concluir que prácticamente todas han hecho de la opinión pública un misterio. Algunos maestros en el arte de organizar la opinión han llegado a comprender dicho misterio lo suficientemente bien como para crear mayorías el día de las elecciones. Sin embargo, la ciencia de la política, que les considera miembros de baja categoría o "problemáticos", no se ha dado cuenta de que poseen el conocimiento más efectivo para crear y dirigir la opinión pública. Todos aquellos que han expresado las ideas democráticas sin haber gestionado su puesta en práctica, tales como estudiantes, oradores y editores, han tendido a considerar a la opinión pública tal y como los hombres de otras sociedades consideraban a las asombrosas fuerzas a las que adjudicaban la última palabra en el rumbo de los acontecimientos. Casi todas las teorías políticas comparten un elemento inescrutable que ni siquiera en su apogeo llegan a analizar. Bajo las apariencias se esconde el destino, el guardián de los espíritus, la comisión de los pueblos elegidos, la monarquía divina, el vicerrector del paraíso o la clase de los mejor nacidos. Hace mucho que los ángeles, demonios y reyes más primitivos abandonaron el pensamiento democrático, pero la necesidad de creer que en alguna parte hay fuerzas de reserva encargadas de guiarnos aún persiste. Persistió para los pensadores del siglo XVIII que diseñaron la matriz de la democracia. Éstos tenían un dios pálido, pero también corazones cálidos, y la doctrina de la soberanía popular les proporcionó la respuesta a su necesidad de encontrar un origen infalible para el nuevo orden social. Ahí estaba el misterio, pero sólo los enemigos del pueblo osaban tocarlo con manos profanadoras y curiosas.

2

No levantaron el velo, porque eran políticos prácticos inmersos en una batalla incierta e implacable. Ellos mismos habían experimentado el deseo de democracia y este sentimiento siempre es más profundo, íntimo e importante que cualquier teoría de gobierno. Habían adquirido el compromiso de defender la

dignidad humana; de luchar contra el prejuicio histórico. Lo que de verdad les cautivó no fue que el hombre corriente pudiera tener opiniones sólidas sobre cualquier asunto público, sino el hecho de que a pesar de descender de una estirpe que siempre se había considerado inferior, no volviera a postrarse ante ninguno de sus semejantes. Este espectáculo fue lo que compuso la dicha "de presenciar aquel amanecer". Sin embargo, todos los analistas parecieron degradar esa supuesta dignidad; negaron que todos los hombres actuaran siempre de manera razonable y que estuviesen educados o informados. Por el contrario, denunciaron que la muchedumbre vive engañada, que no siempre sabemos qué es lo que nos conviene y que no todos somos igual de aptos para gobernar.

Sus críticas fueron acogidas como suelen serlo los niños pequeños cuando aparecen con un tambor. Todas estas observaciones sobre la falibilidad humana se explotaron una por una hasta la saciedad. Si los demócratas hubieran admitido que alguno de esos argumentos aristocráticos era cierto, habrían abierto una brecha en sus defensas, por lo que igual que Aristóteles se vio en la necesidad de insistir en que los esclavos lo eran por naturaleza, ellos tuvieron que hacer hincapié en que los hombres libres eran legisladores y administradores por naturaleza. No podían detenerse a explicar que existía la posibilidad de que un alma en particular aún no tuviera, o de hecho nunca llegase a tener ese equipamiento técnico, pero que aun así tenía el derecho inalienable a no ser usada por la fuerza como instrumento de nadie. La clase superior seguía siendo demasiado poderosa y muy poco escrupulosa; no se abstendría de sacar provecho de una afirmación tan sincera.

En consecuencia, los primeros demócratas insistieron en que la capacidad racional de actuar con rectitud manaba espontáneamente de la muchedumbre. Todos confiaban en que así fuera y muchos lo creían, pero los más inteligentes, como Thomas Jefferson, tenían todo tipo de dudas al respecto. No obstante, una cosa era cierta: nadie que en aquel entonces pensase que la opinión pública no surgía espontáneamente, podía llegar a pensar que pudiese surgir de alguna otra forma. A este respecto, la ciencia de la política en que se basó la democracia era exactamente la misma que había formulado Aristóteles. Era la misma ciencia para demócratas y aristócratas, monárquicos y republicanos; todos se basaban en la misma premisa, según la cual, el arte de gobernar constituía un don natural. Las opiniones divergían radicalmente cuando se trataba de señalar a los hombres agraciados con el don natural de gobernar, pero coincidían en que la pregunta más importante de todas consistía en cómo identificar a los que habían sido bendecidos con la gracia de la sabiduría política. Los monárquicos estaban convencidos de que eran los reyes quienes habían nacido para gobernar. Alexander Hamilton¹²⁷, por su parte, pensaba que si bien puede "haber mentes capacitadas en todas las clases sociales... el órgano representativo, exceptuando

un número de miembros excesivamente reducido para ejercer alguna influencia sobre el espíritu de gobierno, se compondrá de terratenientes, comerciantes y hombres que ejerzan profesiones eruditas." Jefferson pensaba que las facultades políticas eran un don concedido por Dios a ganaderos y agricultores, aunque algunas veces dio a entender que todos las poseemos.¹²⁸ Todos partían, pues, de la misma premisa esencial: el arte de gobernar era un instinto. En lo que divergían, atendiendo a sus preferencias sociales, era en si dicho instinto aparecía en un hombre o unos pocos elegidos, en todos los hombres, sólo en los blancos de 21 años o quizá en todos los hombres y mujeres.

A la hora de decidir quién era el más apto para gobernar, el conocimiento del mundo se daba por hecho. Los aristócratas creían que quienes administran asuntos importantes poseen el instinto para ello, mientras que los demócratas defendían que todos poseemos dicho instinto y, por tanto, todos podemos administrar tales asuntos. Ninguno de ellos consideraba una función de la ciencia política determinar de qué manera adquirirían los gobernantes el conocimiento sobre el mundo. Por otro lado, si se estaba de parte del pueblo, no se intentaba responder a la pregunta de cómo mantener a los votantes informados. A la edad de 21 años, todos los individuos dispondrían de sus facultades políticas. Lo importante era tener buen corazón, una mente razonable y un juicio equilibrado. Todas estas cosas vendrían, pues, con la edad, pero no se consideró necesario plantear por qué medios se informaría al corazón o se alimentaría a la razón. Se suponía que los hombres respiraríamos los hechos igual que respiramos aire.

3

No obstante, eran pocos los hechos que los hombres podían llegar a conocer sin apenas esfuerzo. Podían llegar a conocer las costumbres y caracteres visibles de su lugar de residencia y trabajo, pero en lo que respecta al mundo exterior, no les quedaba más remedio que concebirlo. Sin embargo, nadie concibe por instinto, de la misma forma que el hecho en sí de vivir no nos permite absorber conocimientos fiables. Por tanto, el ejercicio de la política de naturaleza espontánea sólo era viable en el entorno confinado dentro de los límites del conocimiento directo y certero de los gobernantes. Esta conclusión es ineludible cuando los gobiernos se fundamentan en el ámbito natural de las facultades humanas. Como dijo Aristóteles,¹²⁹ "si los ciudadanos de un estado deben juzgar y asignar oficios en función de méritos personales, necesitarán conocer el carácter de cada cual; mientras no posean este conocimiento, fallarán tanto cuando elijan a sus dirigentes como cuando adopten decisiones judiciales."

Naturalmente, esta máxima acarreó problemas a todas las escuelas del pensamiento político, pero a los demócratas les planteó una serie de dificultades peculiares. Quienes creían en la clase gobernante tenían razón al decir que en

la corte o en las casas solariegas de la aristocracia cada hombre conocía el carácter de los demás, y que mientras el resto de la humanidad mantuviese una actitud pasiva, a los únicos que necesitaban conocer era a los componentes de las clases dirigentes. Sin embargo, los demócratas, que querían elevar la dignidad de todos los hombres, se perdieron de inmediato en la enorme magnitud y confusión de su clase gobernante, es decir, el electorado masculino. Su ciencia les decía que la política constituía un instinto, pero que éste sólo podría funcionar en entornos reducidos. No obstante, sus esperanzas les llevaron a insistir en que también en los entornos más amplios todos los hombres eran aptos para gobernar. En este conflicto mortal entre sus ideales y su ciencia, la única salida consistía en asumir sin más discusión que la voz del pueblo era la voz de Dios.

La paradoja era demasiado evidente, las apuestas demasiado altas y sus ideales de un valor excesivo para analizar la cuestión con ojo crítico. No podían demostrar de qué manera se las apañarían los ciudadanos de Boston para concebir desde ella los puntos de vista de los habitantes de Virginia, ni cómo éstos podrían, a su vez, formarse opiniones realistas sobre el gobierno de Washington, ni cómo los congresistas podrían opinar sobre China o México. Dado que en aquella época para muchos resultaba imposible trasladar a su parcela crítica un entorno desconocido. No cabe duda de que desde la muerte de Aristóteles se habían producido algunos avances en esta materia. Había, por ejemplo, algunos periódicos y libros, y es posible que incluso los barcos y carreteras hubieran mejorado. No obstante, ni se habían producido avances significativos, ni las premisas políticas del siglo XVIII podían diferir mucho de las que en esencia habían prevalecido en la ciencia política desde hacía dos mil años. Los primeros demócratas carecían de medios para resolver el problema de incompatibilidad entre los límites conocidos de la atención humana y su ilimitada fe en la dignidad del hombre.

Sus premisas no sólo precedieron a los periódicos modernos, los servicios internacionales de prensa, la fotografía y las películas, sino que también se adelantaron, y esto es lo verdaderamente significativo, a nuestros sistemas de archivo y medición, análisis cuantitativos y comparativos, al principio de la evidencia y a la capacidad del análisis psicológico para corregir y pasar por alto los prejuicios de los testigos. No pretendemos dar a entender que nuestros archivos, análisis y mediciones sean satisfactorios, imparciales y acertados. Lo que intentamos señalar es que los inventos de mayor repercusión que se han ideado para traer el mundo desconocido al ámbito de la opinión aún no se habían descubierto en la época de Aristóteles, ni eran lo suficientemente relevantes desde el punto de vista de la teoría política en la de Rousseau, Montesquieu o Thomas Jefferson. En un capítulo posterior veremos que incluso las premisas más profundas de las que parte la teoría más moderna de la reconstrucción humana, es decir, el socialismo gremial inglés, se han tomado prestadas del

antiguo sistema del pensamiento político.

Para funcionar de manera competente y honesta, el sistema habría tenido que asumir que todos los hombres tendrían que conformarse con obtener una experiencia muy parcial de los asuntos públicos. Esta afirmación sigue siendo cierta y aún hoy comporta consecuencias de la máxima importancia, en el sentido de que sólo podemos dedicar un tiempo limitado al análisis de los mismos. No obstante, la teoría antigua no sólo ignoró que la atención que los individuos prestarían a los asuntos públicos sería escasa, sino que tampoco asumió que ésta, fuese cual fuese su volumen, tendría que limitarse a los asuntos que tuvieran al alcance de la mano. Habría sido necesario tener una gran visión de futuro para prever que llegaría un día en que los hechos más complejos y distantes podrían narrarse, analizarse y presentarse de tal forma que los profanos pudiesen hacer elecciones verdaderamente valiosas. Ese día ha llegado. Ya no cabe ninguna duda de que la narración continua del entorno nunca visto es viable. A menudo se hace ramal, pero el hecho de que se haga demuestra que es posible y el hecho de que comencemos a ser conscientes de que con frecuencia deja mucho que desear, demuestra que se puede mejorar. Diariamente vemos que ingenieros y contables, secretarias y subordinados, oficiales de inteligencia y periodistas narran, con distintos grados de honestidad y destreza, asuntos complejos y lejanos a hombres de negocio, dirigentes, estados mayores y lectores. Todo esto no es más que un comienzo rudimentario, pero radical; mucho más radical en el sentido literal de la palabra que la repetición de guerras, revoluciones, abdicaciones y restauraciones; y tanto como pueda serlo el cambio de la escala de la vida humana que ha permitido que Lloyd George negocie el problema de las minas de carbón de Gales después desayunar en Londres y aborde el destino de los países árabes antes de cenar en París.

Esto se debe a que la posibilidad de acercar cualquier aspecto de los asuntos humanos al ámbito del juicio crítico ha roto el maleficio que pesaba sobre las ideas políticas. Naturalmente, ha habido muchos hombres que no han llegado a darse cuenta de que el ámbito de la atención constituye la primera premisa de la ciencia política; esto sólo les ha llevado a construir castillos de arena y a demostrar en su propio ser qué efectos produce el poseer un conocimiento limitado y egocéntrico del mundo. Para los pensadores políticos con peso específico, desde Platón y Aristóteles, pasando por Maquiavelo y Hobbes, hasta los teóricos de la democracia, la especulación ha girado en torno a los hombres egocéntricos que tenían que ver todo el mundo a través de unas pocas imágenes mentales.

Capítulo 17. Las comunidades independientes

1

Siempre ha sido evidente que los grupos de individuos egocéntricos se enzarzarían en una lucha por la existencia, si tuvieran contacto entre sí. Igual de verdadera, por lo menos, es la famosa frase del *Leviatán* en que Hobbes dijo que "aunque nunca se ha dado el caso de que hombres concretos se hallasen en la circunstancia de guerrear entre sí, sin embargo los reyes y *personas* dotadas de *autoridad soberana debido a su independencia*, siempre están poseídos de envidias continuas y en el mismo estado y postura que los gladiadores, apuntándose con sus armas y sin quitarse los ojos de encima los unos a los otros..."¹³⁰

2

Para esquivar esta conclusión, una rama notable del pensamiento humano que ha tenido y tiene muchas escuelas, procedió como sigue: concibió un patrón ideal y justo de las relaciones humanas que definía los derechos y deberes de cada individuo. Mientras éstos se adaptasen conscientemente al papel asignado, carecería de importancia si sus opiniones eran o no acertadas. Cada uno se limitaría a cumplir con su deber, de tal manera que entre todos crearían un mundo armónico. Todos los sistemas de castas constituyen un ejemplo de este principio, el cual subyace en la *República* de Platón y en Aristóteles, en el ideal feudal, en los círculos del paraíso de Dante, en el socialismo burocrático y en el liberalismo económico; y en un grado sorprendente en el sindicalismo, el socialismo gremial, el anarquismo y el sistema de derecho internacional ideado por Robert Lansing. Todos ellos presuponen una armonía preestablecida, inspirada, impuesta o innata, que permite a individuos, clases o comunidades, por muy obstinados que sean, estar acordes con el resto de la humanidad. Los más autoritarios prefieren que dicha orquestación la dirija un director preocupado por que cada cual interprete la parte asignada; y los anarquistas tienden a creer que la armonía divina sería aún más audible, si cada músico improvisara.

No obstante, también ha habido filósofos a los que estos esquemas de derechos y obligaciones han aburrido soberanamente, lo que les ha llevado a tomar el conflicto como punto de partida y a intentar encontrar la manera de que los suyos se mantuviesen en lo alto de la balanza. Siempre han parecido más realistas, incluso cuando generaban alarma, porque bastaba con que generalizasen experiencias que todos compartimos. Maquiavelo es el clásico de esta escuela; al que se ha considerado el más despiadadamente malo de todos, porque fue el primer naturalista que empleó un lenguaje claro en un ámbito que

hasta entonces se hallaba en poder de los supernaturalistas.¹³¹ Tiene peor fama y más discípulos que cualquier otro pensador político que haya existido. Describió la técnica de supervivencia de los Estados independientes; por eso tiene discípulos. En lo que a su mala fama respecta, ésta obedece principalmente a que echase el ojo a la familia Medici, pasara las noches en su estudio vestido de "cortesano noble" y soñando que él mismo encarnaba al Príncipe, y convirtiera una descripción mordaz de la manera en que las cosas se llevan a cabo en un canto a esa forma de actuar.

En el capítulo más famoso¹³² señaló que "un príncipe debe tener cuidado de que no le salga jamás de la boca cosa alguna que no esté llena de las cinco cualidades que acabamos de señalar y ha de parecer, al que lo mira y escucha, todo clemencia, todo fe, todo integridad, todo religión. Y no hay cosa más necesaria de aparentar que se tiene que esta última cualidad, pues los hombres en general juzgan más por los ojos que por las manos, ya que a todos es dado ver, pero palpar a pocos: cada uno ve lo que parecemos, pero pocos palpan lo que somos y estos pocos no se atreven a enfrentarse a la opinión de muchos, que tienen además la autoridad del Estado para defenderlos. Además, en las acciones de todos los hombres y especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que recurrir, se atiende al fin... Un príncipe de nuestros días, al cual no es correcto nombrar aquí, no predica jamás otra cosa que paz y lealtad, pero de la una y de la otra es hostilísimo enemigo y de haber observado la una y la otra, hubiera perdido en más de una ocasión o la reputación o el Estado."

Este párrafo desborda cinismo, pero es el cinismo de un hombre que, sin saber cómo ni por qué, fue capaz de discernir la verdad. En él, Maquiavelo se refiere al común de los hombres y príncipes que "juzgan más por los ojos que por las manos". Esta era su forma de decir que sus opiniones eran subjetivas. Era, pues, demasiado realista para fingir que los italianos de su época tenían los ojos puestos en el mundo y lo observaban al completo. Por una parte, no se permitía fantasías y, por otra, carecía de medios para imaginar una raza de hombres que hubiera aprendido a corregir su modo de mirar.

El mundo tal y como lo veía se componía de personas cuya visión de las cosas rara vez podía corregirse y Maquiavelo sabía que todas ellas, puesto que todas interpretaban las relaciones públicas a su manera, estaban inmersas en una lucha sin tregua. Lo que veían era su propia versión personal, de clase o comunitaria, de una serie de asuntos que en realidad se extendían mucho más allá de los límites de su visión, pero sólo consideraban su propio punto de vista, que tomaban por cierto. No obstante, se cruzaban con otras personas igual de centradas en sí mismas y, como resultado, sentían que su propia existencia se veía en peligro o, por lo menos, lo que ellos por razones personales e insospechadas consideraban su existencia y suponían un peligro. El fin, basado

inexorablemente en una realidad verdadera y a la vez personal, justificaba los medios. Todos sin excepción habrían sacrificado cualquiera de sus ideales para salvarlos a todos, es decir, "se atiende al fin".

3

Los filósofos democráticos se enfrentaron a estas verdades elementales. Consciente o inconscientemente, sabían que el alcance del conocimiento político era limitado y que el de la autonomía debía restringirse. También sabían que los Estados independientes adoptan la postura de los gladiadores cuando entran en contacto. No obstante, tenían la certeza de que todos los hombres aspiran a elegir su propio destino y a encontrar una paz que no les sea impuesta por la fuerza. ¿De qué manera podrían reconciliar sus deseos con los hechos?

Buscaron la respuesta a su alrededor, pero en las ciudades-estado de Grecia e Italia sólo encontraron la crónica de corrupciones, intrigas y guerras.¹³³ Incluso en sus propias ciudades veían facciones, afectación y fiebre. Ese no era precisamente el entorno ideal para que prosperara la democracia y, por otro lado, no había en él ni un sólo grupo de personas independientes e igualmente competentes que administrasen sus propios asuntos espontáneamente. Siguieron buscando, quizá guiados por Jean Jacques Rousseau, pueblos remotos e incorruptos. Vieron lo suficiente para convencerse a sí mismos de que el ideal estaba en casa. Esto fue lo que Jefferson en particular llegó a sentir, y él más que nadie formuló la imagen americana de la democracia. El poder que había conducido a la victoria a la revolución americana procedía de los municipios rurales y también de ellos vendrían los votos que llevaron al poder a su partido. Allá lejos, en las comunidades agrícolas de Massachusetts y Virginia, si se miraba a través de alguna lente que permitiese borrar a los esclavos de la faz de la tierra, podría verse mentalmente la imagen de lo que la democracia estaba llamada a ser.

"Estalló la revolución americana," dijo de Tocqueville,¹³⁴ "y la doctrina de la soberanía del pueblo, que se había alimentado de los municipios rurales, tomó posesión del Estado." Sin duda alguna tomó posesión de las mentes de quienes formularon y popularizaron los estereotipos de la democracia. Jefferson escribió¹³⁵ que "nuestro principio consistía en valorar al pueblo." No obstante, el pueblo al que valoraba casi en exclusiva se limitaba a los pequeños terratenientes: "aquellos que cultivan la tierra son el pueblo elegido de Dios, si alguna vez hubo uno, y de su pecho ha hecho su depósito particular de la esencia de la verdadera virtud. En ellos mantiene vivo su fuego sagrado, que de lo contrario abandonaría la tierra. La corrupción moral entre la masa de agricultores es un fenómeno del que ningún tiempo pasado ni nación ha podido proporcionarnos ejemplos."

Por mucho que el regreso a la naturaleza inspirado por el romanticismo haya influido en esta exclamación, no cabe duda de que incluye un elemento sólido. Nos referimos a que Jefferson tenía razón al pensar que cualquier grupo de agricultores independientes tenía más posibilidades de cumplir los requisitos de la democracia espontánea que cualquier otra forma de sociedad humana. No obstante, para preservar el ideal debería levantarse un muro que aislase a estas comunidades ideales de las abominaciones del mundo. Si los agricultores estaban llamados a dirigir sus propios asuntos, éstos debían limitarse a los que estaban acostumbrados a administrar. Jefferson extrajo todas estas conclusiones lógicas. Rechazaba las fábricas, el comercio internacional, la marina, las formas intangibles de propiedad y, en teoría, cualquier forma de gobierno que no estuviese basada en la existencia de pequeños grupos independientes. En su día tuvo que afrontar diversas críticas, una de las cuales señalaba que "envueltos en la plenitud de la vanidad y con la fuerza suficiente para defendernos de los invasores, podríamos disfrutar de una rusticidad eterna y permanecer por siempre insensibles y vulgares, arropados por una indiferencia egoísta y satisfecha." ¹³⁶

4

El ideal democrático moldeado por Jefferson se componía de un entorno ejemplar y una clase elegida, de manera que no planteaba ningún conflicto a la ciencia política de la época, aunque sí estaba reñido con la realidad. Cuando el ideal se hubo formulado en términos absolutos, no tardó en olvidarse, en parte debido al júbilo y en parte a fines electoralistas, que la teoría original se había concebido para aplicarse bajo condiciones especiales. Así terminó por convertirse en el evangelio político que ha aportado a los americanos de todos los partidos los estereotipos a través de los cuales siempre han mirado la política.

Ese evangelio se consolidó, debido a la necesidad de que en la época de Jefferson nadie pudiese concebir opiniones públicas que no surgiesen espontáneamente y fuesen subjetivas. La tradición democrática siempre ha tratado de ver un mundo en el que la muchedumbre se interesase exclusivamente por los asuntos cuyas causas y efectos operasen en la región que habitaban y nunca ha sido capaz de concebirse a sí misma en el contexto de un entorno amplio e impredecible; su espejo era cóncavo. Además, por mucho que reconocieran que estaban implicados en asuntos externos, los demócratas estaban convencidos de que cualquier contacto que se produjese fuera del grupo independiente constituía una amenaza para la concepción original de la democracia. Su temor reflejaba prudencia; para que la democracia pudiera ser espontánea, sus intereses debían seguir resultando sencillos, inteligibles y fáciles de administrar. Las condiciones del entorno debían parecerse a las de los

municipios rurales y aislados, si el suministro de información debía confiarse a la experiencia casual. El entorno, pues, debía confinarse dentro de los límites del conocimiento directo y certero de cada hombre.

Los demócratas comprendieron lo que los análisis sobre la opinión pública parecen demostrar: cuando tratamos con entornos desconocidos, las decisiones "se toman manifiestamente al azar, lo que evidentemente no debería suceder."¹³⁷ Por tanto, siempre han tratado por uno u otro medio de minimizar la importancia de esos entornos desconocidos. Temían el comercio internacional, porque implicaba relaciones con el extranjero; y desconfiaban de los fabricantes, porque producían grandes ciudades y reunían multitudes. Si a pesar del riesgo se veían obligados a tener fabricantes, exigían protección en nombre de la autosuficiencia. Cuando estas condiciones no podían darse en el mundo real, se internaban apasionadamente en las espesuras salvajes y fundaban comunidades utópicas, alejadas de posibles contactos con el extranjero. Sus eslóganes ponen de manifiesto sus prejuicios: estaban a favor de la Autonomía, la Autodeterminación y la Independencia. Ninguna de estas ideas comporta noción alguna de consentimiento o comunidad más allá de las fronteras de los grupos independientes. El ámbito de la acción democrática, pues, se limitaba a un área circunscrita. Dentro de unas fronteras protegidas, el objetivo consistía en alcanzar la autosuficiencia y evitar vínculos con el exterior. Esta norma no se limitaba a la política exterior, pero es ahí donde se ponía de manifiesto, debido a que la vida que se desarrolla fuera de las fronteras nacionales resulta manifiestamente más ajena que la de dentro. La historia ha demostrado que en lo que a la política exterior se refiere, por lo general las democracias han tenido que elegir entre su sueño de aislamiento o una diplomacia que violaba sus ideales. De hecho, las democracias más prósperas, como Suiza, Dinamarca, Australia, Nueva Zelanda y los Estados Unidos hasta hace poco tiempo, no han desarrollado una política exterior concreta en el sentido europeo del término. Incluso normas como la Doctrina Monroe han surgido del deseo de sustituir los dos océanos por una explanada de Estados que fueran lo suficientemente republicanos como para no tener que desarrollar una política exterior.

Mientras que el peligro es una de las grandes condiciones, quizá incluso indispensable, de las autocracias¹³⁸, la seguridad siempre se ha considerado una necesidad para el buen funcionamiento de las democracias. La premisa de una comunidad autosuficiente debía ser lo menos problemática posible. La inseguridad acarrea sorpresas; significa que, por lo general, diversas fuerzas alteran la rutina familiar y plantean nuevos problemas que requieren decisiones rápidas y poco habituales. Todos los demócratas sienten en lo más profundo de su ser que las crisis que entrañan graves peligros son incompatibles con la democracia, porque saben que la inercia de la muchedumbre es tal, que para poder actuar con rapidez la toma de decisiones debe restringirse a unos pocos,

a los que el resto debe seguir ciegamente. Esto no ha mermado la capacidad de defensa de los demócratas, pero sí ha hecho que todas sus guerras se desencadenen con objetivos pacifistas; incluso cuando éstas han tenido por objeto la conquista, se ha creído con absoluta sinceridad que en realidad tenían por objeto la defensa de la civilización.

Todos estos esfuerzos por cercar una parte de la superficie terrestre no eran actos de cobardía, ni apatía, ni lo que uno de los críticos de Jefferson denominó deseo de vivir bajo la disciplina monacal. Los demócratas habían avistado una posibilidad deslumbrante: que todos los seres humanos se erguirían, libres por fin de las cadenas inventadas por otros hombres. Sin embargo, sus conocimientos acerca del arte de gobernar no les permitían, o al menos no más de lo que su ciencia se lo había permitido a Aristóteles, concebir una sociedad de individuos autónomos que no fuese sencilla y no se mantuviese aislada. Ésta era la única premisa de la podían partir para llegar a la conclusión de que todos los individuos tenían la capacidad espontánea de administrar sus asuntos.

5

Habiendo adoptado tal premisa, porque era necesaria para las esperanzas que albergaban con más entusiasmo, también extrajeron otra conclusión. Puesto que para disfrutar de un autogobierno espontáneo se necesitaba una comunidad independiente y sencilla, dieron por hecho que todos los hombres eran tan competentes como el que más para administrar dichos asuntos independientes y sencillos. Allí donde el deseo engendra al pensamiento es posible que esta lógica resulte convincente. Por otra parte, la teoría de los ciudadanos omncompetentes es cierta a todos los efectos en los municipios rurales, debido a que en ellos todos sus habitantes terminan participando tarde o temprano en todo lo que se hace y los oficios se turnan entre hombres adaptables a cualquier profesión. Esto explica por qué la teoría del ciudadano omncompetente nunca planteó problemas hasta que el estereotipo democrático se aplicó al universo en general, es decir, hasta que todos los hombres volvieron su vista hacia las civilizaciones más complejas sin ser capaces de ver en ellas nada más que pueblos aislados.

Los ciudadanos no sólo estaban capacitados para administrar todos los asuntos públicos, sino que además se hallaban dotados de un espíritu cívico y un interés inagotables. Eran lo suficientemente cívicos en sus municipios, donde conocían a todo el mundo y se interesaban por los asuntos de todos sus vecinos. Así, la idea de lo que resultaba suficiente en cualquier municipio se convirtió con facilidad en la idea de lo que resultaba suficiente para cualquier fin, ya que como hemos señalado en un capítulo anterior, el pensamiento cuantitativo no forma

parte de los estereotipos. No obstante, la cosa no quedó ahí: puesto que se suponía que todo el mundo estaba lo suficientemente interesado en los asuntos importantes, sólo se consideraban importantes los asuntos por los que todo el mundo sentía interés.

Esto tuvo como resultado el que los hombres se formasen su imagen del exterior a partir de imágenes mentales no contrastadas que llegaban a ellos debidamente estereotipadas por parte de padres y maestros, y apenas corregidas por la propia experiencia. Por otra parte, sólo un número reducido de hombres se veían en la necesidad de traspasar las fronteras interestatales para atender sus asuntos y el número de los que tenían motivos para viajar al extranjero era aún menor. La mayor parte de los votantes permanecían toda su vida en un mismo entorno, sin más punto de referencia que unos pocos periódicos más bien pobres, amén de panfletos, discursos políticos, la educación religiosa de cada uno y los rumores. Por tanto, su única salida consistía en hacerse una idea sobre ese entorno mayor en el que se desarrollaban el comercio y las finanzas, la guerra y la paz. El número de opiniones públicas basadas en objetivos de cualquier índole era ridículo en comparación con las que se basaban en la imaginación fortuita.

En consecuencia, debido a múltiples razones, la autosuficiencia constituía un ideal espiritual en período de gestación. El aislamiento físico de los municipios rurales, la soledad de los pioneros, la teoría de la democracia, la tradición protestante y los límites de la ciencia política coincidieron para hacer creer a los hombres que debían extraer la sabiduría política de su propia conciencia. No debe extrañarnos que la deducción de leyes a partir de principios absolutos haya consumido un porcentaje tan elevado de su energía disponible. La mentalidad política americana estaba abocada a vivir de su capital. En la legalidad encontró un cuerpo de normas probadas del que se podían extraer otras nuevas sin la necesidad de descubrir verdades por la acción de la experiencia. Esta fórmula se convirtió en algo tan sagrado, que todos los observadores extranjeros competentes han percibido con asombro el contraste existente entre el dinamismo práctico del pueblo americano y la estática teoría de su vida pública. Ese amor inquebrantable por los principios fijos era sencillamente la única manera conocida de alcanzar la autonomía, pero condenó a la comunidad a reducir sus opiniones públicas sobre el mundo exterior a unas pocas imágenes estereotipadas, ordenadas en un patrón concebido a partir de los códigos morales y legales, y al que los sentimientos despertados a base de experiencias locales habían insuflado vida.

Por tanto, ante la falta de instrumentos de conocimiento que permitieran narrar el entorno, la teoría democrática, empezando por su fina visión de la suprema dignidad humana, se vio obligada a echar mano de la experiencia que

los votantes acertasen a tener acumulada. Según Jefferson, Dios había convertido el pecho de los hombres en "Su depósito particular de la esencia de la verdadera virtud." Este pueblo elegido ubicado en un entorno autosuficiente tenía todos los hechos a su alcance, y en él todo resultaba tan familiar que los ciudadanos podían dar por supuesto que todo el mundo hablaba básicamente de las mismas cosas. Los únicos desacuerdos reales se producían, por tanto, debido a la divergencia de las opiniones particulares en torno a los mismos hechos. No hacía falta garantizar fuentes de información, porque éstas eran obvias e igual de accesibles para todos. Tampoco valía la pena preocuparse con respecto a los criterios esenciales, ya que en las comunidades independientes todos podían asumir, o al menos lo hacían, un código moral homogéneo. Por tanto, la aplicación lógica de las normas aceptadas a los hechos aceptados era lo único que dejaba espacio a las diferencias de opinión. Como la facultad de razonar estaba tan estandarizada, los debates, que gozaban de la más absoluta libertad, ponían de manifiesto rápidamente cualquier error de razonamiento. Como resultado, el acceso a la verdad dependía de que la libertad se hallara contenida en estos límites. La comunidad tenía, pues, garantizado su suministro de información; sus códigos se transmitían a través del colegio, la iglesia y la familia, y el objetivo principal de la educación intelectual consistía en el poder de extraer conclusiones a partir de una premisa, en vez de en la habilidad para formular premisas.

Capítulo 18. El papel de la fuerza, el patronato y los privilegios

1

Ha ocurrido lo que era de esperar," escribió Hamilton,¹³⁹ "las medidas de la Unión no se han llevado a efecto; las omisiones de los Estados han llegado poco a poco a tal extremo, que han paralizado finalmente todos los engranajes del gobierno nacional hasta llevarlo a una situación pésima"... , debido a que "en nuestro caso es indispensable el acuerdo de las trece voluntades soberanas que componen la Confederación para obtener el cumplimiento completo de todas las medidas importantes que emanan de la Unión." Acto seguido afirmaba que lo ocurrido era inevitable, dado que "los gobernantes de cada estado miembro... se dan a la tarea de juzgar si conviene o no aplicar cada medida en sí. Consideran la utilidad de cuanto se les propone o exige atendiendo a sus intereses u objetivos inmediatos, así como a la conveniencia o inconveniencia de adoptar cada medida. Así es como actúan, con un espíritu de análisis interesado y suspicaz, ignorando las circunstancias y motivos nacionales, esenciales para formarse opiniones acertadas, y guiándose por una marcada tendencia a favorecer sus objetivos locales que suele inducirles a error con suma facilidad. El mismo proceso se repite en cada uno de los miembros que constituyen el cuerpo, de manera que la ejecución de los planes trazados por los órganos de la Unión siempre dependerá del criterio de las opiniones desinformadas y los prejuicios de cada una de las partes. Aquellos que estén familiarizados con los procedimientos de las asambleas populares y hayan visto cuán difícil resulta a menudo conseguir que alcancen acuerdos sobre puntos importantes, aun cuando las circunstancias externas no ejercen ningún tipo de presión, se darán cuenta de hasta qué punto debe de ser imposible inducir a un número de tales asambleístas para que cooperen por las mismas ideas y objetivos, cuando no deliberan a la vez, sino por separado, a muchos kilómetros de distancia y atendiendo cada uno a sus impresiones."

Más de diez años de escándalos y tensiones provocados por un congreso que, en palabras de John Adams,¹⁴⁰ "sólo era una asamblea diplomática", dieron a los líderes de la revolución "una lección instructiva, pero amarga"¹⁴¹ sobre lo que ocurre cuando varias comunidades egocéntricas se vinculan en el mismo entorno. Así pues, cuando acudieron a Filadelfia en mayo de 1787 aparentemente para revisar los Artículos de la Confederación, lo que de verdad hicieron fue mostrar su disconformidad con la premisa más importante de la democracia del siglo XVIII. Los líderes no sólo se oponían conscientemente al espíritu democrático de la época y opinaban, como Madison había dicho, que "las democracias siempre han ofrecido un espectáculo de turbulencias y riñas", sino que dentro de las fronteras nacionales estaban decididos a oponerse en la

medida de lo posible al ideal de las comunidades autónomas ubicadas en entornos independientes. Los enfrentamientos y fracasos de la democracia cóncava, en la que los hombres administraban espontáneamente todos sus asuntos, se habían hecho realidad. El problema, tal y como lo veían, consistía en restaurar la forma de gobierno opuesta a la democracia. Ellos llamaban gobierno al poder de tomar decisiones de ámbito nacional y llevarlas a efecto en todo el territorio, mientras que la democracia consistía en la insistencia en la autodeterminación por parte de grupos locales y clases, con arreglo a sus intereses y objetivos inmediatos.

No estaban preparados para considerar que era posible idear una organización del conocimiento que permitiese a comunidades separadas actuar simultáneamente de acuerdo a una misma versión de los hechos. Nosotros apenas comenzamos a concebir tal posibilidad con respecto a algunas partes del mundo en las que existe la libre circulación de noticias y un lenguaje común, aunque sólo en relación a ciertos aspectos de la vida. La idea de un federalismo voluntario en materia de industria y política internacional es aún tan rudimentaria que, como hemos podido comprobar personalmente, apenas aborda políticas viables y sólo de manera superficial. Los autores de la Constitución no tenían motivos para concebir de ninguna forma lo que nosotros más de un siglo después sólo podemos concebir como un incentivo intelectual para las generaciones venideras. Para poder estructurar un gobierno nacional, Hamilton y sus compañeros no debían atender a la teoría de que los hombres cooperarían en virtud de un sentido innato del interés común, sino a la idea de que sería posible gobernar a los hombres, si un equilibrio de poderes lograba contrarrestar los intereses particulares de cada uno. "La ambición", declaró Madison,¹⁴² "tiene que contrarrestar la ambición."

No pretendían, en contra de lo que algunos autores han supuesto, contrarrestar todos los intereses uno por uno para llevar al gobierno a un eterno punto muerto, sino frenar los intereses locales y de clase para evitar que obstruyeran la acción del gobierno. "Para estructurar un gobierno que habrá de ser administrado por hombres sobre otros hombres," añadió Madison,¹⁴³ "la gran dificultad radica en lo siguiente: *primero se debe posibilitar al gobierno el control de los gobernados* y, en segundo lugar, obligarlo a controlarse a sí mismo." Por tanto, en un sentido amplio el sistema de frenos y contrapesos constituía el remedio que los líderes federalistas aportaron para resolver el problema de la opinión pública. Aparte de concebir este sistema tan ingenioso para neutralizar a la opinión local, no encontraron ninguna otra solución para sustituir "la sanguinaria mediación de la espada" por "la suave influencia de la magistratura"¹⁴⁴. Ni sabían cómo manipular a un electorado numeroso, ni vieron la posibilidad de obtener el consenso general a base de que todos los electores compartiesen la misma información. Es cierto que Aaron Burr dio una lección a

Hamilton que le impresionó sobremanera cuando se hizo con el control de la ciudad de Nueva York, en 1800, con la ayuda de Tammany Hall¹⁴⁵. No obstante, Hamilton fue asesinado antes de que pudiera darse cuenta de este nuevo descubrimiento. Como dijo Ford,¹⁴⁶ la pistola de Burr voló los sesos de todo el Partido Federal.

2

Cuando se escribió la constitución, "la política aún podía dirigirse a base de reuniones y acuerdos entre caballeros¹⁴⁷, de manera que Hamilton recurrió a la alta burguesía para formar un gobierno. La idea consistía en que éste administraría los asuntos nacionales, una vez que los prejuicios locales se hubiesen equilibrado por medio de los sistemas constitucionales de frenos y contrapesos. No cabe duda de que los prejuicios de Hamilton, que pertenecía a esta clase por adopción, se inclinaban a su favor. No obstante, tal inclinación no constituye por sí misma una explicación convincente de su habilidad política. Su pasión por la unión es incuestionable y, en mi opinión, quienes afirman que ideó la Unión para proteger los privilegios de clase, en vez de admitir que se sirvió de los privilegios de clase para estructurar la Unión, simplemente manipulan la verdad. "Aceptemos a los hombres tal como los encontramos", dijo Hamilton, "y si queremos que sirvan a los demás, despertemos su interés por ello".¹⁴⁸ Los hombres que buscaba para gobernar debían empeñarse rápidamente en los intereses nacionales. Encontró lo que buscaba entre la alta burguesía, los acreedores públicos, los fabricantes, los exportadores y los comerciantes¹⁴⁹, y es probable que la historia no nos proporcione ningún ejemplo mejor de la adaptación de medios tan astutos a un fin tan claro como el conjunto de medidas fiscales adoptadas por Hamilton para adscribir a los notables de cada provincia al nuevo gobierno.

Aunque la convención constitucional se celebró a puerta cerrada y la ratificación se logró "probablemente por los votos de no más de un sexto de los hombres adultos,"¹⁵⁰ nadie se molestó en disimular. Los Federalistas defendían la Unión, no la democracia, y la palabra república sonaba mal incluso a George Washington, a pesar de que durante más de dos años había sido presidente republicano. La constitución fue un claro intento de limitar el poder de los gobiernos representativos; la Cámara iba a ser el único órgano democrático del gobierno, y aunque se basaba en un sufragio muy limitado por los títulos de propiedad, se consideró oportuno frenar y contrarrestar su libertad, supuestamente excesiva, por medio del Senado, el colegio electoral, el veto presidencial y la interpretación judicial.

Por tanto, mientras la Revolución Francesa despertaba sentimientos populares en todo el mundo, los revolucionarios americanos de 1776 caían bajo

una constitución que, en la medida de lo posible, retrocedía a la monarquía británica en busca de un modelo. Esta reacción conservadora no podía prolongarse. Los hombres que la protagonizaron eran una minoría, sus motivos estaban bajo sospecha y cuando Washington se jubiló, la posición de la alta burguesía había perdido la fuerza necesaria para sobrevivir a la inevitable lucha por la sucesión. La discrepancia entre el plan original de los Padres Fundadores y el sentimiento moral de la época era demasiado profunda para no ser capitalizada por algún buen político.

3

Jefferson se refería a su elección como "la gran revolución de 1800," pero ésta consistió más que nada en un cambio de mentalidad; no se modificó ninguna política importante, pero se estableció una nueva tradición. Nos referimos a que Jefferson fue quien primero enseñó a los estadounidenses a considerar la Constitución como un instrumento democrático y quien estereotipó las imágenes, ideas e incluso un gran número de frases que desde entonces emplean los americanos para describirse la política mutuamente. Su victoria mental fue tan absoluta, que 25 años después Tocqueville, que era bienvenido en los hogares del federalismo, observó que incluso a aquellos a quienes "irrita su continuidad" se les escucha con frecuencia "cantar las alabanzas del gobierno republicano y enumerar las ventajas de las instituciones democráticas en público."¹⁵¹

Los Padres Fundadores no acertaron a ver, a pesar de toda su sagacidad, que el pueblo no toleraría durante mucho tiempo una constitución tan abiertamente antidemocrática. El descaro con que en ella se negaba la soberanía popular ofrecía un blanco fácil para atacar a un hombre como Jefferson, que en lo que a sus opiniones constitucionales se refiere estaba tan poco dispuesto como Hamilton a entregar el gobierno a la "imperfecta" voluntad del pueblo.¹⁵² Los líderes Federalistas habían expresado sus arraigadas convicciones sin rodeos. Apenas había contradicciones entre sus opiniones personales y las que expresaban en público. Sin embargo, la ambigüedad mental de Jefferson era evidente, no sólo por causa de sus defectos, como han supuesto Hamilton y sus biógrafos, sino porque creía tanto en la Unión como en las democracias espontáneas, y la ciencia política de su época no ofrecía una solución satisfactoria para reconciliarlas. Sus actos y pensamientos eran, pues, confusos, porque tuvo la visión de una idea novedosa y genial que nadie había sido capaz de analizar desde todos los ángulos. No obstante, aunque nadie comprendía claramente en qué consistía la soberanía popular, parecía implicar una mejora tan grande para la vida humana, que era imposible que una constitución que la rechazase tan abiertamente lograra sobrevivir. En consecuencia, las negaciones fueron eliminadas una a una de la conciencia general, de manera que el

documento, que aparentemente es un ejemplo de democracia constitucional limitada, pasó a considerarse un instrumento directo de la soberanía popular. De hecho, Jefferson llegó al extremo de creer que los Federalistas habían pervertido la constitución e incluso dejó de considerarles sus autores. Podría decirse, pues, que el espíritu de la Constitución volvió a escribirse de nuevo y quedó claro, en parte a través de enmiendas y en parte a través de medidas prácticas, como el Colegio Electoral, pero principalmente a base de mirarla a la luz de otro conjunto de estereotipos, que ya no permitía que la fachada pareciera oligárquica.

El pueblo americano llegó a creer que su Constitución era un instrumento democrático y a actuar en consecuencia. Esta ficción, una de las más grandes de los conservadores, debemos agradecerla a la victoria de Thomas Jefferson. No parece descabellado pensar que si todos hubiésemos visto siempre la Constitución como la vieron sus autores, habría sido derrocada violentamente, porque habría resultado imposible respetarla y, a la vez, mantenerse fiel a la democracia. Jefferson solucionó la paradoja enseñando al pueblo americano a leer en ella una expresión de ésta. Llegado a ese punto, él mismo se detuvo. Pero a lo largo de 25 años aproximadamente, las condiciones sociales sufrieron transformaciones tan radicales, que Andrew Jackson hubo de llevar a cabo la revolución política para la que Jefferson ya había allanado el camino de la tradición.¹⁵³

4

El núcleo político de esa revolución fue la cuestión del patronato, debido a que los hombres que habían fundado el gobierno consideraban el oficio público una especie de propiedad inalterable y sin duda deseaban que todos los cargos públicos permanecieran en manos de su clase social. Sin embargo, una de las piezas fundamentales de la teoría democrática consistía en el principio del ciudadano omnicompetente. Por tanto, cuando el pueblo comenzó a considerar la Constitución como un instrumento democrático, se vio venir que la falta de rotación de los cargos públicos terminaría por parecerle algo antidemocrático. Las ambiciones naturales de los hombres coincidieron en este punto con el gran impulso moral de la época. Jefferson había popularizado la idea sin llevarla a la práctica hasta sus últimas consecuencias y, por otra parte, la rotación de cargos por motivos partidistas fue relativamente insignificante bajo los Presidentes virginianos. Fue precisamente Jackson quien instituyó la práctica del patronato con respecto al oficio público.

Por extraño que pueda parecernos, el principio de la rotación de los cargos públicos y los mandatos breves se consideró una gran reforma, debido a que no sólo reconocía la reciente dignidad del ciudadano medio al considerarle apto para desempeñar cualquier función; no sólo destrozó, pues, el monopolio ejercido

hasta entonces por una selecta clase social y pareció abrir las puertas a los hombres de talento, sino que "durante varias décadas se había recomendado por tratarse del remedio soberano a la corrupción política" y una manera de evitar la aparición de una burocracia.¹⁵⁴ La rotación rápida de los cargos públicos fue, pues, la aplicación de la imagen de la democracia, derivada de las comunidades independientes, a un territorio amplio.

Como es lógico, su puesta en práctica no obtuvo en el conjunto de la nación los mismos resultados que había obtenido en la comunidad ideal en que se había basado la teoría democrática. De hecho produjo algunos resultados inesperados, debido a que fundó una nueva clase gobernante que reemplazó a los federalistas. Sin que fuera esa su intención; el patronato hizo por gran parte del electorado lo que las medidas fiscales de Hamilton habían hecho por las clases superiores. No solemos darnos cuenta de hasta qué punto debemos al patronato la estabilidad de nuestro gobierno. Nos referimos a que fue precisamente éste lo que evitó que los líderes naturales se apegaran en exceso a las comunidades independientes, lo que debilitó el espíritu local y lo que unió en una suerte de cooperación pacífica a los mismos hombres que, de lo contrario, al ser celebridades provinciales habrían deshecho la Unión por carecer de un sentido del interés común.

No obstante, está claro que la teoría democrática no debía, al menos en principio, producir una nueva clase gobernante, pero lo cierto es que nunca se ha adaptado a los hechos. Cuando los demócratas quisieron abolir el monopolio de los cargos públicos a favor de la rotación y los mandatos breves, lo único que les vino a la cabeza fueron aquellos municipios en los que cualquiera podía prestar un servicio público y, acto seguido, retomar humildemente las tareas de su propia granja. Lo que disgustaba a los demócratas era la idea de una clase política especial. Sin embargo, no pudieron tener lo que más les habría gustado, porque su teoría procedía de un entorno ideal y ahora se encontraban en uno real. Cuanto más profundamente sentían el impulso moral de la democracia, menos preparados estaban para aceptar la verdad expresada por Hamilton de que deliberando por separado, a muchos kilómetros de distancia y atendiendo a impresiones diferentes, las comunidades no podrán cooperar durante mucho tiempo por las mismas ideas y objetivos. Dicha verdad retrasó la plena realización de la democracia con respecto a los asuntos públicos hasta que se perfeccionó el arte de obtener consensos. Por tanto, aunque bajo Jefferson y Jackson la revolución tuvo como resultado el patronato, que a su vez dio lugar al sistema bipartito, y creó un sustituto de la alta burguesía como clase gobernante, así como una disciplina para gobernar el punto muerto de los sistemas de frenos y contrapesos, todo ello sucedió casi de modo invisible.

Puede que la rotación de los cargos públicos fuese la teoría visible, pero en la práctica las funciones públicas estaban en las manos de los esbirros. Tal vez

fuese cierto que la titularidad de los cargos oficiales no era un monopolio permanente, pero los políticos profesionales sí que lo eran. Como en una ocasión dijo el Presidente Harding, puede que gobernar resulte sencillo, pero ganar las elecciones es un ejercicio sofisticado. También puede que los salarios oficiales fuesen tan ostensiblemente modestos como el tejido casero de Jefferson, pero los gastos de organización de los partidos y los frutos de la victoria eran cuantiosos. El estereotipo de la democracia controlaba al gobierno visible, pero las correcciones, excepciones y adaptaciones del pueblo americano a los hechos reales de su entorno tenían que ser invisibles, incluso aunque todo el mundo supiera todo lo que había que saber al respecto. Sólo la letra de la ley, los discursos de los políticos, las tribunas y la maquinaria formal de la administración tenían la obligación de respetar la inmaculada imagen de la democracia.

5

Si alguien hubiese preguntado a los filósofos de la democracia cómo estaba previsto que estas comunidades autosuficientes cooperaran entre sí, siendo sus opiniones públicas tan egocéntricas, éstos habrían señalado al gobierno representativo encarnado en el Congreso. Nada les habría sorprendido más que descubrir a qué ritmo tan regular ha decrecido su prestigio a medida que aumentaba el de la Presidencia.

Algunas voces críticas adjudican este fenómeno a la costumbre de enviar a Washington exclusivamente celebridades locales. Opinan que si el Congreso estuviera integrado por eminencias nacionales, la vida de la capital resultaría más brillante. En este punto tienen razón, desde luego, y también sería bueno que los Presidentes y miembros jubilados del gabinete siguieran el ejemplo de John Quincy Adams. Sin embargo, la ausencia de tales hombres no explica por sí misma la difícil situación del Congreso, dado que su declive comenzó cuando aún era el brazo relativamente más distinguido del gobierno. De hecho, es probable que haya sucedido lo contrario, es decir, que el Congreso dejara de atraer eminencias a medida que fue perdiendo su capacidad de influir directamente en la conformación de la política nacional.

Personalmente opino que la razón principal de su descrédito, que por otra parte no sólo es un fenómeno nacional, sino mundial, se debe al hecho de que los congresos representativos consisten esencialmente en un grupo de hombres ciegos ante un mundo vasto y desconocido. Salvo algunas excepciones, el único método reconocido por la Constitución o por la teoría de los gobiernos representativos, que el Congreso puede emplear para procurarse información a sí mismo, consiste en el intercambio de opiniones por parte de los distritos. Carece, pues, de medios sistemáticos, adecuados y acreditados para saber lo que sucede en el mundo. En teoría, los hombres más capacitados de cada distrito

permiten que la sabiduría de sus respectivos electores converja en un punto central, de manera que la reunión de tanta sapiencia proporciona al Congreso todo lo que necesita. Nadie cuestiona el valor intrínseco de expresar e intercambiar opiniones locales. El Congreso tiene, pues, mucho valor como mercado de una nación continental. Los roperos, las recepciones de los hoteles y las casas de huéspedes de Capitol Hill, los téis que dan las matronas del Congreso y las visitas ocasionales a los salones del Washington cosmopolita, amplían el paisaje y los horizontes. No obstante, aunque la teoría se aplicase correctamente y todos los distritos enviasen siempre a sus hombres más sabios, la suma o combinación de las impresiones locales no produciría como resultado una base lo suficientemente amplia para trazar políticas nacionales, como tampoco proporcionaría base alguna para el control de la política internacional. Debido a la sutileza y oscuridad que envuelve a las verdaderas consecuencias de las leyes, éstas son a todas luces imposibles de comprender a base de filtrar experiencias locales a través de mentalidades igualmente locales. Sólo los análisis objetivos y los informes exhaustivos permiten conocerlas. De la misma forma que el director de una gran fábrica nunca podrá conocer el estado de su negocio a base de hablar con el encargado, sino que necesitará analizar datos y balances relativos a los costes que sólo podrá obtener de las manos de un contable, los legisladores nunca podrán obtener un cuadro completo del estado de la unión a partir de un mosaico construido con retales locales. Necesitarán, además de todo esto, disponer de instrumentos que les permitan calibrarlos uno a uno para saber si son tan prósperos, o incluso más, que el más sobresaliente de todos ellos.

En este sentido, el Presidente acude en ayuda del Congreso cada vez que le informa acerca del estado de la Unión. Está en disposición de hacerlo, porque está a la cabeza de una vasta trama de ministerios y agentes que le informan a la vez que actúan. No obstante, éste sólo comunica al Congreso lo que en cada momento considera oportuno, dado que no puede ser interrumpido con preguntas y tiene la potestad de censurar todo aquello que considere incompatible con los intereses públicos. La relación del Presidente y el Congreso es, pues, unilateral y delicada, así como en ocasiones llega a ser tan absurda, que para obtener algún documento importante éste se ve obligado a dar las gracias a algún periódico de Chicago o a la calculada indiscreción de algún subordinado. El contacto de los legisladores con los hechos necesarios es tan pésimo, que se ven en la necesidad de depender de las propinas privadas o de esa legalidad tan atroz, denominada investigación del Congreso, en virtud de la cual los congresistas, hambrientos de su legítimo alimento para el pensamiento, organizan una salvaje y efervescente cacería humana en la que van mucho más allá del canibalismo.

Exceptuando los pobres resultados que tales investigaciones arrojan,

algunos contactos ocasionales con los ministerios del ejecutivo, los datos interesados y desinteresados recopilados a título privado por parte de la prensa, las publicaciones periódicas y libros que leen los congresistas, y una nueva y excelente práctica que consiste en solicitar ayuda a cuerpos de expertos como la Comisión Interestatal de Comercio, la Comisión Federal de Comercio y la Comisión de Aranceles; la creación de la opinión del Congreso es un proceso incestuoso. De esto se desprende que o bien se da el caso de que unos pocos miembros informados preparen una legislación de carácter nacional y a continuación logren su aprobación a través de fuerzas partidistas, o bien tal legislación se descompone en una colección de leyes locales que, acto seguido, se promulgan por motivos igualmente locales. Los aranceles, los astilleros de la marina, los mandos del ejército, los ríos y puertos, las oficinas de correos y los edificios federales, las pensiones y el patronato, todo se alimenta de las comunidades cóncavas como prueba tangible de los beneficios de la vida nacional. Al ser cóncavas pueden ver los edificios de mármol blanco erigidos gracias a los fondos federales para incrementar el valor de los bienes raíces locales y dar empleo a contratistas igualmente locales, más a menudo de lo que pueden juzgar el coste acumulativo de dichos fondos. En honor a la verdad hemos de admitir que en todas las asambleas multitudinarias en las que el conocimiento práctico de cada hombre se limita a su propio distrito, las leyes que se refieren a asuntos que sobrepasan el ámbito de lo local son rechazadas o aprobadas por una masa de congresistas que no desarrolla ninguna forma de participación creativa. Sólo participan en la elaboración de las leyes que pueden considerarse un haz de asuntos locales. Las asambleas legislativas que carecen de medios efectivos de información y análisis están condenadas a oscilar entre la regularidad ciega, atenuada por insurrecciones ocasionales, y el camarillismo. Éste es, precisamente, el que hace que la regularidad resulte aceptable, dado que permite al Congreso demostrar a los electores más activos que está velando por sus intereses tal y como éstos los conciben.

Esto sólo es culpa de los congresistas, cuando individualmente se complacen en ello. Ni siquiera los representantes más inteligentes y aplicados pueden aspirar a comprender más que una parte de las leyes que votan. Lo más que pueden hacer es especializarse en unas cuantas y fiarse de la palabra de alguien con respecto al resto. He conocido a algunos congresistas que cuando estudiaban algún asunto se ponían manos a la obra con el mismo empeño que cuando tenían que aprobar sus exámenes finales, a base de muchos cafés solos, toallas mojadas y todo lo demás. No les quedaba más remedio que escarbar para obtener información y sudar para ordenar y comprobar hechos que, en cualquier gobierno organizado a conciencia, habrían estado a su disposición de forma conveniente para la toma de decisiones. Cuando por fin llegaban a conocer algún tema, empezaban a sentir los efectos de la verdadera ansiedad, ya que en casa,

mientras tanto, los editores, la junta de comercio, la central del sindicato federado y los clubes de mujeres, que se habían evitado tan arduo trabajo, estaban dispuestos a observar el desempeño de los congresistas bajo un enfoque puramente localista.

6

La infinita variedad existente de subsidios locales y privilegios hace por las comunidades independientes lo mismo que el patronato hizo para adscribir a los caciques políticos al gobierno nacional. El patronato y los fondos estatales amalgaman y estabilizan miles de opiniones particulares, frustraciones locales y ambiciones privadas. Sólo existen otras dos alternativas. La primera corresponde a los gobiernos basados en el terror y la obediencia; la segunda a los que se basan en un sistema de información, análisis y conciencia de la propia identidad tan desarrollado, que todos los hombres comparten por igual "el conocimiento de las circunstancias nacionales y razones de Estado". No obstante, los sistemas autocráticos están en decadencia y el sistema voluntario está dando sus primeros pasos, por lo que a la hora de calcular las perspectivas de asociación entre grupos numerosos de personas, ya sea en el seno de la Sociedad de Naciones, del gobierno de una industria o de una unión federal de estados, el volumen de existencias de la materia prima necesaria para adquirir una conciencia común determinará en qué medida la cooperación dependerá de la fuerza o de la mejor alternativa a la fuerza, que consiste en el patronato y los privilegios. El secreto de los grandes constructores de estados, como Alexander Hamilton, consiste en que sabían cómo calcular estos principios.

Capítulo 19. La imagen de siempre bajo una nueva forma: el socialismo gremial

1

En el pasado, cuando las luchas entre comunidades egocéntricas hacían que la situación se volviera insostenible, los reformadores se veían en la necesidad de escoger entre dos grandes alternativas: podían emprender el camino hacia el imperio e imponer una paz romana entre las tribus en guerra, o emprender el camino del aislamiento, la autonomía y la autosuficiencia. Casi siempre optaban por el camino que menos hubieran frecuentado recientemente. Por tanto, si habían probado suerte con la mortal monotonía de los imperios, ensalzaban por encima de todas las cosas la libertad pura de su propia comunidad. Sin embargo, si habían visto cómo ésta se dilapidaba en envidias provincianas, abogaban por el orden amplio de los estados grandes y poderosos.

Fuera cual fuera su elección, siempre debían de hacer frente a la misma dificultad esencial. Si la toma de decisiones se descentralizaba, no tardaba en sumirse en el caos de las opiniones locales y si se centralizaba, la política de Estado terminaba basándose en las opiniones de un pequeño núcleo social ubicado en la capital. En cualquiera de ambos casos era necesario recurrir a la fuerza para defender un derecho local frente a otro, o para imponer la ley y el orden en cada comunidad, o para resistirse ante la clase gobernante centralizada, o para defender a todo el conjunto de la sociedad, centralizada o no, de los bárbaros extranjeros.

Tanto las democracias modernas como el sistema industrial nacieron en una época dominada por una reacción contraria a las monarquías, los gobiernos monárquicos y los regímenes que practicaban una regulación económica extrema. En el ámbito industrial, esta reacción consistió en la transferencia de derechos llevada hasta sus últimas consecuencias, conocida como individualismo liberal. Cada decisión económica debía recaer en el hombre que tuviera la titularidad de la propiedad en cuestión y puesto que casi todo era propiedad de alguien, siempre habría alguien para dirigirlo todo. Era, pues, lo que podríamos decir una verdadera soberanía plural. En realidad gobernaba la economía en función de la filosofía económica de cualquiera, aunque teóricamente todo estaba bajo el control de las leyes inmutables de la economía política, que inexorablemente debían garantizar la armonía. Se obtuvieron grandes logros, pero también un número más que suficiente de consecuencias terribles y sórdidas para generar oposición. Los *trusts* fueron una de ellas; establecieron una especie de paz romana dentro de la industria y un imperialismo depredador igual de romano fuera de ella. En vista de las circunstancias, el pueblo se volvió hacia la asamblea legislativa en busca de alivio. Invocó al

gobierno representativo, fundado sobre la imagen del agricultor rural, para que regulara la actuación de las corporaciones semisoberanas. La clase obrera se centró en la organización de los trabajadores. A continuación se vivió un período de creciente centralización y una especie de carrera armamentística. Los *trusts* se entrelazaron, las asociaciones gremiales se federaron y se combinaron en un movimiento obrero, y el sistema político se fortaleció en Washington mientras se debilitaba en los Estados, a medida que los reformadores intentaban medir sus fuerzas con las grandes corporaciones.

Durante este período, casi todas las escuelas del pensamiento socialista, desde la izquierda marxista hasta los Nuevos Nacionalistas apiñados en torno a Theodore Roosevelt, consideraron la centralización como la primera fase de una evolución que desembocaría en la absorción de todos los poderes semisoberanos de la industria por parte del Estado político. Tal evolución nunca tuvo lugar, salvo por espacio de algunos meses durante la guerra. Cuando ésta terminó, se consideró que ya se había tenido bastante, por lo que se volvió a dar otro paso contra el omnívoro Estado a favor de diversas formas de pluralismo. No obstante, en esta ocasión el movimiento pendular de la sociedad no retrocedió al individualismo atómico del hombre económico de Adam Smith ni a los agricultores de Thomas Jefferson, sino a una especie de individualismo molecular de grupos voluntarios.

Uno de los aspectos más interesantes de estas oscilaciones de la teoría consiste en que todas ellas prometen un mundo en el que nadie tendrá que seguir la doctrina de Maquiavelo para sobrevivir. Todas las teorías se imponen por medio de alguna forma de coacción, que siguen ejerciendo para mantenerse al mando, hasta que son desechadas a tenor de dicha coacción. No obstante, ninguna acepta la fuerza, provenga bien de la superioridad física, bien de la posición personal, el patronato, o los privilegios como parte de su ideal. Los individualistas decían que los intereses particulares, fruto de la iluminación personal, traerían la paz interior y exterior. Los socialistas, a su vez, estaban convencidos de que los motivos de agresión desaparecerían y el nuevo pluralismo, por su parte, confiaba en que fuera así.¹⁵⁵ La coacción es, pues, la parte inaudible en casi todas las teorías sociales, salvo en la de Maquiavelo. Todos los hombres que intentan racionalizar la vida humana caen en la irresistible tentación de ignorarla, porque es absurda, indescriptible e incontrolable.

2

G. D. H. Cole ha mostrado con su libro sobre el Socialismo Gremial hasta qué extremo pueden llegar algunas veces hombres tan inteligentes con tal de no reconocer el papel de la fuerza. El Estado actual, dice, "es ante todo un instrumento de coacción,"¹⁵⁶ en la sociedad socialista gremial no habrá poderes

soberanos, aunque sí un órgano coordinador, al que él llama la Comuna.

A continuación pasa a enumerar los poderes de la Comuna, que, recordemos, ante todo no deberá ser un instrumento de coacción.¹⁵⁷ Entre sus funciones figura la de resolver los conflictos de precios. Algunas veces los fija. Distribuye las pérdidas y asigna los excedentes. También hace esto último con los recursos naturales, y controla todo lo relativo al crédito. Asimismo, se encarga de "asignar la mano de obra comunal". Por otro lado, este órgano se encarga de ratificar los presupuestos de los gremios y servicios civiles. También recauda impuestos. Además, "todo lo relativo a la renta" entra dentro de su jurisdicción. "Asigna", pues, la renta de los miembros improductivos de la sociedad. Tiene la última palabra en todo lo referente a la política y jurisdicción entre los gremios y aprueba leyes constitucionales que determinan el papel de los órganos funcionales. Nombra a los jueces, otorga poderes coactivos a los gremios y ratifica sus normas cuando éstas se ocupan de la coacción. También tiene la potestad de declarar la guerra y firmar la paz. Controla las fuerzas armadas. Es el máximo órgano representativo de la nación en el extranjero y establece las fronteras dentro del territorio nacional. Asimismo, crea nuevos órganos funcionales o distribuye nuevas funciones entre los existentes. Por último, organiza la policía y promulga las leyes que sean necesarias para regular la conducta personal y la propiedad privada.

Todos estos poderes no son ejercidos por una comuna, sino por una estructura federal de comunas locales y provinciales, dirigida por una comuna nacional. Cole tiene, naturalmente, derecho a insistir en que no se trata de un Estado soberano, pero en este momento no se me ocurre ningún poder de coacción de los gobiernos modernos que no hayamos mencionado aquí.

No obstante, asegura que la Sociedad Gremial no se basará en la coacción: "queremos construir una nueva sociedad basada en el espíritu, no de la coacción, sino del servicio gratuito."¹⁵⁸ Todos los que comparten esa esperanza, es decir, la mayor parte de los hombres y mujeres, se fijarán con lupa para ver qué elementos del proyecto del socialismo gremial prometen reducir la coacción a su mínima expresión, aunque los socialistas gremiales de hoy en día ya han reservado para sus comunas el derecho a ejercerla en su variedad más amplia. También reconocen que este nuevo modelo de sociedad no podrá instaurarse por medio del consenso universal; Cole es excesivamente honesto para rehuir el elemento de fuerza necesario para llevar a cabo la transición¹⁵⁹ y aunque como es natural no puede predecir las dimensiones de la guerra civil que podría desencadenarse, sí explica que tendrá que haber un período en el que a los sindicatos no les quedará más remedio que llevar a cabo una acción directa.

3

Dejemos a un lado la cuestión de la transición y todas las consideraciones relativas a las consecuencias de esa futura acción directa por la que los hombres se abrirán camino a machetazos hasta llegar a la tierra prometida, e imaginemos la Sociedad Gremial. ¿Por qué medios conseguirá conducirse como una sociedad no basada en la coacción?

Cole nos ofrece dos respuestas alternativas a esta pregunta. La primera es la respuesta ortodoxa marxista, que consiste en que la abolición de la propiedad capitalista eliminará los motivos de conflicto. Cabe señalar, no obstante, que en realidad Cole no se lo acaba de creer, puesto que si lo hiciera, mostraría tan poca curiosidad como los marxistas por la manera en que la clase obrera habrá de dirigir el gobierno una vez que haya asumido el control. Si su diagnóstico fuera correcto, los marxistas tendrían toda la razón: si el mal radicara en la clase capitalista y sólo en ella, su extinción significaría la curación automática. Sin embargo, Cole se pregunta si la sociedad fruto de la revolución deberá ser dirigida por un colectivismo estatal, por gremios sociedades cooperativas, por un parlamento democrático o por un órgano representativo funcional. De hecho, lo más interesante del socialismo gremial consiste en que propone una nueva teoría sobre los gobiernos representativos.

Los socialistas gremiales no esperan que la abolición del derecho capitalista a la propiedad privada produzca milagros. Lo que con buena lógica esperan de verdad es que el día que desaparezcan las diferencias de renta, las relaciones sociales se alteren radicalmente. Sin embargo, lo que a mi entender les diferencia de los comunistas rusos ortodoxos es lo siguiente: el comunismo propone establecer la igualdad por la fuerza de la dictadura del proletariado, en la creencia de que una vez que todos los hombres dispongan de los mismos ingresos y tengan acceso a los mismos servicios, desaparecerán los incentivos que estimulan el conflicto. Los socialistas gremiales también proponen establecer la igualdad por la fuerza, pero son lo suficientemente astutos para prever que, si se quiere mantener un equilibrio, habrá que aportar instituciones que se encarguen de ello. Por tanto, los socialistas gremiales creen en lo que a su juicio es una nueva teoría de la democracia.

Cole afirma que tienen como objeto "comprender bien el mecanismo y adaptarlo lo más posible a la expresión de las voluntades sociales de los hombres."¹⁶⁰ Éstas necesitan la oportunidad de expresarse por sí mismas y por medio de su autogobierno "en todas y cada una de las formas de la acción social." Bajo estas palabras subyace el verdadero impulso democrático, el deseo de reforzar la dignidad humana y la suposición tradicional de que ésta quedará en entredicho a menos que la voluntad de todos los individuos participe de la administración de cuánto les afecta. Así pues, siguiendo los pasos de los

primeros demócratas, los socialistas gremiales miraron a su alrededor en busca de un entorno en el que poner en práctica este ideal de autogobierno. Habían transcurrido más de cien años desde Rousseau y Jefferson, y el foco de interés ya no lo constituía el campo, sino la ciudad. Los nuevos demócratas ya no podían recurrir, pues, a los municipios rurales idealizados para obtener la imagen de la democracia, sino a los talleres. "El espíritu de asociación debe tener libertad de acción en la esfera en la que pueda encontrar su mejor expresión. Ésta se encuentra sin lugar a dudas en las fábricas, donde los hombres trabajan codo con codo por costumbre y tradición. Las fábricas constituyen las unidades naturales y fundamentales de la democracia industrial. Esto no sólo supone que las fábricas deben tener, en la medida de lo posible, libertad para administrar sus propios asuntos, sino que además, como unidades naturales, deben constituir la base de la democracia de los gremios, cuyo ámbito es mayor. Por otra parte, los órganos de la administración y gobierno de los gremios, a su vez, deben basarse fundamentalmente en el principio de la representación industrial."¹⁶¹

La palabra fábrica es, desde luego, muy amplia y Cole nos pide que la entendamos como cualquier lugar que sea un "centro natural de producción",¹⁶² tal como minas, astilleros, puertos o estaciones. No obstante, en este sentido las fábricas son muy diferentes de las industrias; Cole las concibe como un lugar de trabajo donde los hombres mantienen un verdadero contacto personal; un entorno lo suficientemente pequeño como para ser conocido directamente por todos los obreros. "Esta democracia, si aspira a ser real, debe representar un hogar para todos, y poder ser ejercida de modo directo por cada miembro individual del gremio".¹⁶³ Esto es importante, porque Cole, como Jefferson, está buscando una unidad natural de gobierno, y la única posible es la que proporciona el entorno estrictamente familiar. En este sentido, ni las grandes fábricas, ni los ferrocarriles, ni los grandes yacimientos de carbón son unidades naturales. A menos que se trate de fábricas pequeñas, en lo que Cole está pensando de verdad es en los talleres; ahí es donde se supone que los hombres pueden "trabajar codo con codo por costumbre y tradición." El resto de la fábrica, como el resto de la industria, son entornos abstractos.

4

Resulta fácil entender, y casi todos estaremos de acuerdo, en que el autogobierno referido a los asuntos meramente internos del taller puede definirse como el gobierno de los asuntos que "pueden abarcarse a simple vista".¹⁶⁴ Sin embargo, la discusión surgirá cuando se trate de definir qué cuestiones constituyen los asuntos internos de un taller. Obviamente, las más importantes, como los salarios, los niveles de producción, la compra de suministros, la comercialización de los productos y la planificación general del trabajo no pueden

considerarse en ningún caso asuntos puramente internos. La democracia de los talleres tiene, pues, una libertad sujeta a grandes limitaciones externas. Hasta cierto punto puede encargarse de organizar el trabajo que se le encomienda desde otra instancia, tratar con el carácter y el temperamento de los individuos, administrar una justicia industrial relativamente insignificante y actuar como tribunal de primera instancia en algunos conflictos individuales algo más significativos. Por encima de todo puede, además, actuar como una unidad al negociar con otros talleres y, tal vez, con el conjunto de la planta. No obstante, nunca conseguirá aislarse. Las unidades de la democracia industrial están completamente involucradas en asuntos externos, y es precisamente la gestión de tales relaciones externas lo que constituye la prueba de fuego de la teoría del socialismo gremial.

Su gestión depende de un gobierno representativo organizado con arreglo a un orden federal que parte de los talleres a la planta, de ésta a la industria, y de ésta a la nación, junto con la intervención de agrupaciones regionales de representantes. Toda la estructura parte, pues, de los talleres, que constituyen la fuente de sus virtudes. Por otro lado, los representantes que en última instancia "coordinan" y "regulan" dichos talleres son elegidos por otros representantes y éstos, a su vez, por otros que, según Cole, también son elegidos democráticamente. Dado que originalmente procede de una unidad autogobernada, todo el organismo federal se inspira en el espíritu y la realidad del autogobierno. Los representantes aspirarán, pues, a realizar la "voluntad real de los obreros tal y como éstos la entiendan,"¹⁶⁵ es decir, tal y como la entiendan los individuos de los talleres.

Cualquier gobierno que se base literalmente en este principio será, si hemos de fiarnos de la historia, o un perpetuo nido de camarillismos, o un caos de talleres enfrentados, ya que los obreros de los talleres podrán formarse opiniones reales sobre todas las cuestiones relacionadas directamente con éstos, pero su "voluntad" sobre la relación de los mismos con la planta, la industria y la nación estará sujeta a todo tipo de limitaciones por causa del acceso a los hechos y los estereotipos e intereses personales que rodearán a otras opiniones igualmente egocéntricas. Su experiencia en el taller sólo podrá, en el mejor de los casos, acercarse al ámbito de su atención algunos aspectos del todo. Por tanto, aunque sus opiniones acerca de lo que resulta conveniente dentro de los talleres podrán basarse en hechos esenciales en virtud de su conocimiento directo de los mismos, sus opiniones acerca de lo que resulta conveniente en el gigantesco y complicado entorno que queda fuera de su alcance tendrán pocas posibilidades de acertar, si constituyen generalizaciones basadas en su experiencia en un sólo taller. En consecuencia, al igual que sucede con los máximos dirigentes de los sindicatos en la actualidad, los representantes de la sociedad gremial considerarán, por una cuestión de experiencia, que con

respecto a un amplio número de asuntos sobre los que tendrán que tomar decisiones no habrá una "voluntad real tal y como la entienden" los talleres.

5

No obstante, los partidarios del socialismo gremial insisten en que tales críticas ignoran un gran descubrimiento político. Dirían que estamos en lo cierto al pensar que los representantes tendrán que tomar decisiones relativas a muchas cuestiones sobre las que los individuos de los talleres no podrán formarse ninguna opinión. Sin embargo, consideran que no hacemos más que enredarnos en una vieja falacia: la búsqueda de alguien que represente a un grupo de gente. Resulta imposible encontrar a ese alguien, porque el único representante posible es el que actúa desempeñando "una función en particular,"¹⁶⁶ por lo que todos los electores deben contribuir a elegir tantos representantes "como grupos esenciales de funciones deban desempeñarse."

Asumamos, pues, que los representantes hablan, no en nombre de los individuos de los talleres, sino en el de ciertas funciones en las que éstos están interesados. Recordemos que serán desleales, si no ejecutan la voluntad del grupo con respecto a esas funciones en particular, tal y como éste la entiende.¹⁶⁷ Imaginemos el momento en que todos los representantes se reúnen. Tienen la misión de coordinar y regular, pero cabe preguntarse en base a qué juzgará cada uno de ellos las propuestas de los demás, suponiendo que exista algún conflicto de opiniones entre los talleres. Observemos que si no existiera ningún conflicto, no sería necesario coordinar y regular.

La principal virtud de la democracia funcional reside en que supuestamente los individuos votarán con honestidad de acuerdo a sus propios intereses, que teóricamente conocerán en virtud de su experiencia diaria. Ahora bien, esto es viable en el ámbito de su grupo independiente, pero en lo que a sus relaciones exteriores respecta, tanto el grupo en conjunto como sus representantes se enfrentan a cuestiones que trascienden su experiencia inmediata. Los talleres no pueden formarse opiniones espontáneas sobre la situación general. Por tanto, sus opiniones públicas sobre sus derechos y obligaciones en la industria y en la sociedad son el fruto de la educación o propaganda, pero no el resultado automático de una "conciencia de taller". Por tanto, con independencia de que elijan delegados o representantes, lo cierto es que los socialistas gremiales se enfrentan al mismo problema que la democracia ortodoxa.

Nos referimos a que tanto el grupo en conjunto como su portavoz electo deben ampliar su conocimiento más allá de los límites de su experiencia directa, dado que deben emitir un voto sobre cuestiones relativas a otros talleres o relacionadas con asuntos que trascienden las fronteras de la industria. Por otra

parte, los intereses fundamentales de cada taller ni siquiera cubren la función de la vocación de una industria entera. La función de una vocación, una gran industria, un distrito y una nación es un concepto, no una experiencia, y tiene que ser imaginada, inventada, enseñada y creída. Por mucho que definamos cada función con el máximo cuidado, una vez que hayamos admitido que el punto de vista de cada taller con respecto a ella no tendrá que coincidir necesariamente con la de los demás, estaremos diciendo que los representantes de cada interés deberán abordar las propuestas formuladas por otros intereses. Por tanto, estaremos diciendo que deberán concebir un interés común, de manera que cuando los talleres voten por un representante concreto, no sólo estarán eligiendo al individuo que representará un punto de vista determinado sobre una función en particular, que es lo único que podrán conocer de primera mano, sino también al individuo que representará sus opiniones sobre las opiniones de otros con respecto a dicha función. En definitiva, emitirán votos tan indefinidos como los que emiten los demócratas ortodoxos.

6

Los socialistas gremiales han resuelto la cuestión de cómo concebir el interés común jugando con la palabra función. En su sociedad ideal, la actividad económica fundamental de la humanidad se analiza en forma de funciones y éstas, a su vez, se sintetizan armónicamente.¹⁶⁸ Por otra parte, presuponen que la sociedad alcanzará dos acuerdos esenciales: uno sobre los propósitos comunes a todos los grupos y otro sobre el papel que cada grupo organizado desempeñará para llevarlos a cabo.

Por tanto, fue un sentimiento noble lo que les llevó a tomar el nombre de su teoría de una institución que surgió en las sociedades feudales católicas. Sin embargo, deberían recordar que no fue precisamente un hombre mortal quien elaboró el esquema de función asumido por los más sabios de la época. Por último, los socialistas gremiales no explican claramente de dónde saldrá dicho esquema, ni por qué medios gozará de aceptación en el mundo moderno. Algunas veces dan a entender que la organización de sindicatos se encargará de desarrollarlo y otras que las comunas definirán la función constitucional de los grupos. No obstante, entre creer que los grupos definirán sus propias funciones y no creerlo existe una notable diferencia desde el punto de vista práctico.

En cualquiera de ambos casos, Cole da por sentado que la sociedad se fundamentará en un contrato social basado en la idea aceptada de que existen "distintos grupos de funciones esenciales". Cabe preguntarse, pues, por qué hemos de aceptar estos grupos esenciales diferenciados. A mi entender, Cole considera que una función es aquello en lo que un grupo de individuos está interesado. "La esencia de la democracia funcional reside en que cada hombre

debe participar tantas veces como funciones le interesen."¹⁶⁹ Ahora bien, la palabra "interesar" se puede interpretar por lo menos de dos maneras; podemos emplearla para designar el grado de implicación de un individuo en un asunto concreto o para dar a entender que su mente está ocupada en dicho asunto. Es posible que el hombre corriente, por ejemplo, esté enormemente interesado en el divorcio de los Stillmann; puede que haya leído cuanto al respecto se ha escrito en las ediciones vespertinas. Sin embargo, es probable que el joven Guy Stillman, cuya legitimidad está en juego, no haya mostrado ningún interés por tales noticias. De ser así, el hombre corriente estaría, pues, interesado en un asunto que no afecta a sus "intereses", mientras que Guy no habría mostrado ningún interés por una cuestión que determinará el rumbo de su vida. Me temo que Cole se refiere al interés del hombre corriente. Así, ante la "absurda objeción" de que votar por funciones supone votar a menudo, responde lo siguiente: "si alguien no estuviera lo suficientemente interesado para votar y no resultase posible despertar su interés para que votase una docena de cuestiones distintas, renunciaría a su derecho al voto sin que por ello el resultado final fuese menos democrático de lo que habría sido, si hubiera votado a ciegas y sin interés."

Cole opina que los votantes poco instruidos "renuncian a su derecho a votar". De esto se deduce que los votos de los instruidos ponen de manifiesto sus intereses y que la suma de todos los intereses particulares definen la función.¹⁷⁰ "Por tanto, los señores Brown, Jones y Robinson no deberían tener un voto cada uno, sino tantos votos funcionales distintos como cuestiones les interesen que requieran una acción asociativa."¹⁷¹ Personalmente tengo mis dudas acerca de si Cole piensa que Brown, Jones y Robinson deberían participar en cualquier elección en la que afirmen estar interesados, o si alguien a quien no se menciona debería elegir las funciones por las que tendrán derecho a interesarse. Si se me pidiera una opinión sobre lo que creo que Cole piensa, diría que ha pasado por alto el problema al suponer que los votantes poco instruidos serán quienes renuncien a su derecho al voto. Esta extraña suposición le ha llevado a concluir que tanto si el voto funcional se organiza por un poder superior como si se organiza "desde abajo", es decir, conforme al principio de que todos los hombres podrán votar cuando les interese hacerlo, sólo serán los instruidos los que de verdad voten, lo que garantizará el correcto funcionamiento de la institución.

No obstante, hay dos tipos de votantes poco instruidos. Por un lado, los que no saben y son conscientes de ello. Éstos son, por lo general, personas ilustradas y quienes renuncian a su derecho a votar. Sin embargo, también hay otros votantes poco instruidos que o no lo saben, o les es indiferente. Estos serán arrastrados a las urnas cada vez que la maquinaria del partido entre en funcionamiento. Su voto constituye la base de la maquinaria y como las comunas de la sociedad gremial tienen amplios poderes en lo que a los impuestos,

salarios, precios, crédito y recursos naturales respecta, sería absurdo pensar que en esta sociedad las luchas electorales no serán por lo menos tan apasionadas como lo son en la nuestra.

La forma en que los individuos manifestarán sus intereses no definirá, pues, las funciones de la sociedad funcional, pero aún quedan otras dos alternativas: éstas podrán ser definidas por los sindicatos o por el gobierno. Recordemos que los primeros serán los mismos que habrán luchado para instaurar el socialismo gremial. Tal lucha habrá unido entre sí a diversos grupos de individuos por medio de una especie de relación funcional y tales grupos se habrán convertido en los intereses creados de la sociedad socialista gremial. Algunos, como los mineros y los maquinistas de tren, llegarán a hacerse muy fuertes y probablemente estarán muy apegados a su visión de la función, aprendida durante la lucha contra el capitalismo. También es probable que bajo el socialismo gremial ciertos sindicatos favorablemente ubicados se conviertan en el centro de la coherencia y el gobierno. A éstos se les considerará invariablemente un problema difícil de solucionar, dado que la acción directa habrá puesto de manifiesto su poder estratégico y al menos algunos de sus líderes no estarán dispuestos a sacrificarlo todo en el altar de la libertad. Para "coordinarlos", la sociedad gremial tendrá que aunar fuerzas. Esto me lleva a pensar que no pasaría mucho tiempo, antes de que los radicales pidiesen comunas lo suficientemente fuertes para definir las funciones de los gremios.

No obstante, si ha de ser el gobierno (la comuna) quien defina las funciones, la teoría debería desechar sus premisas y adoptar otra nueva: debería haber un esquema de funciones suficientemente lógico para que los talleres cóncavos se vincularan voluntariamente a la sociedad. La existencia de un mismo esquema fijo compartido por todos los votantes sería, al igual que en la democracia ortodoxa, el único medio posible de convertir las opiniones egocéntricas en una opinión social. Es evidente que la existencia de dicho esquema fijo es imposible, porque incluso si Cole y sus partidarios idearan uno bueno, las democracias de los talleres, de las que se deriva todo el poder, juzgarían este esquema según lo aprendido sobre él y lo que pudiesen imaginar. Por tanto, cada una vería el esquema a su manera, por lo que éste no sería el esqueleto que mantendría unida a la sociedad gremial, sino que los intentos por definir lo que el esquema debería ser constituirían, como bajo cualquier otro sistema, el asunto político fundamental. Si pudiésemos admitir el sistema de funciones de Cole, podríamos admitir casi toda su teoría. Lamentablemente, entre sus premisas ha incluido lo que desea que la sociedad gremial deduzca.¹⁷²

Capítulo 20. Una nueva imagen

1

A mi parecer, de todo lo anterior cabe extraer una conclusión evidente. En ausencia de unas instituciones y una educación que permitan presentar el entorno con tanto acierto, que todas las realidades de la vida pública se impongan a las opiniones egocéntricas, los intereses comunes escapan en gran medida a la comprensión de la opinión pública y sólo podrán ser administrados por una clase especializada, cuyos intereses trasciendan el ámbito local. Por un lado, esta clase actuará en función de una información que no poseerán las demás y en situaciones que el público en general no podrá concebir y, por otro, sólo rendirá cuentas de hechos ya consumados, por lo que nos resultará virtualmente imposible exigirle responsabilidades.

La teoría democrática, al no admitir que las opiniones egocéntricas por sí mismas no bastan para procurar gobiernos satisfactorios, está en perpetuo conflicto con la práctica. Según la teoría, la plenitud de la dignidad humana exige que nuestra voluntad se exprese, tal y como afirma Cole, "en todas y cada una de las formas de acción social." Por otra parte, da por hecho que la manifestación de su voluntad es la pasión que consume a los hombres, dado que teóricamente poseen por instinto el arte de gobernar. No obstante, la experiencia demuestra que la autonomía sólo es uno de los muchos intereses humanos. El deseo de ser dueños de nuestro propio destino es muy intenso, pero tiene que adaptarse a otros anhelos igualmente poderosos, como el de gozar de una vida satisfactoria, de paz y alivio ante nuestros problemas. Las premisas de la democracia original sostenían que manifestando su voluntad, todos los individuos satisfacerían espontáneamente no sólo su afán de autoexpresión, sino su anhelo de llevar una vida placentera, porque consideraban que el instinto de expresarse uno mismo a lo largo de una existencia grata era innato.

El énfasis siempre se ha puesto, pues, en el mecanismo que nos permite expresar nuestra voluntad. El democrático país de El Dorado siempre ha constituido un entorno perfecto y la encarnación de un tipo de sistema de votación y representación ideal, en el que la recta voluntad innata y el arte de gobernar instintivo de cada hombre podían traducirse en acciones. Algunos lugares han proporcionado durante períodos de tiempo breves entornos tan favorables, es decir, han permanecido tan aislados, y a la vez han ofrecido tantas oportunidades, que en ellos la teoría ha funcionado lo suficientemente bien para reafirmar a los hombres en su idea de que era perfecta para todos los lugares y épocas. Sin embargo, cuando el aislamiento se acabó, la sociedad se volvió más compleja y los hombres se vieron en la necesidad de acortar distancias y adaptarse los unos a los otros, los demócratas invirtieron todo su tiempo en

intentar concebir unidades democráticas más perfectas con la esperanza de llegar por algún medio a, como dice Cole, "comprender bien el mecanismo y adaptarlo lo más posible a la expresión de las voluntades sociales de los hombres". A medida que los teóricos se concentraban en esto, se alejaban de los intereses reales de la naturaleza humana. Estaban, pues, absortos solamente en el interés del autogobierno, mientras que la humanidad estaba interesada en muchas otras cosas, como en el orden, sus derechos, en prosperar, en paisajes y sonidos y en no aburrirse. En la medida que la democracia espontánea no satisface estas otras necesidades, a la mayor parte de los hombres les parece algo vacío de contenido durante la mayor parte del tiempo. El arte del autogobierno no es instintivo, por eso los individuos no lo consideran, salvo durante períodos de tiempo breves, un fin en sí mismo, sino que lo anhelan por los resultados que proporciona. Esto explica por qué el afán de autogobierno siempre ha sido más vehemente cuando se ha materializado en forma de protestas contra alguna condición negativa.

La falacia de la democracia ha consistido, pues, en preocuparse más por el origen de los gobiernos que por sus procesos y resultados. Los demócratas siempre han asumido que si el poder político emanara de la fuente apropiada, resultaría beneficioso.

Cegados por la creencia de que lo esencial era expresar la voluntad del pueblo, centraron toda su atención en averiguar de qué fuente debería emanar el poder, primero por considerar que tal expresión constituía el principal interés humano y, segundo, por creer que nuestra voluntad era instintivamente recta. Por el mismo motivo que ningún sistema de canalización construido en los nacimientos de los ríos permite controlar su curso completamente, los demócratas ignoraron casi todos los demás intereses humanos buscando la mejor forma de constituir el poder social, es decir, intentando encontrar un buen sistema de votación y representación. La democracia olvidó que sea cual sea la fuente del poder, lo más importante es la manera de ejercerlo. Lo que determina la calidad de la civilización es el uso que de él se haga, pero no puede supervisarse a base de controlar la fuente de la que emana. Si intentamos controlar al gobierno atendiendo exclusivamente al origen de su poder, nada evitará que todas las decisiones vitales pasen al terreno de lo invisible; y como ningún instinto permite tomar automáticamente decisiones políticas que tengan como resultado una vida satisfactoria, los dirigentes que de verdad ejercen el poder no sólo expresarán erróneamente la voluntad del pueblo, dado que con respecto a la mayor parte de los asuntos públicos éste no manifestará voluntad alguna, sino que lo ejercerán atendiendo a opiniones que esconderán a su electorado.

Por tanto, cabe preguntarse en qué se convertiría la fe democrática en la

dignidad humana, si erradicásemos de su filosofía la premisa completa, incluyendo sus ramificaciones, de que el arte de gobernar es un instinto y, por lo tanto, puede administrarse a partir de opiniones egocéntricas. La respuesta es que podría renacer, si se asociase con toda la personalidad, en vez de hacerlo con un sólo aspecto. Los demócratas tradicionales arriesgaron la dignidad humana en la precaria premisa de que los hombres la pondrían de manifiesto por medio de leyes sabias y gobiernos justos. Sin embargo, los votantes nunca han demostrado su dignidad por esos medios, por lo que los demócratas se han condenado a aparentar una cierta estupidez a los ojos de los más inflexibles. Si en vez de basar la dignidad humana en la premisa de la autonomía hubieran insistido en que ésta exige una calidad de vida que le permita ejercer sus capacidades adecuadamente, la cuestión cambiaría radicalmente. Los criterios que aplicaríamos a la hora de juzgar a los gobiernos consistirían en si están proporcionándonos unas condiciones sanitarias mínimas y viviendas decentes, cubriendo nuestras necesidades materiales, de educación, de libertad, de placeres y de belleza; no sólo si sacrificando todas estas cosas se conmueven ante las opiniones egocéntricas que aciertan a flotar en la mente humana. En la medida en que dichos criterios pueden ser exactos y objetivos, las decisiones políticas, que inevitablemente constituyen la preocupación de un número proporcionalmente reducido de personas, se relacionarían de verdad con los intereses humanos.

En el futuro que somos capaces de concebir no cabe la posibilidad de que el entorno invisible vaya a resultar tan claro para todos los hombres, que espontáneamente puedan formarse opiniones acertadas sobre todos los asuntos de gobierno. Por otra parte, incluso aunque existiera esa posibilidad, no es seguro que todos estuviésemos dispuestos a molestarnos o a tomarnos el tiempo de formarnos opiniones sobre "todas y cada una de las formas de acción social" que nos afectan.

Nuestra única posibilidad real consiste, pues, en que cada uno de nosotros actuemos en nuestros ámbitos respectivos conforme a una imagen cada vez más realista del mundo invisible y en que seamos capaces de fomentar la aparición de un número de expertos cada vez mayor que garanticen el realismo de dicha imagen. El control social de cuanto escapa a los márgenes más bien estrechos que limitan nuestras posibilidades de atención, depende de que logremos concebir estándares de calidad de vida y sistemas de auditoría que nos permitan medir los actos de los gobernantes y gestores de las empresas. En contra de lo que siempre han supuesto los demócratas místicos, personalmente no podemos inspirar ni guiar sus actos. No obstante, nada nos impedirá incrementar regularmente el control que de verdad ejercemos sobre ellos, si exigimos que tales actos queden registrados claramente y que sus resultados sean evaluados atendiendo a criterios objetivos. Incluso me atrevería a decir que tales exigencias

serán cada vez más viables, dado que la elaboración de tales estándares y auditorías no ha hecho más que comenzar.

PARTE VII: LA PRENSA

Capítulo 21. El público cliente

1

La idea de que la humanidad debe progresar y estudiar el mundo para poder gobernarlo, tan sólo ha desempeñado un papel secundario en el pensamiento político. Es lógico que haya figurado tan poco, dado que en términos relativos la maquinaria que nos proporciona información útil sobre el mundo para que podamos dirigirlo casi no progresó durante el tiempo transcurrido desde la época de Aristóteles hasta que se establecieron las premisas de la democracia.

Por tanto, los primeros demócratas se habrían extrañado, si les hubiésemos preguntado de dónde estaba previsto que el pueblo obtuviese la información en que habría de basar su voluntad. Habría equivalido a preguntarles de dónde procedían su vida o su alma. Por lo general asumían que el pueblo siempre manifiesta su voluntad. La ciencia política sólo tenía la obligación de idear dos inventos: las elecciones y los gobiernos representativos. Si éstos se desarrollaban correctamente y se ponían en práctica bajo las condiciones idóneas, como las que se dan en las comunidades o talleres independientes, el mecanismo contrarrestaría de alguna forma los defectos de nuestra atención, es decir, su brevedad, inconveniente que Aristóteles ya había observado, y la estrechez de sus márgenes, reconocida tácitamente por la teoría de las comunidades independientes. Hemos visto que incluso ahora los socialistas gremiales se quedan extasiados ante la noción de que si simplemente fuésemos capaces de agregar al mecanismo la unidad de votación y representación correcta, resultaría posible poner en práctica una intrincada confederación de comunas.

Convencidos de que la sabiduría flotaba en torno nuestro y de que sólo teníamos que encontrarla, los demócratas consideraron el problema de la elaboración de las opiniones públicas como una cuestión de libertades civiles.¹⁷³ "¿Alguien ha presenciado alguna vez la derrota de la Verdad en una confrontación libre y abierta?"¹⁷⁴ Suponiendo que nadie la haya visto nunca salir malparada, ¿hemos de concluir que la confrontación de la verdad con la mentira permite descubrir ambas, como el frotamiento de dos palos permitió que descubriéramos el fuego? Bajo esta doctrina clásica de la libertad, que los demócratas americanos encarnaron en su Declaración de Derechos, subyacen en realidad diversas teorías sobre el origen de la verdad. Una de ellas profesa la fe de que ésta siempre vence cuando diversas opiniones compiten entre sí, porque contiene una fuerza peculiar. A este respecto cabe señalar que es

probable que la verdad terminase venciendo, si permitiésemos que la contienda se prolongase durante el tiempo suficiente. Esta afirmación se basa en los veredictos que ha pronunciado la historia, particularmente en que los herejes que fueron perseguidos en vida, fueran canonizados tras su muerte. La pregunta de Milton también se basa en la creencia de que la capacidad de reconocer la verdad es una facultad innata del hombre, por lo que cuando se permite que ésta circule libremente, siempre termina siendo aceptada. Por último, también se basa en la experiencia, que ha demostrado que los hombres no pueden descubrir la verdad si no pueden pronunciarla, salvo bajo la atónita mirada de la policía.

Nunca correremos el riesgo de sobrestimar el valor práctico de estas libertades civiles, ni la importancia de preservarlas. El espíritu humano corre peligro cada vez que se ven amenazadas y si llegara el día, como ocurre durante las guerras, en que tuviesen que restringirse, la supresión del pensamiento pondría en peligro la civilización, que podría no recuperarse de los efectos de la guerra, si los histéricos, que explotan la necesidad de imponer restricciones, fuesen tan numerosos como para mantener sus tabús en tiempo de paz. Afortunadamente, la muchedumbre es demasiado tolerante para soportar durante mucho tiempo a los inquisidores profesionales a medida que, bajo la mirada crítica de los hombres que no desean vivir aterrorizados, se nos muestren como criaturas malignas que nueve de cada diez veces no saben de qué están hablando.¹⁷⁵

A pesar de su fundamental importancia, en este sentido las libertades civiles no garantizan la opinión pública en el mundo moderno. Esto se debe a que siempre se presupone o que la verdad es espontánea, o que en la ausencia de interferencias externas los medios disponibles bastan para protegerla. Sin embargo, en el entorno de lo invisible, esta premisa no es válida. La verdad sobre cuestiones lejanas o complejas no es evidente por sí misma y la maquinaria que nos permite recopilar información es técnica y cara. La ciencia política, y en especial la ciencia política de la democracia, nunca ha llegado a superar la teoría aristotélica hasta el punto de replantearse dichas premisas, con el fin de que el pensamiento político aprendiera cómo lograr que el mundo invisible resultase visible a los ojos de los ciudadanos de los estados modernos.

La tradición está tan arraigada, que hasta hace poco la ciencia política se enseñaba en nuestras universidades como si los periódicos no existieran. No nos referimos a las facultades de periodismo; éstas son escuelas de profesionales que preparan a hombres y mujeres para que desempeñen este oficio. Nos estamos refiriendo a la ciencia política tal y como se presenta a los futuros hombres de negocios, abogados, funcionarios públicos y ciudadanos en general. Dicha ciencia no deja espacio a los análisis de prensa y de las fuentes populares de información. Es curioso. Para cualquiera que no esté inmerso en los intereses

rutinarios de la ciencia política, no tiene explicación que ningún estudiante de políticas ni sociólogo estadounidense haya escrito nunca un libro sobre la recopilación de información. A veces aparecen referencias a la prensa, así como afirmaciones en el sentido de que no es o debería ser "libre" y "honesta". No obstante, esto es lo único que se dice al respecto, pero este desdén que reflejan los profesionales contrasta con las opiniones públicas. Universalmente se admite que la prensa constituye nuestro principal medio de contacto con el entorno de lo que no se ve y casi en todas partes se da por hecho que debería hacer por nosotros espontáneamente lo que la democracia primitiva imaginó que cada uno podríamos hacer, espontáneamente, por nosotros mismos. Nos referimos a que dos veces al día nos presenta una imagen verídica de todo lo que nos interesa sobre el mundo exterior.

2

Esta creencia tan persistente y antigua de que la verdad no entraña esfuerzo, sino que se inspira, revela o suministra gratuitamente, está implícita en nuestros prejuicios económicos como lectores de periódicos. Todos esperamos que éstos nos proporcionen la verdad por poco rentable que ésta sea. Decimos esto, porque el periodismo es un servicio difícil y con frecuencia peligroso, cuya importancia fundamental admitimos, pero por el que hasta hace poco tiempo ni siquiera contemplábamos la posibilidad de pagar el ejemplar de menor valor de cuantos emite la casa de la moneda. Ahora nos hemos acostumbrado a pagar dos e incluso tres centavos entre semana y nos rascamos el bolsillo para pagar cinco o hasta 10 centavos los domingos a cambio de algunos suplementos, como enciclopedias ilustradas y vodeviles. A nadie se le ocurre pensar ni por un momento que lo lógico es pagar a cambio de leer un periódico. Todos esperamos que mane el agua de la fuente de la verdad, pero a cambio no estamos dispuestos a aceptar los términos de ningún contrato, ya sea legal o moral, si ello entraña riesgos, costes o molestias. Nos referimos a que sólo aceptaremos pagar su precio nominal y dejaremos de pagarlo, e incluso cambiaremos de periódico, en cuanto nos parezca oportuno. Alguien dijo una vez con mucho acierto que los editores de los periódicos tienen que ser reelegidos cada día.

Esta relación fortuita y unilateral entre los lectores y la prensa es una anomalía de nuestra civilización, es decir, no hay nada que se le parezca, por lo que no se puede comparar con ningún otro negocio o institución. El periodismo no es como las demás actividades económicas, en parte porque el producto se vende con regularidad por debajo de su coste, pero fundamentalmente porque el criterio ético que la comunidad aplica para juzgarlo es muy distinto del que aplica en el caso del comercio o la industria. Aunque no se pueden comparar, lo cierto es que desde el punto de vista ético los periódicos se consideran similares a la

iglesia o las escuelas. Sin embargo, a diferencia de la prensa, la educación pública se financia a través de nuestros impuestos y la privada recibe fondos o subvenciones en forma de matrículas gratuitas. En cuanto a la iglesia, ésta también recibe subvenciones o se financia mediante colectas. Por último, tampoco se pueden establecer comparaciones entre el periodismo y la abogacía, la medicina, o la ingeniería, ya que en todas estas profesiones los consumidores pagan a cambio de un servicio. Por tanto, el concepto de prensa libre, si hemos de definirlo en función de la actitud de los lectores, significa que los periódicos prácticamente se regalan.

La prensa tiene que hacer frente a una serie de críticas que en realidad se limitan a expresar el patrón moral de la comunidad; se espera que la institución viva en el mismo plano que las escuelas, la iglesia o donde quiera que habiten las profesiones desinteresadas. Esto demuestra una vez más el carácter cóncavo de la democracia. No se siente la necesidad de adquirir información por medios artificiales, porque se considera que ésta debe obtenerse por medios naturales, es decir, de forma gratuita. Por tanto, si no puede surgir espontáneamente del corazón, que los periódicos la suministren, pero siempre que lo hagan gratis. Los ciudadanos pagan el teléfono, sus billetes de tren, sus coches y su ocio, pero no están dispuestos a pagar por las noticias abiertamente.

No obstante, sí están dispuestos a pagar generosamente el privilegio de que alguien lea algo sobre ellos; pagan directamente para anunciarse e indirectamente los anuncios de otras personas, dado que su coste, al ocultarse en el precio de otros productos, forma parte de ese entorno invisible que no podemos abarcar de forma efectiva. Se consideraría un ultraje tener que pagar abiertamente el precio de un buen refresco mezclado con helado a cambio de todas las noticias del mundo, pero el público paga esa cantidad, e incluso más, cada vez que compra productos anunciados en los periódicos. El público sí paga, pues, para leer la prensa, pero sólo cuando el precio se le oculta.

3

La difusión de un periódico, por tanto, no es más que un medio para obtener un fin. Ésta sólo puede considerarse un activo una vez vendida a los anunciantes. Éstos lo compran con los ingresos que obtienen de los "impuestos indirectos" que cobran a los lectores por cada producto vendido.¹⁷⁶ Los anunciantes comprarán un tipo u otro de difusión dependiendo de lo que quieran vender. Puede tratarse de "calidad" o "cantidad". En general no hay una línea divisoria clara, dado que los clientes de la mayor parte de los productos que se venden gracias a los anuncios no pertenecen exclusivamente ni a la minoritaria clase de los más ricos, ni a la numerosa de los más pobres, sino que se trata más bien de individuos con el suficiente poder adquisitivo para comprar lo que mejor les parezca, después

de haber satisfecho sus necesidades básicas. Por tanto, los periódicos que se introducen en estos "hogares prósperos", por llamarlos de alguna manera, son con mucho los que más interesan a los anunciantes. Quizá también se cuecen en los hogares de los pobres, pero salvo en el caso de ciertas líneas de productos, los analistas de la publicidad sólo consideran la difusión entre pobres un gran activo cuando se trata de tiradas enormes, como parece que sucede con algunas propiedades del señor Hearst.

Los periódicos que despiertan la ira de los objetivos publicitarios más rentables son mal negocio para los anunciantes. Nadie ha dicho nunca que la publicidad tuviese que ser filantrópica, por lo que los anunciantes compran espacio en las publicaciones que les garantizan el acceso a los hogares de sus futuros clientes. No vale la pena preocuparse por los escándalos que se esconden tras los anuncios de los comerciantes de las prendas de confección. No son significativos y los incidentes de esta índole son menos habituales de lo que muchos críticos de la prensa libre suponen. El verdadero problema reside en que los lectores de prensa, poco acostumbrados a pagar el coste de la maquinaria que permite recopilar información, sólo son rentables cuando compran los mismos periódicos en los que se anuncian fabricantes y comerciantes. Los lectores a los que más vale la pena rentabilizar son los que tienen más dinero para gastar. Por tanto, la prensa se ve en la necesidad de respetar el punto de vista de su público cliente. En consecuencia, los periódicos se editan y publican para él, dado que sin su apoyo no podrían sobrevivir. Podrán desobedecer a los anunciantes, atacar a algún banco poderoso o defender intereses específicos, pero si pierden al público cliente, perderán el activo indispensable para su existencia.

John L. Given¹⁷⁷ que en el pasado trabajó en el *Evening Sun* de Nueva York, afirmó en 1914 que de los más de 2.300 diarios que se publican en los Estados Unidos, aproximadamente 175 se publican en ciudades de más de 100.000 habitantes. Este grupo constituye lo que podríamos denominar la prensa especializada en "noticias generales". Son los principales periódicos que recopilan noticias sobre grandes sucesos, e incluso la gente que no los lee depende de ellos en última instancia para enterarse de las noticias del mundo exterior, debido a que están integrados en las grandes asociaciones de prensa que cooperan en el intercambio de noticias. Por tanto, cada uno de estos periódicos no sólo informa a sus propios lectores, sino que además hace las veces de corresponsal local para los periódicos de otras ciudades. La prensa rural y la prensa especializada obtienen de ellos la gran mayoría de las noticias que publican. En lo que a las noticias internacionales respecta, puede decirse que en general toda la prensa de la nación depende de los comunicados que emiten las asociaciones de prensa y servicios especiales de unos pocos diarios metropolitanos.

En líneas generales, la maquinaria que se encarga de recopilar noticias se financia a través del precio que el público de los barrios más prósperos de las ciudades de más de 100.000 habitantes paga por los productos que se anuncian en la prensa. Este público cliente se compone de los miembros de las familias cuyos ingresos dependen fundamentalmente del comercio, la comercialización, la administración de empresas y las finanzas, y es el que más rentabiliza cada anuncio que se inserta en los periódicos. Su poder adquisitivo está muy concentrado, por lo que quizá sea menor en términos cuantitativos que el que suman en total agricultores y obreros, pero dentro del radio de difusión cubierto por los diarios, esta clientela constituye el mejor activo

4

Por otro lado, existen dos motivos por los que dicho público cliente merece la máxima atención. No sólo constituye la mejor clientela de los anunciantes, sino que éstos también figuran entre ella. En consecuencia, la impresión que este grupo se forma de los periódicos tiene mucha importancia. Afortunadamente, no se trata de un público homogéneo. Quizá sea "capitalista", pero defiende puntos de vista diferentes con respecto a qué es el capitalismo y cómo debería administrarse. A menos que se vea amenazada, esta respetable opinión estará lo suficientemente dividida para tolerar diferencias considerables en materia de política. Éstas divergirían aún más, si no fuera porque los editores también suelen ser miembros de estas comunidades urbanas y de modo sincero ven el mundo del mismo color que sus amigos y socios.

Los editores de periódicos están involucrados en un negocio especulativo¹⁷⁸ que depende de las condiciones generales del comercio y, lo que es más extraño, de un ámbito de difusión que no está basado en contratos matrimoniales con los lectores sino en el amor libre. Por tanto, todos tienen por objeto transformar a su grupo de clientes heterogéneos, que compran al azar en los quioscos, en un grupo devoto de lectores leales. Los periódicos que de verdad pueden confiar en la lealtad de sus lectores son todo lo independientes que se puede llegar a ser, dado el funcionamiento económico del periodismo moderno¹⁷⁹. Los grupos de lectores que se mantienen fieles contra viento y marea constituyen un poder mayor que cualquiera de los que cada anunciante individual puede ostentar y suficiente para escapar del que pueda reunir cualquier combinación de anunciantes. Por tanto, cuando algún periódico traiciona a sus lectores a favor de algún anunciante, podemos estar seguros de que o bien el editor comparte sinceramente los puntos de vista de éste, o bien piensa, quizá equivocadamente, que no cuenta con el apoyo suficiente por parte de sus lectores para oponerse abiertamente a su dictamen. Todo se resume en si los lectores, que no pagan en efectivo a cambio de las noticias, estarán dispuestos

a pagar con su lealtad.

Capítulo 22. El lector asiduo

1

La lealtad del público cliente hacia un periódico en particular no se establece por medio de vínculos. En casi todos los demás sectores, las personas que esperan obtener algún servicio aceptan los términos de algún tipo de acuerdo que permite controlar sus caprichos pasajeros; por lo menos pagan a cambio de lo que obtienen. En el caso de los periódicos, las suscripciones pagadas son lo más parecido a un acuerdo vigente durante un período de tiempo definido, pero no creo que desde el punto de vista económico tengan la menor importancia para los periódicos metropolitanos. Los lectores son, pues, los únicos que pueden juzgar su lealtad día a día; ningún periódico puede demandarles por incumplimiento de contrato o falta de apoyo.

Aunque todo gira en torno a la asiduidad de los lectores, ni siquiera existe una vaga tradición de recordárselo. Su fidelidad depende de cómo acierten a sentirse o de sus hábitos. Éstos, a su vez, no sólo dependen de la calidad de las noticias, sino que casi siempre están relacionados con cierto número de elementos oscuros sobre los que, debido a su relación fortuita con la prensa, ningún lector se toma la molestia de reflexionar. Quizá el más importante de todos ellos corresponda a su tendencia a juzgar los periódicos, suponiendo que de verdad lo hagan, en función del tratamiento que éstos dan a las noticias con las que se sienten implicados. La prensa nos informa acerca de un volumen enorme de sucesos que se desarrollan fuera del ámbito de nuestra experiencia, pero también de algunos de los que sí tenemos experiencia directa. Es precisamente su manera de tratar estos otros sucesos lo que la mayor parte de las veces determina qué periódicos nos gustarán, nos inspirarán confianza o tendrán prohibida la entrada en nuestra casa. Los que nos informan satisfactoriamente acerca de lo que creemos conocer, como nuestro negocio, nuestra iglesia o nuestro partido político, nunca serán objeto de nuestras críticas más violentas. ¿Qué mejor criterio que comprobar a la hora del desayuno si las versiones dadas por los periódicos sobre cualquier asunto coinciden con nuestras opiniones personales? Puede afirmarse que la mayor parte de los individuos exigen cuentas a la prensa con todo rigor, no como lectores no especializados, sino como los abogados defensores particulares de cuestiones relacionadas con su propia experiencia.

Por lo general, nadie ajeno a los interesados puede comprobar el grado de veracidad de la información. Cuando ésta se refiere a asuntos locales, y si hay competencia, todos los editores saben que no pasará mucho tiempo sin que tengan noticias de quienes se consideren objeto de retratos injustos e inexactos. También saben que cuando la información no se refiere a asuntos locales, el

volumen de rectificaciones disminuirá en proporción a la distancia interpuesta entre los hechos y los lectores. Los únicos individuos que pueden rectificar lo que consideran una imagen falsa de sí mismos impresa en otra ciudad son los que pertenecen a grupos lo suficientemente bien organizados para contratar los servicios de algún publicista.

Observemos que el lector medio, por el contrario, no puede recurrir a la ley cuando se considera engañado. Sólo la parte ofendida puede querellarse por injurias o difamación y para ello tiene que probar el daño material que tales ofensas le hayan podido causar. La ley encarna, pues, la tradición de que las noticias generales no son de interés común,¹⁸⁰ salvo en los casos que vagamente se describen como inmorales o sediciosos.

No obstante, por mucho que los lectores más desinteresados no revisen el grueso de las noticias, el resto del público suele tener ideas preconcebidas muy definidas con respecto a muchas de ellas. En su caso, tales noticias constituyen sus elementos de juicio, pero a los artículos que leen sin poder echar mano de este criterio personal no les pueden aplicar su estándar de exactitud, por lo que se ven en la necesidad de atender a otros criterios. Se trata de temas que para ellos resulta imposible distinguir de la ficción, y en los que el canon de la verdad no se puede aplicar. En consecuencia, se limitarán a sobresaltarse cuando lo que lean contradiga sus estereotipos y sólo seguirán leyendo mientras se mantenga vivo su interés.¹⁸¹

2

Algunos periódicos, incluso en las grandes ciudades, se editan atendiendo al principio de que a los lectores les gusta leer sobre sí mismos. Según esta teoría, la prensa podrá confiar en la lealtad de un número suficiente de individuos, siempre que éstos vean con frecuencia sus nombres en los periódicos y lean acerca de sus bodas, funerales, amigos, viajes, reuniones de logia, premios académicos, decimoquinto cumpleaños, decimosexto cumpleaños, bodas de plata, excursiones y días de playa con su correspondiente almuerzo a base de almejas.

Horace Greeley explicó en qué consiste la fórmula que aplican este tipo de periódicos en una carta dirigida a su "Amigo Fletcher", que estaba a punto de inaugurar un diario en un pequeño municipio rural, el 3 de abril de 1860.¹⁸²

"1. Para empezar, debe quedarte claro que el común de los mortales se interesa profundamente, en primer lugar, por sí mismo y, en segundo lugar, por sus vecinos. Asia y las Islas Tonga ocupan los últimos puestos de la lista. Por tanto, no dejes que se funde una nueva iglesia o se incorporen nuevos miembros a alguna de las existentes, que se venda una sola granja, se construya una nueva

casa, se ponga en funcionamiento un nuevo molino, se abra una nueva tienda, ni suceda nada que pueda interesar a una docena de familias, sin que los hechos queden debida y brevemente descritos en tus columnas. Si algún agricultor talase un árbol de gran altura, cultivase una remolacha gigante o recolectase una cosecha de trigo o maíz más abundante de lo habitual, divúlgalo tan sucinta y frecuentemente como te sea posible."

La función de convertirse, como Lee dice, en "el primer diario impreso de su ciudad natal" es algo con lo que todos los periódicos, con independencia de dónde se publiquen, deben cumplir en alguna medida. Cuando en ciudades tan grandes como Nueva York el ámbito de difusión de los periódicos no lo permite, la solución consiste en editar pequeños diarios aplicando la teoría de Greeley a cada barrio de la ciudad. Sirva de ejemplo que en los distritos de Manhattan y el Bronx se editan al menos el doble de periódicos locales que de diarios generales,¹⁸³ por no hablar de todo tipo de publicaciones especiales dirigidas a distintos sectores, credos y nacionalidades.

Este tipo de prensa se publica pensando en quienes consideran que su vida es interesante, pero también hay muchos individuos a los que su vida les parece aburrida y desearían, como Hedda Gabler, que fuese más emocionante. Pensando en ellos se editan periódicos enteros o secciones especiales consagrados a narrar la vida personal de un grupo de seres imaginarios con cuyos sabrosos vicios puedan identificarse mentalmente sin correr ningún tipo de riesgo. El inagotable interés que muestra el señor Hearst por la alta sociedad, por ejemplo, satisface a individuos que no tienen la esperanza de llegar a formar parte ella, pero que aun así se las apañan para sentir que, aunque sólo sea remotamente, forman parte de las vidas acerca de las que leen. En las grandes ciudades, "los diarios locales" tienden a ser los preferidos de la gente bien.

Ya hemos señalado que los periódicos de las ciudades tienen, además, la responsabilidad de acercar a los ciudadanos los sucesos que se desarrollan fuera de su alcance, pero las noticias políticas y sociales no son lo que más determina su ámbito de difusión, debido a que el interés que despiertan surge y desaparece a la misma velocidad, y son muy pocos los editores que pueden vivir exclusivamente de ellas. Por tanto, los periódicos también desempeñan otro tipo de funciones diseñadas principalmente para conservar la lealtad de grupos de lectores que, en lo que a las grandes noticias respecta, no tienen capacidad crítica. Además, la competencia relativa a este tipo de noticias es prácticamente nula en todas las comunidades, dado que los servicios de prensa estandarizan los hechos principales y a los periódicos les resulta difícil dar grandes primicias. Aparentemente no hay, pues, un público numeroso de lectores interesado en ese tipo de cobertura masiva de noticias que, sin embargo, en los últimos años ha hecho del *New York Times* algo indispensable para individuos que representan

todas las corrientes de opinión. Ahora bien, para poder diferenciarse del resto y captar un público fiel, la mayor parte de los periódicos tienen que recurrir a otro tipo de noticias aparte de las generales y que desempeñan otras funciones aparte de la de informar. Por tanto, muchos editores y directores de periódicos publican noticias sobre las clases sociales, escándalos y crímenes más deslumbrantes, recurren a los deportes, el cine y la vida de las actrices, o bien dan consejos a los enamorados, estudiantes o mujeres, o asesoran al público sobre cómo comprar, proporcionan recetas de cocina, o instruyen a los lectores en la técnica del ajedrez, de distintos juegos de cartas o de la jardinería, les hacen reír con sus tiras cómicas o explotan el partidismo, no porque les interese todo salvo las noticias, sino porque necesitan encontrar algún modo de contactar con esa supuesta multitud de lectores interesados que, según algunos críticos de la prensa, claman por la verdad y nada más que la verdad.

La situación en que se encuentran los directores de los periódicos es bastante peculiar. Su negocio depende de los "impuestos indirectos" que los anunciantes cobran a sus lectores; el patrocinio de los anunciantes, a su vez, depende de la capacidad de los directores para mantener la cohesión de un grupo efectivo de clientes. Por otra parte, éstos se forman sus opiniones atendiendo a su experiencia particular y a expectativas condicionadas por sus estereotipos, dado que por naturaleza carecen de conocimientos imparciales sobre la mayor parte de las noticias que leen. Cuando se formen opiniones positivas, los editores lograrán obtener un ámbito de difusión que resulte rentable, pero para ello deberán evitar depender exclusivamente de las noticias relativas al entorno exterior. Como es lógico, todos intentan tratar tales noticias de la manera más interesante posible, pero la calidad de las noticias generales, especialmente las que se refieren a asuntos públicos, no permite por sí misma que un número amplio de personas establezca diferencias entre unos periódicos y otros.

Esta contradictoria relación entre prensa e información pública se refleja en los sueldos de los profesionales. El periodismo de sucesos, que teóricamente constituye la base de toda la institución, es la especialidad peor pagada y peor considerada. Los profesionales capaces sólo la ejercen por necesidad o para adquirir experiencia y siempre con la intención de abandonarla lo antes posible. Esto se debe a que no ofrece grandes recompensas. Éstas se obtienen realizando tareas especializadas o cuando se firman artículos que presentan tanta calidad como los editoriales. También los ejecutivos y los hombres con más talento y un gusto único disfrutan de grandes recompensas. Esto se debe, indudablemente, a lo que los economistas denominan el "precio del talento". Sin embargo, en el periodismo este principio económico se lleva a tal extremo, que la recopilación de información no atrae a un número de hombres formados y capaces, acorde con su importancia pública. El hecho de que éstos acepten

ejercer la "cobertura de noticias pura y dura" con la sana intención de abandonarla en cuanto les sea posible es, en mi opinión, el motivo principal de que este oficio nunca haya desarrollado una tradición que le permita gozar de prestigio e inspirar amor propio en los profesionales. Nos referimos al tipo de tradición empresarial que engendra en los profesionales el orgullo por su oficio, tiende a endurecer los requisitos de admisión, penaliza el incumplimiento de su código ético y proporciona a los hombres la fuerza necesaria para defender su posición social.

3

No obstante, lo anterior no constituye la raíz del problema, dado que por mucho que todos los aspectos económicos del periodismo devalúen la cobertura de noticias, personalmente estoy convencido de que se trata de un falso determinismo que siempre ha abandonado su análisis al llegar a este punto. El poder intrínseco de los periodistas de sucesos parece ser tan grande y el número de profesionales capaces que han desempeñado esta función en algún momento tan desorbitado, que debe haber algún otro motivo más oscuro por el que, en términos comparativos, apenas se ha intentado elevar la profesión a la categoría de, digamos, la medicina, la ingeniería o la abogacía.

Upton Sinclair representa a una importante corriente de opinión de los Estados Unidos¹⁸⁴ cuando afirma que el motivo que buscamos se encuentra en lo que él denomina "El Cheque Dorado": "Todas las semanas os encontráis El Cheque Dorado dentro del sobre de la paga; me refiero a quienes escribís, imprimís y distribuís periódicos y revistas. El Cheque Dorado es el precio de la vergüenza de todos los que os apropiáis del hermoso rostro de la verdad y lo vendéis en el mercado; todos los que traicionáis las esperanzas más puras de la humanidad en el repugnante burdel del Gran Capital."¹⁸⁵

De esto se deduce que existe un hermoso rostro de la verdad y un grupo de esperanzas bien fundamentadas, que son prostituidas por una conspiración organizada más o menos conscientemente por un grupo de acaudalados propietarios de periódicos. Si esta teoría fuese correcta, cabría llegar a la siguiente conclusión lógica: el hermoso rostro de la verdad sería inviolable, si la prensa no tuviese ninguna relación con las grandes empresas, dado que si una prensa que no estuviese controlada por el Gran Capital y que ni siquiera le dispensase un trato amistoso, por algún motivo no lograrse poseer el hermoso rostro de la verdad, algo fallaría en la teoría de Sinclair.

Este tipo de prensa, libre de las influencias del Gran Capital, existe. Sin embargo y por raro que parezca, Sinclair no aconseja a sus lectores que, para solucionar el problema, se suscriban al periódico radical que tengan más a mano,

y cabe preguntarse por qué. Si la raíz del problema del periodismo estadounidense se encuentra en el Cheque Dorado del Gran Capital, ¿por qué la solución no radica en leer periódicos que ni por lo más remoto acepten cobrar el precio de la vergüenza? ¿Por qué financiar "Noticias Oficiales" orquestadas por un numeroso órgano directivo, integrado por "todos los credos y causas", que imprime periódicos plagados de hechos "sin importarle a quién ofende, si al Monopolio del Acero o al sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo, a la Standard Oil Company o al Partido Socialista?" Si el problema radica en el Gran Capital, es decir, el Monopolio del Acero, la Standard Oil Company, etc., ¿por qué no instar a todos a que lean las publicaciones del sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo o cualquier periódico socialista? Sinclair no dice por qué, pero la razón es muy sencilla. Sinclair no podría convencer a nadie, ni siquiera a sí mismo, de que la prensa anticapitalista es el remedio de los males de la prensa capitalista; de hecho no aparece ni en su teoría del Cheque Dorado ni en su constructiva propuesta, pero ningún análisis que se precie sobre el periodismo en los Estados Unidos debería ignorar a la prensa anticapitalista. Si lo que nos importa es descubrir el hermoso rostro de la verdad, no deberíamos cometer un error de lógica tan garrafal como el de recopilar todos los ejemplos de injusticias y mentiras que se pueden encontrar en un grupo determinado de periódicos, ignorar todos los ejemplos que se podrían recopilar con la misma facilidad entre otro grupo de periódicos y concluir que la causa de las mentiras reside en la característica que supuestamente comparte el sector de la prensa al que hemos limitado nuestro análisis. Si hemos de culpar al "capitalismo" de los males de la prensa, estamos obligados a demostrar que tales males sólo existen en los lugares sometidos a su control. El hecho de que al efectuar su diagnóstico culpe al Gran Capital de todos los males, pero en su remedio ignore mencionar tanto al capitalismo como al anticapitalismo, demuestra que Sinclair es incapaz de demostrar tal cosa.

Cabe suponer que la imposibilidad de ver en un sólo periódico anticapitalista un modelo de verdad y capacidad, debería haber llevado a Sinclair y todos los que están de acuerdo con él a poner en duda sus propias premisas. Incluso cabe pensar que deberían haberse preguntado a sí mismos dónde se encuentra el hermoso rostro de la verdad que el Gran Capital prostituye, pero que aparentemente la oposición no ha conseguido encontrar. En mi opinión, la respuesta a esta pregunta nos lleva derechos a la verdadera raíz de la cuestión y a la pregunta de qué son las noticias.

Capítulo 23. La naturaleza de las noticias

1

Todos los periodistas de sucesos del planeta, ni siquiera trabajando 24 horas al día, podrían presenciar todo lo que pasa en el mundo. Por otro lado, lo cierto es que no son muchos, que ninguno tiene la capacidad de estar en dos sitios a la vez y que ni son clarividentes, ni utilizan bolas de cristal, ni tienen el don de la telepatía. Por tanto, nos parecería milagroso que estos profesionales, más bien pocos en términos comparativos, acierten a cubrir tal variedad de temas, si no fuera porque todos ellos siguen una rutina de trabajo tipificada.

Ningún periódico pretende hallarse al tanto de todo¹⁸⁶. En vez de ello, sitúan algunos observadores en lugares clave, tales como comisarías centrales de policía, juzgados de instrucción, oficinas de los secretarios de condado, ayuntamientos, la Casa Blanca, el Senado, la Cámara de los Diputados, *etc.* Su misión consiste en observar, aunque en la mayor parte de los casos pertenecen a asociaciones que contratan individuos para que vigilen "un número relativamente pequeño de lugares en los que queda constancia cada vez que la vida de alguien... deja de desarrollarse con normalidad, o tiene lugar algún suceso que valga la pena contar. Imaginemos a modo de ejemplo que John Smith, corredor de bolsa, hubiese llevado una vida normal durante diez años, de forma que, exceptuando a sus amigos y clientes, hubiese pasado totalmente desapercibido para todo el mundo. Para los periódicos habría sido como si no existiera. Sin embargo, en el onceavo año de su carrera registra grandes pérdidas y al final, una vez arruinado, llama a su abogado y se dispone a hacer una cesión de bienes. Éste acude a la oficina del secretario del condado, donde todo el asunto queda debidamente registrado en la lista de casos. Llegados a este punto entran en escena los periódicos. Mientras el secretario redacta la necrológica profesional de Smith, un informador mira por encima de su hombro y toma nota de lo que escribe. En cuestión de minutos todos los periodistas se enterarán de los problemas de Smith. Como resultado, los periódicos estarán tan bien informados sobre su situación profesional, como si hubieran tenido a algún observador apostado a su puerta todos los días durante más de diez años."¹⁸⁷

Cuando Given dice que los periódicos están en conocimiento de "los problemas de Smith" y de su "situación profesional", no quiere dar a entender que lleguen a conocerlos con tanto lujo de detalles como el propio Smith o como Arnold Bennett los conocería, si le hubiese convertido en el protagonista de una novela de tres tomos. En realidad, lo único que los periódicos llegarán a conocer "en cuestión de minutos" son los hechos puros y duros tal y como hayan quedado registrados en la Oficina del Secretario del Condado. Por tanto, estas actas públicas "sacan a la luz" las noticias sobre Smith. Otra cosa es que acto seguido

tales noticias se sigan o no. Lo importante es que antes de que una serie de sucesos se conviertan en noticia, normalmente tienen que hacerse notar por medio de algún acto más o menos público. Normalmente, además, sin ningún miramiento. Es posible que los amigos de Smith llevaran años sabiendo que estaba asumiendo riesgos y que si son parlanchines, el editor de la sección financiera de algún periódico haya llegado a oír algunos rumores al respecto. Sin embargo, dejando a un lado el hecho de que nada de esto podía haberse publicado, dado que no habría sido una noticia, sino una calumnia, tales rumores no habrían contenido nada definitivo sobre lo que basar una historia. Por tanto, siempre tiene que ocurrir algo definitivo e inconfundible. Puede tratarse de una quiebra, un incendio, un accidente, un asalto, un disturbio, un arresto, una denuncia, la presentación de un proyecto de ley, un discurso, una votación, una reunión, que algún ciudadano conocido exprese sus opiniones, que un periódico publique un editorial, que se produzca una venta, que se defina un plan salarial, que cambien los precios, que alguien presente un proyecto para construir un puente, *etc.* En definitiva, debe producirse alguna manifestación, es decir, el curso de los acontecimientos debe adoptar una forma definible. Hasta que no hayamos entrado en la fase en la que algún aspecto de los acontecimientos constituya un hecho consumado, nadie podrá apreciar en qué lugar del mar de las verdades potenciales se oculta la noticia.

2

Como es natural, el momento exacto en que los acontecimientos adoptan una forma que se puede comunicar como noticia es siempre muy discutible. No cabe duda de que los buenos periodistas suelen tardar menos en encontrar una noticia que en parar un taxi. Nos referimos a que si ven un edificio mal apuntalado, no tienen que esperar a que se derrumbe para reconocer la noticia. Un gran periodista de sucesos, por ejemplo, adivinó el nombre del que sería el siguiente virrey indio simplemente con escuchar que el Lord no sé qué estaba haciendo averiguaciones al respecto. Ahora bien, el número de individuos que tiende a dar en el clavo es escaso. Por lo general, lo que lleva a descubrir una noticia es la forma estereotipada, asumida por un suceso en un lugar evidente. Y el lugar más evidente es aquel que entra en contacto con la autoridad pública. De minimis non curat lex.¹⁸⁸ Es bajo estas condiciones que las bodas, nacimientos, muertes, contratos, fracasos, llegadas, salidas, procedimientos judiciales, desórdenes, epidemias y calamidades salen a la luz.

Por tanto, en primera instancia, las noticias no son un espejo de las condiciones sociales, sino la comunicación de algún aspecto que se impone por sí mismo. Las noticias nunca nos dicen cómo está germinando la semilla plantada bajo tierra, sino que narran el momento en que el primer brote hace su aparición

en la superficie. En ocasiones nos refieren incluso que el brote no apareció cuando se esperaba; es decir, cuantos más puntos de apoyo tengan los sucesos, o más sean los aspectos que les den carácter material o que permitan medirlos y nombrarlos, el número de puntos en los que podrán generarse noticias será mayor.

Si llegase el día en que una asamblea legislativa, habiendo agotado otros métodos alternativos para perfeccionar a la humanidad, prohibiese el uso de cronómetros y marcadores en los partidos de béisbol, aún sería posible organizar algún tipo de juego en el que los árbitros decidiesen, según su interpretación de qué es un juego justo, cuánto tiempo deberían durar los partidos, cuándo debería batear cada equipo y cuál de los contrincantes debería ser considerado el ganador. Si un partido de estas características se narrase en los periódicos, todo lo que leeríamos sería la descripción de las decisiones del árbitro, la interpretación personal de los periodistas de los silbidos y aplausos del público y, en el mejor de los casos, un vago recuento de cómo ciertos hombres, sin ninguna alineación específica, se movieron durante un par de horas alrededor de un campo sin marcas. Cuanto más tratemos de comprender la lógica de una situación tan absurda como esta, más evidente será que a efectos de la recopilación de información (y no digamos a efectos prácticos de dicho juego) no se puede hacer gran cosa, cuando se carece de sistemas y normas que puntúen, nombren y registren. Esto explica el que a veces los árbitros se vuelvan medio locos, pues debido a que tales sistemas distan mucho de ser perfectos, se ven obligados a arbitrar partidos decisivos atendiendo a lo que ven. En estos casos podrían llegar a evitarse todos los motivos de disputa, como se logran evitar en el ajedrez cuando los jugadores respetan las reglas del juego, si alguien considerase oportuno fotografiar cada jugada. A este respecto el cine ha sido lo que finalmente ha zanjado la duda en muchos periodistas acerca de qué golpe de Dempsey dejó sin sentido a Carpentier. Esto se debe, naturalmente, a la lentitud del ojo humano.

En todos los ámbitos en los que se dispone de una maquinaria efectiva para registrar los hechos, los servicios modernos de prensa funcionan con suma precisión. En el caso de la bolsa, por ejemplo, la maquinaria permite difundir por medio de teletipos noticias fiables sobre las oscilaciones de los precios. También existe una maquinaria encargada de comunicar los resultados electorales, de forma que cuando el recuento y la tabulación de los votos se efectúan correctamente, éstos se suelen conocer la noche de las elecciones. En las comunidades civilizadas, las muertes, nacimientos, bodas y divorcios se registran y conocen con exactitud, a menos que se haya ocultado algún dato o se haya producido algún fallo por negligencia. También algunos aspectos de la industria y el gobierno, aunque sólo algunos, disponen de una maquinaria similar que, con distintos grados de precisión, transmite información sobre valores, dinero,

materias primas, compensaciones bancarias, transacciones inmobiliarias y escalas de salarios. Por último, debemos añadir a esta lista la importación y exportación de bienes, debido a que el control aduanero de las mercancías permite que éstas queden registradas directamente. Lo mismo sucede, aunque no en la misma medida, en el ámbito del comercio nacional y, en particular, de la venta al por menor.

En mi opinión, todos estaremos de acuerdo en que existe una relación directa entre el grado de veracidad de las noticias y los sistemas de registro. Si recordásemos a qué temas se refieren las principales acusaciones que los reformistas reprochan a la prensa, veríamos que algunos de ellos se asemejan bastante a un partido de béisbol sin marcador en el que los periódicos hacen las veces de árbitro. Sirvan de ejemplo todas las noticias referidas a estados mentales, así como las descripciones de personalidad, grados de sinceridad, aspiraciones, motivos, intenciones, sentimientos de la muchedumbre, sentimientos nacionales, la opinión pública y la política de gobiernos extranjeros. Este también es el caso de muchas de las noticias que tratan sobre lo que va a pasar en el futuro, así como de todas las que se refieren a los beneficios del sector privado, ingresos personales, salarios, condiciones laborales, el grado de eficiencia de los trabajadores, las oportunidades de educación, el desempleo¹⁸⁹, la monotonía, la salud, la discriminación, la injusticia, las restricciones al comercio, el despilfarro, los "pueblos subdesarrollados", el conservadurismo, el imperialismo, el radicalismo, la libertad, el honor y la rectitud. Todas las noticias que versan sobre estos temas conllevan la recopilación de una serie de datos que en el mejor de los casos sólo se habrán registrado de forma discontinua. En ocasiones tales datos se ocultan, debido a la censura o a que por tradición pertenecen al ámbito de lo privado, pero a veces simplemente no existen, porque nadie ha considerado importante registrarlos, porque se han tomado por papeleo burocrático o porque nadie ha inventado todavía un sistema objetivo de medición. En consecuencia, todas las noticias referidas a estas cuestiones terminan siendo objeto de debates o cayendo en el olvido. Los sucesos que no se puntúan tienen, pues, dos destinos alternativos: o se comunican en forma de opiniones personales y convencionales, o nunca llegan a ser noticia. En cualquier caso, nunca logran adquirir forma hasta que alguien protesta o investiga, o hasta que se hacen públicos, en el sentido etimológico de la palabra, y se convierten en una *cuestión importante*.

Este es el motivo de que existan las agencias de prensa. El alto grado de circunspección existente sobre qué hechos e impresiones deben comunicarse está convenciendo firmemente a todo tipo de organizaciones de que, tanto para obtener publicidad como para evitarla, el ejercicio de la prudencia no debe recaer en los periodistas; es más seguro contratar a agentes de prensa que se interpongan entre ellas y los periódicos. Una vez contratados, la tentación de

explotar su posición estratégica es irresistible. "Poco antes de la guerra", dice Frank Cobb, "los periódicos de Nueva York elaboraron un censo de los agentes de prensa debidamente acreditados a los que se contrataba con regularidad. Descubrieron que había unos 12.000. No sé cuántos hay ahora (1919) y tampoco pretendo saberlo, pero sí sé que se han cerrado muchos canales directos de comunicación y que ahora la información destinada al público se filtra en primer lugar a través de los agentes de prensa. Todas las grandes corporaciones tienen uno, igual que los bancos, las compañías ferroviarias y las organizaciones empresariales, sociales y políticas. Ellos son los medios de comunicación de los que obtenemos las noticias. Incluso los hombres de estado tienen agentes de prensa."¹⁹⁰

Si la función de los periodistas consistiese simplemente en recopilar hechos obvios, los agentes de prensa serían poco más que secretarios. Sin embargo, en lo que respecta a la mayor parte de los temas sobre los que versa cualquier noticia, los hechos nunca son sencillos ni obvios, sino que están sujetos a opiniones y cribas, por lo que es natural que todo el mundo desee llevar a cabo su propia selección de los hechos antes de que los periódicos los impriman. Eso es precisamente lo que hacen los publicistas y no cabe duda de que ahorran mucho trabajo a los periodistas, dado que les presentan una imagen clara de situaciones a las que, de otro modo, quizá no pudiesen encontrarles ni pies ni cabeza. No obstante, de esto se deduce que la imagen que los publicistas elaboran para los periodistas es la que desean que el público vea. Son, pues, censores y propagandistas y sólo tienen la obligación de rendir cuentas a quienes les contratan. Por otro lado, sólo deben ser fieles a la verdad que concuerde con los intereses de sus jefes.

El auge de los publicistas es un síntoma evidente de que los hechos de la vida moderna no cobran espontáneamente una forma que podamos reconocer, sino que alguien debe dársela, y como la rutina diaria de los periodistas de sucesos no incluye esta labor y apenas existe una organización de la información que pueda calificarse de desinteresada, siempre son las partes interesadas quienes satisfacen la necesidad social de que alguien formule los hechos.

3

Los buenos agentes de prensa saben que las virtudes de las causas que defienden no serán noticia a menos que sean tan poco habituales que resulten exóticas. Esto no debe interpretarse como que a los periódicos no les gusta la virtud, sino a que no vale la pena decir que no ha pasado nada, cuando nadie espera lo contrario. Por tanto, no haríamos más que hablar con propiedad, si afirmásemos que sólo logran obtener publicidad gratuita cuando consiguen empezar algo. Esto les lleva a emplear ardid publicitarios tales como colapsar

el tráfico, provocar a la policía o apañárselas de alguna manera para relacionar a sus clientes o las causas que defienden con algún suceso que ya sea noticia. Las sufragistas, por ejemplo, que aunque no puede decirse que estuvieran particularmente a favor de esta técnica la conocían y actuaron en consecuencia, consiguieron que los periódicos hablaran acerca del voto femenino mucho tiempo después de que los argumentos a favor y en contra hubieran perdido toda consistencia y de que a los ojos de la muchedumbre el movimiento sufragista se hubiese convertido en otra institución consolidada más de la vida americana¹⁹¹.

Afortunadamente, las sufragistas, a diferencia de las feministas, tenían un objetivo concreto y claro. No es que lo que el voto simboliza sea sencillo, como sin duda alguna sabían los defensores y detractores más capaces del sufragismo, pero el derecho a votar sí es un derecho claro y familiar. En los conflictos laborales, que probablemente constituyen el principal cargo de las acusaciones que se imputan a la prensa, el derecho a la huelga, como el derecho a votar, también es lo bastante claro. Sin embargo, las causas y objetivos de cada huelga en particular son, como las causas y objetivos del movimiento feminista, extremadamente sutiles.

Supongamos a modo de ejemplo que una serie de condiciones laborales pésimas desencadenasen una huelga. ¿Qué medida del mal se emplearía para determinar dichas condiciones? Sin duda, una concepción determinada de lo que se considera apropiado en términos de calidad de vida, higiene, seguridad económica y dignidad humana. Por tanto, pudiera ser que la industria se hallase por debajo del límite teórico que sirviese de referencia a la comunidad y que los obreros estuvieran demasiado abatidos como para protestar. Pero también pudiera ser que las condiciones superasen dicho límite y que, sin embargo, los obreros protestasen violentamente. Lo cierto es que todo límite teórico constituye una medida vaga. A los efectos de nuestro ejemplo, nosotros vamos a asumir que las condiciones están por debajo de la media, conforme al criterio del director del periódico local. A veces ocurre que, sin esperar a que los obreros amenacen, los periódicos, pongamos que alertados por algún trabajador social, envían a algunos periodistas de sucesos para que investiguen y, acto seguido, advierten a la sociedad de la existencia de malas condiciones laborales. Por fuerza, esto no puede hacerse a menudo, debido a que esta clase de investigaciones consumen tiempo y dinero, y requieren espacio y un talento especial. Para redactar un artículo convincente sobre lo malas que son las condiciones laborales, se hace necesario imprimir muchas columnas. De la misma forma, cuando se narró la verdad acerca de lo sucedido con los trabajadores del acero en el distrito de Pittsburgh, se necesitaron muchos investigadores, tiempo y un volumen ingente de páginas impresas. Ningún diario puede permitirse el lujo de sentirse obligado a elaborar informes¹⁹² de este tipo o como el que firmó el *Interchurch World Movement* sobre el sector del acero¹⁹³.

La existencia de condiciones pésimas no es en sí misma una noticia, porque salvo algunos casos excepcionales, la misión de la prensa no consiste en informar de primera mano sobre la materia prima, sino que informa una vez que dicho material ha sido estilizado. Por tanto, la existencia de malas condiciones laborales sólo podría convertirse en noticia, si el Ministerio de Sanidad denunciara un índice de mortandad excesivamente elevado en el sector. En ausencia de intervenciones de este tipo, los hechos no se convertirán en noticia hasta que los obreros se organicen y planteen una exigencia concreta a sus patrones. Pese a todo, si obreros y patronal llegasen a un acuerdo con facilidad, la noticia apenas tendría eco, por mucho que mejorasen las condiciones. Por el contrario, si las negociaciones se colapsasen y como resultado se produjese una huelga de los trabajadores o un paro de la patronal, el valor de la noticia se incrementaría, y aún podría incrementarse más, si se produjese una alteración del orden existente o se interrumpiese la prestación de algún servicio del que los lectores de prensa dependiesen directamente.

Los males sociales subyacentes de esta índole se plasman en las noticias a través de ciertos síntomas fáciles de reconocer, como exigencias, huelgas o desórdenes. Desde el punto de vista de los trabajadores o de los observadores imparciales preocupados por la justicia, tales acontecimientos no son más que incidentes de un proceso mucho más complejo. No obstante, dado que todas las realidades inmediatas quedan fuera de la experiencia directa tanto de los informantes como del público de la mayor parte de los periódicos, normalmente éstos tienen que esperar a percibir algún indicio en forma de hecho patente. Cuando por fin lo perciben, ya sea en forma de abandono del trabajo como medida reivindicativa o en forma de actuación policial, entran en escena sus estereotipos sobre huelgas y desórdenes. El conflicto perderá así su sabor original, dado que sólo llega a conocerse en abstracto y esta abstracción sólo cobra vida por la acción de las experiencias inmediatas del lector y del periodista. Naturalmente, éstas son muy diferentes de las que puedan tener los huelguistas. Estos sienten, por así decir, la furia de los capataces, la desquiciante monotonía de las máquinas, las condiciones deprimentes de su entorno, la dureza de la vida de sus mujeres, el raquitismo de sus hijos y el aire lúgubre de sus viviendas. Los eslóganes de sus huelgas están investidos de estos sentimientos. Sin embargo, los periodistas y los lectores en principio sólo ven una huelga y algunos eslóganes que, a su vez, quedan investidos de sus propios sentimientos, que tal vez consistan en el temor a perder su puesto de trabajo, porque los huelguistas están parando la cadena de producción de los bienes que necesitan para trabajar; o en el temor a que como resultado se reduzca la oferta y se incrementen los precios; o también en el tremendo sentimiento de malestar que la suma de todo ello les produce. También esto es real. Por tanto, cuando por fin la noticia abstracta de que se ha convocado una huelga haya cobrado vida ante los ojos

del público, lo normal será que los obreros estén en desventaja. Es decir, está en la misma naturaleza de relaciones del sistema industrial existente el que las noticias derivadas de las quejas o esperanzas de los trabajadores salgan siempre a la luz a raíz de algún ataque abierto a la producción.

Tenemos, por tanto, que las circunstancias del conflicto se desarrollan en toda su complejidad; se producen los hechos patentes que las ponen de manifiesto; a continuación se publican los comunicados estereotipados en que se recogen los indicios y, por último, los lectores dotan a los hechos de un significado particular que previamente han extraído de la experiencia que les afecta directamente. De hecho es posible que la experiencia que los lectores tengan de una huelga sea muy importante, pero desde el punto de vista del conflicto central que ha originado la huelga actual, se trata de algo extrínseco. No obstante, este significado se convierte automáticamente en lo más interesante,¹⁹⁴ dado que para que su imaginación consiga abrirles las puertas del meollo de la cuestión, los lectores deberán salir de sí mismos e introducirse en vidas muy diferentes de las suyas.

De todo esto se deduce que con respecto a la comunicación de noticias relativas a huelgas, lo más sencillo consiste en dejar que las noticias salgan a la luz por la acción de los hechos manifiestos y, a continuación, describir los sucesos como algo que interfiere en la vida de los lectores, dado que ésta es la mejor manera de captar su atención y despertará su interés. La mayor parte, personalmente opino que la más crucial, de lo que a los ojos de los obreros y los reformistas parece una tergiversación deliberada de los hechos por parte de los periódicos, es el resultado directo de, por una parte, la dificultad práctica de sacar las noticias a la luz y, por otra, la dificultad emocional que supone conseguir que lo que sólo son hechos distantes resulten interesantes, a no ser que, como dice Emerson, podamos "percibir los hechos como una nueva versión de alguna experiencia que nos resulte familiar" y podamos "traducirlos inmediatamente a nuestros hechos paralelos."¹⁹⁵

Si analizásemos la manera en que la prensa nos informa acerca de la mayor parte de las huelgas, veríamos que el punto conflictivo casi nunca aparece en los titulares, apenas se refleja en los primeros párrafos y, en ocasiones, no aparece mencionado en ninguna parte. Por otro lado, en el caso de los conflictos laborales que se desarrollan en otras ciudades, ninguna noticia incluirá información concreta acerca de qué es lo que está en juego, a menos que sean verdaderamente importantes. La rutina de la prensa funciona así, y salvo algunas diferencias, funciona exactamente igual en lo referente a cuestiones políticas y noticias internacionales. Las noticias son, pues, la explicación de las fases patentes que resultan interesantes y son muchos los elementos de presión que obligan a los periódicos a ceñirse a esta rutina, como por ejemplo una economía

del esfuerzo que sólo permite registrar la fase estereotipada de cada situación; o bien la dificultad de encontrar periodistas que sean capaces de percibir lo que no han aprendido a ver; o la dificultad prácticamente insalvable de encontrar un espacio suficiente para que incluso los mejores periodistas puedan hacer plausible un punto de vista no convencional; y, por último, la necesidad financiera de lograr que los lectores se interesen rápidamente, o el riesgo que supone no lograrlo y la posibilidad de ofenderles, si se les dan noticias inesperadas descritas torpe o pobremente. La suma de todas estas dificultades contribuye a fomentar la incertidumbre de los directores de los periódicos cuando lo único que tienen para publicar son noticias relativas a cuestiones que consideran de alto riesgo. Naturalmente, en estos casos todos optan por ceñirse a los hechos indiscutibles y por dar a las noticias el tratamiento que mejor se adapte a los intereses de los lectores. Aquí, el hecho indiscutible sería la huelga, y el interés del lector, las molestias que ésta pueda causarle.

La forma en que actualmente está organizada la industria en general hace que todas las verdades más sutiles y profundas parezcan dudosas, dado que se basan en juicios sobre la calidad de vida, la productividad y los derechos humanos, los cuales pueden discutirse hasta el agotamiento, a falta de sistemas exactos de medición y análisis cuantitativos. Mientras la industria carezca de tales sistemas, el curso de las noticias relacionadas con dichas cuestiones tenderá, como dice Emerson citando a Isócrates, a "hacer montañas de granos de arena y viceversa." ¹⁹⁶ La falta de procedimientos constitucionales en la industria y la escasez de expertos capaces de distinguir entre pruebas y opiniones harán que todo hecho de tinta sensacionalista de cara al lector se convierta en objeto de búsqueda para el reportero. Dada la naturaleza de las relaciones laborales en la industria, por mucho que los conflictos se sometan a las decisiones de algún comité mixto o a procedimientos de arbitraje, y por mucho que los hechos decisivos para la toma de decisiones nunca se filtren a la prensa con imparcialidad, los lectores y la industria nunca coincidirán a la hora de definir el meollo de la cuestión. Por tanto, interponer recursos de apelación ante la prensa supone imponer una responsabilidad a periódicos y lectores a la que ni pueden, ni deberían hacer frente. Mientras no existan una ley y un orden reales, el grueso de las noticias perjudicará, a menos que se propongan corregirlas una a una a conciencia y con valentía, a aquellos que carecen de medios ordenados y legítimos para hacerse valer por sí mismos. Los comunicados de la escena de la acción señalarán los problemas derivados de sus reivindicaciones, en vez de las razones que las provocaron. Las razones permanecen intangibles.

Los directores de los periódicos se guían por este tipo de comunicados, ya que rara vez son testigos directos de la mayor parte de lo que sucede. Los leen sentados en sus despachos. Por otro lado, todos ellos deben esforzarse diariamente para obtener la atención de sus lectores, porque éstos les abandonarían sin ninguna piedad, si algún periódico de la competencia acertara a satisfacer sus caprichos. Todos están, pues, sometidos a una gran presión, debido a que la competencia entre ellos suele ser cuestión de minutos. Cada vez que reciben un comunicado tienen que celebrar un juicio rápido, pero complejo, que consiste en comprender lo que leen, relacionarlo con otros comunicados previamente asimilados y darle o restarle importancia en función del interés que, en su opinión, probablemente tendrá para los lectores. Por tanto, sin la estandarización, los estereotipos, los juicios de valor rutinarios y un despiadado desprecio por la sutileza, los editores no tardarían en morir aplastados bajo la presión. Las páginas que finalmente se imprimirán deben, además, ceñirse a unas dimensiones determinadas y estar listas en el momento exacto; cada artículo debe contener un número determinado de títulos y subtítulos y éstos, a su vez, no deben sobrepasar un número determinado de caracteres. Por otra parte, no debemos olvidar las precarias necesidades del público cliente, la legislación que sanciona los delitos por injuria, calumnia y difamación y la posibilidad de que en cualquier momento surjan problemas uno tras otro. Debido a todos estos factores, los directores de los periódicos no podrían llevar a cabo su trabajo, si no sistematizaran todo, dado que la estandarización genera economía de tiempo y esfuerzo y constituye una garantía parcial contra el fracaso.

En este sentido los periódicos se influyen mutuamente. Sirva de ejemplo que cuando la guerra estalló, los periódicos estadounidenses se vieron en la necesidad de abordar una cuestión sobre la que carecían de experiencia previa, lo que llevó a los que eran lo suficientemente ricos para afrontar el coste de los cablegramas a proporcionar a los demás tanto las noticias como su forma de presentación, que se impuso como el modelo a seguir por toda la prensa. No obstante, cabe preguntarse de dónde había surgido tal modelo. La respuesta es que de los periódicos británicos, no porque Northcliffe¹⁹⁷ poseyera periódicos estadounidenses, sino porque al principio resultó más sencillo comprar columnas inglesas y, más tarde, porque a los periodistas estadounidenses les era más fácil leer periódicos británicos que intentar descifrar cualquier otro. Londres se convirtió, pues, en el epicentro de todos los cablegramas y noticias, y desarrolló una cierta técnica de comunicación de las noticias relativas a la guerra. Algo similar sucedió con la comunicación de noticias sobre la Revolución Rusa. En este caso, el acceso de la prensa a Rusia estaba bloqueado por la censura militar, tanto rusa como del bando Aliado, pero sobre todo por la barrera lingüística, que

constituía un obstáculo aún más eficaz que el anterior. No obstante, lo que por encima de todo impidió la comunicación efectiva de noticias fue el hecho de que lo más difícil de comunicar es el caos, por mucho que se trate de un caos en evolución. Esto hizo que en los puntos de origen de los comunicados, es decir, en Helsinki, Estocolmo, Ginebra, París y Londres, la formulación de las noticias quedase en manos de censores y propagandistas, que durante mucho tiempo se vieron libres de cualquier tipo de control. Hasta que no hicieron el mayor de los ridículos, se dedicaron a crear una serie de estereotipos basados, admitámoslo, en algunos aspectos verídicos de la vorágine rusa que evocaban tanto odio y miedo, que el mejor instinto periodístico, es decir, el deseo de ir, ver y contar, quedó anulado durante mucho tiempo.¹⁹⁸

5

Los periódicos, tal y como finalmente llegan a manos de los lectores, son el resultado de una serie de decisiones relativas a qué debe imprimirse, qué orden deben seguir las noticias, cuánto espacio deben ocupar y qué aspectos se deben enfatizar en cada caso. No hay ningún criterio objetivo que se pueda aplicar. Todo son convencionalismos. Sirva de ejemplo que si tomásemos dos periódicos publicados el mismo día y en la misma ciudad, cuyos titulares fuesen "Gran Bretaña promete ayuda a Berlín contra la agresión de Francia; Francia respalda a Polonia abiertamente" y "El otro amor de la Sra. de Stillman" respectivamente, nuestra preferencia por uno u otro sería una cuestión de gusto, pero no exclusivamente una cuestión del gusto de los editores, sino de sus opiniones sobre qué tema les permitirá captar la media hora de atención que un grupo determinado de lectores dedicará a su periódico. Ahora bien, captar la atención no equivale en absoluto a mostrar las noticias desde la perspectiva impuesta por la enseñanza religiosa o cualquier otra forma de cultura ética, sino que consiste en provocar ciertos sentimientos en el lector; en inducirle para que personalmente se sienta identificado de alguna manera con las historias que lee. Las noticias que no nos ofrecen la posibilidad de introducirnos en los conflictos que describen, nunca consiguen captar audiencias numerosas. Éstas deben participar en las noticias tanto como lo hacen en una obra dramática, a base de identificarse con ellas personalmente. De la misma forma que contenemos el aliento cuando la heroína está en peligro o cuando mentalmente ayudamos a Babe Ruth a batear, así, de modo más sutil, los lectores tienen la capacidad de introducirse en las noticias. Mas para ello deben encontrar en lo relatado algún punto de apoyo familiar, que los editores aportan valiéndose de estereotipos. Éstos indican que si a una asociación de fontaneros se le llama "cártel", lo correcto será censurarla, mientras que si se le llama "grupo de hombres de negocio importantes", merecerá una reacción favorable.

El poder de crear opiniones reside en una combinación de todos estos elementos. Dicho poder se refuerza con la ayuda de editoriales en los casos en que las páginas de prensa resultan excesivamente confusas para favorecer la identificación. Los editoriales proporcionan a los lectores la clave que les permite tomar partido. Es necesario que dispongan de una clave dado que, como nos sucede a la mayoría, deben captar la noticia de forma apresurada. Piden algún tipo de sugerencia que les indique cómo deben hablar y cómo deben, de acuerdo a la concepción que tienen de sí mismos, integrar sus sentimientos en las noticias que acaban de leer.

Walter Bagehot¹⁹⁹ escribió que "se ha afirmado que basta con que pongamos a pensar a cualquier británico de clase media sobre si hay o no caracoles en Saturno, para que se forme una opinión al respecto. Será difícil conseguir que piense en ello, pero si lo hace, no podrá mantenerse indiferente, sino que tendrá que llegar a alguna conclusión y, naturalmente, lo mismo ocurre con cualquier tema de la vida cotidiana. Los tenderos, por ejemplo, tienen todo un sistema de creencias con respecto a la política internacional, de la misma forma que las señoritas jóvenes disponen de sus propias teorías acerca de los sacramentos, y ninguno de ellos alberga dudas al respecto."

No obstante, esos mismos tenderos tendrán muchas dudas sobre su mercancía y esas mismas señoritas, que están completamente seguras sobre los sacramentos, quizá tengan muchas dudas sobre si deben o no casarse con el tendero de la esquina o si es o no correcto aceptar sus atenciones. La capacidad de permanecer indiferente implica o falta de interés por los resultados o plena conciencia de las alternativas. En el caso de la política internacional o los sacramentos, el interés por los resultados es intenso, mientras que los medios de verificar la opinión son pobres. Este es el problema de los lectores de noticias generales. Sólo las leerán, si se sienten interesados, es decir, si consiguen meterse en la situación y los resultados potenciales les importan. Sin embargo, desde el momento que sientan interés perderán la capacidad de mostrarse indiferentes, y a menos que tengan medios de comprobar las claves que su periódico les proporciona, su propio interés les impedirá llegar al equilibrio de opiniones que más pueda aproximarse a la verdad. Cuanto mayor sea el grado de pasión con que se impliquen, tanto los puntos de vista diferentes como las noticias alarmantes les irritarán. Esto explica por qué muchos periódicos consideran que, habiendo suscitado con toda honradez el partidismo de sus lectores, luego no resulta fácil cambiar de postura, aun suponiendo que el editor crea que los hechos lo justifican. Por tanto, cuando se imponga la necesidad de cambiar, la transición deberá efectuarse con la máxima delicadeza y habilidad. Por lo general, ningún periódico intentará llevar a cabo algo tan arriesgado; resulta más sencillo y seguro eliminar todas las noticias sobre la cuestión en juego, de modo que el fuego se apague a base de no echar más leña.

Capítulo 24. Las noticias, la verdad y una conclusión

1

Según vamos realizando estudios cada vez más exactos en torno a la prensa, mayor confianza habremos de depositar en nuestras hipótesis. Si asumiéramos que verdades y noticias son la misma cosa, como hacen Sinclair y la mayor parte de sus detractores, no llegaríamos a ninguna parte. Tan sólo podríamos demostrar que los periódicos han mentido acerca de tal cosa y que la versión de Sinclair sobre tal hecho es falsa; que Sinclair mintió cuando dijo que alguien había mentido y que alguien faltó a la verdad cuando dijo que Sinclair, a su vez, había engañado. Daríamos, pues, rienda suelta a nuestros sentimientos, pero no lograríamos sacar nada en claro.

La hipótesis que en mi opinión resulta más fértil es la de que verdades y noticias no son la misma cosa y debemos distinguirlas claramente²⁰⁰. Las noticias tienen la misión de señalar sucesos, mientras que las verdades tienen la misión de sacar a la luz hechos ocultos, poner de manifiesto las relaciones que los vinculan entre sí y proporcionarnos una imagen de la realidad en base a la cual podamos actuar. Las verdades y las noticias sólo coinciden en aquellos puntos en que las condiciones sociales adoptan una forma reconocible y mensurable, pero en términos comparativos éstos sólo representan un porcentaje mínimo de nuestros intereses. Es en dicho sector, y sólo en él, que el grado de veracidad de las noticias presenta la suficiente exactitud como para considerar cualquier acusación de tergiversación u omisión algo más que una opinión partidista. No hay defensa, atenuantes ni excusas que valgan, si alguien afirma seis veces que Lenin está muerto, basándose exclusivamente en un comunicado procedente de una fuente que más de una vez haya demostrado ser poco fiable. En estos casos, la noticia no debe rezar "Lenin ha muerto", sino "Helsinki dice que Lenin está muerto". A todos los periódicos se les puede exigir que asuman la responsabilidad de no dar a Lenin por muerto, más allá de lo que confíen en la fuente de la noticia. Si hay algo de lo que los directores de los periódicos son los máximos responsables es de su opinión sobre la fiabilidad de las fuentes. No obstante, resulta imposible comprobar el grado de veracidad de las noticias que versan sobre, por ejemplo, lo que quiere el pueblo ruso.

Personalmente opino que la imposibilidad de comprobar el grado de veracidad de las noticias es lo que mejor explica la naturaleza de la profesión. Son muy pocas las áreas del conocimiento exacto que los periodistas pueden abordar sin poseer ninguna capacidad sobresaliente o educación previa; el resto depende de su discreción. Nos referimos a que una vez hayan abandonado el terreno seguro de la bancarrota de John Smith, perfectamente registrada en la Oficina del Secretario del Condado, desaparecerán todos los estándares fijos; la

historia de las causas del fracaso de John Smith, de sus debilidades humanas y de las condiciones económicas en que naufragó puede narrarse de mil formas distintas. La psicología aplicada carece de una disciplina, como la que hay en medicina, ingeniería o incluso derecho, que tenga el poder de dirigir la mente de los periodistas una vez que hayan cruzado la frontera que separa las noticias del vago reino de la verdad. No hay cánones que permitan dirigir su propio pensamiento, como tampoco los hay para forzar las opiniones de lectores o editores. Sus versiones de la verdad sólo son eso, versiones. ¿De qué manera pueden demostrar la verdad, tal y como la ven? No pueden hacerlo más de lo que Sinclair Lewis puede demostrar que ha dicho toda la verdad acerca de Main Street. Cuanto más conscientes sean de sus propias limitaciones, más tenderán a admitir que, en los casos en los que no resulta posible comprobar con objetividad el grado de veracidad de las noticias, en alguna medida vital sus opiniones se basarán en sus estereotipos personales, sus propios códigos y las necesidades de sus intereses. Por tanto, sabrán que están viendo el mundo a través de unas lentes subjetivas y no podrán negar que también ellos son, como dijo Shelley, cúpulas construidas con cristales de muchos colores que manchan el blanco resplandor de la eternidad.

Este conocimiento de sus limitaciones templará su seguridad; por mucho valor moral que tengan, carecerán de esa convicción de la que en otra época se alimentó la técnica que en última instancia logró liberar a la ciencia del control teológico. Fue el desarrollo gradual de un método indiscutible lo que otorgó a físicos y químicos su libertad intelectual frente a todos los poderes del mundo. Aportaron pruebas tan evidentes y a la vez tan superiores a la tradición, que finalmente pudieron emanciparse de todo tipo de controles. Sin embargo, ni su propia conciencia ni los hechos proporcionan a los periodistas un apoyo semejante; el control que las opiniones de sus patrones y lectores ejercen sobre ellos no es el control de los prejuicios sobre la verdad, sino el que una opinión ejerce sobre otra, que por demostración no es menos cierta. Entre la afirmación del Juez Gary de que los sindicatos destrozarán a las instituciones estadounidenses y la de Gompers de que son agencias que defienden los derechos humanos, nuestra postura dependerá en gran medida de nuestra voluntad de creer.

Desinflar tales controversias y reducirlas al punto en que pueden ser comunicadas en forma de noticias, no es una tarea que el reportero pueda hacer. Lo que éstos sí pueden y deben, es hacer que el público se dé cuenta de la naturaleza incierta de la verdad en la que basan sus opiniones y, fomentando la crítica y una cierta agitación, estimular a la ciencia social para que formule los hechos sociales de manera que resulten más útiles y a los hombres de estado para que establezcan instituciones más transparentes. La prensa puede, dicho de otro modo, luchar para que la verdad comunicable se difunda. Pero dada la

organización actual de la verdad social, su constitución no está hecha para proporcionar entre tirada y tirada el volumen de conocimiento que exige la teoría democrática de la opinión pública. Esto no se debe a la teoría del Cheque Dorado, como demuestra la calidad de las noticias que publican los periódicos radicales, sino a que la prensa se desenvuelve en una sociedad en donde las fuerzas gobernantes se constatan de modo tan defectuoso. La teoría de que la prensa puede por sí misma dejar constancia de la acción de tales fuerzas es falsa. Normalmente, sólo puede dejar constancia de lo que el funcionamiento de las instituciones haya registrado para ella previamente. El resto tiene que argumentarse o presentarse en forma de opiniones, por lo que vacilará en función de los avatares, las inhibiciones, y la valentía del espíritu humano.

Por tanto, si la prensa no es tan universalmente perversa ni organiza tantas conspiraciones como Sinclair nos ha hecho creer, tal vez sea mucho más frágil de lo que la teoría democrática nunca ha llegado a admitir. De hecho es demasiado frágil para soportar sobre sus hombros todo el peso de la soberanía popular, es decir, para suministrar espontáneamente la misma verdad que los demócratas confiaban en que fuera innata. Por tanto, cuando esperamos que nos suministre tales verdades no hacemos más que juzgarla aplicando un criterio engañoso: malinterpretamos la naturaleza limitada de las noticias, junto a la ilimitada complejidad de la sociedad; sobrestimamos nuestra propia resistencia, espíritu público y capacidad en general. Damos por hecho que sentimos apetito por verdades que no son interesantes; sin embargo, una comprobación veraz de nuestros propios gustos nunca pondrá de manifiesto la existencia de tal apetito.

En consecuencia, si concluyésemos que los periódicos deberían asumir la responsabilidad de traducir toda la vida pública de la humanidad, de manera que todos los adultos se pudieran formar una opinión sobre todos los asuntos discutibles, llegaríamos a la conclusión de que han fracasado, de que están llamados a fracasar y de que seguirán fracasando en cualquier tiempo futuro que podamos concebir. Es imposible pretender que un mundo basado en la división del trabajo y la distribución del poder sea gobernado por opiniones universales compartidas por toda la población. De manera inconsciente, la teoría convierte a cada lector en un ciudadano teóricamente omnicompetente, y carga a la prensa con la responsabilidad de llevar con éxito aquello en lo que los gobiernos representativos, organizaciones industriales y la diplomacia han fracasado. A la prensa se le exige que, a base de actuar sobre todos los individuos durante media hora cada 24 horas, sea capaz de crear una fuerza mística denominada Opinión Pública que, a su vez, deberá suplir la negligencia de las instituciones. La prensa se ha equivocado al creer que podría hacerlo. Asumiendo un gran coste moral, ha fomentado la creencia democrática, todavía hoy apegada a sus premisas originales, de que los periódicos suministrarán espontáneamente para cada órgano del gobierno y problema social la maquinaria de información que por lo

general éstos no son capaces de suministrar por sí mismos. Las instituciones, que han fracasado en lo que a proveerse a sí mismas de instrumentos de conocimiento se refiere, se han convertido en mares de "problemas" que supuestamente deberá solucionar el conjunto de la población con ayuda de la prensa.

Dicho de otro modo, la prensa se considera un órgano directo de la democracia, responsable en grado mucho mayor de desempeñar día a día la función que teóricamente corresponde a la iniciativa, el referéndum y las destituciones. La Corte de la Opinión Pública, en funcionamiento día y noche, debe determinar sin descanso las leyes de todas las cosas. Se trata de algo impracticable, y cuando se tiene en cuenta la naturaleza de las noticias, ni siquiera es imaginable. Ya que éstas, como hemos visto, son exactas en la medida que los sucesos quedan registrados con precisión. A menos que lo ocurrido se preste a ser nombrado, medido, moldeado y hecho algo específico, o bien no podrá tomar el carácter de noticia, o quedará sujeto a los accidentes y prejuicios de la observación.

Por tanto, la calidad de las noticias que versan sobre la sociedad moderna es, en su conjunto, un índice de su organización social. Cuanto mayor sea el grado de perfección de las instituciones, más acertadamente lograrán representar formalmente todos los intereses implicados, más asuntos se esclarecerán, más criterios objetivos se introducirán y mayor será el grado de exactitud con que los asuntos se podrán presentar en forma de noticias. En el mejor de los casos, la prensa es un servidor y guardián de las instituciones; en el peor, un medio por el que unos pocos explotan la falta de organización social para alcanzar sus fines. En la medida en que las instituciones funcionen mal, los periodistas sin escrúpulos podrán pescar en río revuelto, mientras que los más concienzudos se verán obligados a correr el riesgo de la incertidumbre.

La prensa no es el sustituto de las instituciones; tan sólo es como la luz de un reflector que se mueve de un lado a otro sin cesar, sacando episodios de la oscuridad e iluminándolos uno a uno. La humanidad no puede dirigir el mundo alumbrándose sólo con esta luz; no puede gobernar la sociedad atendiendo a episodios, incidentes y brotes. Será cuando la humanidad se alumbre con su propia luz fija, que la prensa, a su vez arrojando luz sobre ésta, logre dar a una situación el grado necesario de inteligibilidad que permita la toma de decisiones populares. La solución, como las causas del problema, debe buscarse más allá de la prensa: en una organización social basada en un sistema de análisis y registro, así como en todos los corolarios de este principio; en el abandono de la teoría del ciudadano omnicompetente, en la descentralización de la toma de decisiones y en su coordinación con ayuda de registros y análisis comparables. Si en los centros de poder se llevaran a cabo auditorías que hicieran inteligible el

trabajo a quienes lo hacen y a quienes lo supervisan, los asuntos no se destaparían a base de dar palos de ciego. En su lugar, la prensa obtendría la noticia por medio de un sistema de información que, a su vez, serviría de control sobre la misma prensa.

Este es el único medio de atajar los problemas de raíz. Dado que los problemas de la prensa, como los de los gobiernos representativos, ya sean territoriales o funcionales, y como los de la industria, ya sea capitalista, cooperativista o comunista, se remontan a la misma fuente: al fracaso de los pueblos autogobernados a la hora de trascender su experiencia fortuita y sus prejuicios, que sólo podrá corregirse inventando, creando y organizando una maquinaria del conocimiento. El hecho de que estén obligados a actuar sin poseer imágenes fiables del mundo, explica por qué los gobiernos, escuelas, periódicos e iglesias apenas han corregido los fallos más evidentes de la democracia: los prejuicios arraigados, la apatía, su preferencia no por la gris realidad, sino por todo lo que es trivial, pero curioso, y su apetito por las barracas y terneros de tres piernas. Éste es el principal defecto inherente a las tradiciones de los gobiernos representativos. Personalmente opino que el resto de sus defectos se derivan de él.

PARTE VIII: INTELIGENCIA ORGANIZADA

Capítulo 25. La cuña introducida

1

Si los remedios fuesen interesantes, los pioneros estadounidenses, como Charles McCarthy, Robert Valentine y Frederick W. Taylor, no habrían tenido que luchar tanto para hacerse escuchar. Pero está claro por qué tuvieron que luchar y por qué las oficinas gubernamentales de investigación, de auditorías industriales, de elaboración de presupuestos, *etc.* son los patitos feos de las reformas. Recorren en sentido inverso el proceso mediante el cual se crean opiniones públicas interesantes. En lugar de presentar hechos fortuitos, una gran pantalla de estereotipos y una identificación dramática, desarman el drama, se abren paso a través de los estereotipos y ofrecen a los hombres una imagen de hechos que es poco familiar y les resulta impersonal. Cuando el resultado no es doloroso, es aburrido, y aquellos a los que resulta doloroso, como el político especulador y el partidista que tanto tiene que ocultar, con frecuencia explotan el aburrimiento del público con el fin de librarse de su propio dolor.

2

Sin embargo, todas las comunidades complejas han solicitado la ayuda de hombres especiales; de augures, sacerdotes y ancianos. Nuestra propia democracia, pese a basarse en la teoría de la competencia universal, buscó abogados para que dirigieran el gobierno y para que ayudasen a dirigir la industria. Se admitió que los hombres con conocimientos especiales estaban orientados de alguna forma misteriosa hacia un sistema de verdades más amplio que el que surgía espontáneamente en la mente de los aficionados. No obstante, la experiencia demostró que el equipamiento intelectual tradicional de los abogados no bastaba. La Gran Sociedad había crecido desmesuradamente, y alcanzado dimensiones colosales, gracias a las aplicaciones del conocimiento técnico. Era la obra de ingenieros que habían aprendido a usar sistemas exactos de medición y análisis cuantitativos. Los hombres se empezaron a dar cuenta de que su gobierno no podía depender de individuos que pensasen acerca del bien y del mal empleando el razonamiento deductivo. Sólo la misma técnica que la había creado podría someterla al control humano. Así, las mentes gobernantes más iluminadas fueron llamando gradualmente a expertos adiestrados, o autodidactas, para que hicieran inteligibles algunos aspectos de la Gran Sociedad a quienes la dirigían. A estos hombres se les llama de muchas maneras, como estadistas, contables, auditores, asesores industriales,

ingenieros de diversas especialidades, gerentes científicos, administradores personales, investigadores, "científicos", y algunas veces simplemente secretarios personales. Cada uno de ellos trajo consigo su propia jerga, así como archivos, tarjeteros, gráficos, archivadores de anillas y, por encima de todo, el perfecto ideal del ejecutivo que se sienta a su mesa de trabajo con una hoja mecanografiada ante sus ojos, y toma decisiones sobre asuntos de política que le son presentados de tal forma, que él sólo tiene que aprobarlos o rechazarlos.

Este completo desarrollo fue el fruto no tanto de una evolución creativa y espontánea como de una ciega selección natural. Los hombres de estado, los ejecutivos, los líderes de partidos políticos y los responsables de las asociaciones de voluntarios se dieron cuenta de que alguien tendría que adiestrarles para que ellos pudieran discutir dos docenas de asuntos diferentes a lo largo del día. Empezaron pidiendo memorandos. Se dieron cuenta de que no podían leer tanta correspondencia. Solicitaron que alguien se encargase de subrayar las frases más interesantes de las cartas importantes. Vieron que no podían digerir informes mecanografiados tan voluminosos como los que se amontonaban sobre su mesa. Pidieron resúmenes. Les resultó imposible leer series interminables de números. Echaron mano de los hombres que hacían con ellas gráficos de colores. Se dieron cuenta de que no eran capaces de distinguir una máquina de otra. Contrataron a ingenieros para que las seleccionaran y les dijeran cuánto costaban, y para que les explicaran qué hacía cada una. Se liberaron de una carga tras otra, como quien se desprende de sombrero, abrigo y camisa para poder mover un pesado fardo.

3

Pero por raro que parezca, aunque los gobernantes sabían que necesitaban ayuda, tardaron mucho en recurrir a los científicos sociales. Los químicos, físicos y geólogos fueron recibidos mucho antes, y obtuvieron una bienvenida bastante más amistosa. Construyeron laboratorios para ellos y les ofrecieron incentivos, porque apreciaron de inmediato las victorias del hombre sobre la naturaleza. Sin embargo, el caso de los científicos que han hecho de la naturaleza humana su objeto de estudio es muy distinto. Esto se debe a muchas causas, pero fundamentalmente a que apenas tienen triunfos que exhibir. Casi nunca salen victoriosos, porque a menos que se ocupen del pasado histórico, no pueden demostrar sus teorías antes de presentarlas al público. Los físicos pueden formular hipótesis, probarlas y revisarlas cientos de veces, y si aun así se equivocan, nadie salvo ellos paga el precio de sus errores. Pero los científicos sociales no saben cómo ofrecer el mismo grado de convicción que las pruebas de laboratorio, y si se siguen sus consejos, y luego resulta que estaban equivocados, las consecuencias pueden ser imprevisibles. Está en la naturaleza

de las cosas que tengan un grado de responsabilidad mucho mayor y que estén rodeados de mucha más incertidumbre.

Pero eso no es todo. Las ciencias que se pueden estudiar dentro de un laboratorio no plantean ningún dilema entre pensamiento y acción. Los científicos pueden reproducir la acción artificialmente en forma de muestras cuantas veces quieran y examinarla a su gusto. Sin embargo, los científicos sociales se ven constantemente en un dilema. Si permanecen en sus bibliotecas, en donde pueden pensar a sus anchas, se obligan a depender de los registros impresos, excesivamente vacuos y escasos, que obtienen en forma de informes oficiales, periódicos y entrevistas. Si salen "al mundo" en el que todas las cosas acontecen, no les queda más remedio que invertir su tiempo en un aprendizaje largo, y con frecuencia inútil, para poder ser admitidos en el santuario en el que tales cosas se deciden. En ningún caso pueden entrar y salir del mundo de la acción a su antojo. En él no se admite a ningún oyente privilegiado. Los hombres de acción, habiendo observado que lo único que los científicos sociales saben acerca del exterior es lo que, al menos en parte, han aprendido en el interior, y sabiendo que dada la naturaleza de su ciencia no pueden demostrar ninguna hipótesis realizando experimentos en los laboratorios, sino que sólo pueden verificarlas en el mundo "real", se han formado una opinión más bien negativa de aquellos que no comparten su punto de vista sobre la política pública.

En el fondo de su alma los científicos sociales comparten esta opinión sobre sí mismos. Tienen muy poca seguridad sobre su propio trabajo. Sólo creen a medias en lo que hacen, y no estando seguros de nada, no pueden hallar argumentos convincentes para defender su libertad de pensamiento. ¿Qué pueden declarar a la luz de su propia conciencia?²⁰¹ Los datos de que disponen son inciertos, y carecen de medios para verificarlos. Sus mejores cualidades son una fuente de frustraciones. Cuando son verdaderamente críticos y están imbuidos del espíritu científico, no pueden ser doctrinarios y luchar en Armagedón contra los consejos de administración, los estudiantes, la Federación Cívica y la prensa conservadora en nombre de una teoría de la que no están seguros. Cuando se acude a Armagedón hay que luchar por el Señor, pero los científicos políticos siempre dudan de que el Señor les haya llamado.

En consecuencia, si hemos de concluir que tantos aspectos de la ciencia social son apologéticos en vez de constructivos, la explicación residirá en las oportunidades de la ciencia social, no en el "capitalismo". La física y la química se emanciparon del clericalismo creando un método que, a su vez, produjo unas conclusiones que nadie pudo eliminar ni ignorar. Los científicos se convencieron a sí mismos y ganaron dignidad, y sabían por qué luchaban. Los científicos sociales adquirirán su dignidad y su fuerza cuando hayan ideado su propio método. Para ello tendrán que convertir en oportunidades la necesidad de los

dirigentes de la Gran Sociedad de obtener instrumentos de análisis, mediante los cuales se pueda hacer inteligible un entorno invisible y tremendamente complejo.

No obstante, tal y como están las cosas, los científicos sociales obtienen sus datos a partir de una masa de material inconexo. Los procesos sociales se registran de forma irregular y, por lo general, como accidentes administrativos. Un informe enviado al Congreso, un debate, una investigación, expedientes de casos judiciales, un censo, un arancel, una escala fiscal; el material, como la calavera del Hombre de Piltdown²⁰², debe relacionarse entre sí empleando con ingenio la lógica deductiva para que los científicos puedan obtener alguna imagen de los sucesos que están estudiando. A pesar de que éstos corresponden a la vida consciente de sus conciudadanos, con demasiada frecuencia resultan angustiosamente opacos, porque el hombre que intenta generalizar apenas puede supervisar de qué manera se están recopilando sus datos. Supongamos por un momento que la investigación médica dependiese de estudiantes que apenas pudieran acudir a los hospitales y a los que se privara de la posibilidad de experimentar con animales, y que se vieran obligados a extraer conclusiones a partir de las experiencias que los enfermos les contasen una vez curados, de los informes que obtuviesen de las enfermeras, en los que cada una de ellas aplicase su propio método particular de diagnóstico, y de las estadísticas realizadas por hacienda sobre los beneficios de la industria farmacéutica. Los científicos sociales con frecuencia se limitan a hacer lo que pueden partiendo de categorías que no eran importantes a juicio de los oficiales que en un momento dado aplicaron parte de una ley, o que sólo pretendían justificar, exigir o demostrar algo, o persuadir a alguien. Los estudiosos lo saben, y para protegerse han desarrollado una rama del saber que es una elaborada sospecha sobre en qué punto deben pasar por alto su información.

Se trata de una virtud, pero insignificante, porque no es más que un correctivo para la malsana posición de la ciencia social. Esto se debe a que los eruditos están condenados a adivinar lo más hábilmente posible por qué en una situación que no comprenden del todo ha podido suceder esto o aquello. Sin embargo, los expertos a quienes los representantes contratan como mediadores, y como espejo y medida de la administración, ejercen un control muy diferente sobre los hechos. Su misión no consiste en generalizar una serie de datos inconexos sobre hechos consumados por los hombres de acción, sino en redactar los informes en los que éstos se basan para tomar decisiones. Esto cambia radicalmente su posición estratégica. No se quedan fuera, rumiando los asuntos que les suministran los hombres de acción, sino que ocupan un lugar preferente al frente de las decisiones, y no tras ellas. En la actualidad, el proceso consiste en que los hombres de acción identifican sus hechos, y toman decisiones en base a ellos; después, pasado un tiempo, los científicos sociales deducen excelentes motivos por los que sus decisiones resultaron o no sabias.

Esta relación a posteriori con respecto a los hechos es académica en el mal sentido de tan noble palabra. La secuencia real debería consistir en que, en primer lugar, expertos desinteresados identificaran y formularan los hechos para los hombres de acción, y, a continuación, extrajesen las conclusiones oportunas a base de comparar las decisiones tomadas, que habrían entendido, con los hechos, que ellos mismos habrían ordenado.

4

En el caso de la física y la química, este cambio de posición estratégica fue lento en su inicio, pero luego el proceso se aceleró. Hubo un tiempo en que los inventores e ingenieros, seres hambrientos y románticos, pertenecían a la clase de los "de fuera" y eran tomados por seres raros. Los hombres de acción y los artesanos conocían todos los secretos de su oficio. Pasado algún tiempo, los misterios se tornaron aún más misteriosos, y al final la industria comenzó a depender de leyes físicas y combinaciones químicas que ningún ojo podía percibir y sólo las mentes adiestradas podían concebir. Los científicos abandonaron sus nobles buhardillas del Barrio Latino y se mudaron a los edificios de oficinas y a los laboratorios. Porque ellos, y sólo ellos, podían construir una imagen práctica de la realidad en la que descansaba la industria. De su nueva relación con los hombres de acción, los científicos recibieron lo mismo, o incluso más de lo que dieron: el desarrollo puramente científico superó en velocidad a la aplicación práctica de la teoría, si bien obtuvo su sustento económico, buena parte de su inspiración, y aún más relevancia, de su contacto continuo con las decisiones prácticas. No obstante, la ciencia física aún estaba sometida a la enorme limitación de que los hombres encargados de la toma de decisiones se guiaban únicamente por su propio sentido común.

Administraban sin ayuda científica un mundo que se había vuelto complejo por la acción de los científicos. De nuevo tuvieron que ocuparse de hechos que no eran capaces de percibir, y de la misma forma que antaño habían tenido que solicitar la ayuda de ingenieros, se vieron en la necesidad de recurrir a estadistas, contables y toda suerte de expertos.

Todos estos estudiosos prácticos son los auténticos pioneros de una nueva ciencia social. "Estaban engranados con las ruedas motrices"²⁰³ y de este compromiso práctico entre la ciencia y la acción, ambas se beneficiaron enormemente: la acción, por la clarificación de sus creencias; las creencias, por su continua verificación. Estamos en los comienzos. Pero si admitimos que por una cuestión de dificultad práctica todas las grandes formas de asociación humana han de incluir a hombres que acabarán viendo la necesidad de que un experto haga inteligibles sus respectivos entornos particulares, la imaginación tendrá una premisa de la que partir. En el intercambio de técnica y resultados

entre expertos puede verse, creo, el origen del método experimental en la ciencia social. El día que todos los distritos y presupuestos escolares, departamentos del Ministerio de Sanidad, fábricas y listas de aranceles constituyan el material de conocimiento de todos, el número de experiencias comparables comenzará a aproximarse a las dimensiones de los verdaderos experimentos. La suma de 48 estados, 2.400 ciudades, 277.000 centros escolares, 270.000 fábricas, y 27.000 minas y canteras representa un patrimonio de experiencia; sólo hace falta registrarlo y ponerlo a disposición de todos. Y también podremos dar una oportunidad al método de ensayo y error corriendo un riesgo tan insignificante, que todas las hipótesis razonables tendrán la posibilidad de verificarse sin que se estremezcan los cimientos de la sociedad.

La cuña, pues, no sólo se ha introducido gracias a algunas eminencias de la industria y a algunos hombres de estado que necesitaron ayuda, sino a las oficinas de investigación municipales, a las bibliotecas de consulta especializadas en legislación, a los grupos de presión especializados de empresas, sindicatos y causas públicas; a las organizaciones de voluntarios, como la *League of Women Voters*; a las asociaciones de consumidores, a las asociaciones de fabricantes, a cientos de asociaciones comerciales y ciudadanas, a publicaciones como *Searchlight on Congress y Survey*, y a fundaciones como el *General Education Board*. No en todos los casos se trata de entidades desinteresadas. Pero ése no es el quid de la cuestión. Todas ellas han empezado a demostrar que resulta necesario interponer algún tipo de conocimiento experto entre los ciudadanos particulares y el vasto entorno en el que están involucrados.

Capítulo 26. El trabajo de inteligencia

1

La práctica democrática ha ido por delante de la teoría. Según ésta, el conjunto de los electores adultos toman decisiones partiendo de una voluntad que está presente en su interior. Sin embargo, de la misma forma que, aun siendo teóricamente invisibles, se han desarrollado distintas jerarquías gubernamentales, hemos asistido a un significativo proceso de adaptación constructiva que tampoco figura en la imagen de la democracia. Se han ideado diversas formas de representar muchos intereses y funciones que normalmente quedan fuera de nuestro campo de visión.

Nuestra teoría sobre los tribunales lo pone de manifiesto, especialmente porque les atribuye poderes legislativos y derecho de veto basándose en que los dirigentes electos podrían olvidar ciertos intereses que deben garantizarse. La oficina del censo, cuando cuenta, clasifica y establece correspondencias entre personas, cosas y cambios, se refiere a factores invisibles del entorno. Las inspecciones geológicas, a su vez, descubren los recursos minerales, y el Ministerio de Agricultura describe una serie de factores, en los ayuntamientos de todo el país, de los que cada agricultor sólo ve una parte infinitesimal. Las autoridades educativas, la Comisión Arancelaria, los servicios consulares, y Hacienda, representan a personas, ideas y objetos que nunca se verían a sí mismos representados bajo esta perspectiva a través de unas elecciones. La Oficina del Menor es el portavoz de un complejo entramado de intereses y funciones que por lo general son invisibles a los ojos de los votantes, por lo que espontáneamente no puede formar parte de las opiniones públicas de éstos. Lo cual explica por qué cada vez que se publican estadísticas comparativas sobre la mortandad infantil suele reducirse el índice de mortandad de los bebés. Porque ni dirigentes municipales ni votantes tenían, antes de la publicación, un lugar reservado para estos bebés en su imagen mental del entorno. Las estadísticas les hicieron visibles, tanto como si hubiesen elegido a un concejal para airear sus quejas.

En el Ministerio de Asuntos Exteriores, el gobierno cuenta con un departamento de Asuntos del Extremo Oriente. ¿Con qué propósito? Los gobiernos chino y japonés mantienen embajadores en Washington. ¿Acaso no están cualificados para hablar en nombre del Extremo Oriente? Son sus representantes. Sin embargo, todos estaremos de acuerdo en que el gobierno estadounidense no podría aprender todo lo que necesita saber sobre ese rincón del planeta consultando a tales embajadores. Suponiendo que fuesen tan honrados como saben serlo, no por ello dejarían de ser canales de información limitados. Por tanto, el gobierno mantiene a modo de complemento embajadas

en Tokio y Pekín, y agentes consulares en diversos puntos. Personalmente supongo que, además, también mantiene agentes secretos. Supuestamente, todas estas personas tienen la obligación de enviar informes al Ministerio de Asuntos Exteriores a través del Departamento de Asuntos del Extremo Oriente. Ahora bien, ¿qué espera obtener el Ministro de Asuntos Exteriores de este departamento? Sé de uno que esperaba que se gastase los fondos que se le asignaban. Pero lo cierto es que hay ministros a los que la naturaleza no concedió el don de la revelación, y recurren a este organismo en busca de ayuda. Lo último que esperan obtener de él es un argumento claro que justifique la posición oficial del gobierno.

Lo que de verdad piden es que los expertos acerquen el Extremo Oriente hasta sus mesas de trabajo, y exigen que en sus informes se incluyan todos los aspectos, organizados tal y como ellos mismos los verían, si estuvieran en contacto personal con ese rincón del mundo. Los expertos deben, pues, traducir, simplificar y generalizar, pero las conclusiones alcanzadas deben tener una validez práctica en Oriente, no simplemente en las premisas del informe. Lo último que los ministros que de verdad se ganan el sueldo tolerarán a sus expertos será la sospecha de que tienen una "política". No quieren saber si a éstos les gusta o no la política de los japoneses en China, sino lo que clases distintas de chinos, japoneses, ingleses, franceses, alemanes y rusos piensan al respecto, y lo que, en función de ello, es probable que hagan. Además, quieren que toda esa información les sea presentada de tal forma que puedan basar en ella sus decisiones. Cuanto mayor sea el grado de fidelidad con que el departamento de Asuntos del Extremo Oriente logre representar lo que no puede representarse de ninguna otra manera, ya sea por medio de los embajadores japoneses y americanos, o de los senadores y congresistas de la Costa del Pacífico, mejores ministros de asuntos exteriores serán. No sabemos si, como resultado de ello, decidirán cambiar de política en la Costa del Pacífico, pero de lo que sí podremos estar seguros es de que su punto de vista sobre Japón se habrá basado en Japón.

2

No es casualidad que los mejores servicios diplomáticos del mundo sean aquellos en los que el divorcio entre quienes se encargan de acumular información y quienes controlan la política es más perfecto. Durante la guerra, en muchas embajadas británicas y en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña casi siempre trabajaban individuos, ya se tratase de cargos permanentes, o de nombramientos especiales, que lograban abstraerse en gran medida del clima de guerra reinante. Se desentendían del galimatías de quién era aliado y quién no, olvidaban sus manías y preferencias personales con

respecto a las distintas nacionalidades, y nunca rumiaban discursos para sí mismos. Consideraban que todas esas cuestiones competían a los dirigentes políticos. Sin embargo, en una embajada estadounidense una vez oí decir al embajador que él nunca transmitía a Washington información que no sirviese para levantar la moral a los de casa. Este hombre embelesaba a cuantos se reunían con él, ayudó a muchos profesionales de la guerra que se hallaban en apuros, y era estupendo inaugurando monumentos.

Sin embargo, no comprendía que el poder de los expertos depende de su capacidad para desvincularse de quienes toman las decisiones, y de su indiferencia profesional con respecto a las decisiones finales. Los sujetos que, como el embajador, adoptan una línea de acción y se inmiscuyen en las decisiones, no tardan en ser ignorados. Pasan a ser uno más a este lado del problema. Cuando empiezan a interesarse demasiado, empiezan a ver lo que quieren ver, y por eso dejan de ver aquello para lo que fueron nombrados. Su misión consiste en representar lo invisible. Representan a personas que no son votantes, a funciones de votantes que no son obvias, a sucesos que quedan fuera de nuestro campo de visión, a muchedumbres mudas, a personas que aún no han nacido, y a relaciones entre cosas y personas. Su distrito electoral se compone de intangibles. Y los intangibles no se pueden emplear para obtener mayorías políticas, porque en última instancia las elecciones son una prueba de fuerza, una batalla sublimada, y los expertos no representan a ninguna de las fuerzas presentes en el entorno inmediato. Sin embargo, pueden ejercer el poder alterando la alineación de dichas fuerzas. Al hacer visible lo invisible, enfrentan a los individuos que ejercen el poder material con un nuevo entorno, desencadenan sentimientos e ideas en su interior, les echan de sus posiciones, y, por tanto, del modo más profundo, influyen en las decisiones.

Ningún sujeto puede pasar mucho tiempo actuando conscientemente en contradicción con su concepción del entorno. Cuando nos obstinamos en una forma determinada de actuación, nos vemos obligados a concebir el entorno de nuevo, a censurar algunos aspectos y a racionalizar. Sin embargo, cuando en nuestra presencia algún hecho se manifiesta con insistencia, tornándose en un obstáculo insalvable del que no nos podemos deshacer, sólo caben tres posibilidades. La primera consiste en obstinarnos en ignorarlo, pero de esa forma no haremos más que paralizarnos a nosotros mismos, sobreactuar y empeorar nuestra situación. La segunda posibilidad consiste en tenerlo en cuenta, pero negarnos a actuar en consecuencia. A cambio pagaremos el precio de la incomodidad y la frustración. Por último, y en mi opinión éste es el caso más frecuente, cabe la posibilidad de que adaptemos todo nuestro comportamiento al nuevo entorno.

La idea de que los expertos son seres incapaces, porque dejan que otros

tomen las decisiones, contradice la experiencia. Cuanto más sutiles sean los elementos que entran en juego en cada una de las decisiones, el grado de poder libre de responsabilidad que ostentarán los expertos será mayor. Saben que en el futuro tendrán más poder del que nunca han tenido, porque tanto a los votantes como a los administradores se le escapará un número cada vez mayor de hechos. Todas las agencias gubernamentales tenderán a organizar oficinas de investigación e información que, a su vez, desarrollarán tentáculos y se expandirán, tal y como ha sucedido con los departamentos de inteligencia de todos los ejércitos del mundo. No obstante, los expertos seguirán siendo seres humanos. Disfrutarán con su poder, y tendrán la tentación de erigirse en censores y asumir así la verdadera función de la toma de decisiones. A menos que su función se defina correctamente, tenderán a comunicar los hechos que consideren apropiados y a transmitir las decisiones que aprueben. En suma, tenderán a convertirse en una burocracia.

La única medida institucional de seguridad que cabe adoptar para evitar su burocratización, consiste en separar en la medida de lo posible al personal que ejecuta del personal que investiga. Ambos deberían actuar en paralelo, pero deberían estar organizados en cuerpos independientes y ser reclutados por separado; si fuese posible, deberían financiarse con fondos diferentes, rendir cuentas a dos responsables distintos y tener un desinterés intrínseco en los éxitos personales del otro. En el caso de la industria, por ejemplo, auditores, contables e inspectores deberían ser independientes de directivos, encargados y capataces, y creo que con el tiempo veremos que para poder someter a la industria al control social, la maquinaria encargada de registrar los hechos tendrá que independizarse de los consejos de administración y de los accionistas.

3

Pero a la hora de levantar las secciones de inteligencia de la industria y la política, vemos que el terreno no está despejado. Y además de insistir en esta separación básica de funciones, sería una torpeza el insistir con excesiva precisión en qué forma debería adoptar el principio en cada caso particular. Hay quien cree en el trabajo de inteligencia y lo adoptaría; quien no lo comprende, pero depende de él; y quien se resistiría. Sin embargo, el principio progresará siempre que logre poner un pie en cada agencia social, y no hay mejor forma de empezar que poniéndose a ello. En el caso de nuestro gobierno federal, por ejemplo, no sería necesario desenredar la maraña administrativa y las ilógicas duplicidades que ha producido un siglo de historia, a fin de allanar el terreno para las oficinas de inteligencia que Washington necesita con desesperación. Antes de las elecciones, cualquiera puede prometer que se lanzará con valentía hacia la brecha. Pero cuando la haya alcanzado, y ya no tenga aliento, verá que cada

absurdo está investido de hábitos, intereses poderosos y congresistas que conviven en un ambiente de franca camaradería. Que intenten un ataque en toda línea, y verán cómo se movilizan todas las fuerzas de reacción. Como dijo el poeta, lanzándote a la batalla, siempre terminarás por caer. Se puede recortar a una oficina anticuada por aquí, a un grupo de secretarios por allá, y combinar dos oficinas. Pero para entonces ya se estará ocupado con los aranceles y las líneas de ferrocarril, y habrá terminado la era de las reformas. Además, para llevar a cabo una reorganización del gobierno que sea verdaderamente eficaz, como la que prometen todos los candidatos, sería necesario despertar más pasiones de las que habría tiempo de acallar. Y todo esquema nuevo, suponiendo que se hubiese diseñado uno de antemano, necesita de marineros que lo tripulen. Dígase lo que se quiera de los funcionarios, incluso la Unión Soviética se alegró de recuperar a algunos de los antiguos; pero estos viejos funcionarios, si se les trata sin misericordia, sabotearán incluso la mismísima utopía.

Ningún esquema administrativo puede funcionar sin buena voluntad, y la buena voluntad con respecto a prácticas innovadoras resulta imposible de fomentar sin recurrir a la educación. La mejor forma de lograrlo consistirá en introducir en la maquinaria existente, allí dónde se encuentre un hueco, agencias que sirvan de espejo semana a semana, mes a mes. De esta manera se podrá confiar en hacer visible la maquinaria a todos los que trabajan en ella, así como a sus jefes responsables y al público ajeno a la misma. Cuando los funcionarios comiencen a verse a sí mismos, o mejor dicho, cuando los "de fuera", los jefes, y los subordinados, todos empiecen a ver los mismos hechos, los mismos hechos irrecusables, si preferimos decirlo así, los obstáculos se reducirán. La opinión de los reformistas sobre la ineficacia de una oficina en particular no será más que su opinión personal, que, por cierto, no resultará tan acertada a los ojos de la oficina en cuestión como a los suyos. Pero hagamos que el trabajo que esa oficina desempeña sea analizado y registrado, y posteriormente comparado con los resultados de otras oficinas y empresas privadas, y veremos que el debate se desarrollará en otro plano.

En Washington hay diez ministerios representados en el Consejo. Supongamos que hubiese una sección permanente de inteligencia para cada uno. ¿Cuáles serían algunas de las condiciones que permitirían garantizar su eficacia? Por encima de todo, que los funcionarios de las oficinas de inteligencia fuesen independientes tanto de los comités del congreso relacionados con sus ministerios, como del ministro al mando; y que no estuviesen vinculados ni a la toma de decisiones ni a la acción. Su independencia se basaría, pues, en tres aspectos fundamentales: el financiero, la titularidad de los cargos y el libre acceso a los hechos. Pues está claro que si un congresista o ministro en particular pudiese privarlos de su dinero, cesarlos, o prohibirles el acceso a los archivos, la plantilla no sería más que un títere entre sus manos.

4

La cuestión de los fondos es tan importante como compleja. Ninguna agencia de investigación podrá ser completamente libre, mientras desde el punto de vista financiero dependa del subsidio anual de lo que tal vez sea un congreso celoso o mezquino. No obstante, es inevitable que en última instancia el control de los fondos dependa de la asamblea legislativa. Por tanto, la cuestión de la financiación debería concertarse de tal forma, que el personal estuviese a salvo de cláusulas ambiguas y adicionales, y de todo tipo de astucias, pero al mismo tiempo debería garantizar la ampliación de los fondos. Las plantillas deberían estar tan sólidamente afianzadas, que los cimientos de su existencia sólo se pudiesen atacar en campo abierto. Tal vez podrían operar conforme a un acta constitutiva federal que creara un fondo fiduciario y diseñase una escala móvil que abarcara un período de años, con cargo a la dotación de fondos de los ministerios a los que perteneciera cada oficina de inteligencia. De todos modos, no estamos hablando de grandes sumas de dinero. El fondo fiduciario podría cubrir los gastos generales y de capital de un porcentaje mínimo del personal, y la escala móvil podría cubrir las ampliaciones. En cualquier caso, los fondos deberían garantizarse tal y como se garantiza el pago de cualquier obligación a largo plazo. Se trata de una forma bastante menos seria de "atarle las manos al Congreso" de lo que son las enmiendas a la constitución o la emisión de bonos del Estado. El Congreso podría anular el acta constitutiva. Pero tendría que anularla, no podría sabotearla.

Los cargos deberían ser vitalicios y tener derecho a una generosa pensión de jubilación. Además, todos los titulares deberían tener derecho a años sabáticos reservados para estudios avanzados y adiestramiento, y su despido sólo debería decidirse por medio de un juicio efectuado por otros colegas profesionales. Las condiciones que se aplican a cualquier carrera intelectual sin ánimo de lucro deberían aplicarse a este caso. Si el personal ha de llevar a cabo una tarea sobresaliente, ha de tener dignidad, seguridad y, al menos en los cargos superiores, esa libertad de pensamiento de la que sólo disfrutaban los individuos que no están directamente involucrados en la toma de decisiones.

El acceso al material de conocimiento debería garantizarse por medio del acta constitutiva. La oficina debería tener derecho a examinar todos los papeles y a preguntar a cualquier funcionario o individuo "de fuera". Una investigación continua de esta índole no se parecería en nada a las investigaciones sensacionalistas que lleva a cabo la asamblea legislativa, ni a las cacerías esporádicas que tan a menudo se dan en nuestro gobierno. Por último, todas las oficinas deberían tener la facultad de proponer sistemas de registro al Ministerio, y si sus propuestas se rechazasen, o se incumpliesen una vez aceptadas,

deberían tener derecho a apelar al Congreso conforme a su acta constitutiva federal.

En primera instancia, todas las oficinas de inteligencia serían el vínculo de conexión entre el Congreso y el Ministerio, y creo que este vínculo sería más eficaz que el que en la actualidad proporciona la presencia de funcionarios de todos los ministerios en los hemiciclos, tanto de la cámara de representantes como del senado; aunque en ningún caso se trata de alternativas excluyentes. Las oficinas de inteligencia harían las veces de ojo vigilante del Congreso con respecto a la actuación política de cada Ministerio, y, por otro, serían la respuesta de éstos ante las críticas del Congreso. Por último, como las operaciones de todos los ministerios serían siempre visibles, quizá el Congreso dejase de necesitar la legislación detallada, fruto de la desconfianza y de una falsa doctrina de la separación de poderes, que tanto hace por dificultar la eficacia de la administración.

5

Naturalmente, ninguna de estas diez oficinas de inteligencia podría funcionar, si todas se mantuviesen aisladas en compartimentos herméticos. Es precisamente la relación que mantendrían entre sí lo que ofrecería una gran oportunidad a esa "coordinación" de la que tanto se oye hablar, pero que casi nunca se ve. Lógicamente, los distintos equipos necesitarían adoptar, siempre que fuese posible, parámetros que fuesen comparables. Intercambiarían sus archivos. De modo que si el Ministerio de Defensa y la Oficina de Correos comprasen madera, contratasen carpinteros o construyesen muros de ladrillo, no necesariamente tendrían que hacerlo a través de la misma agencia, dado que ello podría denotar una excesiva centralización; pero sí tendrían la posibilidad de emplear los mismos parámetros para las mismas cosas, de comparar resultados y de tratarse como competidores. Y cuanto mayor fuese esta suerte de competencia, mejor.

El valor de la competencia se determina en función del valor de los parámetros empleados para medirla. Por tanto, en vez de preguntarnos si creemos en la competencia, deberíamos preguntarnos si creemos en aquello por lo que se compite. Nadie en su sano juicio debería aspirar a "abolir la competencia", pues cuando el último vestigio de emulación hubiese desaparecido, el esfuerzo social se reduciría a la obediencia mecánica a la rutina, amortiguada por la inspiración en el caso de una minoría. Sin embargo, tampoco se trata de llevar la competencia hasta sus últimas consecuencias, desencadenando una batalla mortal de todos contra todos. El quid de la cuestión reside en seleccionar los objetivos de la competencia y las reglas del juego. Casi siempre son los parámetros más visibles y obvios, como el dinero, el poder, la

fama y el aplauso, o el "notorio desperdicio" de Veblen, lo que determina las reglas del juego. ¿Qué otros parámetros suele proporcionar nuestra civilización? ¿Qué sistemas de medición efectivos emplea para determinar el grado de eficiencia, productividad o servicio, que con tanta insistencia demanda?

En términos generales puede afirmarse que no hay ninguno, por lo que no suele generarse un clima de competencia en torno a estos ideales. Esto se debe a que la diferencia entre las motivaciones más nobles y las más ruines no suele ser, por mucho que se afirme lo contrario, una cuestión de altruismo y egoísmo.²⁰⁴ En realidad se trata de la diferencia que existe entre actuar para obtener fines fáciles de comprender y actuar para lograr fines oscuros y vagos. Exhortemos a un hombre a que gane más dinero que su vecino, y sabrá hacia qué fin deberá encaminarse. Exhortémosle a prestar más servicios sociales, y empezará por preguntarse cómo podrá estar seguro de qué servicios son sociales. ¿Cómo se prueban o miden este tipo de servicios? Por medio de sentimientos subjetivos, la opinión de alguien. Si en tiempo de paz dijésemos a un hombre que su deber es servir a su país, lo tomaría por una perogrullada de beato. Sin embargo, si se lo dijésemos en tiempo de guerra, la palabra servicio significaría un número de actos concretos, como alistarse, comprar bonos del Estado, no malgastar comida, o trabajar por un dólar al año, y en cada uno de estos servicios ese hombre vería con nitidez una parte del propósito concreto de llevar al frente un ejército más numeroso y mejor armado que el del enemigo.

Por tanto, cuanto más capaces seamos de analizar la administración, más sean los elementos comparables de los que dispongamos, y mayor sea el número de sistemas de medición cuantitativos que logremos inventar para las cualidades que deseemos promocionar, más posibilidades tendremos de orientar la competencia a la consecución de fines idealistas. Si nos las ingeniásemos para idear el índice²⁰⁵ correcto, podríamos estimular la competencia entre los trabajadores individuales de cada taller, entre talleres, entre fábricas, entre escuelas,²⁰⁶ entre ministerios del gobierno, entre regimientos, entre divisiones, entre barcos, entre estados, entre condados, entre ciudades; y cuanto mejores fuesen nuestros índices, la competencia resultaría más útil.

6

Las posibilidades que ofrece el intercambio de material son evidentes. Sin ir más lejos, los ministerios del gobierno están constantemente pidiendo información que ya obra en poder de alguno de ellos, aunque quizá presentada de forma diferente. Pongamos que el Ministerio de Asuntos Exteriores necesitase conocer el volumen de las reservas de petróleo mejicanas, compararlas con las de los otros países exportadores, saber quiénes son los actuales propietarios de los pozos petrolíferos mejicanos, conocer las necesidades de consumo de los

buques de guerra actualmente en construcción, o cuya construcción estuviese prevista, y obtener información sobre costes comparativos en distintas áreas. ¿Cómo podría obtener esta información en la actualidad? Lo más probable es que se encuentre dispersa entre los ministerios de Interior, Justicia, Comercio, Trabajo, y en la Marina. O bien un funcionario del Ministerio busca "petróleo mejicano" en algún libro de consulta, cuyos datos podrían o no ser exactos, o bien la secretaria privada de alguien llama a la secretaria privada de alguien, le pide un memorándum, y tiempo después un mensajero aparece con una montaña de informes ininteligibles. Sin embargo, el Ministerio debería tener su propia oficina de inteligencia a la que recurrir, para que fuese ésta la que recopilase los hechos y se los presentase de forma acorde con la decisión que se deba tomar para solucionar el problema diplomático en cuestión. La oficina de inteligencia diplomática, a su vez, tomaría estos datos del centro de intercambio de información.²⁰⁷

Esta institución no tardaría en convertirse en un centro de información de naturaleza extraordinaria. Los hombres que trabajasen en él sabrían cuáles son los verdaderos problemas del gobierno. Abordarían problemas de definiciones, terminología, técnica estadística, lógica...; abordarían, pues, toda la gama de las ciencias sociales. Resulta difícil comprender por qué todo este material, salvo algunos secretos diplomáticos y militares, no debería ponerse a disposición de todos los estudiosos del país. Sería gracias a este material que los científicos de la política sabrían de verdad qué nueces compensa romper y qué investigaciones deberían emprender sus estudiantes. El trabajo no tendría que llevarse a cabo en Washington necesariamente, pero siempre podría hacerse con referencia a la capital. De esta manera, la agencia central reuniría en sí todos los requisitos de una universidad nacional. El personal de la oficina podría reclutarse entre los graduados universitarios. Éstos podrían elaborar sus tesis sobre temas seleccionados por los responsables de la universidad nacional y profesores procedentes de todo el país. Si la asociación fuese todo lo flexible que debería ser, el personal permanente se complementaría con la continua rotación de cargos temporales, especialistas nombrados por las universidades, y lectores de intercambio a los que se llamaría desde Washington. Esto permitiría que el adiestramiento y el reclutamiento se hiciesen a la vez. Parte de la investigación se llevaría a cabo por estudiantes, y la ciencia política que se estudiase en las universidades estaría relacionada con la política del país.

7

Las líneas generales de este principio también se pueden aplicar a los gobiernos de cada Estado, ciudad y municipio rural. La labor de comparación e intercambio podría depender de federaciones estatales y municipales, y de

oficinas rurales. Y dentro de dichas federaciones, se podría organizar cualquier combinación regional deseable. Siempre que los sistemas de registro fuesen comparables, se podría evitar un gran número de duplicidades. La coordinación regional es especialmente aconsejable. Esto se debe a que las fronteras legales no suelen coincidir con los entornos eficaces. No obstante, en algunos aspectos se basan en ciertas costumbres que resultaría difícil alterar. Coordinando su información, varias áreas administrativas podrían conciliar su autonomía en materia de decisión con la cooperación. La Ciudad de Nueva York, por ejemplo, es de por sí una unidad poco manejable para que su ayuntamiento la gobierne de manera adecuada. Sin embargo, el distrito metropolitano es la verdadera unidad administrativa de diversos servicios, como la sanidad y el transporte. Pero dentro de ese distrito hay grandes ciudades, como Yonkers, Jersey City, Paterson, Elizabeth, Hoboken y Bayonne. Éstas no podrían administrarse desde un único punto, pero aun así, deberían cooperar con respecto a muchas funciones. En última instancia, tal vez algún modelo flexible de gobierno local, como el que sugieren Sidney y Beatrice Webb, fuese lo ideal.²⁰⁸ En cualquier caso, el primer paso sería la coordinación, no de la toma de decisiones y de la acción, sino de la información y la investigación. Permitamos que los dirigentes de cada municipio vean sus problemas comunes a la luz de los mismos hechos.

8

Es evidente que semejante red de oficinas de inteligencia política e industrial podría llegar a convertirse en un lastre y en una continua fuente de frustraciones. No cuesta imaginar que atraería a ambiciosos, pedantes e indiscretos. Tampoco puede uno abstraerse de todo lo que podría traer consigo: trámites burocráticos, montañas de papeles, cuestionarios hasta la saciedad, siete copias de cada documento, aprobaciones, retrasos, papeles perdidos, el uso equivocado del formulario 136 en vez del 29b; la devolución de algún documento, porque en él se escribió a lápiz en vez de con tinta, o porque se usó tinta negra en vez de roja. El trabajo podría hacerse francamente mal. Lo cierto es que no hay instituciones a prueba de tontos.

Pero si pudiésemos admitir que todo el sistema constituiría una gran red de intercambio entre ministerios gubernamentales, fábricas, agencias y universidades, por la que circularían personas, datos y autocríticas, el riesgo de putrefacción nos parecería menor. No lo consideraríamos una forma de complicarnos la vida. De hecho tendería a simplificarla, ya que haría inteligible lo que hoy en día es tan complejo, que resulta ingobernable. Nuestro actual sistema de gobierno es fundamentalmente invisible, y tan intrincado, que la mayor parte de la gente ha renunciado a comprenderlo, y como ya no lo intenta, cae en la tentación de considerarlo relativamente sencillo. Sin embargo, es todo lo

contrario: escurridizo, indirecto y opaco. Si se recurriese a un sistema de inteligencia, se reduciría el personal necesario por unidad de resultados, porque al poner la experiencia de cada uno al alcance de todos, disminuiría el uso de prueba y error; y porque al hacer visible el proceso social, la autocrítica resultaría más sencilla. Tampoco se requeriría un gran aumento del personal contratado, si tenemos en cuenta el tiempo que pierden los comités especiales de investigación, el gran jurado, los fiscales de cada distrito, las reformas en materia de organización, y los funcionarios que intentan orientarse entre tanto caos, y lo único que consiguen es sentirse cada vez más perplejos.

Si nuestro análisis sobre la opinión pública y sobre las teorías democráticas con respecto al entorno moderno es acertado, entonces no veo salida alguna que nos evite llegar a la conclusión de que esta labor de inteligencia constituye la clave de cualquier mejora. No nos referimos exclusivamente a las escasas sugerencias que hemos efectuado en este capítulo. Son meros ejemplos. Además, el diseño de la técnica apropiada debería recaer en expertos adiestrados para ello, pero actualmente incluso a ellos les resultaría imposible dar con el sistema ideal, por no hablar de la planificación de todos los detalles. El número de fenómenos sociales que hoy en día quedan registrados es reducido, nuestros instrumentos de análisis son muy rudimentarios, y manejamos conceptos vagos que casi nunca verificamos. Pero considero que hemos demostrado sobradamente que los entornos invisibles pueden comunicarse de forma eficaz, y que pueden presentarse a grupos de personas con ideas divergentes de tal forma que no estimulen sus prejuicios y puedan vencer su subjetividad.

De ser así, en el desarrollo de una red efectiva de inteligencia los hombres hallarán la forma de resolver la principal dificultad del autogobierno, la de tratar con una realidad invisible. Debido a esta dificultad, a todas las comunidades independientes les ha resultado imposible conciliar su necesidad de aislamiento con la de un extenso trato, y asimismo la dignidad y el individualismo de la toma de decisiones locales con una seguridad y una amplia coordinación, de cara a garantizar la eficacia de sus líderes sin sacrificar responsabilidad, y para disponer de opiniones públicas útiles sin pretender tener opiniones públicas universales sobre todos los asuntos. Mientras ha sido imposible establecer versiones comunes de los hechos invisibles, e idear parámetros universales para medir acciones separadas, la única imagen de la democracia que ha podido funcionar, aun en la teoría, se basó en una comunidad aislada de personas, cuyas facultades políticas estaban limitadas, según la famosa máxima de Aristóteles, por el alcance de su visión.

Pero ahora tenemos una salida, y aunque sin duda será un camino largo, es una vía. Básicamente se trata del mismo camino que ha permitido que los

ciudadanos de Chicago, aun teniendo los mismos cinco sentidos que tenían los atenienses, vean y oigan a mayores distancias. Ya es posible hoy reducir las contradicciones entre el entorno concebido y el entorno efectivo, y aún lo será más a medida que nos lo propongamos. Conforme vayamos haciéndolo, el federalismo se basará más en el mutuo acuerdo y menos en la coerción. Pues si bien el federalismo constituye la única forma de unión viable entre comunidades autogobernadas,²⁰⁹ cuando la unión no se basa en ideas acertadas, y comúnmente aceptadas, sobre los asuntos federales, éste oscila entre la centralización imperial y la anarquía pueblerina. Dichas ideas no surgen espontáneamente. Tienen que armarse pieza por pieza a base de generalizaciones basadas en el análisis, y los instrumentos que nos permitirán llevar a cabo dicho análisis tienen que inventarse y probarse por medio de la investigación.

Ningún dispositivo electoral, manipulación de áreas, o cambio en el sistema de la propiedad ha profundizado hasta la raíz del problema. No se puede extraer de los seres humanos más sabiduría política de la que tienen. Y ninguna reforma, por sensacionalista que sea, será verdaderamente radical, a menos que proporcione una manera de superar la subjetividad de las opiniones humanas basadas en las limitaciones de la experiencia individual. Algunos sistemas de gobierno, de votación y de representación son mejores que los demás. Pero en última instancia, el conocimiento no debe surgir de la conciencia, sino del entorno con el que ésta interactúa. Cuando los hombres actúan atendiendo al principio de la inteligencia, salen en busca de los hechos y adquieren sabiduría. Cuando lo ignoran, se encierran en ellos mismos y sólo encuentran lo que hay en su interior. Elaboran sus prejuicios, en vez de ampliar su conocimiento.

Capítulo 27. Apelación al público

1

En la práctica nadie actúa conforme a la teoría de que es capaz de formarse una opinión pública sobre todos los asuntos públicos, aunque a menudo pueda parecer que sí, porque hay quien da la vuelta a este principio y considera que aquello sobre lo que no se ha formado ninguna opinión, no constituye un asunto público. No obstante, en la teoría de nuestra política seguimos ciñéndonos más literalmente de lo que jamás pretendió Lord Bryce a la idea de que "la acción de la Opinión es continua",²¹⁰ a pesar de que "se limita exclusivamente a principios generales."²¹¹ Y porque aun no estando seguros de qué es un principio general tratamos de imaginarnos como si tuviéramos opiniones continuamente, solemos recibir con un bostezo de angustia los debates que conllevan la lectura de muchos informes gubernamentales adornados con un número aún mayor de estadísticas, gráficos y figuras. Esto se debe a que, en principio, éstos nos resultan tan confusos como la retórica partidista, pero mucho menos divertidos.

El volumen de atención disponible es excesivamente pequeño para las teorías que siempre han dado por hecho que todos los ciudadanos de la nación, tras consagrarse a la lectura de las publicaciones de todas las oficinas de inteligencia, se interesarían, informarían y entusiasmarían ante esa multitud de asuntos reales que nunca parecen encajar bien en los principios generales. Nosotros no estamos suponiendo tal cosa. En primer lugar, las oficinas de inteligencia son un instrumento al servicio de los hombres de acción, de los representantes responsables de la toma de decisiones, de los profesionales que tienen una misión que cumplir; y si no les sirve a ellos, al final no le habrá servido a nadie. Pero en la medida en que este instrumento les ayude a comprender el entorno en el que trabajan, también hará visible su trabajo. Y por eso adquirirán un mayor grado de responsabilidad de cara al público general.

Por tanto, no se trata de imponer a todos los ciudadanos la responsabilidad de que se formen opiniones expertas sobre todos los asuntos públicos, sino de quitarles de encima esa carga y delegarla en los administradores responsables. Naturalmente, los sistemas de inteligencia tienen valor añadido como fuente de información general, y como controladores de la prensa diaria. Sin embargo, ambas funciones son secundarias. En realidad tienen la misión de ayudar a los gobiernos representativos y a los administradores, tanto de la política como de la industria. La demanda de ayuda por parte de informadores expertos, tales como contables, estadistas y secretarías especializadas, no procede del público, sino de los hombres que administran los asuntos públicos, debido a que ya no pueden hacerlo basándose en reglas generales. En principio, la idea es que las oficinas de inteligencia sean un instrumento para mejorar los asuntos públicos, y no un

medio para que sepamos con más detalle lo mal que se tratan dichos asuntos.

2

Como ciudadanos particulares y votantes soberanos, nadie puede tener la pretensión de digerir estos documentos. Pero las partes implicadas en cualquier conflicto, los miembros de todas las comisiones de la asamblea legislativa, los dirigentes gubernamentales, empresariales o sindicales, y los miembros de todos los consejos industriales, recibirán cada vez más agradecidos los informes que se refieran a los asuntos específicos que les ocupan. Los ciudadanos particulares interesados en alguna causa seguirían perteneciendo, como hacen hoy, a asociaciones de voluntarios, que a su vez continuarán contratando personal especializado para que analice los documentos y redacte informes que les permitan controlar a la burocracia. Algún periodista examinará el material, así como un gran número de expertos y científicos políticos. Sin embargo, los ciudadanos "de fuera", y todos lo somos en relación a prácticamente todos los aspectos de la vida moderna, no disponemos de tiempo, ni prestamos atención, ni mostramos interés, ni tenemos el conocimiento necesario para formarnos opiniones específicas al respecto. Es en los "de dentro", trabajando en las mejores condiciones posibles, en quienes debe recaer la administración diaria de la sociedad.

El público general "de fuera" solamente puede llegar a formarse opiniones acerca de si estas condiciones son las mejores posibles, atendiendo a los resultados posteriores a los hechos, y a los procedimientos anteriores a ellos. Los principios generales sobre los que la opinión pública puede actuar de forma continua son fundamentalmente los principios de procedimiento. "Los de fuera" pueden preguntar a los expertos si los hechos relevantes se han tenido en la debida consideración; en la mayor parte de los casos no pueden decidir por sí mismos qué se debe considerar relevante, ni si quiera qué se debe entender por "debida consideración". Los "de fuera" tal vez puedan determinar si los grupos afectados por cada decisión han sido debidamente escuchados; si la votación, en el caso de que se haya celebrado una, se ha realizado con honradez, y tal vez si los resultados de la misma también se han aceptado con honestidad. Asimismo, podrán vigilar los procedimientos cuando las noticias señalen la necesidad de hacerlo. Pueden preguntar si el procedimiento en sí es correcto, y si sus resultados normales están reñidos con su ideal de vida.²¹² Sin embargo, si en todos los casos tratan de sustituir ellos mismos a los procedimientos, de presentar a la Opinión Pública como el héroe providencial en el desenlace de una obra teatral, confundirán incluso su propia confusión. No seguirán hilo de pensamiento alguno de manera consecutiva.

Esto se debe a que bajo la práctica de apelar al público en relación a todo

tipo de asuntos intrincados, casi siempre subyace el deseo de escapar a la crítica de quienes sí saben, a base de reclutar una amplia mayoría a la que no se le ha brindado la oportunidad de saber. En estos casos, el veredicto público favorecerá a quien haya elevado más la voz, haya resultado más fascinante, haya contratado al publicista más descarado, o al más capaz, y haya obtenido más espacio en la prensa. Pues ni aun cuando los editores dispensan un trato escrupulosamente imparcial a "la otra parte", la equidad resulta suficiente. Tal vez haya muchos otros aspectos que no haya mencionado ninguno de los partidarios organizados, financiados y activos.

Tal vez no tarde en llegar el día en que veamos al ciudadano particular, acosado por las apelaciones partidistas que solicitan sus opiniones públicas en préstamo, darse cuenta de que dichos llamamientos no constituyen una alabanza a su inteligencia, sino una imposición a su bondad y un insulto a su sentido de la evidencia. A medida que su educación cívica tenga en cuenta la complejidad de su entorno, el público se interesará más por la imparcialidad y la cordura de los procedimientos, e incluso en esto esperará que, en la mayoría de los casos, sean sus representantes electos quienes hagan de supervisores en su nombre. Ellos mismos rechazarán la responsabilidad de tomar estas decisiones, y casi siempre señalarán hacia abajo con el pulgar ante los que, por las prisas de ganar, salgan corriendo de la reunión a fin de ser los primeros en informar a la prensa.

Sólo insistiendo en que los problemas no han de llegar hasta ellos sin antes haber sido sometidos al procedimiento adecuado, lograrán los ocupados ciudadanos de la sociedad moderna confiar en que finalmente podrán abordarlos de forma inteligible. Pues los asuntos públicos, tal y como los formulan las voces partidistas, casi siempre consisten en una serie intrincada de hechos que, como se ha podido observar, yacen ocultos entre la paja de frases estereotipadas que poseen toda la carga de las emociones. Según la moda que impere en cada momento, las voces partidistas saldrán de la reunión insistiendo en que lo que persiguen es alguna idea conmovedora, como justicia, prosperidad, americanismo o socialismo. Con respecto a estas cuestiones, los ciudadanos "de fuera" sentirán miedo o admiración, pero no podrán formarse ninguna opinión. Para que puedan hacer algo con los argumentos que oigan a favor y en contra, alguien tendrá que encargarse de quitar toda la paja.

3

La única forma de hacerlo consiste en lograr que los representantes "de dentro" prosigan su debate en presencia de alguien, un presidente o moderador, que obligue a que la discusión se centre en el análisis realizado por los expertos. Esta es la organización básica de todo cuerpo representativo que aborda asuntos que quedan fuera de su alcance. Así es cómo deberían dejarse oír las voces

partidistas: enfrentándose a individuos que no estén personalmente implicados en el conflicto, que conozcan un número suficiente de hechos, y que tengan la suficiente capacidad dialéctica para separar lo que de verdad constituye una percepción real de lo que sólo son estereotipos, modelos y artificios. En esto consiste el diálogo socrático, con toda la fuerza de Sócrates para penetrar en los significados a partir de las palabras, y aún en algo más, porque la dialéctica en la era moderna debe llevarse a cabo por hombres que hayan explorado tanto el entorno como la mente humana.

Pongamos por caso que se desencadenase un grave conflicto en la industria del acero. Cada parte redactaría un manifiesto repleto de nobles ideales. En esta fase, la única opinión pública merecedora de respeto sería la que insistiera en que se organizase un debate. La parte que asegurase que su causa es excesivamente noble para mancharse en una sesión pública, no debería despertar muchas simpatías, pues tales causas no se dan entre los mortales. Quizá quienes pongan objeciones al debate no digan eso exactamente. Tal vez digan que la otra parte es demasiado infame; ellos no pueden estrechar la mano a los traidores. En tal caso, la opinión pública debería organizar una vista en la que los dirigentes públicos demostrasen con pruebas esa supuesta maldad. No pueden fiarse de la palabra de una de las partes. Supongamos que se acordase organizar un debate, y que hubiese un moderador neutral que tuviese a su disposición, y convocase, a los consultores expertos de la industria y del sindicato afectados, y, pongamos, del Ministerio de Trabajo.

El Juez Gary afirma con toda franqueza que sus hombres están bien pagados, y que no están explotados; y a continuación procede a esbozar la historia de Rusia desde la era de Pedro el Grande hasta el asesinato del Zar. Foster, a su vez, se levanta y afirma con la misma sinceridad que se está explotando a los trabajadores, y luego procede a esbozar en líneas generales la historia de la emancipación humana, desde Jesús de Nazaret hasta Abraham Lincoln. Llegados a este punto, el Presidente llama a declarar a los expertos de las oficinas de inteligencia a fin de sustituir las expresiones "bien pagados" y "explotados" por los datos recogidos en una tabla salarial oficial, que muestra lo que de verdad *cobran* las distintas clases de trabajadores. ¿Piensa el Juez Gary que todos los obreros están bien pagados. Sí, lo piensa. ¿Piensa Foster que todos están explotados? No, piensa que se está explotando a los trabajadores agrupados bajo las clases C, M y X . ¿Qué quiere decir con "explotados"? Quiere decir que no cobran lo suficiente para vivir. Sí cobran lo suficiente, dice el Juez Gary. ¿Qué puede comprar un hombre con ese salario?, pregunta entonces el Presidente. Nada, dice Foster. Todo lo que necesitan, responde el Juez Gary. El Presidente consulta los presupuestos y las estadísticas de precios elaborados por el gobierno.²¹³ Determina que el presupuesto del grupo X se ajusta a la media, pero no así los de los grupos C y M. El Juez Gary hace constar que él no

considera que las estadísticas oficiales sean correctas. Los presupuestos que reflejan son excesivamente elevados y los precios se han abaratado. Foster también hace un comentario. Los presupuestos son excesivamente bajos y los precios se han encarecido. El Presidente resuelve que no les compete aclarar este punto, que las cifras oficiales son válidas, y que los expertos de Foster y el Juez Gary deberían apelar al comité permanente de la red federal de oficinas de inteligencia.

En cualquier caso, prosigue el Juez Gary, si cambiásemos las escalas salariales, nos arruinaríamos ¿Qué quiere decir con "nos arruinaríamos"?, pregunta el Presidente; "muéstranos sus cifras". No puedo hacerlo, son confidenciales, responde el Juez Gary. Todo lo que se considera confidencial está fuera de lugar, dice el Presidente, y, por tanto, redacta una sentencia en la que hace saber al público que los salarios de los trabajadores de los grupos C y M son en un tanto por ciento determinado inferiores al salario mínimo, y que el Juez Gary se opone a incrementarlos por motivos que se niega a exponer. Después de que se hubiese celebrado un procedimiento de esta naturaleza, podría existir una verdadera opinión pública en el sentido más encomioso del término.²¹⁴ El valor de la mediación de los expertos no reside en el hecho de que configuren una opinión para coaccionar a las partes, sino en que desintegran el partidismo. Quizá el Juez Gary y Foster sigan pensando lo mismo, pero incluso ellos se habrían visto forzados a hablar en otro tono. Sin embargo, casi todos los individuos que no estén personalmente implicados en la cuestión habrán conseguido evitar implicarse. Pues la maraña de estereotipos y eslóganes ante la que sus reflejos tienden a reaccionar, se desenreda gracias a este tipo de dialéctica.

4

En muchos asuntos de gran importancia pública, y en asuntos más personales, aunque en distintos grados según el sujeto, los hilos de la memoria y las emociones se enmarañan. Como resultado, una misma palabra puede connotar cualquier número de ideas diferentes: las emociones se desplazan de las imágenes a las que pertenecen, a nombres parecidos a los que a éstas les corresponden. En las zonas de nuestra mente que nunca sometemos a crítica, llevamos a cabo un amplísimo número de asociaciones onomatopéyicas, o basadas en el contacto o la sucesión. También creamos vínculos emocionales vagos y convertimos en máscaras palabras que habían sido nombres. Los sueños, las fantasías y los estados de pánico nos permiten apreciar una porción suficiente del desorden reinante como para saber de qué están hechas las mentes más simples, y cómo se comportan cuando carecen de la disciplina necesaria para realizar esfuerzos conscientes y oponer resistencia al exterior.

Así vemos que están tan desordenadas como cualquier desván viejo y polvoriento. A menudo observamos que entre los hechos, las ideas y las emociones reina el mismo grado de incongruencia que reinaría en una ópera en la que hubiera un desbarajuste de vestuarios y un caos de partituras, de tal forma que en el escenario Madame Butterfly, vestida de valquiria, esperase líricamente el regreso de Fausto. "En Navidad", leemos en un editorial, "los recuerdos conmueven el corazón. Recordamos las sagradas enseñanzas con la misma nitidez con que nuestro pensamiento retrocede hasta la infancia. El mundo no parece tan malo cuando nuestra mirada se empaña por los recuerdos, mitad alegres, mitad tristes, de nuestros seres queridos, ahora con Dios. Ningún corazón permanece impasible ante su misteriosa influencia... El país está inundado de propaganda roja, pero disponemos de suficientes cuerdas, músculos y farolas... mientras el mundo siga girando, el espíritu de la libertad arderá en el pecho de cada hombre."

El sujeto que encontró estas frases en su cabeza necesita ayuda. Necesita a un Sócrates que separe las palabras y le interroge metódicamente, hasta lograr que las defina y las convierta en nombres de ideas. Para que sólo designen un objeto en particular y nada más. Estas tensas sílabas se han conectado en su mente por medio de asociaciones primitivas, y han formado palabras por la acción de sus recuerdos navideños, su indignación como conservador, y sus emociones como heredero de una tradición revolucionaria. Algunas veces la maraña es demasiado enorme y vieja para que podamos desenredarla con rapidez. En otras ocasiones necesitamos, como hace la psicoterapia moderna, separar y nombrar capas superpuestas de recuerdos que retroceden hasta la infancia.

El efecto de nombrar, es decir, el efecto de decir en qué porcentaje el salario de los grupos C y M, pero no X, es inferior a la media, en vez de decir que la Clase Obrera está Explotada, es incisivo. Permite que las percepciones recuperen su identidad, y despiertan emociones que son específicas, porque ya no se refuerzan por la acción de interminables asociaciones fortuitas que lo abarcan todo, desde la Navidad a Moscú. La idea ya desenmarañada y portadora de su propio nombre, y las emociones ya analizadas, estarán entonces más dispuestas que nunca a recibir las correcciones que proporciona la introducción de nuevos datos en el problema. Se hallaba incrustada en la totalidad de la personalidad, y tenía algún tipo de estrecha relación con todo el ego: un desafío así hace estremecerse a toda el alma. Una vez que haya sido criticada a conciencia, la idea ya no será yo, sino eso. Se despersonalizará y guardará las distancias. Su destino se desligará del *mío* y se asociará al del mundo exterior sobre el que actúo.

5

Una reeducación de esta naturaleza nos permitiría basar nuestras opiniones públicas en el entorno. Esta es la forma de liquidar al gigantesco aparato que censura, estereotipa y dramatiza. Cuando el saber cuál es el entorno relevante no entraña dificultad, los críticos, profesores y médicos pueden desenmarañar nuestra mente. Pero cuando el entorno es igual de oscuro a los ojos de los analistas que a los de sus pupilos, ninguna técnica analítica es suficiente. Hace falta recurrir al trabajo de inteligencia. En el caso de los problemas políticos e industriales, la crítica como tal siempre tendrá posibilidades de hacer algo, pero su dialéctica no llegará muy lejos, a menos que pueda contar con la ayuda de informadores expertos que le suministren una imagen válida del entorno.

Por tanto, aunque también en esto, como en la mayor parte de otros asuntos, la "educación" constituye el remedio supremo, el valor de esta educación dependerá de la evolución del conocimiento. Pero nuestro conocimiento de las instituciones humanas sigue siendo excesivamente precario e impresionista. En conjunto, la recopilación de conocimiento social sigue siendo irregular; aún no es el complemento habitual de la acción que está llamada a ser. Y aun así, podemos estar seguros de que la información no se recopilará en razón de su utilidad esencial, sino porque la toma moderna de decisiones así lo exige. No obstante, lo importante es que permitirá acumular un cuerpo de datos que la ciencia política podrá convertir en generalizaciones, y en una imagen conceptual del mundo en provecho de la educación. Cuando dicha imagen haya cobrado forma, la educación cívica consistirá en preparar a las generaciones para que sepan abordar el entorno invisible.

Cuando los profesores dispongan de un modelo válido del sistema social, podrán emplearlo para ayudar a sus pupilos a tomar plena conciencia de cómo funciona su mente cuando aborda hechos que no le resultan familiares. Mientras no dispongan de este modelo, los profesores no podrán enseñarles a afrontar el mundo que les espera. Lo único que podrán hacer será prepararles para que lo aborden con mucha más sofisticación respecto de su propia mente. Con la ayuda de casos prácticos, podrán inculcar a sus alumnos el hábito de analizar las fuentes de su información. Podrán, por ejemplo, enseñarles a buscar en el periódico los datos sobre dónde se entregaron los cablegramas de una noticia específica, cómo se llaman el corresponsal y la agencia de prensa responsables, y qué grado de credibilidad merecen las declaraciones citadas y en qué circunstancias se obtuvieron. También podrán enseñarles a preguntarse a sí mismos si los periodistas presenciaron lo que describen, y a recordar de qué forma han descrito otros acontecimientos en el pasado. Podrán enseñarles a reconocer la marca de la censura y del secretismo, y aportarles conocimientos

sobre la propaganda basándose en el pasado. Sirviéndose de la historia correctamente, también podrán explicarles cómo funcionan los estereotipos e inculcarles el hábito de la introspección para que se defiendan de la imaginaria que evoca la letra impresa. Impartiendo cursos de historia y antropología comparada, podrán ayudarles a tomar conciencia de por vida de la manera en que los códigos imponen un patrón especial sobre la imaginación. Podrán enseñar a los hombres a contenerse para que no elaboren tantas alegorías, dramaticen las relaciones y personifiquen las abstracciones. Podrán enseñar a sus alumnos la manera en que todos nos identificamos con esas alegorías, la forma en que se despierta nuestro interés, y cómo desarrollamos una actitud determinada, ya sea heroica, romántica o económica, en función de las opiniones que defendemos en cada momento.

El estudio de los errores no es sólo profiláctico en grado sumo, sino que además constituye una introducción estimulante al estudio de la verdad. A medida que nuestras mentes tomen conciencia de su propia subjetividad, apreciaremos las bondades del método objetivo, que de lo contrario no seríamos capaces de hallar. Veremos con más nitidez de lo que en circunstancias normales nos es dado ver, todo el daño que causan, y la crueldad fortuita de nuestros prejuicios. Y la destrucción de un prejuicio, aunque puede resultar dolorosa al principio, debido a su conexión con nuestro amor propio, proporciona un inmenso alivio y un sano orgullo cuando se lleva a cabo con éxito. El ámbito de nuestra atención se amplía radicalmente. A medida que se desintegran las categorías al uso, una versión opaca y simple del mundo se hace añicos. El escenario cobra vida y plenitud. A continuación, sentiremos un incentivo emocional que nos permitirá apreciar con entusiasmo el método científico, y que de lo contrario resultaría difícil de estimular, e imposible de mantener. Los prejuicios son mucho más fáciles e interesantes. Pues si enseñamos los principios de la ciencia como si siempre se hubieran aceptado, su principal virtud como disciplina, que es la objetividad, hará que parezcan aburridos. Sin embargo, si los enseñamos como victorias de la mente sobre la superstición, y como el júbilo de la caza y la conquista, evitaremos a los alumnos esa difícil transición que consiste en pasar de su propia experiencia autolimitada a la fase en la que su curiosidad ya ha madurado, y en la que la razón ya ha adquirido pasión.

Capítulo 28. Apelación a la razón

1

He escrito, y más tarde desechado, varios finales para este libro. En todos ellos planeaba la fatalidad de los capítulos finales, en los que todas las ideas parecen encontrar su lugar, y todos los misterios, que el autor no había olvidado, se aclaran por fin. En política, los protagonistas no viven felices para siempre, ni cierran su vida con broche de oro. No hay capítulos finales, porque tienen más futuro por delante que historia a sus espaldas. El último capítulo sólo es un lugar en el que el escritor imagina que el amable lector ha empezado a mirar su reloj furtivamente.

2

Cuando Platón llegó al punto en el que lo más apropiado habría sido recapitular, su seguridad se tornó en miedo escénico, porque comprendió lo absurdo que sonarían sus palabras, si explicaba lo que pensaba sobre la posición que la razón ocupa en la política. Esas frases del Libro V de la *República* eran difíciles de decir, incluso para Platón; son tan puras y absolutas, que los hombres no han podido olvidarlas ni tampoco vivir de acuerdo a ellas. Así pues, hizo que Sócrates dijera a Glaucón que si explicara "cuál es el último cambio que permitiría a los estados mudar completamente de aspecto,"²¹⁵ caería en el ridículo más espantoso, porque lo que "de buen grado habría dicho, de no ser por su excesiva extravagancia," es que "a menos que los filósofos reinen en los estados, o los que hoy se llaman reyes y soberanos no sean verdadera y seriamente filósofos, de suerte que la autoridad pública y la filosofía se encuentren juntas en el mismo sujeto.. no habrá remedio posible para los males que arruinan los estados ni para los del género humano..."

Apenas había pronunciado estas horribles palabras, cuando se dio cuenta de que contenían un consejo de perfección, y le invadió un sentimiento de vergüenza ante la inabordable grandeza de su idea. Por lo que se apresuró a añadir que, naturalmente, "el verdadero piloto" será considerado "un visionario que pierde el tiempo en contemplar los astros, un charlatán e inútil."²¹⁶ Admitiendo tan nostálgica verdad, se protegió contra cualquier posible acusación de falta de sentido del humor, o cualquiera que fuese el equivalente griego, pero lo cierto es que también añadió una apostilla humillante a tan solemne pensamiento. Entonces se rebeló y advirtió a Adimanto que no es a los filósofos "a quienes es preciso atacar echándoles en cara su inutilidad, sino a los que no se dignan a emplearlos, porque no es natural que el piloto suplique a la tripulación que le permita conducir la nave." Y con tan altivo gesto enfundó rápidamente las armas

de la razón y se escondió en la Academia, dejando el mundo en manos de Maquiavelo.

Así, en el primer gran combate entre la razón y la política, la estrategia de la razón consistió en retirarse enfadada. Pero mientras tanto, como el mismo Platón nos dice, el barco seguía navegando. Han sido muchos los barcos que se han echado al mar desde que Platón escribió estas líneas, y hoy en día, con independencia de si nuestras creencias reflejan sabiduría o estupidez, ya no podemos considerar verdaderos pilotos a los que simplemente "tienen conocimiento exacto de los tiempos, de las estaciones, del cielo, de los astros, de los vientos y de todo lo que pertenece a este arte".²¹⁷ Ningún capitán puede ignorar nada que pueda necesitar para llevar su nave a buen puerto. Porque se produzcan motines a bordo, no podrán decir: peor para todos... no forma parte de mis obligaciones el saber afrontar un motín... la filosofía no dice que yo debiera haber pensado en esta posibilidad... yo sé navegar... no sé navegar en un barco repleto de marineros... y si ellos no se dan cuenta de que soy yo quien debe dirigir el timón, no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Iremos derechos hacia las rocas, donde ellos pagarán el precio de su pecado; yo, sabiendo que mi criterio era el mejor...

3

Siempre que apelamos a la razón en materia de política nos vemos obligados a afrontar la dificultad que encierra esta parábola. Hay una dificultad inherente al empleo del método de la razón para abordar un mundo irracional. Aun estando de acuerdo con Platón en que el verdadero piloto siempre sabe qué es lo mejor para su nave, debemos recordar que no resulta fácil reconocerle entre la multitud, y que es precisamente esta incertidumbre lo que hace que buena parte de la tripulación tenga serias dudas al respecto. La tripulación, por definición, desconoce lo que él sabe, y el piloto, fascinado por las estrellas y los vientos, no sabe cómo hacer comprender a los marineros la importancia de lo que ve. Cuando se produce un motín en alta mar, la falta de tiempo no permite a cada marinero convertirse en un experto juez de expertos. Tampoco hay tiempo para que el capitán consulte a su tripulación y sepa si de verdad es tan sabio como se cree. Esto se debe a que la educación tarda años en adquirirse, pero las emergencias sólo son cuestión de horas. Por tanto, sería de todo punto académico decirle al piloto que el verdadero remedio consiste en, por ejemplo, proporcionar una educación a los marineros que les dote de un mejor sentido de la evidencia. Esta propuesta sólo se puede plantear a patrones que se encuentran en tierra firme. Dado nuestro sentido de la evidencia, en época de crisis el único consejo posible es desenfundar una pistola, pronunciar un discurso, lanzar un eslogan conmovedor, comprometerse a algo, o emplear

cualquier medio disponible para sofocar el motín. Los hombres sólo planean sus travesías desde la costa, porque sólo al abrigo de tierra firme pueden, y por su propia salvación deben, permitirse el lujo de afrontar esas causas que tanto tiempo lleva eliminar. Tendrán que pilotar el barco durante muchos años y generaciones, no sólo en casos de emergencia. Y nada pondrá a prueba su sabiduría tanto como la necesidad de distinguir las falsas crisis de las verdaderas. Pues cuando el pánico se desborda, con crisis que se suceden una tras otra, los peligros reales se mezclan con temores imaginarios, y no tenemos entonces ocasión de recurrir al constructivo uso de la razón, y cualquier tipo de orden acaba pareciéndonos mejor que cualquier tipo de desorden.

La humanidad sólo podrá aspirar a emplear el método de la razón cuando disfrute de una cierta estabilidad a lo largo de un período de tiempo prolongado. Esto no se debe ni a que la humanidad sea inepta, ni a que el llamamiento a la razón constituya una utopía, sino a que la evolución de la razón aplicada a asuntos políticos apenas está dando sus primeros pasos. Nuestras ideas racionales en materia de política aún son generalidades demasiado vagas, abstractas y poco sofisticadas para guiarnos en la práctica, exceptuando los casos en los que su acumulación es suficiente como para anular peculiaridades individuales y mostrar amplias uniformidades. La aplicación de la razón a la política aún está excesivamente verde, especialmente cuando se trata de predecir el comportamiento de hombres individuales, porque en la conducta humana las variaciones iniciales más insignificantes a menudo dan lugar a las diferencias más complejas. Tal vez sea éste el motivo de que cuando tratamos de apelar exclusivamente a la razón para abordar situaciones repentinas, nos veamos impotentes y muertos de risa.

4

Pues el ritmo al que la razón, tal como ahora disponemos de ella, es capaz de avanzar, es inferior al que la acción nos obliga a tomar. Por tanto, el estado en que actualmente se halla la ciencia política se caracteriza por la tendencia a que cada situación dé lugar a otra nueva antes de que la primera quede comprendida con claridad, y, por consiguiente, se limita a hacer mucha crítica política a posteriori y poco más. Tanto en el descubrimiento de lo desconocido como en la difusión de lo que ya se ha demostrado, existe un diferencial de tiempo que, ahora más que nunca, debería ser objeto de estudio por parte de los filósofos políticos. Hemos empezado, fundamentalmente bajo la inspiración de Graham Wallas, a analizar el efecto del entorno invisible en nuestras opiniones. No podemos, hasta ahora, entender, salvo un poco de modo empírico, el papel del elemento tiempo en política, aunque afecte directamente a la viabilidad de toda propuesta constructiva.²¹⁸ Sabemos, por ejemplo, que de algún modo la

validez de todo proyecto depende de cuánto tiempo requiera su implementación. Esto se debe a que de dicho tiempo dependerá el que los datos que el plan da por corroborados no sufran en verdad ninguna alteración posterior.²¹⁹ Hay un factor relacionado con esto que los individuos realistas y expertos sí tienen en consideración, y que de alguna manera nos ayuda a distinguirlos de los oportunistas, iluminados, filisteos y pedantes.²²⁰ No obstante, actualmente no tenemos un conocimiento sistemático del papel exacto que el cálculo del tiempo desempeña en política.

Hasta que comprendamos esta cuestión en profundidad, al menos podremos recordar que el problema entraña la máxima dificultad teórica y conlleva graves consecuencias prácticas. Tenerlo presente nos ayudará a apreciar el ideal de Platón sin compartir su precipitada conclusión sobre la perversidad de quienes no escuchan a la razón. En política resulta difícil seguir lo que la razón nos dicta, porque supone conseguir que marchen juntos dos procesos que, hasta el momento, lo hacen a distinto ritmo y con pasos diferentes. Hasta que la razón no sea sutil y particular, la lucha inmediata de la política seguirá requiriendo ciertas dosis de ingenio innato, fuerza, y una fe indemostrable, que la razón no puede suministrar ni controlar, porque los hechos de la vida son demasiado indiferenciables para su poder de comprensión. Los métodos de la ciencia social están tan poco perfeccionados, que en lo que a muchas de las decisiones más graves, y casi todas las de menor trascendencia respecta, aún no tenemos otra elección que apostarnos con el destino lo que nos dicte nuestra intuición.

Pero podemos hacer de la fe en la razón una de esas intuiciones. Podemos emplear nuestro ingenio y nuestra fuerza en proporcionarle puntos de apoyo. Más allá de nuestras imágenes del mundo, podemos intentar contemplar un panorama de una mayor duración de hechos, y en tanto nos sea posible escapar del presente urgente, permitir que ese tiempo más extenso controle nuestras decisiones. Sin embargo, aun teniendo la voluntad de tener presente el futuro, volvemos a encontrarnos una y otra vez con que no estamos seguros de cómo debemos actuar según el dictado de la razón. El número de problemas humanos sobre los que está preparada para emitir dictámenes es escaso.

5

Hay una noble falsedad en ese amor al prójimo que surge del conocimiento de uno mismo y de la incontestable fe en que ningún miembro de nuestra gregaria especie está solo cuando anhela un mundo más hospitalario. Son tantas las muecas que los hombres nos hacemos mutuamente que van acompañadas de una alteración del pulso, que no todas revisten importancia. Cuando tantas cosas son inciertas y son tantas las acciones que deben ejecutarse atendiendo a

conjeturas, la demanda de nuestras reservas de decencia pura es inmensa, y se hace necesario vivir como si obrase la buena voluntad. No podemos demostrar que vaya a ser así en todos los casos, ni por qué el odio, la intolerancia, la suspicacia, el fanatismo, el secretismo, el temor y la mentira son los siete pecados capitales contra la opinión pública. Sólo podemos insistir en que no tienen cabida en la apelación a la razón, en que a largo plazo actúan como el veneno; y en que actuando conforme a una visión del mundo que sobreviva a nuestros propios padecimientos, y a nuestras propias vidas, podremos abrigar un vigoroso prejuicio contra ellos.

Aún lo haremos mejor, si no permitimos que el horror y el fanatismo hagan tanta mella en nuestro interior, que terminemos por alzar los brazos al aire con displicencia y perdamos interés en el plazo más largo de tiempo, por haber perdido nuestra fe en el futuro de la humanidad. No hay motivos para tanta desesperanza, porque todos los y si... de los que, como dijo James, pende nuestro destino, están tan preñados de significado como siempre lo estuvieron. La brutalidad de la que hemos sido testigos está ahí, y precisamente porque fue insólita, no fue concluyente. Sólo se trató de Berlín, Moscú y Versalles de 1914 a 1919, no de Armagedón como hemos dicho retóricamente. Cuanto mayor haya sido el grado de realismo con que los hombres afrontaron la brutalidad y la histeria, más se habrán ganado el derecho a decir que sólo porque otra gran guerra haya tenido lugar, es de necios creer que la inteligencia, el valor y el esfuerzo no podrán urdir una buena vida para toda la humanidad.

A pesar de haber sido tanto el horror, no fue universal. Hubo corruptos e incorruptibles, caos y milagros. También hubo enormes mentiras. Y hubo hombres con voluntad de destaparlas. La afirmación de que lo que algunos hombres han sido no podrá llegar a serlo un número mayor, y, en última instancia, un número suficiente, no es una opinión, sino sólo un estado de ánimo. Podemos desesperarnos por lo que nunca fue. Podemos perder la esperanza en que alguna vez lleguemos a tener tres cabezas, aunque Bernard Shaw incluso ha rehusado perder esa esperanza. Sin embargo, no podemos perder la esperanza en las posibilidades que podrían abrirse en virtud de cualquiera de las cualidades humanas puestas de manifiesto por los individuos. Y si entre todos los males de esta década no hemos visto hombres y mujeres, ni conocido momentos, que nos hubiera gustado multiplicar, ni siquiera el Señor podrá ayudarnos.

Notas a pie de página

- ¹ *Hexameron*, 1, capítulo 6, citado en *The Medioeval Mind* por Henry Osborn Taylor. Vol. 1, pág. 73.
- ² Lecky, *Rationalism in Europe*. Vol. 1, págs. 276-278.
- ³ Ibid.
- ⁴ Lytton Strachey, *Queen Victoria*, pág. 72.
- ⁵ Jean de Pierrefeu, *G. Q. G. Trois ans au Grand Quartier Général*, págs. 94-95.
- ⁶ Véase la Parte V.
- ⁷ Personaje de *Main Street*, de Sinclair Lewis.
- ⁸ Jean de Pierrefeu, *op. cit.*, pág. 99.
- ⁹ James, *Principies of Psychology*. Vol. II, pág. 638.
- ¹⁰ Véase G.K. Chesterton, "The Mad Hatter and the Sane Householder", *Vanity Fair*, Enero 1921, pág. 54.
- ¹¹ Véase Wallace, *Our Social Heritage*, pp. 77 y siguientes.
- ¹² Véase Edward J. Kempf, *Psychopathology*, pág. 116.
- ¹³ Ibid., pág 151
- ¹⁴ C. Q. G., págs. 126-129.
- ¹⁵ El 26 de febrero de 1916. Pierrefeu, G. Q. G., pág. 133 y siguientes.
- ¹⁶ La traducción que incluyo en el texto es mía. La traducción inglesa llevada a cabo en Londres y publicada en el New York Times del domingo 27 de febrero decía:"Londres, 26 de febrero (1916). Alrededor de Fort de Douauniont, elemento avanzado de la antigua organización defensiva de las fortalezas de Verdún, se ha estado librando una encarnizada lucha. La posición, tomada esta mañana por el enemigo después de varios asaltos infructuosos que le han costado un número extremadamente alto de bajas,(*) fue alcanzada de nuevo y sobrepasada por nuestras tropas, a las que ninguno de los intentos enemigos ha conseguido hacer retroceder."(*) El texto original en francés decía "pertes tres élevées."Por tanto, la traducción llevada a cabo en Inglaterra exagera la versión original.
- ¹⁷ Pierrefeu, *op. cit.*, págs. 134-135.
- ¹⁸ *Op. cit.*, págs. 138-139.
- ¹⁹ *Op. cit.*, pág 147.
- ²⁰ Durante las semanas que precedieron al ataque estadounidense de St. Mihiel y el Argonne-Meuse, el "gran secreto" corría de boca en boca en Francia.
- ²¹ William Randolph Hearst (San Francisco 1863-Beverly Hills 1951) Llegó a poseer 28 periódicos, 18 revistas, varias emisoras de radio y productoras de cine. Se le considera uno de los máximos exponentes de la llamada "prensa amarilla". Como es sabido, la película *Ciudadano Kane* de Orson Wells está inspirada en la vida de este multimillonario. (N. del T.)
- ²² George Creel, *How We Advertised America*.
- ²³ Eran voluntarios que, en cines y teatros, explicaban de viva voz y en "no más de cuatro

minutos" la necesidad de participar en la guerra. El nombre hace referencia a los *Minute Men*, soldados de la guerra de Independencia que eran capaces de estar listos en tan solo un minuto (*N. del T.*)

²⁴ William G. McAdoom (1863-1941), siendo director general del ferrocarril de los Estados Unidos, consiguió recaudar 18000 millones de dólares para contribuir a financiar la I Guerra Mundial (*N. del T.*)

²⁵ De ahí la importancia de tomarse muy en serio las islas Yap. (*N. del A.*) Yap o Guap, sucesivamente reclamada por portugueses, españoles, alemanes, japoneses y norteamericanos, forma parte de Las Carolinas y hoy está integrada a Micronesia. Los alemanes la convirtieron en un centro de comunicación mediante un cable submarino antes de que pasara, acabada la guerra, a manos de los japoneses. (*N. del T.*)

²⁶ W. Trotter, *Instincts of the Herd in War and Peace*.

²⁷ Edith Wharton, *The Age of Innocence*.

²⁸ Ross, *Social Psychology*, capítulos IX, X y XI.

²⁹ Véase la parte III.

³⁰ Julio de 1900 D. F. Wilcox, *The American Newspaper: A Study in Social Psychology*, Annals of the American Academy of Political and Social Science, volumen XVI, pág. 56. (Las tablas estadísticas se recogen en *The American Newspaper*, por James Edward Rogers.) 1916 (¿?) W. D. Scott, *The Psychology of Advertising*, págs. 226-248. Véanse también Henry Foster Adams, *Advertising and its Mental Laws*, capítulo IV 1920. *Newspaper Reading Habits of College Students*, por los profesores George Burton Hotchkiss y Richard B. Franken, publicado por la Association of National Advertisers, Inc., Calle 26 este, número 15, Nueva York.

³¹ Salvo aquellos que se consideran inapropiados y aquellos que se rechazan por falta de espacio, aunque esto último sólo ocurre en contadas ocasiones.

³² Código de Phillip.³³ Citado por White, *Mechanisms of Character Formation*.³⁴ Cable especial al enviado al *New York Times*, 25 de mayo de 1921, por Edwin L. James.

³⁵ En mayo de 1921, las relaciones entre Inglaterra y Francia se volvieron tirantes, debido a la insurrección de M. Korfanty en la Alta Silesia. El 20 de mayo de 1921, la versión londinense del *Manchester Guardian* publicó el siguiente artículo: "El cruce de palabras franco-inglés." He detectado que determinados grupos, ampliamente familiarizados con el carácter y formas franceses, tienden a pensar que nuestra prensa y opinión públicas han hecho gala de una cierta hipersensibilidad en relación al lenguaje vívido, y en ocasiones inmoderado, que la prensa francesa ha empleado durante la presente crisis. Un observador neutral bien informado me explicó esta cuestión de la siguiente manera: "Las palabras, como el dinero, son representaciones del valor. Representan significados, por lo que su valor representativo, al igual que el del dinero, experimenta oscilaciones. Bossuet empleaba la palabra francesa 'étonnant' con una gran carga de significado que se ha perdido en la actualidad. Lo mismo puede decirse de la palabra inglesa 'awful'. Algunas naciones tienden casi por ley a subestimar el valor de las cosas, mientras que otras tienden a exagerarlo. Lo que cualquier soldado raso británico llamaría un lugar insalubre, sólo puede ser descrito por los soldados italianos a través de un vocabulario rico respaldado por una mímica exuberante. Las naciones que subestiman mantienen la divisa de la palabra en su justo valor, mientras que las que exageran padecen idiomas inflacionistas. "Las expresiones inglesas del tipo 'un intelectual distinguido' o 'un brillante autor' se traducen al francés como 'un gran sabio' y 'un maestro exquisito'. Se trata de una mera cuestión de cambio, de la misma forma que el precio de una libra en Francia

corresponde a 46 francos, a pesar de que todos sabemos que no por ello se incrementa su valor en casa. Al leer la prensa francesa, los ingleses deberían esforzarse por efectuar una operación mental similar a la que llevan a cabo los banqueros cuando reconvierten francos en libras, sin olvidar que aunque el tipo de cambio normal entre la libra y el franco corresponde a 25, el cambio actual es de 36, debido a la guerra, ya que provoca fluctuaciones que afectan tanto a las divisas como a las palabras. "Personalmente confío en que este argumento se pueda aplicar en ambas direcciones y que los franceses se den cuenta de que detrás de la reticencia inglesa se esconde el mismo valor que tras la exuberancia de sus propias expresiones."

³⁶ *The New Republic*, 29 de diciembre de 1920, pág. 142.

³⁷ Internat. Zeitschr., f. Arztl. *Psychoanalysis*, 1913. Traducido y publicado por el Dr. Ernest Jones en *Contributions to Psychoanalysis* por S. Ferenczi, capítulo VIII, *Stages in the Development of the Sense of Reality*

³⁸ Ferenczi era un patólogo, y como tal, no describió este período de madurez, en el que la experiencia se organiza como ecuaciones, denominado período del realismo basado en la ciencia.

³⁹ Véanse, por ejemplo, los *Diagnostische Assoziation Studien*, efectuados en la Clínica Psiquiátrica Universitaria de Zurich bajo la dirección del Dr. C. G. Jung. Estos tests se llevaron a cabo principalmente con arreglo a lo que suele denominarse la clasificación de Krpelin y Aschaffenburg. Sirven para medir el tiempo de reacción y clasifican las respuestas a la palabra-estímulo en internas, externas y onomatopéyicas. Muestran por separado los resultados obtenidos de las primeras cien palabras y de las siguientes cien y llevan a cabo una clasificación en función del tiempo de reacción y la calidad de las respuestas cuando se distrae al sujeto introduciendo alguna idea en su mente, o cuando responde mientras un metrónomo mide el tiempo transcurrido. Algunos de los resultados de los tests están resumidos en Jung, *Analytical Psychology*, capítulo II, traducido por el Dr. Constance E. Long.

⁴⁰ Jung, *Clark Lectures*.

⁴¹ Véase por ejemplo Edmond Locard, *L'Enquête criminelle et les méthodes scientifiques*. En los últimos años se ha recopilado un volumen considerable de información interesante acerca de la credibilidad de los testigos. Dicha información muestra, tal y como señaló un crítico capaz a propósito del libro del Dr. Locard en el suplemento literario de *The Times* (Londres, 18 de agosto de 1921), que la credibilidad varía según los tipos de testigos y de sucesos, pero también en función de los tipos de percepción. Las percepciones basadas en el tacto, el olfato y el gusto constituyen pruebas de escaso valor. El oído, por su parte, es imperfecto y arbitrario a la hora de determinar la procedencia y dirección de los sonidos y, por otro lado, cuando escuchan conversaciones de terceros "los testigos suplen con su mejor intención las palabras que no han podido oír. Esto les lleva a crear sus propias teorías acerca del sentido general de la conversación y a adaptar a este esquema los sonidos que sí han logrado captar." Incluso las percepciones visuales están sujetas a error, por ejemplo en el caso de identificaciones, reconocimientos y estimaciones relativas a cifras y distancias, como cuando tratamos de calcular las dimensiones de una multitud. En el caso de los observadores inexpertos, el sentido del tiempo es muy variable. Todos estos fallos originales se complican, además, por la acción de la memoria y de la imparable creatividad de la imaginación. Véase también Sherrington, *The Integrative Action at the Nervous System*, págs. 318-327. El difunto profesor Hugo Münsterberg escribió un libro muy popular acerca de esta cuestión titulado *On the Witness Stand*.

- ⁴² William James, *Principles of Psychology*, vol. I, pág. 488
- ⁴³ John Dewey, *How We Think*, pág. 121
- ⁴⁴ *Op. cit.*, pág. 133.
- ⁴⁵ A. Von Gennep, *La formation des légendes*, págs. 158-159. Citado por F. van Langenhove en *The Growth of a Legend*, págs. 120-122.
- ⁴⁶ Bernard Berenson, *The Central Italian Painters of the Renaissance*, págs. 60 y siguientes.
- ⁴⁷ Véase también su comentario en *Dante's Visual Images, and his Early Illustrators in The Study and Criticism of Italian Art* (primera serie), pág. 13. "No podemos evitar vestir a Virgilio de romano y otorgarle el 'perfil clásico' y un 'porte escultural', pero es probable que la imagen visual de Dante con respecto a Virgilio no fuese menos medieval, ni se basase menos en la reconstrucción crítica de la antigüedad que toda su concepción del poeta romano. Los artistas del siglo XIV representan a Virgilio como un sabio medieval, vestido con toga y birrete, y carecemos de motivos para pensar que la imagen visual de Dante fuese distinta."
- ⁴⁸ *The Central Italian Painters*, págs. 66-67.
- ⁴⁹ Citado por Edward Hale Bierstadt, *New Republic*, 1 de junio de 1921, pág. 21
- ⁵⁰ Graham Wallas, *Our Social Heritage*, pág. 17.
- ⁵¹ Zimmern: *Greek Commonwealth*. Véase la nota que figura al pie de la página 383.
- ⁵² *Política*, Libro 1, capítulo 5.
- ⁵³ Colección de guías turísticas sobre países extranjeros publicada por primera vez en Alemania por Karl Baedeker (1801-1859). (*N. del T.*)
- ⁵⁴ Fernand van Langenhove, *The Growth of a Legend*. El autor es un sociólogo belga.
- ⁵⁵ *Op. Cit.*, págs. 5-7.
- ⁵⁶ Algún tiempo después de que se escribieran estas líneas, Erzberger fue asesinado.
- ⁵⁷ Lamentablemente, resulta mucho más complicado conocer estas verdaderas culturas que resumir y comentar las obras de los genios. La verdadera cultura se da en individuos demasiado ocupados para acometer la singular tarea de formular sus creencias. Por tanto, sólo dejan constancia de ellas por casualidad y los expertos casi nunca pueden saber hasta qué punto están extendidas. Quizá lo más que puedan hacer sea seguir la sugerencia de Lord Bryce (*Modern Democracies*, vol. 1, pág. 156) de moverse libremente "entre hombres de toda clase y condición", y buscar en cada barrio a personas libres de prejuicios y hábiles para llevar a cabo evaluaciones. "La práctica y un cierto 'toque de comprensión' nos ayudan a desarrollar este don. Los observadores expertos aprenden a detectar pequeños indicios, de la misma forma que los viejos pescadores perciben los signos de la tormenta que se avecina antes que los hombres de tierra firme." Resumiendo, esto supone un trabajo considerable de especulación, por lo que no es de extrañar que los especialistas, que disfrutan con la precisión, prefieran dedicar su atención a las formulaciones de sus colegas, mucho más claras.
- ⁵⁸ *The Times* (Londres), *Literary Supplement*, 2 de junio de 1921, pág. 352. En una visita a los Estados Unidos, el profesor Einstein dijo en 1921 que la gente tendía a sobrestimar la influencia de su teoría y a subestimar su certeza.
- ⁵⁹ J. B. Bury, *The Idea of Progress*, pág. 324.
- ⁶⁰ Tennyson, *Memoir by his Son*, vol. I, pág. 195. Citado por Bury, *op. cit.*, pág. 326.

⁶¹ Me refiero al transporte y suministro de dos millones de soldados en el extranjero. El profesor Wesley Mitchell señaló que la producción total de bienes tras la entrada de los Estados Unidos en la guerra no experimentó un incremento notable con respecto al año 1916, pero no así la producción de bienes de guerra.

⁶² *Back to Methuselah*. Prólogo.

⁶³ *The Quintessence of Ibsenism*.

⁶⁴ *The Letters of William James*, vol. I, pág. 65.

⁶⁵ *Two Years of Conflict on the Internal Front*, Federación Rusa de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Moscú, 1920. Traducido por Malcom W. Davis para el diario *New York Evening Post*, 15 de enero de 1921.

⁶⁶ *Principies of Psychology*, vol. II, pág. 3

⁶⁷ Véase a este respecto la entrevista de Charles Grasty y Marshall Foch publicada en el *New York Times* el 26 de febrero de 1918. "Los alemanes están atravesando Rusia. La posición de los ejércitos de los Estados Unidos y Japón nos permitirá interceptarlos en Siberia, y eso es lo que haremos." Véase también la resolución del Senador King de Utah, del 10 de junio de 1918, y la afirmación de Taft en el *New York Times*, el 11 de junio de 1918, así como el llamamiento a los estadounidenses realizado el 5 de mayo de 1918 por A..I. Sack, director de la oficina de información rusa: "Si los alemanes estuvieran en el lugar de los aliados... en menos de un año tendrían un Ejército de 3.000.000 soldados luchando en el frente oriental."

⁶⁸ *The Letters of William James*, vol. 1, pág. 6.

⁶⁹ *Principies of Psychology*, vol. 1, pág. 638.

⁷⁰ Citado por Warren en *Human Psychology*, pág. 255.

⁷¹ *Op. cit.*, vol. 1, pág. 639.

⁷² El cine es capaz de reproducir este efecto de forma asombrosa mediante la proyección ultra rápida de imágenes.

⁷³ Vol. II, pág. 605. Véase también James Harvey Robinson, *The New History*, pág. 239.

⁷⁴ En una reseña sobre *The Salvaging of Civilization*, *The Literary Review* del *N.Y. Evening Post*, 18 de junio de 1921, pág. 5.

⁷⁵ Véase Carter L. Goodrich, *The Frontier of Control*.

⁷⁶ Artículo XIX

⁷⁷ *The Equipement of the Worker*.

⁷⁸ *Op. cit.*, nota al pie de la página 65.

⁷⁹ Williams James, *Some Problems of Philosophy*, pág. 224.

⁸⁰ *A Pluralistic Universe*, pág. 329.

⁸¹ *The Heart of the Puritan*, pág. 177, edición de Elizabeth Deering Hanscom.

⁸² Citado en *The New Republic*, 24 de diciembre de 1919, pág. 120.

⁸³ Véase el análisis de Freud sobre la presencia de lo absoluto en los sueños, *Interpretation of Dreams*, capítulo 6, especialmente la página 288 y siguientes.

⁸⁴ *Creative Evolution*, capítulos III y IV.

⁸⁵ *Beauty and Ugliness*

⁸⁶ Esto tiene mucho que ver con el carácter de las noticias. Véase la parte VII.

⁸⁷ Véase Frances Taylor Patterson, *Cinema Craftmanship*, págs. 31 y 32. "III. Si la trama carece de suspense: 1) añada un antagonista, 2) añada un obstáculo, 3) añada un problema, 4) acentúe alguna de estas cuestiones en la mente del espectador..."

⁸⁸ *Op. cit.*, págs. 6 y 7.

⁸⁹ *Op. cit.*, pág. 46. "Por lo general, héroes y heroínas deben poseer juventud, belleza, bondad, una extraordinaria capacidad de sacrificio y una constancia incorruptible."

⁹⁰ Para obtener un ejemplo interesante, véase el caso descrito por C. J. Jung en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, 1911, vol. 1, pág. 81. Traducido al inglés por Constance Long en *Analytical Psychology*, capítulo IV.

⁹¹ Para obtener un esquema interesante de los primeros intentos más sobresalientes por explicar el carácter, véase el capítulo titulado "The Antecedents of the Study of Character and Temperament," en la obra de Joseph Jastrow titulada *The Psychology of Conviction*.

⁹² *Bodily Changes in Pleasure, Pain and Angel:*

⁹³ *The Neurotic Constitution.*

⁹⁴ *The Autonomic Functions and the Personality; Psychopathology.* Véase también Louis Berman: *The Glands Regulating Personality.*

⁹⁵ Jastrow, *op. cit.*, pág. 156.

⁹⁶ Formulado por Kempf en *Psychopathology*, pág. 74, como sigue: Deseos manifiestos sobre Últimos deseos reprimidos sobre Deseos reprimidos durante la adolescencia sobre Deseos reprimidos antes de la adolescencia. Frente a la resistencia del entorno = comportamiento

⁹⁷ Véase el libro de Everett Dean Martin titulado *The Behavior of Crowds*, de sumo interés. Véase también Hobbes, *Leviathan*, parte II, cap. 2.5. "Debido a que las pasiones humanas, que por separado son moderadas, como el calor de un hierro de marcar, al combinarse son como muchos hierros juntos que se prenden entre sí, especialmente cuando se inflan mutuamente con discursos...". LeBon, *The Crowd*, desarrolla esta observación de Hobbes.

⁹⁸ Véase Thorstein Veblen, "The Socialist Economies of Karl Marx and His Followers," en *The Place of Science in Modern Civilization*, especialmente las páginas 413-418.

⁹⁹ *The Theory of Business Enterprise.*

¹⁰⁰ De hecho, cuando llegó el momento de pasar de la teoría a la práctica, Lenin abandonó completamente la interpretación materialista de la política. Si se hubiera mantenido verdaderamente fiel a la teoría marxista cuando se hizo con el poder en 1917, se habría dicho a sí mismo lo siguiente: "de acuerdo con las enseñanzas de Marx, el socialismo debía surgir del capitalismo una vez que éste hubiera alcanzado la fase de madurez..., pero aquí estoy yo, al frente de una nación que apenas acaba de internarse en la fase de desarrollo... Por otro lado, es verdad que soy socialista, pero un socialista científico, por lo que en este momento la idea del socialismo está fuera de lugar... deberíamos desarrollar nuestro capitalismo para que la evolución profetizada por Marx pueda producirse". Sin embargo, Lenin no actuó de esta manera. En vez de esperar a que la evolución siguiera su curso, intentó por la fuerza, su voluntad y la acción de la educación contradecir el proceso histórico que su propia filosofía defendía.

Desde que se escribieron estas páginas, Lenin ha abandonado el comunismo argumentando que Rusia no posee las bases necesarias del capitalismo maduro. Ahora considera que Rusia debe crear un sistema capitalista, que a su vez dará lugar a la existencia de un proletariado, que algún día instaurará un sistema comunista. Esto, por lo menos, es coherente con la teoría marxista, pero demuestra hasta qué punto el determinismo apenas influye en las opiniones de un determinista como Lenin.

¹⁰¹ *Principies of Psychology*, vol. II, pág. 383.

¹⁰² *Op. cit.*, vol. II, pág. 390.

¹⁰³ *Social Psychology*, introducción, cuarta edición, págs. 31 y 32.

¹⁰⁴ "La mayor parte de las definiciones de instinto y acción instintiva sólo consideran los aspectos conativos... y con frecuencia se comete el error de ignorar los aspectos cognitivos y afectivos del proceso mental instintivo." Nota a pie de página, *op. cit.*, pág. 29.

¹⁰⁵ *Op. cit.*, pág. 34.

¹⁰⁶ *New York Times*, 20 de mayo de 1921.

¹⁰⁷ Pronunciado en Carnegie Hall, Ciudad de Nueva York, el 31 de julio de 1916.

¹⁰⁸ El Presidente Wilson afirmó ante los Senadores que nunca había oído hablar de tales tratados hasta que llegó a París. Tal afirmación es sorprendente. El texto de los Catorce Puntos demuestra que éstos no se podrían haber formulado sin el conocimiento de los tratados secretos. El Presidente y el Coronel House tenían su contenido delante cuando prepararon la versión final del documento. (*N. del A.*) Lippmann se calla que él formó parte de la comisión que redactó los Catorce Puntos de Wilson. Posteriormente formó parte de la delegación estadounidense que viajó a París para firmar el Tratado de Versalles. Por tanto, hemos de suponer que naturalmente sabe de lo que está hablando cuando afirma que Wilson sí conocía la existencia y el contenido de los tratados secretos. (*N. del T.*)

¹⁰⁹ La interpretación estadounidense de los Catorce Puntos fue explicada a los hombres de estado aliados justo antes del armisticio.

¹¹⁰ *Works*, Vol. IX, pág. 87. Citado por Beard, *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, pág. 172.

¹¹¹ Véase el interesante y singular libro de George Cornwall Lewis titulado *An Essay on the Influence of Authority in Matters of Opinion*.

¹¹² Véase Bryce, *Modern Democracies*, vol. II, págs. 544-545.

¹¹³ Véase M. Ostrogorski, *Democracy and the Organization of Political Parties*, *pássim*; R. Michels, *Political Parties*, *pássim*; Bryce, *Modern Democracies*, particularmente el capítulo LXXV; y Ross, *Principles of Sociology*, capítulos XXII-XXIV.

¹¹⁴ *Op. cit.*, vol. II, pág. 542.

¹¹⁵ Véase James, *Some Problems of Philosophy*, pág. 227. "No obstante, con respecto a la mayor parte de nuestras emergencias, resulta imposible adoptar soluciones fraccionadas. Casi nunca podemos actuar por separado." Véase también Lowell, *Public Opinion and Popular Government*, págs. 91 y 92.

¹¹⁶ Procedimiento establecido en algunas constituciones políticas, mediante el cual el pueblo interviene directamente en la propuesta y adopción de medidas legislativas; como sucede en Suiza y en algunos Estados de Norteamérica. (*N. del T.*)

¹¹⁷ Véase H. J. Laski, *Foundations of Sovereignty*, pág. 224. "... la representación proporcional...al conducirnos, como parece que hace, al sistema de grupos... puede privar a los electores de los líderes elegidos." No cabe duda de que el sistema de grupos tiende, como dice Laski, a convertir la selección del ejecutivo en un proceso más indirecto, pero tampoco cabe duda de que tiende a producir asambleas legislativas que representan mejor las corrientes de opinión. La cuestión de si esto es bueno o malo no puede determinarse a priori. No obstante, alguien podría decir que para obtener un grado de cooperación y responsabilidad satisfactorio en asambleas cuyo carácter representativo resultase más preciso, se requeriría una organización más especializada de la inteligencia y los hábitos políticos que la que requieren los parlamentos bipartidistas. Se trata de una forma política más compleja, por lo que podría funcionar peor.

¹¹⁸ *The English Constitution*, pág. 127. D. Appleton & Company, 1914.

¹¹⁹ Capitán Peter S. Wright, Secretario Adjunto del Consejo Supremo de Guerra, *At the Supreme War Council*. Lectura recomendada sobre el secretismo y la unidad de los mandos, aunque con respecto a los líderes aliados efectúa críticas apasionadas.

¹²⁰ *Op. cit.*, págs. 98, 101-105.

¹²¹ *Op. cit.*, pág. 37. El capitán Wright tomó estas cifras de las estadísticas de guerra guardadas en los Archivos del Ministerio de la Guerra. Parece que sólo se refieren a las pérdidas inglesas, o tal vez a las inglesas y francesas.

¹²² *Op. cit.*, pág. 34. El Somme costó aproximadamente 500.000 bajas, y las ofensivas de Arras y Flandes de 1917 costaron 650.000 bajas inglesas.

¹²³ Los Aliados sufrieron muchas derrotas más sangrientas que la que tuvo lugar en Chemin des Dames.

¹²⁴ Véase el relato de Pierrefeu, *op. cit.*, sobre las causas de los motines de Soissons y el método adoptado por Pétain para atajarlos de raíz. Vol. I, parte 111 y siguientes.

¹²⁵ Para obtener un excelente análisis sobre esta cuestión, véase la obra de Martin titulada *The Behavior of the Crowds*, págs. 130-132.

¹²⁶ Albert Bushnell Hart en la introducción de *Public Opinion and Popular Government*, de A. Lawrence Lowell.

¹²⁷ *The Federalist*, Nos. 35 y 36. Véase el comentario al respecto de Henry Dones Ford en su obra *Rise and Growth of American Politics*, capítulo V.

¹²⁸ Véase la página 171.

¹²⁹ *Política*, libro VII, capítulo 4.

¹³⁰ *Leviatán*, C. XIII. De la condición natural de la humanidad en lo que a su felicidad y miseria se refiere.

¹³¹ F. S. Oliver, en su *Alexander Hamilton* dijo lo siguiente a propósito de Maquiavelo (pág. 174): "suponiendo que las condiciones existentes, es decir, la naturaleza del hombre y de las cosas sean inalterables, emplea un tono tranquilo y amoral, propio de un orador en una conferencia sobre ranas, para demostrar que los dirigentes valientes y sagaces pueden cambiar con éxito el rumbo de los acontecimientos con el fin de obtener el máximo provecho personal y garantizar la seguridad de su dinastía."

¹³² *El príncipe*, capítulo XVIII. "De qué modo han de guardar los príncipes la palabra dada." (Traducción de Miguel Angel Granada. Madrid, 1986.)

¹³³ "Las democracias siempre han ofrecido un espectáculo de turbulencias y riñas... y, por lo general, sus vidas han sido tan breves como violentas fueron sus muertes." Madison, *Federalist*, No. 10.

¹³⁴ *Democracy in America*, vol. 1, pág. 51. Tercera edición.

¹³⁵ Citado por Charles Beard en *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, capítulo XIV

¹³⁶ *Op. cit.*, pág. 426.

¹³⁷ Aristóteles, *Política*, libro VII, capítulo IV.

¹³⁸ Fisher Ames, asustado por la revolución democrática de 1800, escribió al Rey Rufus en 1802: "necesitamos, como cualquier otra nación, la comprensión de algún vecino imponente que no pertenezca a nuestro círculo y cuya presencia siempre suscite temores más profundos de los que los demagogos pueden inspirar al pueblo con respecto a su gobierno." Citado por Ford en *Rise and Growth of American Politics*, pág. 69.

¹³⁹ *Federalist*, No. 15.

¹⁴⁰ Ford, *op. cit.*, pág. 36.

¹⁴¹ *Federalist*, No. 15.

¹⁴² *Federalist*, No. 51, citado por Ford, *op. cit.*, pág. 60.

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ *Federalist*, No. 15.

¹⁴⁵ Sede neoyorquina del Partido Demócrata. (*N. del T.*)

¹⁴⁶ Ford, *op. cit.*, pág. 119

¹⁴⁷ *Op. cit.*, pág. 144.

¹⁴⁸ *Op. cit.*, pág. 47. 1 1.

¹⁴⁹ Beard, *Economic Interpretation of the Constitution*, pátssirn.

¹⁵⁰ Beard, *op. cit.*, pág. 325.

¹⁵¹ *La democracia en América*, vol. 1, capítulo X. (Tercera edición, 1838), pág. 216.

¹⁵² Véase su plan para la Constitución de Virginia, sus ideas sobre la creación de un senado integrado por terratenientes y su opinión acerca del veto judicial. Beard, *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, pág. 450 y siguientes.

¹⁵³ Cuantos alberguen dudas acerca de la revolución que separó las opiniones de Hamilton de la práctica de Jackson, deberían consultar *Rise and Growth of American Politics* de Henry Jones.

¹⁵⁴ Ford, *op. cit.*, pág. 169.

¹⁵⁵ Véase G. D. H. Cole, *Social Theory*, pág. 142.

¹⁵⁶ Cole, *Guild Socialism*, pág. 107

¹⁵⁷ *Op. cit.*, capítulo VIII.

¹⁵⁸ *Op. cit.*, pág. 141.

¹⁵⁹ Véase *op. cit.*, capítulo X.

¹⁶⁰ *Op. cit.*, pág. 16.

¹⁶¹ *Op. cit.*, pág. 40.

¹⁶² *Op. cit.*, pág. 41.

¹⁶³ *Op. cit.*, pág. 40.

¹⁶⁴ Aristóteles, *Política*, libro VII, capítulo IV.

¹⁶⁵ *Op. cit.*, pág. 42.

¹⁶⁶ *Op. cit.*, págs. 23-24.

¹⁶⁷ Véase la Parte V, "La construcción de la voluntad común".

¹⁶⁸ Véase *op. cit.*, capítulo 19.

¹⁶⁹ *Social Theory*, pág. 102 y siguientes.

¹⁷⁰ Véase el capítulo 18 de este libro: "como todo el mundo sentía interés por los asuntos importantes, sólo se consideraban importantes los asuntos por los que todo el mundo sentía interés."

¹⁷¹ *Guild Socialism*, pág. 24.

¹⁷² He abordado la teoría de Cole en vez de la experiencia de la Rusia soviética, porque aunque la primera está incompleta, todos los observadores competentes parecen estar de acuerdo en que la Rusia de 1921 no constituye un ejemplo del funcionamiento de un estado comunista. Rusia está en la fase revolucionaria y sólo nos puede enseñar en qué consiste una revolución, pero apenas nada sobre lo que podría ser una sociedad comunista. Sin embargo, nos parece muy significativo el hecho de que, primero como revolucionarios prácticos y luego como funcionarios públicos, los comunistas rusos no se hayan basado en la democracia espontánea del pueblo ruso, sino en la disciplina, unos intereses particulares y "nobleza obliga" de una clase especializada: los miembros leales y adoctrinados del partido comunista. En la "transición", para la que no se ha fijado ningún límite de tiempo, la cura de la clase gobernante y el estado de coacción es, en mi opinión, estrictamente homeopática. También debemos aclarar la cuestión de por qué hemos elegido la obra de Cole en vez de la más rigurosamente razonada *Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain*, por Sidney y Beatrice Webb. Siento una profunda admiración por este libro, pero no he podido convencerme a mí mismo de que no se trata sólo de una proeza intelectual. Me parece que Cole encarna de manera más auténtica el espíritu del movimiento socialista y, por tanto, le considero mejor testigo.

¹⁷³ El mejor análisis al respecto es el que propone el Profesor Zechariah Chatee, titulado *Freedom of Speech*.

¹⁷⁴ Milton, *Areopagítica*, citado en la introducción del libro de Chatee. Para obtener un comentario sobre esta doctrina clásica de la libertad tal y cómo la enunciaron Milton, John Stuart Mill y Bertrand Russell, véase mi libro *Liberty, and the News*, capítulo II.

¹⁷⁵ Véanse, por ejemplo, las publicaciones del Comité Lusk en Nueva York y las declaraciones públicas y profecías de Mitchell Palmer, Ministro de Justicia de los Estados Unidos durante la enfermedad del Presidente Wilson.

¹⁷⁶ "Los periódicos que salen al mercado tienen derecho a fijar tarifas de publicidad para poder anotar en el haber de la cuenta de pérdidas y ganancias los ingresos netos procedentes de su puesta en circulación. Para calcularlos, yo deduciría del bruto los costes de promoción y distribución y otros gastos derivados de la misma." Intervención de Adolph S. Ochs, editor de *The New York Times*, en la convención de la Associated Advertising Clubs of The World

celebrada en Filadelfia el 26 junio de 1916. Citado por Elmer Davis en *History of The New York Times, 1851-1921*, págs. 397-398.

¹⁷⁷ *Making a Newspaper*, pág. 13. Este es el mejor libro técnico que conozco y lo recomiendo como lectura obligada a todo aquel que se proponga llevar a cabo un análisis sobre la prensa. a B. Diblee, que escribió el volumen titulado "The Newspaper" de la colección *Home University Libraire*, aseguró (pág. 253) que "el de Given es el único libro aceptable que conozco sobre y para la prensa."

¹⁷⁸ En ocasiones llega a ser tan especulativo, que para garantizarse el crédito los editores tienen que someterse a sus acreedores. Resulta muy difícil obtener información al respecto y por eso su importancia general suele exagerarse notablemente.

¹⁷⁹ "He aquí un axioma de los editores de periódicos: 'cuantos más lectores, más independencia ante la influencia de los anunciantes; cuantos menos lectores, más dependencia ante los anunciantes.' Quizá parezca contradictoria, pero la afirmación de que cuantos más sean los anunciantes, menor será la influencia que ejercerán individualmente sobre los editores, es cierta." Adolph S. Ochs, véase más arriba.

¹⁸⁰ Los lectores no deben malinterpretar este párrafo como una defensa de la censura. Sin embargo, quizá la creación de tribunales competentes, preferiblemente no oficiales, en los que se pudiesen presentar cargos por falsedad e injusticia contra las noticias de carácter general, resultase positiva. Véase *Liberty and the News*, págs. 73-76.

¹⁸¹ Observemos, por ejemplo, lo poco enojado que se siente Upton Sinclair contra los periódicos socialistas, incluyendo aquellos que son tan maliciosamente injustos con los empresarios como lo son con los radicales algunos de los que él cita.

¹⁸² Citado por James Melvin Lee en *The History of American Journalism*, pág. 405.

¹⁸³ Véase John L. Given, *Making a Newspaper*, pág. 13.

¹⁸⁴ Hilaire Belloc ha efectuado prácticamente el mismo análisis, pero referido a la prensa británica. Véase *The Free Press*.

¹⁸⁵ Upton Sinclair, *The Brass Check. A Study of American Journalism*. Pág. 436.

¹⁸⁶ Véase el revelador capítulo del libro de John L. Given, citado anteriormente, titulado "Uncovering the News", capítulo V.

¹⁸⁷ *Op. cit.*, pág. 57.

¹⁸⁸ Este término se utiliza en derecho para indicar que en la ley no se tienen en cuenta asuntos insignificantes o baladíes. (*N. del T.*)

¹⁸⁹ Pensemos en las estimaciones que se incluyeron en los informes sobre el desempleo de 1921.

¹⁹⁰ Discurso pronunciado en el Women's City Club de Nueva York el 11 de diciembre de 1919. Publicado por la *New Republic* el 31 de diciembre de 1919, página. 44.

¹⁹¹ Véase Inez Haynes Irwin, *The Story of the Woman's Party*. No sólo aporta una explicación satisfactoria sobre un elemento crucial de un movimiento importante, sino que es una mina de referencias sobre un movimiento que triunfó sin ser revolucionario ni valerse de conspiraciones en un entorno moderno en términos de atención pública, interés público y costumbres políticas.

¹⁹² No hace mucho tiempo, Babe Ruth fue encarcelado por saltarse los límites de velocidad. Nada más salir de la cárcel, justo antes de que comenzase el partido de la tarde, se montó en

su coche y recuperó el tiempo perdido en la cárcel saltándose todos los límites de velocidad de camino al campo de béisbol. Ningún policía le detuvo, pero un periodista le cronometró y publicó los hechos a la mañana siguiente. Babe Ruth es un hombre extraordinario. Lo que quiero dar a entender es que los periódicos no pueden cronometrar a todos los motoristas, por lo que la policía es su única fuente de información en estos casos.

¹⁹³ El informe que este movimiento ecuménico, surgido a principios del siglo XX, elaboró sobre la huelga del acero de 1919 propició, por ejemplo, que la jornada laboral de los obreros del sector se redujera de 12 a 8 horas diarias. (*N. del T.*)

¹⁹⁴ Véase el capítulo 11, "Cómo se despierta nuestro interés"

¹⁹⁵ De su ensayo titulado *Art and Criticism*, pág. 87. Cita tomada de un párrafo de *The Writer's Art*, del Profesor R. W. Brown.

¹⁹⁶ *Ibid.*, véase más arriba

¹⁹⁷ Alfred William Harmsworth (Dublín, 1865-Londres-1922). Creó un vasto imperio periodístico. En 1905 le fue concedido el título de Lord Northcliffe. (*N. del T.*)

¹⁹⁸ Véase *A Test of the News*, por Walter Lippmann y Charles Merz, con la colaboración de Faye Lippmann, en *New Republic*, 4 de agosto de 1920.

¹⁹⁹ En "Emotion of Conviction", *Literary Studies*, Vol. III, pág. 172.

²⁰⁰ Cuando escribí *Liberty and the News* no comprendía esta diferencia lo suficientemente bien para expresarla, pero aun así véanse las páginas 89 y siguientes.

²⁰¹ Véase Charles E. Merriam, *The Present State of the Study of Politics*, *American Political Science Review*, Vol. XV, No. 2, mayo de 1921.

²⁰² Los restos del Hombre de Piltdown (Sussex, Inglaterra), hallados en 1911, tenían supuestamente 500.000 años de antigüedad, pero en 1953 se demostró que todos los fragmentos óseos se habían manipulado y que su descubrimiento había sido un fraude. Cuando este libro se escribió, el "hallazgo" aún se daba por cierto. (*N. del T.*)

²⁰³ Véase, por ejemplo, el discurso del Presidente de la Asociación de Filósofos Americanos, Ralph Barton Perry, pronunciado el 28 de diciembre de 1920 y recogido en las Actas de la Vigésima Reunión Anual

²⁰⁴ Véase el capítulo 12

²⁰⁵ No estoy usando el término índice en el sentido estrictamente técnico de la palabra, sino para denominar cualquier sistema de medición comparativa de los fenómenos sociales.

²⁰⁶ Véase, por ejemplo, *An index Number for State School Systems*, por Leonard P. Ayers, Russell Sage Foundation, 1920. El principio de la cuota se aplicó con éxito en las campañas de los "Bonos para la Libertad" y, bajo circunstancias mucho más difíciles, por el *Allied Maritime Transport Council*.

²⁰⁷ Los servicios de este tipo entre asociaciones comerciales se han desarrollado extraordinariamente. La investigación de 1912 sobre el sector inmobiliario de Nueva York puso de manifiesto las posibilidades de uso fraudulento.

²⁰⁸ "The Reorganization of Local Government" (capítulo 4), en *A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain*.

²⁰⁹ Véase H. J. Laski, *The Foundations of Sovereignty*, y otros ensayos, en particular: "Union Among Self-governing Groups", "Problems of Administrative Areas", "The Theory of Popular

Soverignty" y "The Pluralistic State".

²¹⁰ *Modern Democracies*, Vol. 1, pág. 159.

²¹¹ *Ibid.*, nota a pié de la página 158

²¹² Véase el capítulo 20.

²¹³ Para obtener una brillante exposición sobre el riesgo asociado al empleo incorrecto de tales cifras y "pseudo-principios", véase el artículo titulado "The Cost of Living and Wage Cuts", publicado en the *New Republic* el 27 de julio de 1921, por el Dr. Leo Wolman. Esta advertencia reviste una especial importancia, porque su autor es un estadístico y economista que ha hecho mucho por mejorar la técnica de los conflictos laborales.

²¹⁴ Tal y como lo expresó Lowell en su *Public Opinion and Popular Government*.

²¹⁵ *República*. Libro V; traducción de Patricio de Azcárate.

²¹⁶ Libro VI.

²¹⁷ Libro VI.

²¹⁸ Véase H. G. Wells en los primeros capítulos de *Mankind in the Making*.

²¹⁹ Lógicamente, cuanto mejores sean los análisis de inteligencia que lleven a cabo las instituciones, menos probabilidades habrá de que la humanidad aborde los problemas del mañana a la luz de los hechos del pasado.

²²⁰ No todas, pero sí algunas diferencias entre reaccionarios, conservadores, liberales y radicales se deben, creo, a las diferencias que presentan sus respectivas previsiones temporales intuitivas sobre el ritmo al que los asuntos públicos evolucionan.

Capítulo 1. El mundo que nos rodea y las imágenes de nuestra mente	9
Capítulo 10. La detección de estereotipos.....	88
Capítulo 11. Cómo se despierta nuestro interés	106
Capítulo 12. Una reflexión sobre el interés personal	114
Capítulo 13. La transferencia de intereses	127
Capítulo 14. Sí o no	144
Capítulo 15. Los líderes y las bases	153
Capítulo 16. El hombre egocéntrico.....	163
Capítulo 17. Las comunidades independientes	169
Capítulo 18. El papel de la fuerza, el patronato y los privilegios	177
Capítulo 19. La imagen de siempre bajo una nueva forma el socialismo gremial	187
Capítulo 2. La censura y el secretismo	28
Capítulo 20. Una nueva imagen	197
Capítulo 21. El público cliente.....	201
Capítulo 22. El lector asiduo	208
Capítulo 23. La naturaleza de las noticias	214
Capítulo 24. Las noticias, la verdad y una conclusión	226
Capítulo 25. La cuña introducida	231
Capítulo 26. El trabajo de inteligencia.....	237
Capítulo 27. Apelación al público.....	249
Capítulo 28. Apelación a la razón	257
Capítulo 3. Contacto y oportunidad	35
Capítulo 4. El tiempo y la atención	42
Capítulo 5. Velocidad, palabras y claridad.....	47
Capítulo 6. Los estereotipos	55
Capítulo 7. Los estereotipos como mecanismo de defensa.....	65
Capítulo 8. Los puntos débiles y su utilidad.....	71
Capítulo 9. Los códigos y sus enemigos.....	78
Notas a pie de página	262
PARTE I: INTRODUCCIÓN	9
PARTE II: APROXIMACIONES AL MUNDO EXTERIOR	28
PARTE III: LOS ESTEREOTIPOS	55
PARTE IV: LOS INTERESES	106
PARTE V: LA CONSTRUCCIÓN DE LA VOLUNTAD COMÚN.....	127
PARTE VI: LA IMAGEN DE LA DEMOCRACIA	163
PARTE VII: LA PRENSA	201
PARTE VIII: INTELIGENCIA ORGANIZADA	231
Prólogo	1